



TOMO I

LA REVOLUCIÓN MÉXICANA
Interpretación independiente

Francisco Ramírez Plancarte

LA REVOLUCIÓN MEXICANA

INTERPRETACIÓN INDEPENDIENTE

TOMO I

HISTORIA



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Secretaria de Cultura

María Cristina García Cepeda



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Directora General

Patricia Galeana

CONSEJO TÉCNICO CONSULTIVO

Luis Barrón Córdova	Ricardo Pozas Horcasitas
Fernando Castañeda Sabido	Salvador Rueda Smithers
Ana Carolina Ibarra González	Rubén Ruiz Guerra
Luis Jáuregui Frías	Enrique Semo Calev
Erika Pani Bano	Gloria Villegas Moreno

LA REVOLUCIÓN MEXICANA

INTERPRETACIÓN INDEPENDIENTE

TOMO I

FRANCISCO RAMÍREZ PLANCARTE

F1234

R173

2018 Ramírez Plancarte, Francisco, 1886-1940.
La Revolución Mexicana : interpretación independiente tomo I /
Patricia Galeana, presentación, México, Ciudad de México:
Secretaría de Cultura, INEHRM, 2018.
480 páginas.

ISBN Obra Completa: 978-607-549-028-1
ISBN: 978-607-549-035-9, *La Revolución Mexicana.*
Interpretación independiente.

I. México -- Historia -- Revolución, 1910-1920. I. t. II. Ser.

Primera edición en el INEHRM, 2018.

Producción:

Secretaría de Cultura

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

D.R. © Patricia Galeana, presentación

D.R. © 2018 de la presente edición

INEHRM

Dirección General de Publicaciones

Paseo de la Reforma 175,

Colonia Cuauhtémoc, C.P. 06500,

Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN Obra Completa: 978-607-549-028-1

ISBN: 978-607-549-035-9, *La Revolución Mexicana. Interpretación independiente*

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



CONTENIDO

Crónica de la Revolución maderista	
PATRICIA GALEANA	9
<i>Instituto Nacional de Estudios Históricos</i>	
<i>de las Revoluciones de México</i>	

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I	
El despertar de un pueblo	33
CAPÍTULO II	
Aires de tormenta	49
CAPÍTULO III	
La podredumbre del régimen porfirista	73
CAPÍTULO IV	
Segundo cañonazo	89
CAPÍTULO V	
Primer cargo concreto contra el régimen porfirista	101
CAPÍTULO VI	
El banquete del Jockey Club	121
CAPÍTULO VII	
Segundo cargo concreto contra el régimen porfirista	141
CAPÍTULO VIII	
Francisco I. Madero	173

CAPÍTULO IX	
Después del prólogo, el primer acto	193
CAPÍTULO X	
Lo que le faltó al Plan de San Luis	237
CAPÍTULO XI	
El sitio de Ciudad Juárez	269
CAPÍTULO XII	
Revolución que transa es revolución perdida	297
CAPÍTULO XIII	
El más culminante hecho de armas de nuestra historia contemporánea	337
CAPÍTULO XIV	
Orígenes del fracaso revolucionario de 1910	389
CAPÍTULO XV	
Después de los tratados de Ciudad Juárez	417
CAPÍTULO XVI	
Escamoteando la victoria	437
CAPÍTULO XVII	
La contrarrevolución	463



CRÓNICA DE LA REVOLUCIÓN MADERISTA



Como anuncia en el título de su obra, Francisco Ramírez Plancarte quiere narrar “su verdad” sobre los hechos que le constan como testigo presencial, alejado de todo personalismo o compromiso con alguna de las corrientes que participaron en el proceso revolucionario.

El autor comienza su crónica narrando la efervescencia política que causó la entrevista que dio Porfirio Díaz al periodista James Creelman en 1908, en la que el dictador afirmó que México estaba preparado para la democracia y que no buscaría su octava reelección en 1910. El anuncio produjo múltiples reacciones en los distintos sectores, tanto porfiristas como antiporfiristas. Se organizaron nuevos partidos políticos. Entre los opositores destacó el Partido Democrático, formado por intelectuales contrarios a la dictadura de

Díaz¹ y algunos simpatizantes de la candidatura del general Bernardo Reyes para la presidencia.

Poco después surgió el movimiento antirreeleccionista, encabezado por Francisco I. Madero. El autor destaca la relevancia nacional que este personaje alcanzó con su libro *La sucesión presidencial en 1910*, al que califica, con razón, como un ensayo notable sobre el sistema político porfirista, que mostraba la necesidad de transitar a la democracia o de lo contrario estallaría la revolución.

Los porfiristas cerraron filas alrededor de la reelección del dictador y propusieron la fórmula Díaz-Corral para la presidencia y la vicepresidencia del país, por el llamado Partido Científico, encabezado por el ministro de Hacienda, José Yves Limantour.

Ramírez Plancarte va incorporando los textos del entonces joven y poco conocido abogado poblano Luis Cabrera, quien con el pseudónimo de Blas Urrea publicó notables artículos de denuncia contra el Partido Científico y la dictadura:

como un insaciable y voraz grupo político perfectamente organizado, que contando con el poder público, que él mismo usufructuaba, y el decidido apoyo del general Díaz, absorbía codiciosa y criminalmente todos los negocios que tenían injerencia con los gobiernos, ya fueran estos federal o de los estados aún en la esfera judicial, e igualmente en todos los empleos públicos y administrativos.²

El artículo de Luis Cabrera produjo un gran debate público. Los porfiristas, a través del diario *El Imparcial*, lo acusaron

¹ Entre los que destacaban Heriberto Barrón, Diódoro Batalla, Benito Juárez Maza, Alfredo Robles Domínguez, Francisco Cosío Robelo, Jesús Urueta y Rafael Zubarán.

² *Vid.* t. I, p. 77 de la presente edición.

de que no tenía cargos concretos contra el gobierno de Díaz. Cabrera, con valentía, publicó el 4 de septiembre de 1909 otro largo artículo titulado “Cargos concretos”, en el que asentó:

El general Díaz para conservar la Paz y conservarse en el Poder, tuvo que usar de la fuerza como medio de reprimir las disidencias, y del favor oficial como medio de conquistar adeptos o de conservarlos. La fuerza o el halago, la muerte o la riqueza: he ahí pues los dos grandes cimientos que constituyen el cimiento de la paz porfiriana.³

Cabrera acusó a Limantour de utilizar fondos públicos para provecho personal y de usar su influencia en el gobierno para otorgar contratos a empresas en detrimento de la hacienda pública y en favor de intereses personales. Uno de los beneficiarios de esos apoyos era el director de *El Imparcial*, el periodista Rafael Reyes Spíndola. Acusó también que 75 por ciento de los empleados públicos eran del grupo científico, que controlaba también a la mayoría de los legisladores en el Congreso.

El autor hace una crítica lapidaria de la actitud temerosa y claudicante del general Bernardo Reyes, quien una vez que el movimiento que lo postulaba a la vicepresidencia de la República tomó fuerza, decidió hacerse a un lado para no enfrentarse a Díaz, dejando a sus partidarios sin alternativa.

En cambio, el cronista subraya el impacto que tuvo Madero en la política nacional durante sus giras: “Millares de gentes alborozadas [...] salían espontáneamente [...] a recibirlo [...]. Y es que no veían en él al vulgar y repugnante

³ *Vid.* t. I, p. 108.

demagogo, al agitador perverso de multitudes ignaras sino a un esforzado paladín de la ideología democrática”.⁴

Ramírez Plancarte considera que las fiestas del Centenario impidieron al dictador ver que venía la Revolución.

En abril de 1911, cuando la Revolución maderista avanzaba incontenible, Luis Cabrera publicó otro importante artículo, titulado “La solución del conflicto”, en el que proponía la necesidad de realizar reformas urgentes: la no reelección; suprimir las jefaturas políticas; eliminar la leva; disolver los latifundios; abolir los privilegios, sobre todo de las empresas extranjeras; garantizar la libertad de imprenta, e independizar al Poder Judicial. En él mostraba su conocimiento de las necesidades del país y su visión de Estado.

El autor narra el avance de la Revolución maderista; el sitio a la plaza de Ciudad Juárez por los revolucionarios; el armisticio pactado con las fuerzas federales y las negociaciones en las que los revolucionarios exigieron la renuncia del dictador. Describe con detalle las intervenciones de los negociadores maderistas: Pino Suárez, Federico González Garza, José Vasconcelos, así como el primo de Madero, Rafael Hernández. Este último no compartía la postura de los revolucionarios de exigir la salida de Díaz y trataba de convencerlos de aceptar su ofrecimiento de dar a la Revolución la vicepresidencia y 14 gubernaturas de los estados. En esa larga reunión, el 7 de mayo de 1910, Venustiano Carranza tomó la palabra para enfatizar:

La revolución es de principios. La Revolución no es personalista y si sigue al señor Madero es porque él enarbola la enseña de nuestros derechos [...] Nosotros no queremos Ministros ni

⁴ *Vid.* t. I, p. 179.

Gobernadores, sino que se cumpla la soberana voluntad de la Nación. ¿Qué ganaremos con la retirada de los señores Díaz y Corral? Quedarán sus amigos en el poder; quedará el sistema corrompido que hoy combatimos. El interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura. Al lado de esa rama podrida el elemento sano de la Revolución se contaminará [...] Lo repito: ¡La revolución que transa, se suicida!⁵

Ante el estancamiento de las negociaciones, puesto que los representantes de Díaz se negaban a aceptar las demandas de los revolucionarios, Pascual Orozco y Francisco Villa, en contra de la opinión de Madero, rompieron el armisticio y tomaron Ciudad Juárez, derrotando al general porfirista Juan Navarro.

Después de este hecho, Díaz se convenció de que no tenía otra salida que renunciar. Se firmó entonces el Pacto de Ciudad Juárez, el 21 de mayo de 1911, en el que se acordó la renuncia de Díaz y de Corral a la presidencia y vicepresidencia; Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores, asumiría el gobierno interino de la República y convocaría a elecciones. Se estableció también el cese de hostilidades y el licenciamiento del ejército revolucionario.

Ramírez Plancarte califica al Pacto de Ciudad Juárez como el desastre que hizo fracasar a la Revolución, responsabilizando de su firma al doctor Francisco Vázquez Gómez, compañero de fórmula de Madero en la elección presidencial de 1910.

El autor describe lo acontecido en el gobierno interino de León de la Barra. En él persistió la labor contrarrevolucionaria de los porfiristas, encabezados por el presidente interino, confirmando las advertencias hechas por Luis Cabrera y por

⁵ *Vid.* t. I, pp. 313-315.

Venustiano Carranza. El impulso de la Revolución maderista comenzó a debilitarse muy pronto:

Hacía apenas poco más o menos dos meses de que llegara el señor Madero a la capital y de que ésta lo recibiera cordial, esplendorosa y apoteósicamente como jamás lo hiciera con caudillo alguno [...] cuando ya el entusiasmo rayano en delirio en todas las clases sociales empezaba a menguarse notablemente. [...] ¿Qué sucedía? [...] Sin duda [...], a causa de la pugna cada vez más enconada entre la Revolución y los elementos del régimen porfirista, aparentemente caído.⁶

Madero ganó las elecciones presidenciales y asumió el poder el 6 de noviembre de 1911. Sin embargo, su partido seguía debilitándose por su negativa a resolver los problemas que había causado la Revolución. Diecinueve días después de que Madero asumió la presidencia, Emiliano Zapata rompió con él y proclamó el Plan de Ayala. Poco después se sucedieron las rebeliones de Bernardo Reyes, Pascual Orozco y Félix Díaz. Aunque fueron derrotadas, debilitaron al gobierno maderista.

Ramírez Plancarte se refiere también a la oposición a Madero dentro de la XXVI Legislatura. Encuentra tres bloques claramente diferenciados: el de los conservadores, representantes del porfirismo; el de los radicales o renovadores, y el del centro o moderados. El grupo conservador⁷ se dedicó a bloquear las iniciativas legislativas del presidente.

Finalmente, Ramírez Plancarte relata los principales sucesos de la Decena Trágica que estalló el 9 de febrero de

⁶ *Vid.* t. I, pp. 439-440.

⁷ Liderado por Querido Moheno, José María Lozano, Francisco Olaguíbel y Nemesio García Naranjo.

1913, desde la rebelión militar encabezada por Bernardo Reyes, quien perdió la vida ese mismo día, y Félix Díaz:

Por fin, en la madrugada del día 9 sucedió lo que todo el mundo nerviosamente esperaba: la sublevación de una parte de la guardia de la Plaza con los fracasados y a la vez perdonados generales Bernardo Reyes y Félix Díaz [...] Avisado el incrédulo y confiado señor Madero de lo que ocurría, empleando gran actividad y arrestos aprestóse a sofocar dicha asonada, mas era demasiado tarde para ello. Pues tanto los sublevados como los encargados de combatirlos eran lobos de una misma camada, es decir, ramas del mismo tronco [...] Consiguientemente, el virus del mal había cundido tanto en el Ejército, que ya era materialmente imposible contenerlo.⁸

El autor concluye:

Quedando por tan abominable cuartelazo rota la vida constitucional del país, el pueblo desde luego comprendió que sus libertades cívicas quedaban suspendidas y alejadas sus más caras esperanzas de paz, sosiego y progreso [...] la reacción, valiéndose de medios tortuosos e indignos había reconquistado el poder [...] la vieja oligarquía Porfirio-limantourista iba a usufructuarlo otra vez restableciendo así la tiranía. Mas como la dignidad, el patriotismo y el ansia de libertad no habían muerto en el pueblo, a él tocaba decidir, esto es, recoger el guante que sus enemigos le lanzaran.⁹

Ramírez Plancarte se unirá a la Revolución constitucionalista que restablecerá el orden legal.

⁸ *Vid.* t. II, pp.

⁹ *Vid.* t. II, pp.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, en cumplimiento de su objetivo fundacional de estudiar y difundir la historia de la Revolución Mexicana, pone en las manos del público lector la reedición de la obra *La Revolución Mexicana (Interpretación independiente)* de Francisco Ramírez Plancarte, fuente de primera mano sobre la etapa maderista del proceso revolucionario que dio origen al México del siglo XX.

PATRICIA GALEANA

*Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México.*



FRANCISCO RAMÍREZ PLANCARTE

LA REVOLUCIÓN MEXICANA

- INTERPRETACIÓN INDEPENDIENTE -



PALABRAS DEL EDITOR



El escritor y amigo Francisco Ramírez Plancarte nos ofrece en esta obra La Revolución Mexicana (Interpretación independiente), un amplio y detallado trabajo de historia contemporánea, que abarca el periodo de 1908 a 1913. Conocido ampliamente por sus trabajos anteriores y especialmente por su comentadísimo libro La Ciudad de México durante la Revolución constitucionalista (1a. edición 1940, 2a. 1941), el autor analiza pormenorizadamente en este nuevo estudio histórico, los acontecimientos políticos desarrollados antes, durante y después de los comicios de 1910 que, como es bien sabido, iniciaron el movimiento insurreccional que dio al traste con el régimen porfirista. Comienza la narración con la entrevista Díaz-Creelman (1908) y termina con la caída del gobierno maderista en 1913; todo ello escrito dentro de una estricta cronología, lo que da a la obra un valor de conjunto admirable.

Dentro de la objetividad y de la interpretación verdaderamente independiente que ha presidido la tarea de buscar, revisar y recapitular los documentos de la época que en cada uno de los capítulos se insertan, se respira a lo largo de las 700

páginas del libro, una convicción y una fuerte pero a la vez sincera pasión que proviene del hecho de haber vivido el autor, intensamente, la mayoría de los sucesos importantes narrados.

La Revolución Mexicana (Interpretación independiente) es sin duda alguna un documento de gran valor histórico y una aportación inapreciable al estudio de este periodo —1908-1913— tan intenso y dramático, humana, política y socialmente, de la vida mexicana de principios de siglo. Seguramente que esta nueva obra de Ramírez Plancarte desatará muchas críticas, favorables unas, contrarias otras, por la proyección histórica que el autor da a muchas de sus interpretaciones. Sin suscribirlas ni rechazarlas, con imparcialidad absoluta, creemos cumplir una misión de editor, dando a luz con toda modestia, pero con todo cariño, este trabajo de divulgación histórica.

BARTOLOMEU COSTA-AMIC

Ciudad de México, febrero del 1948.



NEHTOLTILIZTLAHTOLLI



xcan ihcuac oc noyolyecmantoc, noyolahco-
quiza ihuan oc caquiztiticah noyollohpan in
chicauhcatlapitzalli tlen ica onmoyecmat, on-
motlalhuiquixtilih in achi chipahuac, achi tzotlanqui in-
yaohyotlatlaniliz nochi in quexquich altepehuahqueh inin
cemanahuac, nictlalia, niquinnehtoltilia inin amoxтли ca
ixamapa oniccentlalih, onicxotlac nochi in quexquich ma-
huizyotl omochin, quexquich yollahpalyotl opanoc inma-
non (open ipan xihuitl 1908 ihuan otlán ipan 1913) ihcuac
omochihqueh cemeh tohueitlamanhuan ipan inin mahuiztic
tlazohtli tohueicatlanannemiliztzin, ihcuac nochi in quex-
quich Mexihcachane zan ahuic otequit, omotepotzhuih
ipampa quitlaniz ihuan quiyecmatiz initlazohnemaquixticayo,
niquinnehtoltilia inin amoxтли nochtin in quezqui mahuiztiqueh
yaohtecah ca zan tonehuiliztica, pahpacyotica otemomacaqueh,
otemactihqueh, innemiliz cenca yollahpaltica.

Zanyenoihqui niquinnehtoltilia nochi in quexquich
oquintolinihqueh, nelpiloyan oquintepotzhuihqueh nozo
oquintohtocaqueh ihuan ocholotinemiah nozo cemi oquintlal-
nantohtocaqueh nozo omohueicacocohqueh ipan tlatoton-

catlalpa, nozo otlapolohqueh ihuan oquintlacuihcuihqueh in tlen inhuaxca, tlen intlatqui ipampa oquintzintlalihqueh, oquinpehualtihqueh in tlen melahcayopa nemaquixticatlana-huatiltin omotlalihqueh ihuan omoteixmachiltihqueh ipan xihuitl 1910 ipampatica in huei tlaahcomaniliztli, tlanetelquetzaliztli *maderista*, ihuan zanyenoihqui ipan xihuitl 1917 omotlalihqueh, omoteixmachiltihqueh ipampa in huei tlanahuatilttecpanyaohyotl *constitucionalista* ihuan zatepan omoahcoquixtihqueh quename melahcayopa hueica mahuiztiqueh altepetlanahuatiltin.

Zanhuelnoihqui niteinnehtoltilia teinnochtlin nonantzizihuan zohuanamictzitzintin ca oc chochchoch, ca ayemo moyohyollaliloh ipampa tlen oquipolohqueh, tla innamic nozo intahtzin, tla inconen nozo imicnin, pampa omocahqueh ihuan miccayotica ohuetzqueh ompa huei yaohyopan, campa omochin ihuan omocenmoyan in huei tlaahcomaniliztli, huei tlanetelquetzaliztli melahcayopa temaquixtih.

Man zannoye intech pohui nochtin tlen otemacaqueh intequi ihuan innemiliz tlen ica omahcomah, omohuehca-cenmoyan in mahuiztic hueicatemaquixtih yaohyotlamantli quename innochtin tlen hueicayollahpaltica oquichihqueh, oquitlalihqueh in hueicamahuiztic *Bloque Renovador* itzalan in zanyenohueicamahuiztic ic Cempoalli ihuan Chicuace Tlanahuatiltchihualizpan otemacaqueh intlanemiliz, intlaixmachiliz, inyolchihcayoy, inyollahpalyo, inneehuizcauhcayo tlen ipampa *apastolosmeh* omocuepqueh pampa achi tlacemananilh, achi yollahpaltiqueh oquimpalehuihqueh, oquinneltihqueh in cemi mahuiztiqueh temamaquixtiqueh huei tlanahuatiltin.

Man ye no intech pohui pampa oquiyeccacqueh nochi in tlen hueialtepehcanehqueh oquinyolcocoayah ihuan tlen ipampa oquitlaniah, oquinequiah mopalehuizqueh, mone-

maquixtizqueh, ihuan ipampa inon ininmeh mocuitiah tlamiccaneltianih ihuan occequin ca temaquixtiqueh, ihuan ipampa inon intech monequi impa neci, cualli intech ahcomani nochi in tlen mahuiliztli ihuan paquiliztli tohueitlalnantech onehua, niquinnehtoltilia inin amoxtli campa nemi ihuan tzitzicuica nohueicatlaneltoquiliz ihuan nohueicayaohyotlateomatiliz ihuan nocennetlazohcamatiliz, nocennecnelimatiliz quename nonialtepechaneh.



DEDICATORIA



Con mi espíritu en pie, erguido, y sintiendo que aún resuenan en mi corazón las vibrantes e inmarcesibles clarinadas de las dianas guerreras celebrando en 1917 el brillantísimo triunfo político militar de los ciudadanos armados de la República, dedico este libro, que encierra en sus páginas un fragmento (época de 1908 a 1913) de la gloriosa al par que cruenta historia del pueblo mexicano en sus magnas e inmortales luchas por la libertad, a todos aquellos, campeones ilustres, que en sublime y ejemplar ardor patriótico ofrendaron heroicamente su vida.

A todos los que por la implantación de los principios reivindicativos populares proclamados en 1910 por la insurrección maderista, y en 1917, a raíz del lauro alcanzado por la gran Revolución constitucionalista, fueron elevados a preceptos constitucionales, padecieron cautiveros, o persecuciones, u ostracismos, o que sufrieron enfermedades mortíferas en zonas tórridas, o que perdieron su bienestar o sus riquezas.

A todas las madres y esposas que aún lloran amargamente la ausencia de sus seres más queridos, muertos en holocausto de tan excelso movimiento emancipador.

A todos los que, sin cortapisas ni límites, pusieron al servicio de la misma extraordinaria causa —como los preclaros e inquebrantables integrantes del benemérito Bloque Renovador de la insigne XXVI Legislatura del Congreso de la Unión—, su talento, su sapiencia, su valor y su abnegación, y que convertidos en apóstoles, fueran los más tenaces, denodados y temerarios paladines de los principios redentoristas por ella pregonados.

A todos ellos, porque no desoyeron la voz angustiada del pueblo que clamaba por su salvación y por esto fueron mártires, unos, y héroes otros y por consiguiente hicieron acreedores al bien de la patria, dedico este libro en que palpita mi más ferviente devoción revolucionaria y también mi más imperecedera gratitud ciudadana.

*Traducción fiel al español,
de la anterior dedicatoria
en idioma mexicano.*

EL AUTOR



ADVERTENCIA



ntes de que el lector dé principio a la lectura de este modesto ensayo de historia contemporánea, considero oportuno hacerle algunas consideraciones acerca de este trabajo.

Desde luego cábeme decir, que si entre paréntesis he añadido al título primordial de este libro el de “Interpretación independiente”, es porque, aparte de que así diferenciáse de alguna o algunas obras similares que probablemente existan, interpreta, sin ningunas cortapisas, la versión popular de los sucesos político-sociales que cronológicamente acaecieron en el periodo comprendido entre 1908 a 1913, y que tan divergentes opiniones provocaron en las diferentes clases sociales del país.

Considero que dicha versión encuéntrase alejada de toda pasión política, porque al plasmarla sólo me guió el impulso de decir la verdad, con exclusión de cualquier prejuicio o insano personalismo.

Básome asimismo, en afirmar que esta narración “encuéntrase alejada de toda pasión política”, porque además de que repruebo los fanatismos y las exageraciones en cualquier orden que sean, no pertenecí a ninguna facción, de las que después

de la caída del régimen tuxtepecano se disputaron el poder, ni tampoco he servido, ni aun en el empleo más ínfimo, a gobierno alguno, ni al del señor general Díaz, ni a los que después de su derrumbamiento y ya de extracción revolucionaria han gobernado al país, ni menos recibido el más mínimo favor de parte de alguno de ellos. Nada tengo, pues, que me obligue a tener gratitud para con dichos regímenes y por esto a disculpar o a callar sus errores o a elogiar hiperbólicamente sus aciertos.

Apartado por completo de las esferas gubernamentales nada sé de servilismos o genuflexiones burocráticas, ni tampoco de odios por negativas a favores solicitados. Entregado por completo, sin ninguna interrupción desde hace más de 33 años a mi pequeño negocio de compraventa de libros, esto es, a efectuar dentro de un plano difícilmente económico, de pobreza, una incesante y dura lucha para obtener mi propio sustento y el de los míos, me considero por tal independencia de vida y de criterio, con el derecho de exponer, sin reticencias ni contemplaciones de ninguna especie, MI VERDAD, y ésta es la de los hechos históricos que vi y consiguientemente me constan, ligados con otros que, debidamente apoyados en documentación inédita-histórica irreprochable, consigno.

Lo acabado anteriormente de expresar no lo digo precisamente ahora con motivo de la presente publicación, pues igualmente lo expuse hace siete años, en la advertencia de cada una de las dos ediciones de mi anterior obra La Ciudad de México durante la Revolución constitucionalista, efectuadas en 1940 y 1941 respectivamente, pero considerando —por si acaso el lector no conociere mi citado anterior ensayo— indispensable volver a repetirlo, así lo hago a fin de que si advierte en el transcurso de este ensayo una inusitada simpatía mía por la causa revolucionaria, tenga en cuenta de que éste es por influencia de los hechos, el resultado del ambiente que se respiraba en el tiempo que tales

sucesos tenían verificativo, y que al reconstruirlos, in mente, y procurar interpretarlos lo más fielmente posible, con especialidad lo referente a la opinión popular de entonces, su evocación despertó en mí, sin poder de sustracción, la misma avasalladora fuerza de entusiasmo que en aquel tiempo inolvidable despertara en todas las clases sociales, y que tanto y tan profundamente conmoviera a toda la Nación.

Bien sabéis, lector, que no existe en el mundo alguien que pueda sustraerse al pasado, pues, en mucho vivimos de él. Esto es lo que me ha sucedido, más no lo deploro, al contrario, me congratulo de ello; porque semejante circunstancia diome alientos para narrarlos y sentirlos tanto, repito, como entonces el abnegado y valiente pueblo mexicano en su cruento calvario de vicisitudes por alcanzar su ansiada redención (la que hasta siete años después y tras de una terrible y sangrienta revolución en la que sucumbieran muchos miles de patriotas, y en la que los campos y poblados padecieran la más tremenda devastación, habrían de empezar a disfrutar todos los ciudadanos de la República) los viviera e intensamente sintiera.

Ante estos emotivos recuerdos de sueños libertarios, de romanticismos democráticos y de esperanzas para el porvenir (que es el presente actual) de mis años mozos que se agolparon a mi mente, no pude menos que volver mi espíritu y mi pensamiento hacia nuestro tormentoso y árido, pero glorioso y heroico pasado, a efecto de poder pergeñar, pleno de fe en el brillante futuro de mi amado México, este ensayo que sincera, respetuosa y patrióticamente entrego a las generaciones presente y futuras.



PRIMERA PARTE



CAPÍTULO I

EL DESPERTAR DE UN PUEBLO



Sondeo del gobierno estadounidense en la política interior de México.—Lo que financieros, hombres de empresa y capitalistas judíos de Estados Unidos sabían acerca del general Díaz.—Quién era y a qué venía Mr. James J. Creelman.—Abyección y servilismo en la alta burocracia porfirista.—La “Conmovedora historia del presidente Díaz, el más grande hombre del continente, visitado y descrito por Mr. James J. Creelman y por cuyo conducto habla al mundo”.—Lo que aún es un enigma.—Emoción de sorpresa en todas las clases sociales.—Agitación y desasosiego.—Mosaico de opiniones al margen de la interview.—El parecer del pueblo trabajador respecto a las declaraciones presidenciales.—Lo que se experimentaba en México después de 15 días de la conferencia.—Inquietantes aires de fronda.—El ronco alarido de combate ancestral.—¿Qué iba a suceder?



Los tristes y otoñales días de noviembre, saturados de intensos fríos nortños, cercanos a las antvísperas de concluir su periodo presidencial el señor general Díaz, deslizábanse lentamente entre espesa y melancólica neblina.

Tal periodo que constituyera su séptima reelección, concluía el 30 de noviembre de 1910 y apenas nos encontrábamos a mediados de dicho periodo, es decir, próximos a los finales del otoño de 1907.

El periodista estadounidense Mr. James J. Creelman del *The Pearson's Magazine* de Nueva York, con una carta de presentación para el señor general Díaz, acababa de arribar a la capital.

Dicha carta estaba concebida en términos al par que cortes también traslúcidamente insinuantes para el referido

mandatario, a fin de que éste le concediera una entrevista y en ella declarara categóricamente si pensaba o no volver a reelegirse presidente.

Por ese tiempo ya era muy sabido, y precisamente entre los financieros, hombres de negocios, y altos funcionarios del gobierno estadounidense, que de la otrora fuerte energía del general Díaz ya sólo quedábale de ésta un insignificante residuo.



Señor general de división Porfirio Díaz.

Afirmábase, asimismo, entre sus más consentidos favoritos, esto es, entre los más obligados, por lealtad, gratitud y patriotismo, a guardar prudencial y discrecional silencio, que el referido mandatario venía desde hace tiempo sosteniéndose artificialmente con múltiples medicamentos y corrientes diatérmicas que le aplicaban. Que continuamente sufría insomnios muy terribles que hacían que su memoria fallara, que su sordera se agudizara y que su apetito y decaimiento hiciéranse cada vez más notorios, tanto así, que en repetidas ocasiones sucedía, durante los acuerdos con sus ministros, que súbitamente fuera presa de extraña y agobiante postración, despachando los negocios de Estado, después de sufrir semejante anomalía, con muy poca lucidez, casi automáticamente.

Y aunque ni nacionales ni extranjeros ignoraran que desde 1884 había gobernado al país en forma brutalmente tiránica, ya que había suprimido, amén de otras libertades, el derecho de opinar y el de que el pueblo participara en actos comiciales, abrogándose él la facultad de elegir, mejor dicho, designar, según su omnimoda voluntad, a los individuos que habrían de desempeñar los puestos de elección popular, hacía entonces muy preciso, y especialmente para las futuras miras y ulteriores propósitos tanto de los hombres de negocios como del gobierno norteamericano, que dijera francamente, esto es, sin ambigüedades ni subterfugios, teniendo en cuenta su estado de salud así como su avanzada edad, que para entonces sería de 80 años, si pensaba reelegirse por séptima vez, e igualmente continuar rigiendo al país bajo la misma férula dictatorial por él implantada.

A eso, pues, había venido el periodista James J. Creelman y no simplemente buscando datos superficiales para pergeñar un reportazgo frívolo, sondeando y auscultando para dicho

objeto el medio ambiente, como lo hacen no pocos *interviewistas* trashumantes, sino para conocer, repito, diáfana y ampliamente el pensamiento cesáreo, dados los fines que se perseguían, para después darlo a la publicidad, como así fue, por medio de la prensa norteamericana, que como es sabido, era ya desde mucho antes de tal suceso de enorme circulación mundial.



Mr. James J. Creelman.

Como Mr. Creelman no venía simplemente en representación del *The Pearson's Magazine* sino más bien del gobierno, de los banqueros y de los hombres de negocios norteamericanos, fue el embajador de ese país Mr. David Thomson quien notificó al presidente Díaz la llegada de dicho enviado, para el que desde luego solicitó y obtuvo una audiencia privada.

Acompañado, pues, Mr. Creelman del embajador Thomson fue recibido en Chapultepec por el general Díaz, quien acogiéndolo muy cordialmente lo invitó a comer (lo cual se efectuó tres o cuatro veces) a fin de poder conversar ambos ampliamente.

Sabiéndose desde luego en las altas esferas oficiales la forma en que fuera atendido Mr. Creelman por el alto mandatario, los más prominentes funcionarios del gobierno pusieron a su disposición los datos y estadísticas de sus respectivas oficinas, así como muchos connotados particulares ofrecieron suministrarle cuantas informaciones necesitara.

Por lo anteriormente expuesto, claro se deja entrever que lo que los susodichos banqueros y demás hombres de negocios anhelante y suspicazmente querían dar a entender, y así rotundamente se les comprendiera y garantizara (si no, para entonces tomar las providencias requeridas, o sean las aconsejadas por la política internacional de súper-dirección coactiva de los Estados Unidos respecto a las Repúblicas latinoamericanas), era que sus intereses no corriera absolutamente ningún peligro, si la tranquilidad pública del país sufriera alteraciones en la próxima agitación preelectoral y también en el caso de que la elección para desempeñar la Primera Magistratura recayera en otra persona.

Después de que Mr. Creelman permaneciera varias semanas en la capital inquiriendo, observando y recogiendo abundante material informativo, regresó a Nueva York, donde poniéndose a redactar detenida y acuciosamente la sensacional cuan interesante e histórica *interview* la publicó en inglés en el mes de marzo del siguiente año (correspondiente al núm. 3, volumen XIX, del referido *The Pearson's Magazine*), con una carátula altamente llamativa a grandes caracteres titulándola “Conmovedora historia del presidente Díaz, el más grande hombre del Continente, visitado y descrito por James J. Creelman, y por cuyo conducto habla al mundo”, llamando poderosamente la atención mundial y causando enorme sensación, muy especialmente entre el público lector estadounidense, que fue el primero que la conoció.

Claro está que esto de la “conmovedora historia” estribó, a no dudar, en que siendo el entrevistado primer magistrado de una nación y gozando de notable prestigio internacional como estadista, así como estando en el esplendor de su poderío, viose precisado a bajar de su alto y augusto solio para hablar francamente de un asunto que jamás le había agrado ni tampoco antes tratara sino tan sólo por imperativa exigencia del capital extranjero, y para colmo judío.

No obstante que la famosa conferencia Díaz-Creelman —la que íntegra tengo a la vista— es muy conocida, considero indispensable, para la prosecución cronológica de este ensayo, reproducir aquí los párrafos más interesantes. Son, además, los que constituyen la médula de tal *interview*. Dicen así:¹

¹ N. del ed. En las citas de la entrevista Díaz-Creelman, los cortes no aparecen en la obra original de Ramírez Plancarte. Se introducen para aclarar que la cita no es continua.

“He esperado pacientemente el día en que el pueblo de la República Mexicana estuviera preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas y sin daño para el crédito y el progreso nacionales. ¡CREO QUE ESE DÍA HA LLEGADO!

”Es verdad —repuso—, México tiene ahora una clase media; pero no la tenía antes. La clase media es el elemento activo de la sociedad aquí y en todas partes.

”Los ricos se preocupan demasiado de sus riquezas y sus dignidades para poder ser útiles al avance del bienestar general. Sus hijos no se esfuerzan mucho en mejorar su educación y su carácter.

”Por otra parte, la clase menesterosa es, por regla general, demasiado ignorante para desarrollar poder.

“La democracia dependerá, para su desarrollo, de los esfuerzos de la clase media activa, trabajadora, amante del adelanto, la cual proviene en su mayor parte de la clase menesterosa y en menor escala de la rica; es la clase media la que se ocupa de la política y promueve el adelanto general.

”En otros tiempos no teníamos clase media en México porque la inteligencia y las energías del pueblo estaban completamente absorbidas en la política y en la guerra. La tiranía y el desgobierno de España habían desorganizado a la sociedad. Las actividades productoras de la nación fueron abandonadas por luchas sucesivas; había una general confusión; ni la vida ni la propiedad estaban a salvo, y en semejantes condiciones no podía aparecer una clase media.

”Los indígenas, que forman más de la mitad de nuestra población, se preocupan poco de la política. Están acostumbrados a dejarse guiar por los que ejercen la autoridad en vez de pensar

por sí mismos. Es ésta una tendencia que heredaron de los españoles, quienes les enseñaron a no mezclarse en los negocios, confiando su resolución al gobierno.

”SIN EMBARGO, CREO FIRMEMENTE QUE LOS PRINCIPIOS DE LA DEMOCRACIA SE HAN DESARROLLADO Y SE DESARROLLAN MÁS AÚN EN MEXICO.

”Es verdad que no hay aquí ningún partido de oposición. Tengo tantos amigos en la República, que mis enemigos parecen no querer identificarse con tan pequeña minoría. Aprecio en lo que vale la bondad de mis amigos y la confianza de mi país; pero tan absoluta confianza me impone responsabilidades y deberes que cada día me abruman más.

”CUALESQUIERA QUE SEAN LAS OPINIONES DE MIS AMIGOS Y PARTIDARIOS, ME RETIRARÉ DEL PODER AL TERMINAR EL ACTUAL PERIODO DE GOBIERNO, Y NO SERVIRÉ DE NUEVO. CUANDO ESTO SUCEDA TENDRÉ OCHENTA AÑOS DE EDAD.

”El país ha sido bondadoso, confiado, en mí. Mis amigos han alabado mis méritos y disculpado mis faltas; pero seguramente no querrán ser tan generosos con mi sucesor, quien podrá necesitar mi consejo y ayuda, por lo cual deseo vivir todavía cuando entre al gobierno, para poderlo ayudar.

”DARÉ LA BIENVENIDA A UN PARTIDO DE OPOSICIÓN EN LA REPÚBLICA MEXICANA. Si aparece lo veré como una bendición, no como un mal, y si puede desarrollar poder, no para explotar, sino para gobernar, estaré a su lado, lo ayudaré, lo aconsejaré y me olvidaré de mí mismo en la feliz inauguración de un gobierno completamente democrático en mi patria.

”Es suficiente para mí haber visto a México levantarse entre las naciones útiles y pacíficas. No tengo el menor deseo de continuar en la Presidencia; esta Nación está, al fin, lista para la vida de la libertad.

”La experiencia me ha convencido de que un gobierno progresista debe tratar de satisfacer la ambición individual tanto como sea posible; pero que al mismo tiempo debe poseer un extinguidor para usarlo sabía y firmemente cuando la ambición individual arda con demasiada viveza en peligro del bienestar general.”

Han transcurrido más de 36 años, y a esa distancia, cuando ya el fermento político de las pasiones que originara en la República dicha conferencia, a raíz de haberse publicado, hase calmado y por ello los ánimos encuéntranse ya también serenados; e igualmente, recordando y analizando aquella situación así como a los principales personajes que entonces dirigían la administración pública, hácese difícil todavía comprender, después de tan larga y fatigosa etapa, cuáles fueron los verdaderos móviles que impulsaron al señor general Díaz para hacer a Mr. Creelman tan inesperadas declaraciones.

Inesperadas, porque estando el país en completa calma, y el pueblo conforme con su política gubernamental no había razón para que la agitara; y contradictorias, porque su conducta posterior —de acuerdo solamente con sus antecedentes— no se amoldó a dichas declaraciones, puesto que arrepintiéndose tardíamente de haberlas hecho ya no quiso después cumplirlas.

Por lo demás, la emoción de sorpresa que en todas las clases sociales causaron semejantes declaraciones, fue

grandísima, originando, inmediatamente que se conocieron, diversas y encontradas opiniones, al mismo tiempo que comenzara a sentirse un desasosiego general en todo el país lo mismo que a percibirse una completa desorientación en la opinión pública. Pues mientras unas personas las tomaban —conforme con lo que ya se sabía respecto a sus padecimientos— como prueba inequívoca de su agotamiento, es decir, de su decrepitud, otras considerándolas como producto de un astuto plan preconcebido para pulsar a la opinión pública, y saber por tal medio si ésta lo apoyaría o no en su próxima reelección.

Desde luego no faltaron tampoco, siendo muy numerosas, las personas que afirmaran que el general Díaz, ofuscado por la constante y servil adulación que lo rodeara, creyéndose ser eminentemente popular y considerándose especialmente indispensable para continuar gobernando a la Nación, había supuesto que sólo con declararle a Mr. Creelman su intención de dejar la Presidencia, incontinenti se levantaría por todos los ámbitos del país, un gran clamor suplicante a fin de que no lo dejara.

También otro importante sector de la opinión pública imaginóse, y así lo propaló a *sottovoce*, que las susodichas declaraciones lejos de tener un contenido de sincero patriotismo personal del señor general Díaz, sólo constituían una aviesa celada política para atrapar, y suprimir oportunamente, a quienes alborotándose demasiado con ellas acabaran por oponérsele.

Finalmente, no dejó de hacerse presente también el núcleo, muy nutrido por cierto, que afirmara enérgica y categóricamente, que lo que el general Díaz pretendía provocar con sus intempestivas declaraciones era la ayuda de la opinión pública extranjera y por repercusión provocar con tal estratagema el

apoyo de la opinión pública mexicana —como ya en uno de sus anteriores periodos con muy buen éxito lo hiciera— para alcanzar su reelección.

Mas las personas de criterio propio, refractarias a toda presión oficial o de grupo para opinar, acostumbradas a discurrir sobre nuestros asuntos políticos y a emitir sensata pero sin ambages su pensamiento, y que bien pueden clasificarse como las que verdaderamente integran la opinión pública independiente, interpretaron las declaraciones como un anuncio de que el señor general Díaz no consideraba ya indispensable seguir gobernando al país dictatorialmente, resolviéndose por lo tanto a devolverle al pueblo sus ansiadas libertades y consiguiendo con ellas el derecho de contender con él en los comicios, puesto que también para el ejercicio de la democracia considerábalo ya apto.

Por cuanto al numeroso elemento burocrático, componente de la enorme maquinaria oficial, por demás está decir que su opinión respecto a las declaraciones, no se tomó en consideración puesto que de sobra sabíase que, para no perder el usufructo de sus empleos, era recalcitrantemente continuista, o sea, enemigo acérrimo de la democracia. Sin embargo, comprendiendo suspicaz y egoístamente dicho elemento burocrático que, a pesar de la sinceridad en que parecía estaban concebidas las susodichas declaraciones, seguramente el general Díaz, llegado el momento, no toleraría que se le disputase el poder, en lo cual solidarizábase con él, quedaba en buenas condiciones para luchar por sus empleos, es decir, por la herencia del poder, dentro del terreno vicepresidencial, de acuerdo, esto último, con el parecer del propio general Díaz.

Como se ve, las opiniones suscitadas al margen de la *interview* en los diversos sectores que componen la opinión pública

fueron de diferente índole, formando, conjuntamente, una especie de mosaico o popurrí ideológico, sin que de una manera concreta se conociera la de carácter eminentemente popular, o sea, la que emitiera el pueblo humilde y trabajador, porque aparte de estar éste muy excéptico y grandemente resentido a causa de los procedimientos tiránicos empleados por el general Díaz para gobernar al país, así como por tantos años de esclavitud y sufrimiento en los cuales sólo la noche oscura del despotismo existiera para él, encontrábase asimismo muy apartado del poder público, el que siempre lo viera con infinito menosprecio, lo mismo que de las clases directoras de la sociedad, las que por estar demasiado infatuadas y agresivamente altaneras, por lo chiqueadas en que se les tuviera, igualmente lo vieran con insolente despego y humillación. Además, como entonces no estaba organizado en sociedades cooperativas, o en uniones de resistencia, ni menos en agrupaciones de carácter anarcosindicalistas y consiguientemente por ello en federaciones y confederaciones desde cuyas tribunas, a guisa de atalayas, viril y contundentemente dejara escuchar su voz imparcial de adhesión o protesta; carente también de órganos periodísticos afines que propagaran por doquier su rudo pero valiente verbo libertario, sino nada más soportando una precaria vida vegetativa, mal, pues, podía dar su opinión acerca de un asunto tan complejo para él como era la famosa conferencia Díaz-Creelman muy a pesar de que ella constituyera para la Nación en general un hermoso vislumbre de luz de la aurora manumisora que se acercaba, puesto que casi pasó completamente inadvertida para él. No obstante, tan pronto como se fue compenetrando de ella asimismo fue emitiendo su parecer, siendo éste igual al del numeroso sector independiente.

Por otro concepto, más le hubiera valido al señor general Díaz, cuyo espejismo ególatra, desdichadamente, era

considerarse —a pesar de su avanzada edad— sano, ágil, potente y súper-inteligente, no haber dicho nada, eludiendo, como sagazmente lo hiciera en casos comprometidos que se le presentaron en su larga carrera militar y política, porque entonces hubiera realizado su viejo y acariciado sueño dorado, consistente en gobernar al país sin ningunas cortapisas, patriarcal pero imperativa y acerradamente, como un zar moscovita, hasta el último instante de su vida.

En cuanto al pueblo, que desde hacía muchos años abandonara en manos del general Díaz sus derechos políticos, como en anteriores ocasiones, sin perder su inercia de marchar por el carril de un orden de cosas pacífico que le auguraba un seguro y tranquilo progreso, impasible ante la proximidad de la función electoral, hubiérase cruzado de brazos y dejado hacer que la burocracia, ya muy experta en tales achaques, efectuara la comedia comicial. Lo que quiere decir que todo hubiera seguido inmutable sin sacudimiento ni trastornos: en orden y en paz.

Quince días después de que la *interview* se hiciera pública en México, tiempo en que ya también conociérase en todo el territorio nacional, y cuando violenta sensación de nerviosa ansiedad por los trascendentales sucesos políticos que instintivamente preveíanse presto sucederían llegaba a su más aguda algidez, comenzó a dejarse sentir pertinazmente en el espíritu público a consecuencia del contenido agitador que entrañaban las supradichas declaraciones, cierto misterioso e inquietante malestar de próximo y funesto al par que grave presentimiento.

Era que las intempestivas cuan enigmáticas declaraciones constituían el punto de partida, los prolegómenos cargados

de vientos ciclónicos y tempestuosos del gran drama revolucionario que se acercaba, el prólogo de la tragedia más intensa y luctuosa que habría de sacudir y conmover más honda y prolongadamente a la Nación.

Tal parecía que a pesar de las centurias de civilización cristiana vividas, el ronco y salvaje alarido de combate de nuestros terribles ancestros, los mexica, dejábase escuchar impregnado de fieros instintos de barbarie, resonando colérico e implacable en todas las mentes, en todas las almas.

Sólo el Ser Supremo compenetrado del sufrimiento de este buen y noble pueblo, bastante ya aherrojado e inhumanamente tiranizado así como santa y dolorosamente resignado, sabía lo que iba a suceder.



CAPÍTULO II

AIRES DE TORMENTA



Efectos de la entrevista Díaz-Creelman.—Lo que empezaron a discutir porfiristas e independientes.—Organización de partidos políticos.—Delimitación de campos ideológicos.—Quiénes eran y qué hacían los que formaban la vieja guardia opositorista.—Otro importante núcleo de intelectuales inconformes.—Con qué nombres y elementos quedaron integrados los diferentes partidos contendientes.—El Partido Científico—El Partido Democrático y sus componentes.—Aparece en la escena política don Francisco I. Madero—El Partido Antirreeleccionista.—Diarios reeleccionistas.—Periódicos antirreeleccionistas.—Órganos independientes.—Prensa de los Estados.—Confusión y disparidad de criterio.—Propósitos perseguidos.—Claros notables en las filas opositoristas.—Exceso de miras políticas y ausencia de propósitos económicosociales.—Peliagudo aspecto de la cuestión: la eliminación del general Díaz.—Insolencia e impunidad de las clases superiores.—La Vicepresidencia de la República.—El instinto popular.—Fuego graneado contra el porfirismo.—El campo opositorista: torre de Babel.—Mordacidad y reto de gobiernistas pidiendo a los contrarios “cargos concretos”.—Desconcierto en los independientes.—Impaciencia y excepticismo popular.



a afirmación del señor general Díaz de que “daría la bienvenida a un partido de oposición y lo vería como una bendición y no como un mal”, dio lugar a que, cogiéndosele la palabra, inmediatamente empezara a manifestarse una vigorosa agitación de tendenciosa renovación política en todo el país, muy especialmente en los estados de Morelos, Yucatán y Sinaloa donde las candidaturas oficiales para gobernador fueron duramente impugnadas por elementos independientes regionales, originándose por tal motivo en las citadas entidades

federativas, algunos disturbios que significaron ser algo así como pródromos o coeficientes de la crisis política general que estaba empezando a operarse.

En otros términos, la entrevista Díaz-Creelman constituyó el punto de partida del renacimiento democrático nacional, porque pasados pocos días de que se conociera, la opinión pública, aquella que está integrada por la porción de pueblo que es capaz de pensar y discernir sobre cuestiones políticas y que analizándolas a la luz de un juicio imparcial atingentemente llega a una razonada y aceptable conclusión, comenzó a manifestarse por medio de comentarios verbales y múltiples y atemperados artículos periodísticos. Poco tiempo después de observar semejante actitud, dando un paso de avance y desarrollando mayor actividad, dióse principio a la organización de clubes y partidos políticos.

La discusión, pues, entre porfiristas e independientes inicióse dentro de un terreno meramente hipotético, lo cual determinó que se hiciera ininteligible y por consiguiente desorientada, tanto más que toda ella gravitaba alrededor del único tópico que por entonces era dable tratar, puesto que casi nadie confiaba en las seguridades prometidas en la famosa entrevista.

¿Quién —se preguntaban— es el ciudadano que puede continuar con mano firme la labor altamente patriótica y honrada del general Díaz? Y pocos eran de los acostumbrados habitualmente a expresar sus ideas, que no se sintieran impulsados a dar a conocer su opinión.

Y en este ambiente transcurrieron, desde mediados de marzo de 1908 en que se conocieran las declaraciones, los restantes meses del citado año.

En los comienzos del año entrante, encontrándose ya la opinión bastante excitada por la continua labor de crítica pe-

riodística al régimen porfirista y por la fogosidad, muy incipiente y desmedrada por entonces todavía, de los oradores demócrata-populares que acababan de hacer su aparición (y que años más tarde, evolucionando, convirtiéranse, muchos de ellos, en oradores grandilocuentes, de gran empuje, en la compleja cuestión económicosocial de las clases obrera y campesina, para después caer, sus continuadores, en una abyecta degeneración, puesto que hundieron al país en una terrible inquietud y miseria por causa de su destructiva como execrable demagogia), empezáronse a formar, muy rudimentariamente, agrupaciones políticas siendo algunas de ellas de carácter esencialmente doctrinarias así como otras exclusivamente personalistas, y las que tanto unas como otras transformáronse más tarde en verdaderos organismos políticos de combate.

Consiguientemente, los campos, pues, quedaron delimitados. Frente a los partidarios de don Porfirio acamparon los que, descansando en las promesas presidenciales contenidas en la conferencia Díaz-Creelman, querían una modificación en el poder público aun cuando ésta no fuera, por lo pronto más que en la persona del vicepresidente. Después, según los resultados que tal petición trajera, mantendríase o ahondaríase.

Así pues, la pugna quedó establecida entre los que se encontraban dentro del gobierno y los que se hallaban fuera de él.

De estos dos campos rivales salieron los diferentes partidos políticos que con diferentes denominaciones contendieron en los comicios de 1910.

Mas antes de proseguir adelante, es pertinente hacer notar, que desde muchos años, antes de esta agitación, ya existía un círculo de personas, las que sin estar previamente organizadas ni aun siquiera en club, eran, sin embargo, acérrimos a la vez que valientes enemigos del régimen tuxtepecano, al que no cejaban de vapulear rudamente desde las columnas

de la esporádica prensa opositora. Como no habían perdido las esperanzas de que llegara el momento propicio para emprender una acción más vigorosa de oposición, permanecían a la expectativa, aunque sin dejar por ello de insistir en sus mordacidades y virulencias periodísticas mientras dicha ocasión llegaba. Tal cosa no se hizo esperar con la publicación de la entrevista de marras. Este grupo encabezáballo entre otras personas, cuya lista de nombres sería largo mencionar, los señores Filomeno Mata, Camilo Arriaga, Paulino Martínez, Antonio Díaz Soto y Gama, los hermanos Flores Magón, Juan Sarabia, Fernando Iglesias Calderón, Antonio Villareal y Librado Rivera.

Aparte del anterior e intransigente grupo que bien puede decirse formaba la vieja guardia opositora, existía también un fuerte núcleo de intelectuales, los que no obstante haberse formado dentro del ambiente de paz octaviana, es decir, a través de la larga era porfiriana, pensaba y obraba distinta e independientemente del criterio oficial y de las consignas impuestas por la dictadura. Como el anciano presidente ignoraba, o cuando menos simulaba ignorar la existencia de este numeroso e importante contingente así como la fuerza que era capaz de desarrollar, llegado el caso, por estar desvinculado y fuera del alcance de su poder, desconocía por lo tanto los medios de coacción que sobre él pudieran haber ejercido, también llegado el caso. Este importante conglomerado fue el que más elementos intelectuales, morales y económicos aportó el resurgimiento cívico-democrático de 1910.



Con elementos gobiernistas integráronse los partidos siguientes: los que deseaban la continuación en el poder público de

los mismos funcionarios que lo desempeñaban, sin variar en lo más mínimo en sus ya conocidos procedimientos administrativos, clasificáronse con el calificativo de reeleccionistas y formaron por lo tanto el Partido Reeleccionista.



Señor general de división Bernardo Reyes

Los que nada más aceptaban la continuación del general Díaz con todo y sus anacrónicos métodos dictatoriales, pero

con otros consejeros y que el general Bernardo Reyes ocupara la vicepresidencia, estimóseles como reyistas, formando por consiguiente el Partido Reyista.

Los que no siendo porfiristas ni corralistas ni mucho menos reyistas, querían desde mucho tiempo atrás un cambio en los sistemas gubernativos a fin de consolidar convenientemente la paz, nada más que en vez de enfocar su mirada resueltamente hacia la voluntad soberana del pueblo, la desviaron hacia la “ciencia” tanto para conservar el poder que usufructuaban como para combatir la tiranía militaroides; y también, no obstante lo anteriormente expuesto, inclinábanse a la reelección del general Díaz y de don Ramón Corral únicamente por conveniencia política de mutuo apoyo, pero sin abandonar su primordial pensamiento de oponer al gobierno personalista imperante un sistema administrativo basando en el talento, la cultura y la riqueza, conocieronseles y señaláronseles con el nombre burlesco de “científicos”; pero que ellos tomándolo en serio lo recogieron y aplicaron como un galardón de orgullo, ostentosa y definitivamente, mismos que organizaron debidamente, aunque siempre con obstinación negaron y ocultaron, el Partido “Científico”.

Contingentes del acabado de referir Partido “Científico”, inconformes, aparente y mañosamente, con su ideología, separáronse de él, formando aparte un importante núcleo que denominaron Partido Democrático. Como estos separatistas, como así se les clasificara, inspiraran por tal acto gran simpatía, muchos intelectuales entre ellos los señores Carlos Trejo y Lerdo, Rafael Zubarán Capmany, Diódoro Batalla, Benito Juárez Maza, Jesús Urueta, Alonso Mariscal y Piña, José Ferrel, Heriberto Barrón, Joaquín Clausel, Gustavo Zuzarte, José Peón del Valle, Joaquín Baranda MacGregor, Gabriel González Mier, E. Roviroza Andrade, José P. Mesa, José G.

Ortiz, Francisco de P. Sentíes, Manuel M. Alegre, José Gracia Medrano, Agustín Pérez, Juan Sánchez Azcona, José M. Nájera, Salvador Milanés, Alfredo Robles Domínguez, Adolfo M. Obregón, E. Lavalle Carbajal, Francisco Cosío Robelo, Daniel Reyes Retana, Manuel Gutiérrez G., Ramón Guzmán, Urbano Balmaceda, Roberto García, Gabriel Robles, Salvador Resendis, Pablo de la Cruz y Carrillo, Gustavo Lara, Atanasio García Suárez, Silvestre Anaya, Rafael Villanueva, Julián Rosas, Jesús M. Ríos, Joaquín García Portillo y Salvador Botello, que aún no se habían adherido a ningún otro partido posiblemente por no considerarlo afín con sus principios, ingresaron en él con bastante entusiasmo de colaboración, tanto así, que en muy corto tiempo desplazaron de los cargos directivos del propio partido por pusilánimes unos y por contemporizadores otros, a los primitivos miembros burócratas organizadores. Estos nuevos elementos, simpatizadores, algunos de ellos, del general Reyes, siendo la mayoría netamente independientes, acabaron por controlar totalmente el partido, convirtiéndolo a la postre en un excelente y enérgico organismo de combate, pues fue el enemigo más inteligente, ecuánime, valiente y de respeto que tuvo el régimen porfirista.

Por lo demás, los iniciadores y fundadores de este partido, desgraciadamente no fueron más que unos vergonzantes testafierros políticos al servicio del general Díaz, dado que obraban en todo y por todo de acuerdo con sus designios dictatoriales. Por esto último sus propias iniciales CODPD (Club Organizador del Partido Democrático) tradujéronse por los observadores suspicaces de una manera harto sarcástica pues las interpretaron entre sonrisas muy maliciosas así: “Como ordene don Porfirio Díaz”.

Hubo algunos otros grupos políticos con diferentes denominaciones persiguiendo finalidades renovadoras, pero

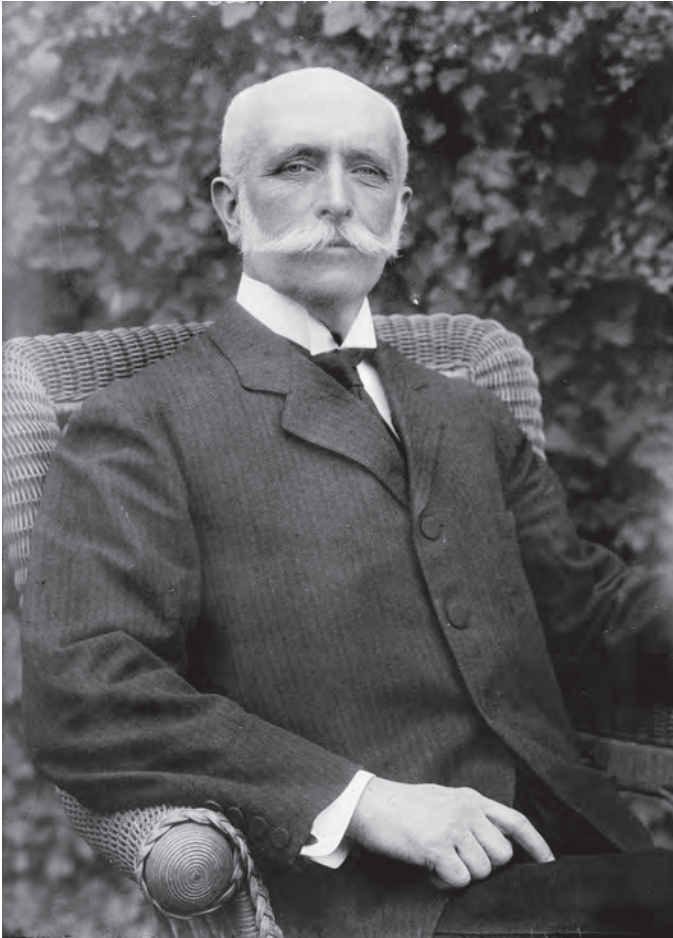
como entre sus componentes hubiera disparidad de tendencias que impidieran integrar seriamente un organismo, viéronse precisados, los más de sus elementos, a refundirse en otros, muy especialmente en aquellos que más se identificaban con sus ideas, dejando por esto en cuadro a sus directivas y con muy grandes claros a sus filas, por lo cual desaparecieron. Casi todos estos elementos dispersos, muy especialmente los de ideología radical, entendiéndose como tal y muy lejos de lo que en la actualidad sociológicamente comprende y sintetiza este vocablo, los que anhelaban un cambio completo, incluyendo al presidente Díaz, de los funcionarios que dirigían la administración pública, que era la generalidad, fueron a cubrir las filas, muy ralas, del Partido Antirreeleccionista, que por entonces estaba en formación.

Don Francisco I. Madero, quien no hacía mucho acababa de publicar su libro *La sucesión presidencial* significándose notablemente por tal motivo entre el público lector amante de esa clase de obras, pero muy especialmente entre las personas que comulgaron con su mismo criterio político, fue el que primordial y teóricamente fincó, por medio del libro antes citado, muy empíricas por cierto las bases para la creación de un Partido Antirreeleccionista. Poco tiempo después, a su alrededor, es decir, sirviendo él de pivote, fue donde cristalizó semejante idea quedando por lo tanto constituido el referido Partido Antirreeleccionista.

Desde que este instituto quedó debidamente organizado, haciendo a un lado toda la clase de contemporizaciones y compromisos, tanto de orden político como de amistad, que en lo personal pudieran haber tenido sus principales fundadores para con todos aquellos que prevalidos de tener el poder público en sus manos querían pérfidamente tergiversar el sentimiento cívico popular, resueltamente hizo

frente a las graves y trascendentales responsabilidades a que lo habrían de llevar en un futuro próximo, preñado de inquietudes y peligros, sus finalidades. Pues tanto su radicalismo como su nombre, que entonces significaba al par que temeraria provocación una vibrante clarinada de combate, lo mismo que la decisión de sus denodados componentes que sin titubeos aceptaban, abnegada y patrióticamente la lucha contra la más férrea tiranía contemporánea mexicana, así lo preconizaban.

Y si además de todo lo anteriormente expuesto, se toma en consideración que casi todos los elementos que formaban este organismo eran sumamente desconocidos precisamente por su humilde condición de artesanos, industriales, comerciantes, empleados particulares, etc., y entre los cuales el mismo señor Madero parecía sentirse descentrado por no ser dichos componentes de su misma condición social, se comprenderá entonces cuán grande era el desinterés y sincero patriotismo que los guiaba para afrontar tan titánica contienda. Con este denodado pie veterano, el partido empezó a desarrollarse paulatinamente, atrayendo con su digna y viril actitud cívica la atención pública, tanto así, que elementos de cierta significación intelectual y económica pertenecientes a otras clases sociales más elevadas y que poco antes, no obstante ser muchos de ellos personalmente adictos, por amistad, o por solidaridad de criterio, al señor Madero y encontrarse inscritos, casi desde un principio en el libro de registro del partido, sentíanse como avergonzados o empequeñecidos de pertenecer a él, sacando ya entonces resueltamente la cara y haciendo a un lado prejuicios y cobardías, aportaron entusiástica e ilimitadamente nuevos e importantes elementos que vinieron a fortalecerlo, y a impulsarlo en su esfuerzo.



Señor licenciado José Yves Limantour.

Éstos eran, pues, los partidos que iban a contender en los próximos comicios. Y por lo que respecta a la propagación de sus respectivos credos político-democráticos y al examen crítico o impugnación del régimen imperante, cada organismo viose precisado a crear su propio portavoz para hacerse escuchar.

Los reeleccionistas sirviéronse de *El Imparcial*, rotativo matutino, y de *El Mundo*, diario vespertino, quien después cambió su nombre por *El Herald*. Estos periódicos recibían desde hacía ya muchos años una cuantiosa subvención oficial para defender al gobierno y adular al general Díaz.

Los corralistas, que en realidad sólo constituían un grupo parasitario del porfirismo, pero que creíanse ser los testamentarios legítimos a la muerte del general Díaz, en vista de que los diarios anteriores tenían ya su misión perfectamente demarcada, creyeron indispensable constituir un órgano propio para defender en la forma que creyeran conveniente al corralismo, que era abiertamente repudiado por el pueblo. Mas como era necesario seleccionar entre los elementos jóvenes de la empleomanía oficial a aquellos que fueran al mismo tiempo de algún talento y soltura en el decir y escribir y también lo bastante serviles, audaces, cínicos, ambiciosos, alevosos, en fin, sin ningunos escrúpulos, para integrar la planta de redacción, determinaron como medida previsora esperar un poco más de tiempo, tanto para escoger atingentemente a dichos individuos, como para seguir observando detenidamente la actitud de los contrarios, e igualmente, la marcha de los acontecimientos a fin de proceder con más o menos certeza a su debido tiempo, lo que ya también veremos más adelante.

Los reyistas eligieron como portavoz suyo a *México Nuevo* que era un diario informativo segundón e incoloro. Su director, don Juan Sánchez Azcona, que antes fuera un recalcitrante burócrata (y lo siguiera siendo hasta su muerte acaecida después de más de 25 años del triunfo revolucionario), y en la época a que me vengo refiriendo un protegido del connotado científico don Joaquín D. Casasús, y que aún conservaba en alto grado todos los resabios del empleómano

contumaz, contempORIZABA hasta más no poder, con los porfiriorralistas, a quienes jamás se atrevió a atacar. Los revistas, que aspiraban a ser los herederos naturales del porfirismo, con la postulación de su candidato, impulsaron grandemente a este periódico, el que llegó a alcanzar en muy corto tiempo, una fuerte circulación. También aprovecharon los revistas a algunos otros semanarios, como *El Voto*, el que se distinguió notablemente por su agresividad.

El Partido Científico se acogió a la enorme fuerza publicista que desarrollaban los rotativos semioficiales *El Imparcial* y *El Herald*, los que editados especialmente, como antes dije, para defender al gobierno y adular al general Díaz, en realidad, cuando se empezó a agudizar la contienda, sólo servían para elogiar hiperbólicamente la labor hacendaria del licenciado Limantour, puesto que éste era el que directamente le administraba la subvención y además era el jefe nato de dicho partido.

Una vez que los nuevos contingentes que ingresaron al Partido Democrático lo depuraron convenientemente, desplazando para ello a los porfiristas encubiertos pseudo-inconformes que lo manejaban, y asimismo, adoptaron una actitud resueltamente independiente, crearon su portavoz: *El Partido Democrático*, que acertadamente pusieron bajo la dirección del eminente orador de impecable y sutil verbo helénico licenciado Jesús Urueta. Publicábase semanariamente este notable —por lo bien escrito, doctrinario a la vez que enérgico e instructivo de sus artículos— paladín de las nuevas tendencias democráticas, cuyas ediciones rápidamente se agotaban.

Los antirreeleccionistas, poniéndose a tono con los anteriores grupos crearon también su respectivo vocero periodístico, el que de acuerdo con su ideología titularon *El*

Antirreeleccionista. Este periódico, de formato muy reducido, se publicaba semanariamente, dirigiéndolo el ingeniero don Félix Palavicini siendo de muy escasa circulación debido a lo corto del tiraje. Poco, muy poco se distinguió este hebdomadario puesto que la mayoría de sus artículos carecían del vigor que la lucha cívico-democrática y de crítica al régimen porfirista requería.

Los reyistas, después de que su caudillo, el que por absoluta falta de entereza rehuyera la contienda electoral dejando a todos sus partidarios muy comprometidos y grandemente exaltados (a causa de la agitación política que en desarrollo de su postulación gradualmente adquirieran), sin cejar en su primordial propósito de pugnar por una modificación en el personal y en los sistemas gubernativos, se adhirieron con ardor y entusiasmo al Partido Antirreeleccionista por considerarlo verdaderamente capaz de enfrentarse con el porfirismo, sintetizando así sus aspiraciones cívicas, no obstante que dicho partido estaba todavía muy distante de efectuar su convención y por lo tanto de tener candidato.

En estas precisas condiciones, *El México Nuevo*, que fuera el mejor propagandista del reyismo, es decir, ya sin la postulación del general Reyes, el que precisamente por su pusilánime comportamiento acarrearía a este periódico no poca animadversión popular, comenzó, a fin de reconquistar la simpatía de sus lectores, a propagar, vacilantemente, el antirreeleccionismo así como, tiempo más tarde, con firme resolución, el maderismo. Por tal circunstancia, al *México Nuevo* débesele considerar como el verdadero órgano del antirreeleccionismo.

Hubo algunos otros diarios de gran circulación, los que sin ser precisamente órganos de determinado partido, coadyuvaron muy eficazmente a la difusión de las tendencias

renovadoras entonces en pugna, tales como *El País*, periódico semiclerical de mucha influencia en los círculos católicos, era dirigido por don Trinidad Sánchez Santos y estaba muy bien redactado. Declaróse, prudencialmente, en favor de las aspiraciones populares democráticas. *El Diario*, noticiero matutino, dirigido por un aventurero italiano apellidado Simondetti, navegaba entre dos aguas, puesto que tan pronto criticaba al gobierno como asimismo lo defendía. No apoyando a ningún partido y viviendo tortuosa y convenienientemente al margen de la contienda sin tener más tendencia que la propiamente judío-comercial, su labor resultaba odiosamente acomodaticia, es decir, esencialmente egoísta y anodina.

El Tiempo, diario vespertino, de carácter conservador, dirigido por don Victoriano Agüeros, estaba redactado atemperadamente. Cuando se ocupaba de política lo hacía desde el punto de vista general y doctrinario empleando un estilo pulcro, exquisito y convincente. No prestando decidido apoyo a ningún partido, su actitud considerábase algo incolora, no obstante que uno que otro artículo de política militante o de orientación dejaba deslizarse esporádicamente en sus columnas.

El Popular, diario informativo de la mañana, dirigido por don Francisco Montes de Oca, era gran simpatizador del general Reyes desde que éste fuera secretario de Guerra y creara la 2a. Reserva del Ejército. Distanto mucho de ser un paladín de combate, era un periódico que explotaba la nota roja del crimen y el chisme de escándalo. Su opinión política valía bien poco.

El Diario del Hogar, de carácter liberal e independiente, constituía una verdadera atalaya desde cuyas columnas disparábase en bien escritos, valientes y sesudos editoriales

y artículos, los más certeros y mortales saetazos de ataque al régimen tuxtepecano. A pesar de que su director, don Filomeno Mata, quien sufriera por causa de la libertad, de la justicia y de la verdad, persecuciones y carcelazos sin cuento de parte del régimen imperante, y cultivara amistad personal con el presidente Díaz, jamás fue porfirista; ni corralista ni menos reyista. Siempre demostró ser un excelente ciudadano y un esforzado y enérgico adalid de la democracia. Su prestigiado periódico, sostenido a fuerza de trabajo y sacrificio, púsolo al iniciarse la agitación anticontinuista, dando con ello un alto ejemplo de patriotismo, noble y desinteresadamente al servicio de la causa, prestando con ello una valiosa e inapreciable aportación al sublime ideal de libertad y redención del pueblo mexicano.

Había también en provincias algunos otros órganos de reconocido matiz liberal e independiente, tales como *La Opinión* de Veracruz; *El Correo de la Tarde* de Mazatlán; *La Libertad* y *Juan Panadero* de Guadalajara; *El Correo de Chihuahua*; *Regeneración* de San Antonio, Texas; *El Hijo del Ahuizote* y *La Voz de Juárez* del Distrito Federal, etc., los que propugnaban viril y tesoneramente, desafiando todos los peligros, desde mucho tiempo atrás, por el establecimiento en la República de un gobierno impersonal, y los que, al empezar la agitación política a raíz de la conferencia Díaz-Creelman, inmediatamente se aprestaron a tomar posiciones para contender en la lucha antigobiernista y democrática que presto iba a iniciarse.

La opinión intrínseca de la cuestión a debate de dichos periódicos, aunque muy valiosa aisladamente, en conjunto no era todo lo que uniformemente se requería para constituir un sólido frente de batalla, puesto que había muchos y muy grandes claros en las filas, es decir, lamentable

confusión y disparidad de criterio en varios aspectos del plan requerido. Pues mientras unos opinaban que debería dejarse que el general Díaz (quien seguramente daría oídos al clamor popular) escogiese otro miembro de su gabinete, excepto don Ramón Corral, para ocupar la vicepresidencia, otros arguían lo contrario, manifestando que don Porfirio no era el indicado para elegir a tan alto encargo a determinado individuo, aunque éste fuera de sus simpatías, sino democráticamente el pueblo en la justa electoral que se avecinaba, puesto que el mismo general Díaz considerábalo ya apto para ejercer tal derecho.



Señor Ramón Corral.

Mas antes de proseguir, débese recordar a los lectores que hayan venido siguiendo el curso de estos verídicos acontecimientos, que tengan en cuenta que el propósito que perseguían a raíz de la famosa conferencia Díaz-Creelman y por cerca de un año todos los núcleos políticos opositoristas, (reyistas, antirreeleccionistas y maderistas), no era precisamente eliminar del poder al general Díaz, a quien respetaban y asimismo admiraban y reconocíanle grandes merecimientos, sino el de apartar definitiva y radicalmente del gobierno al numeroso grupo de lapas que desde hacía ya tres largos lustros usufructuaban los puestos públicos de la federación y de los estados, y también para implantar y consolidar sus nuevas modalidades democráticas, e igualmente, para hacer una nueva distribución de dichos puestos públicos y administrativos.

Hecha la anterior pertinente aclaración, agregamos que uno de los grandes claros que existían en las filas de la oposición, a los que antes me he referido, consistía en que no todos los partidos políticos, según sus propios órganos periodísticos —así francamente lo manifestaban—, estaban de acuerdo en seguir los mismos o parecidos procedimientos para efectuar la campaña, como tampoco lo estaban en sus finalidades, pues mientras un partido pugnaba porque el licenciado Limantour fuera el vicepresidente, otro deseaba que lo fuera el general Reyes o don Teodoro A. Dehesa. Ninguno, pues, se atrevía aún a hablar, aunque fuera a la sordina, de cambiar al presidente, o cuando menos expusiera algunas ligeras consideraciones respecto a los puntos del programa o plataforma de gobierno a seguir en caso de llegar al poder. Todo era nada más cuestión de cambiar al vicepresidente.

Otro de esos grandes claros consistía en que sólo en una forma muy vaga, demasiado imprecisa, referíanse los voceros periodísticos de los partidos, al estado desastroso de miseria, ignorancia y abandono en que se encontraba el pueblo; a la falta de justicia; a los abusos y extorsiones que efectuaban los industriales, en complicidad con las autoridades, contra los trabajadores; a la vida inhumana casi troglodítica que los reos llevaban en las prisiones; a la condición de bestias que los campesinos guardaban en las haciendas; a la supresión de las tiendas de raya, etc., etc. En fin, no exponían algo, un vislumbre siquiera, del basto y rico acervo de reformas sociales que años más tarde se conquistaran mediante la lucha armada y triunfalmente cristalizaran en la Constitución. Toda su labor y propaganda, repito, era eminentemente política, es decir, raquítica puesto que le faltaba el principal aspecto: el económicosocial. Referíanse, haciendo en ello mucho hincapié, a la opresión ejercida por los caciques y jefes políticos; a los excesos escandalosos de los gobernadores y sus camarillas de paniaguados; a las persecuciones y supresiones de periodistas independientes por los gobiernos de los estados; a la criminal y frecuente aplicación de la odiosa Ley de fuga a todos los sospechosos de desafecto al gobierno del centro, a quienes éste calificaba despectivamente por tal motivo, de repugnantes y vulgares criminales.

De modo que el verdadero e inmediato motivo de inconformidad e impaciencia popular, el que más saltaba a la vista, como era la cansada y soporífera prolongación del general Díaz en la presidencia, nadie lo abordaba con toda franqueza y resolución. Ni mucho menos esbozaba los remedios que en el orden económico y social debían de aplicarse a guisa de sinapismos o cataplasmas, si se quiere, a fin de calmar en algo los padecimientos que venía sufriendo el pueblo desde mucho tiempo atrás.

Casi todos los líderes de los partidos, así como sus respectivos órganos periodísticos y demás escritores independientes eludían tratar este aspecto peliagudo de la cuestión. Y esto, como se comprenderá, era lo principal, lo medular, en donde levantaba llamas abrasadoras el fuego de la desesperación popular.

Y aunque la prosperidad, riqueza, insolencia e impunidad de las clases superiores rayaba en frenesí, y los extranjeros, insolentados con la exagerada y servil protección oficial de que gozaban, pesaran con sus punibles abusos, codicia y egoísmos de ultraconquistadores medievales como una plancha de plomo sobre las débiles y cansadas espaldas del pueblo mexicano, ningún partido por medio de su periódico hacía hincapié en ello, porque toda su atención estaba obsesionada nada más en el asunto meramente local de la sustitución vicepresidencial. ¡No parecía sino que los 10 millones de desventurados parias implorando angustiosamente su redención e incorporación, así fuera a la retaguardia de la civilización, no valían nada!

Porque en tales condiciones, con tan paupérrimas aspiraciones, ¿qué ventaja podría sacar el pueblo con el simple traslado del poder de unas manos a otras? ¡Ninguno! Y sin embargo, este mismo pueblo, con su instinto ya bastante despierto, presentía, muy en lo hondo de sus sentimientos, que si tal cosa sucedía le traería como consecuencia la esperanza de alcanzar por ese medio un poco de su ansiado y suspirado mejoramiento.

Cierto que por este lado tenía que empezar por abatir, o quebrantar cuando menos, la fuerza del continuismo, pero cierto también que precisamente era ahí, como he dicho antes, donde se dejaban ver grandes claros, puesto que el fuego de los grupos organizados, a semejanza de guerrillas, contra la enorme fortaleza del porfirismo, aunque simultáneo era

muy graneado y sin vislumbres de poder tomar gradualmente algunos fortines o abrir una brecha y lograr, efectuando una carga, invadir arrolladoramente algún reducto.

Y si a lo anteriormente expuesto, agrégase que, con excepción de *El Partido Democrático* y *El Tiempo*, todos los demás periódicos, órganos de los partidos opositores e independientes, expresaban su pensamiento no muy claramente, sino de una manera confusa y con un lenguaje ora violento, ora gárrulo, ora moderado, pero siempre nebuloso, o sea muy vago para fundamentar los motivos exactos de la inconformidad popular, que honradamente creían interpretar, se comprenderá entonces la dificultad que se tenía, no ya para formarse un criterio más o menos certero de la situación porque se estaba empezando a atravesar, sino para medio comprender siquiera cuál tenía que ser la justa a la vez que consciente actitud política que se debería observar.

En estas condiciones llegóse pues, inopinada pero indefectiblemente a un estado tal de incompreensión, que se hizo verdaderamente difícil distinguir qué periódicos anti-gobiernistas eran afines entre sí, y si lo que ellos mismos proclamaban desde sus columnas estaba de acuerdo con lo que los líderes de sus respectivos partidos pregonaban en sus asambleas y mítines; y por último, y esto era lo principal, si periódicos y líderes estaban de acuerdo en lo que afirmaban con el sentimiento popular, que era lo que positiva y necesariamente tenía que interpretarse y perseguir. Pues no parecía sino que, como por encanto, obedeciendo la voz de un siniestro conjuro, el campo opositor estaba convertido en una inmensa y regocijante torre de Babel, en la que cada quien hablaba un extraño e incomprensible idioma.

Claro que de esta absurda anomalía en los independientes, quienes más ufanamente aprovechábanse eran los

gobiernistas puesto que tergiversaban y embrollaban sarcástica y a la vez calculada y pérfidamente con su propaganda de animosidades, falaces orientaciones, provocaciones personales y mordacidades de credo cada vez más crecientes, la cuestión a debate.

Entonces los independientes, para contener la befas bastante ya cargadas de los gobiernistas, a guisa de represalia, iniciaron una súbita y simultánea avalancha de críticas, sátiras y desahogos tan insólitamente violentos y acres contra los reeleccionistas, que el régimen por conducto de *El Imparcial*, ya verdaderamente molesto, colérico y exasperado, pidió a todos los inconformes, quienes quiera que fuesen, precisaran de un modo verdaderamente fundamental y contundente, sin vaguedades ni eufemismos, los motivos que tenían para censurar y repudiar tan acrimosamente al gobierno, formulando para tal efecto CARGOS CONCRETOS.



Pasados algunos días de incontinida y creciente impaciencia popular por presenciar el rompimiento de hostilidades entre los defensores del gobierno y sus impugnadores, éstos sin aceptar el reto que airosa y furibundamente hiciérase, comenzaron de nuevo la escandalosa algarabía. Pues mientras unos abordando diferentes temas de crítica y otros, insistiendo tesoneramente en los hasta entonces ya esgrimidos, prefieren eludir socarrona y sofisticadamente la cuestión con gran desencanto de la enorme masa independiente que agitada y caliente como ya se encontraba, anhelante y entusiásticamente quería puntualizáranse dichos motivos, nítida y enérgicamente de una buena vez.

CAPÍTULO III

LA PODREDUMBRE
DEL RÉGIMEN PORFIRISTA



Punzante júbilo gobiernista.—Un oscuro abogado recoge el guante del desafío.—Blas Urrea.—El dictador y su corte: tiemblan.—Enérgico y sensacional “Yo acuso”.—Cuál era el verdadero enemigo de la democracia.—Intensa sensación de estupor.—El Partido Científico.—Rompiendo arcaicos moldes dialécticos.—El Partido Democrático y “El Príncipe de la palabra”.—Las fuerzas del Partido Científico.—El pulpo de la administración pública.— Los herederos de los encomendadores y de los clerical-conservadores.—Garras embotadas y colmillos desportillados.—Una trampa florentina.—Lo que descubrió el abogado desconocido.—Infamias y traiciones.—A través de la Historia.—La garra de hierro de la venganza oficial. —Transcripción de importantes parágrafos.



nte la desconcertante como poca airosa actitud de los opositores, los gobiernistas empezaron despectivamente a sonreír. Después a reír piadosa al par que lobunamente. Y más tarde, cuando ya sentíanse grata y ufanamente victoriosos y cobraban fuertes alientos para soltar estruendosas e hilaridantes carcajadas porque creían que nadie por falta de valor, de audacia y de talento contestara, un escritor, hasta entonces desconocido, recogiendo el guante de desafío así como despreciando la cólera cesaria, clara, enérgica y superabundantemente, con gran satisfacción y aplauso de los opositores, que por ello se sintieron alentados, rompiendo tan abrumador silencio, puntualizó en un soberbio estudio preliminar analítico (que constituye una brillante tesis) la situación reinante; siguiendo, poco después con exhibir el cáncer gubernamental, en

lacerantes CARGOS CONCRETOS que el régimen mismo airada y exasperadamente pidiera y reclamara de la oposición.

Este escritor desconocido que no perteneciera a ningún partido ni tampoco fuera miembro de cuerpo alguno de redacción, y el que escuchando la augusta voz del deber, del deber de justicia y sacrificio que todo buen ciudadano implícitamente lleva hondamente arraigado en su corazón, y que se ofrendara por la verdad y la patria al furor de los dioses de la tiranía, y que para los de la élite del gran mundo dorado y perfumado donde sólo polulaban las celebridades del saber, del arte y de la literatura en amigable consorcio con las eminencias de la banca, de la burguesía y de la política de Estado; sin exceptuar los favoritos del poder, los cortesanos y consentidos del imperio porfirista, sólo era un oscuro abogado postulante, un pobre y solemne desconocido. Pero este desconocido llamado extrañamente Blas Urrea, con la fuerza convincente de su verbo, interpretando el pensamiento nacional y respondiendo a la demanda que se le exigía al elemento independiente, hizo temblar de pánico a la ensoberbecida y llena de orgullo y fatuidad corte porfirista.

Y es que ninguno de los partidos políticos en acción ni sus respectivos órganos periodísticos, por el mismo calor de la contienda que fuera ofuscando las mentes al irse paulatinamente desarrollando, fijaban su atención en el verdadero y más implacable enemigo que existía y que oculta e hipócritamente permanecía maniobrando en la sombra la tramoya electoral para retener mañosamente el poder en su propio beneficio.

Este enemigo era el grupo científico contra el que el licenciado Urrea disparó, cual elegante sagitario, sus más certeros e hirientes dardos a fin de tumbarle la careta de arlequín y así desmascarado exhibirlo a las miradas estupefactas de la Nación.

Cierto que era un escritor ignorado, pero cierto también que manejaba la pluma, con más soltura y sangre fría que la del más consumado y diestro maestro de espada: sus tiradas a fondo, siempre mortales, iban ineludiblemente al corazón. Y a esa entraña, la más noble y sensible del cuerpo humano y en este caso del grupo científico, fueron a dar certera e inmisericordemente las enviadas por el licenciado Urrea en su acusadora cuan sensacional denuncia, que puso alerta a todos los partidos y ciudadanos independientes de la República, contra el enemigo común.

En ese su primer artículo-estudio titulado *El Partido Científico* (publicado en el semanario *El Partido Democrático* el día 24 de julio de 1909), el licenciado Urrea haciendo referencia al aludido Partido Científico, denunciábalo ante la faz de la Nación, como un insaciable y voraz grupo político perfectamente organizado, que contando con el poder público, que él mismo usufructuaba, y el decidido apoyo del general Díaz, absorbía codiciosa y criminalmente todos los negocios que tenían injerencia con los gobiernos ya fueran estos federal o de los estados (aun en la esfera judicial), e igualmente, en todos los empleos públicos y administrativos.

Si *El Partido Democrático* publicó este notable trabajo, no fue precisamente porque en el ánimo de su director el licenciado don Jesús Urueta hubieran pesado consideraciones de amistad, puesto que ambos no se conocían, ni de correligionarios, desde el momento en que el autor no era miembro del partido, o de influencias interpuestas por algún amigo, desde el momento en que careciendo de bienes de fortuna puede afirmarse que no los tenía sino por lo estrictamente apegado a la verdad, lógico y oportuno. En el fondo, además de estar escrito en una forma elegante, novedosa y contundente, que no sólo cautivaba al lector desde los primeros

renglones invitándolo a proseguir, sino que, rompiendo con los anacrónicos moldes del tono agresivo de la oposición sistemática y los característicos espejismos del viejo jacobinismo, así como con la idiosincrática pusilaminidad de la mayor parte de los escritores de entonces que a todo trance exceptuaban de sus ataques —que dirigían a las segundas cabezas— al general Díaz, envolviéndolo en un servil ramillete de elogios, marcaba —dentro del pesado y peligroso ambiente de tiranía en la libre emisión del pensamiento que entonces se respiraba— una nueva y audaz pauta en el análisis, en la censura, en el ditirambo y dominio del buen decir.

Además, siendo el licenciado don Jesús Urueta un hombre eminentemente culto y un exquisito orador ático, a quien siempre se le reconoció como el más alto y legítimo exponente del verbo y por ello se le concedió el honroso título de “el príncipe de la palabra”, es inconcuso que si consideró que tan irreprochable artículo-tesis, era de un fondo serio, de un estilo sobrio y reposado, de una fraseología fina a la vez que irónica y en no pocas ocasiones sarcástica, que no dejaba de ser cortés ni de emplear el tono eufemístico y simbólico ni tampoco de contener respetuosa pero necesaria severidad para aquilatar la cuestión a debate, justo y honrado era publicarlo, lo que así se efectuó, agotándose rápidamente el tiraje y causando su lectura en todos los sectores sociales, además de una nerviosa sensación de estupor por su revelador contenido, que era nada menos que la supradicha denuncia del más grande enemigo de la democracia y de las nuevas tendencias libertarias, como lo era el grupo científico, una incontenida ansiedad, aun entre los mismos elementos independientes, (no pocos de los cuales sintieron la rabia del despecho por no haber sabido poner como él el dedo en la llaga), por conocer o tener siquiera algunos antecedentes acerca de su autor.

El grupo científico que representaba los cuantiosos intereses creados durante la larga era porfirista, y que debido a semejante circunstancia era dueño de una fuerza política, económica y social enorme, puesto que estaba integrado por los hombres más distinguidos de la intelectualidad; por los elementos más ricos; por los más activos en el mundo de las finanzas y los altos negocios mineros, agrícolas, pecuarios, etc., así como por los más influyentes en la sociedad. Que eran, además, los herederos o testamentarios de los antiguos encomenderos y de los terratenientes clerical-conservadores, y los ladinos y exclusivos concesionarios de todas las empresas creadas expreso para dar impulso a la riqueza pública —aun cuando ésta no apareciera—; que se habían aunado para apoderarse calculada y subterráneamente, como un pulpo, de la administración pública en todos sus aspectos. Los que para atraerse y conquistarse completamente lo que aún restaba del viejo, vencido y desconfiado partido conservador —del cual, repito, directamente descendían— que fiera y rencorosamente mostraba todavía sus garras embotadas y sus sarrosos colmillos despostillados, aconsejaron al artero-esclerótico dictador, la benéfica al par que claudicante política de conciliación. En suma, siendo el citado grupo científico el más y mejor unificado con sus elementos y también el mejor organizado en sus futuros anhelos políticos, conveníale astuta y previsoramente, para encubrir sus propósitos, ocultarse y mimetizarse socarronamente, lo que así efectuaban, mas al sentirse descubierto y cogido en la trampa florentina que preparaba para escamotear faquirescamente, una vez más, el veredicto electoral, gracias al oportuno “yo acuso” del licenciado Urrea, que lo puso en evidencia,

revolvióse entonces fieramente, lanzando epilépticos rugidos de pantera enjaulada.

Al principio de la época a que me vengo refiriendo, el licenciado Urrea llevaba a cabo, según confesión posteriormente hecha por el aludido, un examen de los partidos políticos que antes habían existido, de los que ya existían y también de los que pudieran, en un futuro próximo, existir, obteniendo como resultado de sus observaciones, de la deducción de sus lecturas de libros de historia; y por conocimiento personal de los hechos; pero sobre todo, por una positiva intuición, la seguridad de que un grupo político absorbente dejaba sentir su fuerza económica, social y política sobre los demás organismos similares en acción. Lo que ciertamente así era, pues poco tiempo después de explorar en el medio ambiente, lo descubrió silenciosamente agazapado, como ponzoñosa alimaña, entre lo más espeso de la oscuridad, disfrazado con el carnavalesco antifaz del corralismo a fin de maniobrar cómodamente a espaldas del general Díaz —a quien, para adueñarse del poder ya fuera por herencia o por abdicación rodeaba y tenía prisionero, es decir, ocultando su existencia y la de ser él, el verdadero factor político en todos los asuntos públicos del país.

Inmediatamente que el licenciado Urrea terminara este acucioso y notable estudio y por él dedujera, puesto que así saltaba notoriamente a la vista, que dicho grupo político sería el positivo y real enemigo de las aspiraciones democráticas populares, sin perder tiempo decidióse denunciarlo escribiendo al efecto su primer juicioso artículo equivalente a una magnífica tesis profesional: “El Partido Científico”, en el cual, después de hacer una serie de hondas y graves

consideraciones respecto a la situación política y económica, exhibía clara y contundentemente al mencionado grupo, recordando y analizando su negro pasado y presente de traiciones e infamias, y señalándolo a través de la historia, como el partido moderado, es decir, como el más insaciable y tenebroso de todos los partidos, en todos los tiempos y en todos los países; advirtiéndole seguidamente, que si no se le combatía implacablemente, sin darle cuartel, la nación quedaría entonces expuesta a sufrir muy grandes contingencias y calamidades en no lejano tiempo. Por último, por las rotundas conclusiones que suspicaz pero lógicamente señalaba en el transcurso y final del mencionado artículo, dejaba claramente comprender que el licenciado José Yves Limantour era el supremo pontífice que lo jefaturaba, lo que efectivamente así se comprobó irrecusablemente, poco tiempo después.



El periodismo mexicano entraba, pues, en un renacimiento.

Por primera vez, eliminábase el rimbombante estilo de suficiencia que acostumbraban los anacrónicos periodistas liberales, e igualmente, suprimíase el tono altamente agresivo de la oposición sistemática.

La exquisita forma expresiva y refinadamente erudita en que está redactado este artículo, da la mejor idea de las condiciones prevalecientes en tal época, en la que imperaba una terrible opresión para la difusión del pensamiento, no obstante de la cual, el autor venciendo todas las dificultades impuestas por las aludidas circunstancias, pudo decir (cuando todos los inconformes excitados discurrían, desacertadamente a gritos, lo que les venía en gana en contra del continuismo) todo lo que era necesario e indispensable para una buena orientación.

No cabe duda que el magnífico estilo que empleó el licenciado Urrea, constituyó el 50 por ciento del éxito, puesto que aunó al análisis sereno que invitaba a la reflexión una retórica cortante que fustigaba inmisericordemente al enemigo. Y todo ello dentro de las más estrictas normas de la ley, haciendo uso de un lenguaje depurado y respetuoso que no daba ninguna oportunidad para que la garra de hierro de la venganza oficial pudiese descargar el consabido zarpazo.

Pero como quiera que ya he mencionado bastante el referido artículo-estudio, fuerza es darlo a conocer a fin de que el lector juzgue de la importancia bibliográfica, histórica y erudita que tiene aún en nuestros días tan notable como célebre trabajo, y que a no dudar, constituyó el punto de partida para orientar debidamente la contienda preliminar y preelectoral democrática de 1910, y asimismo, batir al más funesto enemigo como lo era entonces el Partido Científico. Mas como dicho artículo es demasiado extenso, me limito a reproducir sus más importantes párrafos. Helos aquí:

“Cuando se inicia un movimiento político en un pueblo, y mientras no se definen perfectamente las opiniones de los nacionales el vulgo sólo percibe una mezcla de tendencias ciegas y desordenadas; quien piensa que el problema es religioso, quien que es económico, quien que es democrático, quien que es simplemente personalista; éste opina que es eminente una revolución, que se trata sólo de una crisis momentánea. Y es natural que la mayoría de ignorantes o indecisos vacilen desorientados entre ideas encontradas y sientan difícil, no sólo afiliarse en algún partido, sino aun discernir qué partidos existen.

”Esta incertidumbre desaparece más tarde, conforme se precisan las tendencias del movimiento, y sobre todo, conforme se determina de qué género es el problema por resolver.

Los perspicaces ven claro y optan; los caracteres bien templados intuitivamente y sin vacilaciones se afilian a los suyos; y al fin todos comprenden que del maremágnum de nuevas ideas sólo quedan dos grupos bien definidos: conservadores y reformadores.

”El grupo Científico es más inteligente, más ilustrado y más hábilmente organizado que los otros dos partidos; pero su organización no obedece a fines patrióticos, sino meramente financieros. Ha tomado el pomposo nombre de ‘científico’ presumiendo de fundar en la ciencia su conducta; y aun cuando con este nombre ha deslumbrado a muchos, hay que ver que sólo ha tomado de la ciencia aquellos postulados que están de acuerdo con sus intereses.

”Los científicos han estudiado sociología, y como consecuencia de sus estudios, han comenzado a predicarnos un peligroso cosmopolitismo, totalmente contrario a la idea de Patria. La sociología les ha enseñado que las fronteras de las naciones son rancias barreras que el egoísmo pone al progreso de la humanidad. Han descubierto que las razas del trigo son más aptas y más fuertes que las del maíz, y que aquellas son por lo tanto las llamadas a conquistar el mundo. Creen en el evangelio de la superioridad de los anglosajones y predicán el desprecio y la destrucción de esa raza incapaz de evolucionar que se llama la raza indígena. Explican científicamente el expansionismo anglo-sajón y profesan la doctrina del ‘destino manifiesto’ de la raza latinoamericana. Esas son las enseñanzas que los científicos han sacado del estudio de la sociología. ¡Maldita sea la ciencia que tiende a hacer desaparecer la idea de la Patria!

”Los científicos han estudiado la ciencia de la política. Conocen el arte de dividir conservándose coherentes. Conocen la psicología de las multitudes, y la practican en sus

periódicos, donde se muestran admirables sofistas y polemistas. Para combatir siempre tienen a su lado una pléyade de neófitos entusiastas e ilusos, aunque bien pagados, que le sirven de testaferros en sus campañas. Son los que más científicamente han utilizado la máquina administrativa y las organizaciones bancarias e industriales, para el logro de sus fines. Son en suma, los mejor organizados para la defensa de sus intereses, ya que no para los de la Patria. Han estudiado a fondo la ciencia de la política y han descubierto que el derecho no es más que un producto del momento histórico, y de acuerdo con estas teorías, han sustituido la ciencia de lo justo por el arte de la influencia, y convertido los tribunales en instrumentos suyos, haciendo de la justicia a la vez que la ayuda más efectiva de sus intereses, el arma más peligrosa contra sus enemigos. Han convertido en delito todo acto que ataca a sus intereses. Llamam revolución al despertamiento democrático del pueblo, a sonada a toda manifestación popular, y agitadores motinistas a los jefes democráticos sobre quienes dejan caer el desdeñoso calificativo de ‘gente oscura y sin prestigio’. Son por último, los perfeccionadores de un sistema de amordazamiento y eliminación, cuando no de corrupción, de la prensa independiente, que les permite conservar el monopolio del periodismo.

”Como políticos de ciencia, los científicos ponen de relieve los errores más recientemente descubiertos en las democracias; so color de discusión científica, comparan a las monarquías como Inglaterra, con las Repúblicas como Guatemala, para sembrar el escepticismo democrático, y so pretexto de educación del pueblo, aleccionan a las masas en los últimos perfeccionamientos del socialismo anárquico, dizque para que los evite.

”Son los predicadores de la restricción del sufragio, siendo increíble que hayan llegado a convencer a algunos demócratas de buena fe de que el medio más eficaz de llegar a las prácticas democráticas es la restricción del voto, y de que el pueblo debe abstenerse de practicar la democracia mientras no esté suficientemente apto.

”En política internacional son partidarios del imperialismo yanqui; admiran la ‘sabia’ interpretación dada por Roosevelt a la doctrina Monroe y consideran como un rasgo de genio el descarado escamoteo de Panamá. Asisten a ostentar su ciencia en todos los Congresos Internacionales, pendientes de la conducta del representante americano; son los autores de nuestras condescendencias diplomáticas con la cláusula de reciprocidad utópica; son los más fervientes colaboradores en la obra de paz internacional, sin retroceder ante la intervención de los pueblos fuertes en los asuntos domésticos de los débiles; son ellos los que nos han puesto en la menguada situación que guardamos con respecto a Centro América, y los autores de la política de cobardía y servilismo que nos hacen aparecer a los ojos del Continente Latino-Americano como satélite del Norte y traidores a la raza.

”Esas son las enseñanzas que los científicos han sacado del estudio de la ciencia de la política. ¡Maldita sea la ciencia porque es el mayor enemigo de la libertad y de la independencia de los pueblos!

”Los científicos han estudiado la ciencia de la economía política. De sus profundos estudios han deducido que la alta capitalización, que es como llaman hipócritamente al monopolio, es un sistema de producción superior a la libertad del comercio, y en la práctica han procedido a buscar los medios de implantar los monopolios y ‘trust’ por caminos estudiadamente constitucionales. Los tranvías, la luz y la fuerza

eléctrica, los hilados y tejidos, el papel de imprenta, la carne, el pan, la tortilla y hasta el pulque, han sido monopolizados y jamás falta en las mesas directivas de todos los sindicatos monopolizadores, el nombre de algún banquero o funcionario o comerciante o abogado científico.

”Ellos han sabido encausar hacia sus negocios la preñada corriente de capitales que imigran día a día, y han sido suficientemente hábiles para que el noventa y nueve por ciento del progreso económico del país redunde exclusivamente en beneficio de sus intereses. Ellos tienen puesta la mano en los mejores negocios, ellos son los accionistas de los bancos nuevos, ellos son los tenedores de las acciones industriales mejor cotizadas en Londres, en París o en New York, y ellos son los primeros y preferentemente aprovechados en las espléndidas concesiones oficiales.

”En el capítulo del trabajo, los científicos han aprendido y practicado las teorías de que el obrero sólo tiene derecho a recibir la limosna del capital, de que no tiene personalidad enfrente del empresario, y sobre todo, han descubierto que es de orden público que el obrero cumpla su contrato con el patrón. Predican en tono doctoral a los obreros, los peligros de la asociación y las ventajas de la resignación, los ponen en guardia contra los agitadores que los explotan, y han convencido al General Díaz de que la huelga es una perturbación de la paz pública, más grave aun que el pronunciamiento, y sobre todo, de que los fusiles mexicanos deben estar al servicio de los administradores de los grandes centros industriales como Puebla u Orizaba.

”Pero lo que hace honor al grupo científico es que haya sabido ligar tan estrechamente la suerte de sus intereses con la de los extranjeros, que cualquier ataque a los intereses científicos repercuta hacia el Norte y ponga en peligro nuestra soberanía nacional.

”Esas son las enseñanzas que los científicos han sacado del estudio de la economía política. ¡Maldita sea la ciencia, que es el mayor enemigo del progreso y de la independencia de la Patria!

”Los científicos han estudiado sobre todo la ciencia de las finanzas.

“En ese punto pretenden ser maestros y lo son. Les reconocemos la supremacía, no por la desdeñosa suficiencia con que predicán al pueblo ignorante desde las columnas de sus órganos, ni porque traigan en la sangre la herencia de aptitudes, sino porque han hecho de nuestro gobierno un gobierno financiero.

”Los gobiernos existen para procurar el engrandecimiento de las naciones, para educar al pueblo, para defender al territorio, y sobre todo, para hacer efectiva la justicia, es decir, para lograr la armonía entre los gobernados. El dinero, las finanzas, son más que un medio de lograr esos fines. Así como el hombre que toma por objeto de su vida la adquisición del dinero, se llama avaro y es un desgraciado, así el gobierno que cree que su principal función no es la justicia, sino el movimiento de caudales, se llama un gobierno financiero y es un gobierno que no cumple con sus deberes.

”Los gobiernos militares se habían tenido siempre por los más peligrosos; pero los gobiernos financieros no pueden ser patriotas, ni por educación ni por raza.

”Cuando se trata de algo tan importante como era arrebatár al extranjero el dominio de nuestras vías férreas, todos lo creyeron imposible y nadie se creyó capaz de hacerlo. Los científicos, debido a su ciencia, en plena crisis económica y sin desembolsar un centavo, compraron un elefante blanco por el insignificante precio de quinientos millones de pesos fiados, y lo echaron a andar, demostrando así al mundo entero

que en cuestiones ferrocarrileras entienden más que Goul y en achaques de bolsa más astutos que los lobos de Wall Street. Sólo que los científicos, a pesar de su ciencia, no han logrado nacionalizar aún las líneas Nacionales.

”No hay un científico pobre. Su suerte para los negocios es proverbial. Existen científicos que reciben sueldos fabulosos como representantes honoríficos de lores ingleses o ‘reyes’ americanos, sin más obligación que pasar su recibo. Las mejores concesiones son las suyas, los puestos mejor remunerados son los suyos. Si se pregunta quién gestionó un empréstito, aparece un científico; si se inquiere en qué se gastó, resultó otro científico. Y cuando se haga saber a la Nación cómo se emplearon los ochenta y tres millones votados para apagar la sed de nuestro suelo, se verá que no alcanzaron para veinte mexicanos, que no hubo préstamo menor de un millón, y que en vez de invertirse en poner diques a los torrentes de las montañas para dar agua a las áridas laderas de la Mesa Central, se despilfarraron a la orilla de los grandes ríos, en dar la última mano a algunas grandiosas obras de arte, en las haciendas científicas, o en pagar adeudos que los agricultores científicos tenían pendientes con algún banco científico. Esas son las enseñanzas que los científicos han sacado del estudio de las ciencias hacendarias. ¡Maldita ciencia que sólo ha servido para enseñarnos a malgastar el dinero de la Patria y para hacer del gobierno un mercachifle!

”Los científicos aplican la ciencia a la resolución de nuestras cuestiones nacionales y para ello han estudiado todas las ciencias: todas menos una, que es la que ignoran...la ciencia del patriotismo.”



CAPÍTULO IV

SEGUNDO CAÑONAZO



*Efectos del primer disparo.—El corralismo y El Debate.—Cata-
ratas de dicterios.—El “cientifismo” y su pelotón de turiferar-
rios.—Inaudita tolerancia gobiernista.—Lo que el pueblo de-
seaba saber.—Preguntas que no obtienen respuesta.—El Partido
Científico y la voz de la calle.—Don José Ives Limantour y su
tradicional y vanidoso silencio.—Subterfugios y negativas.—La
política financiera del gobierno y sus responsables.—Arrepenti-
miento tardío.—Blas Urrea alineando sus elementos en orden
de batalla.—Convulsión de rabia en los gonfalones de El De-
bate.—Una escaramuza antes de la batalla.—Todos los partidos
políticos son enemigos del general Díaz.—La esencia del Partido
Científico.—El general Díaz traidor a los suyos.—Los científicos
frente al general Díaz.—Terrible augur, que más tarde se cum-
ple, del Partido Científico.—Los espantajos con que atemoriza-
ban los científicos al general Díaz y al pueblo mexicano.—Las
traiciones de lesa patria del Partido Científico.*



El efecto que el artículo —cuyos principales pá-
rrafos acabamos de reproducir en el capítulo
anterior— causó en la opinión pública, como
se comprenderá, fue grandemente intenso, pues por lo sen-
sacional y grave de sus revelaciones; por el tono enfático y
severo en que está concebido; y por el estilo fino, sutil y sin-
ceramente patriótico en que, como se ve, está escrito, formas
enteramente nuevas (en esa época) en el periodismo mexica-
no, hiciéronlo verdaderamente insólito y trascendental.

Todos los órganos independientes, aparte de que mu-
chos de ellos lo reprodujeron íntegro, otros, los de mediano
formato, extractaron lo más saliente de él, lo comentaron

favorable y ampliamente, dedicándole, durante varios números, sendos y justificados elogios.

Hasta la prensa menuda se ocupó de él. Un periodiquito semanal bastante popular y de gran aceptación en la clase obrera llamado *El Fandango*, dirigido por don Antonio de P. Escárcega, tenía una sección que era muy leída y gustada titulada “Contesta Callejera”, que consistía en un diálogo que sostenían dos “peladitos” en la cual comentaban a su modo y en lenguaje popular, los asuntos más palpitantes del momento. Pues bien, este periodiquito acogió con tal entusiasmo el artículo “El Partido Científico” en su “Contesta Callejera”, que pronto el calificativo de “científico” empezó a evolucionar y a aplicarse a todos aquellos individuos que careciendo de escrúpulos merecían desprecio. Lo que hizo que el periodiquito en cuestión fuera suspendido y su director encarcelado.

Otro periodiquito, *La Guacamaya*, siguiendo los lineamientos del anterior, inauguró una sección que tituló “Desde la Estaca”, que consistía también en que dos cotorras sostenían un chispeante y satírico diálogo. Pero como igualmente tomara de argumento el asunto de “El Partido Científico”, pronto fue acallado y perseguido su director don Pedro Haglestein.

El motivo del artículo empezó, pues, a tomar tales vuelos entre las clases populares, que el editor folclorista don Antonio Vanegas Arroyo, atento siempre a explotar el suceso palpitante que le permitiera pergeñar un estrambótico corrido o unas morrocotudas coplas, lanzó a la circulación, ilustrado con el consabido dibujo del inmortal e inimitable José Guadalupe Posada, el corrido “Los Científicos” escrito por el poeta Constancio V. Juárez, el que fue inmediatamente confiscado por la policía y su editor duramente amonestado.

Viendo el corralismo, que como antes dije, no era más que una rama provincialista parasitaria del porfirismo y el que además se consideraba como la “santa bárbara” del “cientifismo”, que el fuego en su contra comenzaba a generalizarse y nutrirse rápidamente, decidí contenerlo, levantando al efecto su respectiva barricada consistente en la creación de un órgano periodístico que respondiera a la necesidad inherente de defenderlo y al mismo tiempo atacar.

Como con anterioridad, según se recordará, ya tenía planeada tal medida de emergencia, resolvióse a ponerla en práctica, dando instrucciones a los elementos burócratas que expofeso reclutara (a los que si bien no les faltaba talento tampoco faltábales cinismo, ambición, desvergüenza, alevosía y desplante para injuriar, calumniar y difamar, a fin de desquitar la soldada) para que desde luego entraran en acción. Éstos ni tardos ni perezosos y con el fin de patentizar su servilismo y hacer méritos, ¡qué méritos, Dios santo!, organizáronse asimismo en planta de redacción de un semanario a quien titularon *El Debate*, y dieron por lema la Ley del Talión: “Ojo por ojo y diente por diente”, que no era sino el enunciado sintético de la labor que presto desarrollarían.

Por primeras providencias, abrieron inmediatamente el fuego de sus baterías contra el licenciado Urrea, sobre el que descargaron una abracadabrante tempestad de denuestos y dicterios de los más infames y ultrajantes que puedan concebirse, de aquellos que emplea la hez embrutecida por la ignorancia, las supersticiones y el alcohol en sus repugnantes riñas de taberna. Lo mismo hicieron contra el licenciado Urueta por haberle éste dado asilo al artículo en su periódico *El Partido Democrático*, ataques y virulencias que hicieron extensivas a los directores y redactores de los demás órganos independientes.

El “cientificismo”, haciendo acto de presencia y festinado alarde de su fuerza, entraba de lleno en la contienda, llevando como avanzada exploradora a un pelotón de tercerones presupuestívoros, o sea, la morralla turiferaria reeleccionista, la que ávida de riquezas y honores hizo a un lado toda clase de miramiento para escarnecer y llenar de oprobio reputaciones intachables únicamente porque no pensaban políticamente igual que ella.

El público entonces al observar tanto celo e inquina de parte de las autoridades con el fin de evitar la circulación de todo escrito en contra de los científicos, tolerando en cambio la descarada y escandalosa procacidad de los redactores de *El Debate*, redobló su atención en los acontecimientos que se estaban sucediendo así como su deseo de adquirir informaciones más detalladas y precisas referentes al ya renombrado y repulsivo aunque todavía misterioso Partido Científico, ahondando y enardeciendo con semejante actitud el interés y los ánimos de todos los elementos independientes.

Despertada así la curiosidad general, todo mundo quiso saber entonces a toda costa quiénes eran los integrantes del tenebroso cuan nefando partido y también quién era verdaderamente la persona que con el nombre desconocido de Blas Urrea lo había descubierto y audaz y valientemente denunciado. Todo el mundo se preguntaba intrigado: ¿por qué la policía prohíbe terminantemente las conversaciones que a tal partido se refieren? ¿Por qué se persigue a los periódicos que se ocupan de él? ¿Por qué el gobierno favorece la circulación de *El Debate*? Y como nadie daba una contestación satisfactoria, las conjeturas seguían proporcionalmente en aumento. Tal cosa hizo entonces que por doquier se hablara, ya sin ningún recato, de los “científicos”, y no precisamen-

te en la forma expuesta por el enigmático licenciado Urrea, sino en las maneras brutalmente exageradas que acostumbra emplear el vulgo para exteriorizar sus impresiones.

Pero tanto y tan porfiadamente los elementos independientes empezaron a machacar con el susodicho tema de los “científicos”, que el licenciado Limantour, ministro de Hacienda, no pudiendo por más tiempo soportar la alusiones que la “voz de la calle” le aplicaba con motivo del artículo de referencia, y también porque certeramente señalábasele como jefe de ellos, ya verdaderamente amoscado rompiendo su tradicional y vanidoso silencio y poniéndole un paréntesis a su sempiterno desprecio a la opinión pública, y con el doble objeto, según él, de aclarar las cosas, dirigió, mal de su agrado, al licenciado don Jesús Urueta la siguiente carta:

“México, julio 27 de 1909.

”Sr. Director del periódico *El Partido Democrático*.
Presente.

”Muy señor mío.

”*El Partido Democrático* de 24 del presente, publicó un extenso artículo titulado ‘El Partido Científico’, en el cual se atribuye al supuesto partido designado con este nombre, todo lo malo que puede hacerse en política y una perniciosa injerencia en la gestión financiera del Gobierno nacional. No quiero contribuir con mi silencio, a que subsista por más tiempo, el sistema de ataques solapados de que viene abusándose, mucho ha, como arma de partido, poco justificable.

”De la política financiera del Gobierno, sólo hay dos responsables: el señor Presidente de la República, que la dirige, y el suscrito que la aconseja y lleva a la práctica; y no menciono a las Cámaras Federales, no obstante que mis actos han merecido siempre su aprobación, porque deseo alejar hasta la sospecha de que trato de escudarme con ellas.

”Jamás he admitido en la Secretaría de Hacienda injerencia extraña, ni he favorecido indebidamente a nadie; y si los articulistas y oradores a quienes aludo, tienen algo que reprocharme a este respecto, que salgan de sus sistemas de ataques vagos e impersonales y expresen nombres, negocios y las pruebas en que se apoyan, seguros como deben estar, por mi invariable conducta para con los periodistas, de que, para imponerles silencio, no apelaré a la acción de difamación.

”Soy de usted atento y s. s. —José Ives Limantour.”

Si hondamente intenso e impresionante fue el efecto que el severo y reflexivo artículo “El Partido Científico” causó en el ánimo público, no lo fue menos el experimentado con la carta del ministro de Hacienda, puesto que saliendo éste de su soberbio y augusto silencio únicamente para negar iracundamente las imputaciones que se le hacían, por este solo e inusitado hecho, del cual mucho se ha de haber arrepentido, dió a las afirmaciones del licenciado Urrea la trascendental e histórica importancia que tenían y que poco tiempo después éste comprobó amplia y rotundamente.

Dicha carta fue replicada inmediatamente por el mencionado Urrea con un artículo de fina y exquisita ironía y mordacidad verdaderamente punzantes, dentro de una forma cortés y de un impecable y delicado estilo castizo. En ella, aparte de aludir a varios puntos de la carta en cuestión, sugería a la opinión pública —y esto era lo principal— la advertencia de que estaba preparando un ataque contra el grupo científico más enérgico e intenso que el anterior, para lo cual nada más faltaba alinear en orden de batalla todos los elementos documentales probatorios que harían completa luz y darían fe a sus incontrovertibles afirmaciones.

Sin embargo, de una manera perfectamente calculada, con el fin de darse tiempo para que acabara de pasar en los tu-

riferarios de *El Debate* la convulsión de rabia o colapso hiperestésico que les produjera su requisitoria al Partido Científico, y tuvieran alientos para poder soportar el primero de la serie de CARGOS CONCRETOS, equivalente a un formidable cañonazo, que como se acaba de decir, próximamente proponíase publicar, dio a luz en *El Voto* de Veracruz, (a fines de julio de 1909) a su segundo artículo político de combate: “Los partidos políticos: todos son enemigos del general Díaz”.

En dicho artículo demostraba tanto al presidente Díaz, como a los más sinceros y honrados porfiristas, que los verdaderos y más mortales enemigos que el referido general tenía, no se encontraban en las filas de los partidos independientes, sino en el seno del Partido Reeleccionista por ser este organismo el único que obstinadamente se oponía al propósito sano del precitado mandatario, de alejarse del poder.

“Unido al Partido neo-conservador —decía— se encuentra el grupo científico, quien se propone la conservación del estado actual de cosas, tal como ha venido formándose desde 1876. Este Partido es el que pretende la continuación del General Díaz en el Poder hasta su muerte, y sobre todo, la persistencia del sistema de gobierno dictatorial y personalista que se conoce con el hombre de porfirismo. Este Partido es reeleccionista por principio, continuador de la práctica de elecciones oficiales, y naturalmente, enemigo de la participación franca del pueblo en la cosa pública. En el Partido neo-conservador están refundidos los antiguos elementos conservadores dispersos, la burocracia, los grandes terratenientes, y en general los favorecidos por el régimen tuxtepecano.”

Y más adelante, en otro párrafo del artículo a que me vengo refiriendo, decía: “El General Díaz, volviendo sobre sus pasos ha declarado abiertamente que desea la formación de partidos independientes, la participación del pueblo en el

gobierno, su retiro a la vida privada, y la devolución, al pueblo, de sus libertades.

”Con esta última faz de la política porfirista, se hallan de acuerdo los antirreeleccionistas, los reyistas y los demócratas; pero la voluntad del General Díaz ha encontrado en este punto la más decidida y vigorosa oposición de parte de los elementos neo-conservadores y científicos. Éstos que son los campeones de la conservación del régimen porfirista y de la perpetuidad del sistema personalista, no podían ver con buenos ojos las declaraciones hechas a Creelman.

”Estas declaraciones significaban nada menos que una mudanza en las ideas del jefe de los neo-conservadores, constituían un cambio de bandera, eran nada menos que la defección del campeón del personalísimo, y la consideración como una traición del General Díaz hacia los suyos, hacia los que llamándose sus predilectos veían que su caudillo, antes de morir, apostataba de la dictadura.

”Los neo-conservadores, y sobre todo, los ‘científicos’ se sintieron abandonados y negados por el General Díaz y comenzaron una campaña activa contra las ideas del Presidente respecto del régimen democrático. En este punto, nadie deja de ver que los ‘científicos’ son los de la oposición, son los enemigos del General Díaz.

”Más acertado sería decir que los neo-conservadores y ‘científicos’, profundamente arraigados en los puestos públicos, se consideran ellos como el gobierno legítimo, y a su régimen como régimen imperante, y frente a ellos, el General Díaz tomaba el carácter de un opositor, de un revolucionario. Es él el enemigo político de ellos, es él el perturbador de la paz y de la tranquilidad públicas.

”El hecho es que los neo-conservadores y ‘científicos’ son enemigos políticos del General Díaz, y que son los más

vigorosos, los más bien organizados. El punto de su contraposición, es precisamente el más moderno de los aspectos que ha tomado la política del General Díaz, y por consiguiente, puede decirse que ellos son los ‘enemigos del nuevo General Díaz’, los enemigos actuales, los enemigos de la actual político porfirista.

”Y como la lucha de los neo-conservadores y ‘científicos’ tenía que entablarse contra el General Díaz, contra el partido conservador y contra el pueblo, aquéllos han tenido que comenzarla con esfuerzos titánicos.”

Pero insistiendo en evidenciar las ambiciones del grupo “científico” (que había convertido al general Díaz no sólo en un biombo, en un instrumento, sino fatalmente en una víctima expiatoria, en un pobre prisionero a quien tutoreaba políticamente rodeándolo de un círculo de hierro por donde no podía penetrar ningún esfuerzo democrático, preparando con tan perversas maniobras su advenimiento al poder, y todo esto sin dejar también al vicepresidente Corral, a quien aparte de emplearlo, como pantalla, era igualmente otra víctima de sus reprobables ambiciones), profetizaba —cosa que tiempo más tarde quedó plenamente confirmado como una realidad— lo que habría de suceder cuando el general Díaz fuera arrojado del poder, debido más que todo, a la acción del Partido Científico, el que a todo trance quería heredarlo.

“El empleo —decía ya casi al final del artículo precitado— que hacen los ‘científicos’ de los intereses americanos como escudo contra los ataques del partido reformador; la insolente injerencia de la prensa americana en nuestra campaña política; los espantajos del filibusterismo yankee; los descarados manejos de los magnates norteamericanos que publican sus ideas sobre nuestra política y sus deseos de que nos demos un presidente financiero, y por último, el gambito

de la entrevista Taft, no son más que otros tantos capítulos de la lucha de los ‘científicos’ contra el General Díaz y contra el pueblo mexicano.

”¡Desgraciada de nuestra patria si el General Díaz permite siquiera que Taft aluda a nuestra situación política! El día en que eso suceda, los ‘científicos’ habrán derrotado al General Díaz y al pueblo mexicano, y la independencia de nuestra patria habrá recibido la primera puñalada. (Lo que desgraciada y fatalmente así fue.)

”Porque el grupo ‘científico’, además de ser enemigo del General Díaz, es enemigo de nuestra nacionalidad.” (Lo que también así quedó perfectamente confirmado después de la caída del general Díaz, en la embajada norteamericana, en febrero de 1913, con motivo del llamado Pacto de la Ciudadela.)



CAPÍTULO V

PRIMER CARGO CONCRETO
CONTRA EL RÉGIMEN PORFIRISTA



Intensa ansiedad pública.—Exigencias del jefe del Partido Científico.—La oposición encuentra su portaestandarte.—Lo que, según los “científicos”, provocaba la crítica de Blas Urrea.—El interés por conocer las revelaciones llega al paroxismo.—Estolidez de los reeleccionistas.—Cómo los redactores de El Debate y los capitanes del “cientificismo” celebraban su “victoria”.—Trampa lobera a la oposición.—Actitud del pueblo trabajador.—Primer cargo concreto: principales párrafos.—Comprobada malversación de fondos del erario.—¿Por qué tantos aspavientos?—Las esclusas gobiernistas.—Un motivo más para censuras antigobiernistas.—El reyismo y su simbólico clavel rojo.—El gran círculo de amigos del general Díaz.—Persecuciones y venganzas. Un tipo repugnante: el guardaespaldas.—“Patotas”.—Las razias.—Exacerbamiento de pasiones políticas.—Cónclave de ministros.—Lo que dijo el General Díaz a los miembros de su gabinete.—Argumentos contundentes del Lic. Limantour.—Desacuerdo del ministro de Gobernación.—Jugando a la pelota con la vicepresidencia de la República.—Tajante resolución del general Díaz.—Inconformidad de los “científicos”.—A lo que obligaba la situación creada desde la famosa interview hasta la agitación suscitada por el licenciado Urrea.—Otro cónclave de ministros y lo que en él se aprobó.—Convenio impolítico y suicida.



La opinión pública, y en particular la de los elementos independientes, que desde que el licenciado Urrea publicara su primer artículo, “El Partido Científico”, se sintiera gratamente reconfortada no dejando de seguir las peripecias, esto es, el curso de las cosas tal y como habíanse ido desarrollando, al enunciado de que pronto el susodicho letrado daría a la publicidad el primer capítulo de la serie de CARGOS CONCRETOS que

vehementemente, y como para amedrentar o nulificar a los inconformes el secretario de Hacienda pidiera a la oposición, redobló con más atención su ya creciente interés.

Y como tratábase de satisfacer los deseos, mejor dicho, exigencias del jefe de los “científicos” y de todos sus corifeos, muy especialmente de los que manejaban los periódicos oficiosos pertenecientes al licenciado don Rafael Reyes Spíndola (*El Imparcial*, *El Mundo Ilustrado*, y *El Herald*), o sea, de probar las imputaciones que se le hicieran justificadamente al porfirio-limantourismo de malgastar los fondos de la Nación, claro es que tal cosa, agitando aún más los ánimos, cobró inmediatamente inaudita importancia.

El porfirio-limantourismo que desde tiempo atrás, como hemos visto, viniera exigiendo de la oposición el que precisara concretamente los motivos de su inconformidad, motivos que desgraciadamente ésta no había podido formular eludiendo para ello sofisticadamente la cuestión, al conocer el sensacional artículo “El Partido Científico” y después “Todos los partidos: son enemigos del general Díaz”, no dudó ya que el licenciado Urrea sería entonces quien talentosa y valientemente los hiciera, tanto más cuanto que en este último artículo suyo, así él mismo lo preconizaba. Más aún, el referido escritor, por la soltura y fuerte convicción con que tratara los anteriores asuntos, a las claras dejaba por ello entrever la amplitud de sus conocimientos que de esta otra cuestión debería también tener.

Así le reconocieron honrada y disciplinariamente los escritores y oradores independientes, puesto que todos ellos sin excepción, rotundamente lo apoyaron en sus afirmaciones, considerándolo, incontinenti, en una forma moral, como el portaestandarte que justa y urgentemente necesitaban, esto es, como el más idóneo y pujante súper-guía que la oposición, o sea la conciencia nacional, reclamaba.

Por supuesto que nadie dejaba de comprender el peligro, el enorme peligro que el viril escritor estaba corriendo, dado que habíase echado múltiples y poderosos enemigos que, a no dudar, estaban planeando la forma de suprimirlo. El corralismo, el limantourismo y el porfirismo, por medio de sus órganos periodísticos, ufanábanse en presentarlo al general Díaz como a su peor y más terrible enemigo, así como a un individuo excepcionalmente peligroso y dañino, puesto que con sus escritos estaba trastornando la paz y la tranquilidad públicas.

Y es que ellos muy bien comprendían que el, en un principio, incierto despertar de reivindicaciones populares —que precisamente por tal defecto de precisión careciera de fuerza para penetrar en las capas superpuestas de la colectividad— poco a poco iba perfilándose con más claridad así como vigorizándose, es decir, los motivos básicos que originaban el malestar social y político y por consiguiente la imperiosa necesidad de mejoramiento nacional (malestar y mejoramiento que muy eficazmente coadyuvaron, moralmente, a la violenta formación de partidos políticos) iban conociéndose, saliendo a flote; los factores: personas e intereses creados, que impedían egoístamente la supresión de dichos motivos obstaculizantes, iban también descubriéndose y señalándose enérgicamente. El valladar, pues, a la corriente estrepitosa de anhelos democráticos dejaba escapar por sus agrietados muros, torrentes de vivificador elemento.

Y todo ello gracias al fuerte impulso que le diera el licenciado Urrea. Por eso esperábanse con anhelante ansiedad sus anunciadas revelaciones. Todo mundo, suspenso, estaba pendiente de ellas. Los periódicos matutinos y vespertinos eran todos los días frenéticamente arrebatados de manos de los vendedores, y sus columnas, rápidamente revisadas con el

fin de encontrar en ellas el deseado capítulo de acusaciones contra el limantourismo-cientificismo. Los reeleccionistas, creyendo estólidamente que el licenciado Urrea, por miedo, había desistido de hacerlos, cantaban ante los pacientes y abnegados opositores, jacarandosa victoria. Los tercerones turiferarios de *El Debate* que, cual jauría de canes rabiosos, fueron los que más desgañitáronse pidiendo a los opositores que hicieran CARGOS CONCRETOS al gobierno, éstos al no formularlos y creyendo aquellos que con esto habíanles ya callado y vencido, carcajeábanse escandalosamente, celebrando así su imaginativo cuan ridículo triunfo. También los capitanes del “cientificismo” con su jefe Limantour a la cabeza, conteniéndose el abdomen, desternillábanse de chocarrera y espasmódica risa, al considerarse victoriosos, por no aparecer en los diarios los prometidos CARGOS CONCRETOS, que como trampa lobera ellos mismos pusieron a la oposición. En cuanto al denodado al par que mártir pueblo trabajador, que paulatinamente se había venido compenetrando de la cuestión, y que para entonces encontrábase ya también muy interesado en seguir minuciosamente el curso de los acontecimientos, guardaba la misma augusta e imponente serenidad que es característica en la severa matrona portadora del fiel y la espada que simboliza a la Justicia. Mas en ambos bandos, opuestos, la nerviosidad por la impaciencia de la espera aumentaba a cada instante. El paroxismo, pues, por leer y comentar satisfactoria o iracunda o pasionadamente dicha requisitoria, llegaba al frenesí. Hasta que un día, el 4 de septiembre de 1909, *El Partido Democrático* en su primera plana y con un encabezado a grandes rubros que abarcaba todas sus columnas, publicó el esperado: “Primer capítulo de Cargos Concretos”, causando su lectura en todo el país la fuerte y trascendental sensación que de antemano ya se esperaba.

Débase advertir que como *El Imparcial* fuera el órgano limantourista que más tesoneramente insistiera en que el semanario *El Partido Democrático* publicara los “CARGOS CONCRETOS”, por creer erróneamente que no habría quien se atreviera a formularlos con la energía y pruebas documentales requeridas, tal arrogancia y porfía, fue la que sugirió al autor la idea de tomar al mismo “imparcial” como objetivo de su primer cargo concreto. Y dado que la cuantiosa subvención de 50 mil pesos anuales (equivalente a 200 mil pesos, cuando menos, de nuestra moneda actual), y que 13 largos años jamás su director confesara recibir, constituyera un verdadero despilfarro del tesoro nacional, y también, porque su referido propietario señor licenciado don Rafael Reyes Spíndola fuera una prominente personalidad porfirio-limantourista que se había encumbrado y enriquecido debido a la protección que le impartiera el ministro de Hacienda, así como igualmente fuera de la más pura cepa “científica”, a él, pues, fue enderezado su primer cañonazo.

Dicho notable e histórico artículo, que no reproduzco íntegro por ser muy extenso, en sus párrafos más salientes, que transcribo, decía:

“Recién publicada la carta del señor Limantour, se creyó que ésta era una emboscada para atraer a los incautos escritores independientes al campo de los ataques personales, que estaba monopolizado por los escritores gobiernistas; pero ahora ya nadie duda de que la carta fue escrita en un momento en que el señor Limantour perdió su serenidad, y ha sido considerada como un acto de imprudencia oficial de la que el secretario de Hacienda debe sentirse por demás arrepentido, puesto que no ha vuelto a insistir en que se le precisen cargos.

”La prensa de la casa Reyes Spíndola ha insistido, sin embargo, en que se precisen esos cargos. A primera vista, esa constante provocación en contraste con el silencio del Secretario de Hacienda, es inexplicable; pero viendo claro, se comprende que la actitud de esa prensa no es más que un medio algo paradójico de procurar que nadie se atreva a hablar sobre el punto. Preténdese tal vez que la insistencia en desafiar las explicaciones sería interpretada como una gran confianza en que podrá desvanecerse cualquiera interpretación. De este modo los periódicos oficiosos procuran paliar los efectos de la imprudencia del Secretario de Hacienda, por medio de un atrevido desafío de publicidad. A esto ayuda la creencia general de invulnerabilidad del señor Limantour a quien nadie se atreve a tocar por considerarlo el favorito del General Díaz.

”Yo creo que un escritor sincero no debe retroceder ante ninguna persona, y como autor que soy del artículo que motivó la carta a que me vengo refiriendo, suplico a usted me permita iniciar la serie de cargos concretos por medio de la presente carta.

”En México al efectuarse el triunfo de Tuxtepec, la conservación de la Paz y la conservación del General Díaz en la Presidencia, no fueron más que un problema único.

”El General Díaz para conservar la Paz y conservarse en el Poder, tuvo que usar de la fuerza como medio de reprimir las disidencias, y del favor oficial como medio de conquistar adeptos o de conservarlos. La fuerza o el halago, la muerte o la riqueza: he ahí pues los dos grandes cimientos que constituyen el secreto de la paz porfiriana.

”El General Díaz, es pues, el autor, y único responsable de ese sabio sistema que consiste en usar de los puestos

públicos y de la liberalidad oficial para obligar la gratitud, y por consecuencia, conquistar la sumisión incondicional de las personalidades políticas sobresalientes.

”La llegada del señor Limantour a la Secretaría de Hacienda no puso fin al sistema del General Díaz de utilizar los puestos y favores oficiales para sus fines políticos. El señor Limantour era aún demasiado débil frente al General Díaz y el sistema estaba muy fuertemente arraigado. Si el señor Limantour intentó desarraigarlo o simplemente lo podó, no lo sabemos. El hecho es que el arreglo científico de la Hacienda Pública proporcionó al General Díaz en vez del tosco y rudimentario aparato que había venido usando, un verdadero instrumento de precisión, matemáticamente construido y del cual ha podido seguir sirviéndose para sus fines de la conservación de la paz.

”Si Limantour hubiera cuidado de que las finanzas sólo sirvieran al General Díaz como instrumento político, nadie le habría echado responsabilidades, que eran exclusivamente del Presidente; pero sucedió algo distinto aunque no imprevisto.

”Del antiguo desorden en las rentas y de los favores oficiales, aprovecharon con desprecio grande los viejos mestizos que hasta cierto punto tenían bien ganada la riqueza, después de las duras épocas de prueba. Pero a partir de 1893, comenzó a formarse poco a poco alrededor del Sr. Limantour un grupo de hombres inteligentes y hábiles, que han sabido convertir en su provecho la bonancible situación del país y de las rentas públicas, partiendo siempre del mejor conocimiento de los negocios y de un principio de favorecimiento oficial. Este es el grupo ‘científico’, compuesto en su mayoría de descendientes de extranjeros y de los extranjeros

mismos, y para el cual el General Díaz ha tenido una excesiva complacencia.

”Es claro que cuando he dicho que el grupo científico ha sacado provecho personal para sus unidades de la gestión financiera del Gobierno, no he querido referirme a actos que caigan dentro de la sanción del Código Penal. No es creíble, en efecto, que un grupo ‘científico’ fuera a cometer delitos, pudiendo obtener provechos pecuniarios en una forma estudiadamente legal. Respetando las apariencias y las formas legales, es como el grupo científico ha sacado provecho de la gestión financiera del Sr. Limantour. No hay que esperar un recibo firmado y timbrado como comprobante de cada favor indebidamente obtenido por los científicos, y en muchos casos, ni siquiera un indicio de prueba directa, pero el hecho es que el grupo se ha enriquecido por medio de la ayuda oficial, consciente o inconsciente, por cualquiera de las siguientes formas:

”I. —OBTENIENDO DINERO DE LOS FONDOS PÚBLICOS PARA PROVECHO PERSONAL, CON O SIN PRETEXTO DE UN FIN DE UTILIDAD GENERAL. —SUBVENCIONES, PENSIONES, ETC.

”II. —OBTENIENDO PUESTOS O EMPLEOS PÚBLICOS QUE, POR SU NÚMERO O POR LA LIBERALIDAD DE SUS DOTACIONES, CONSTITUYEN LO QUE SE LLAMA CANONJÍAS.

”III. —CONTRATANDO CON EL GOBIERNO, POR PRECIOS Y EN CONDICIONES TOTALMENTE FAVORABLES AL CONTRATISTA Y PERJUDICIALES A LA HACIENDA PÚBLICA.

”IV. — APROVECHANDO UN PUESTO PÚBLICO, LA INFLUENCIA OFICIAL O LAS RELACIONES CON EL GOBIERNO, EN PROVECHO DE INTERESES O NEGOCIOS PARTICULARES.

”Para nadie es un secreto que estas cuatro formas de convertir la acción del Gobierno o sus fondos en provecho

de un particular, han existido durante la administración del señor Limantour, y, por consiguiente, podría yo ahorrarme el trabajo de ejemplificación. Pero como la prensa limantourista ha atacado mis escritos, no tanto porque desmienta la existencia de los hechos, sino principalmente porque no he mencionado casos concretos, paso a analizar cada uno de los cuatro tipos de favor oficial antes delineados, comenzando por el de más difícil comprobación, que es el primero.

”Afirmo que durante la administración del señor Limantour, y fuera de infinidad de casos de pensiones o subvenciones que dejan huella en el presupuesto, se conceden a particulares, que las emplean en su provecho personal, sumas de dinero de los fondos públicos.

”CASO CONCRETO

”Es público y notorio, y se ha repetido en miles y miles de artículos impresos, que don Rafael Reyes Spíndola recibe un subsidio no menor de \$50 000 anuales para fomento de *El Imparcial*. Don Rafael Reyes Spíndola ha callado durante 13 años y jamás ha negado la especie. Es más, si la negara, apelaría yo a la palabra del señor Limantour para que dijera la verdad, y llego hasta creer que si el señor Limantour me desmintiera con el presupuesto en la mano, nadie le creería a él, que es el Secretario de Hacienda, sino que se me daría la razón a mí bajo mi sola aseveración. Tan profundo así es el convencimiento que existe de la verdad de mi afirmación.

”Los presupuestos anuales de egresos no acusan autorización ninguna para hacer ese gasto, pero precisamente esta circunstancia que dificulta la prueba, es a la vez la demostración de que la Secretaría de Hacienda emplea los fondos

públicos saliéndose de la regla constitucional de que todo gasto debe presupuestarse, y es el mejor indicio de que el Gobierno no tiene confianza en la licitud de ese gasto.

”Porque ¿con qué carácter se paga esa subvención? ¿Como fomento a la Instrucción Pública? Pues cargarla al ramo de Instrucción Pública. ¿Como gasto de política interior? Pues cargarla a Gobernación. ¿Como gasto de guerra? Pues cargarla a Guerra. ¿Como fomento de una industria nueva? Pues cargarla a Fomento o al Ejecutivo o a lo que sea; pero inscribirla en el presupuesto. Eso debe hacer un gobierno honrado. El hecho de ocultar ese gasto o disfrazarlo en vez de confesarlo francamente, es un reconocimiento de culpabilidad de parte de la administración del señor Limantour.

”Se dirá que como gasto extraordinario no necesitaba partida especial. A reserva de distinguir entre gastos extraordinarios y gastos secretos, me basta decir que un gasto que ha venido haciéndose durante trece años con regularidad, no es gasto extraordinario.

”Nadie reprocharía al Gobierno del General Díaz que con toda franqueza abriera una partida de 100.000 pesos anuales para subvención a publicaciones periódicas, y en mi concepto, el hecho de no hacerlo lo expone a mayores críticas. En efecto; presupuestado el gasto, habría más facilidad de discutir su necesidad, su oportunidad o su monto, y sería fácil evitar que ese desembolso se convirtiera en provecho personal de don Rafael Reyes Spíndola, como sucede en la actualidad.

”Voy ahora a demostrar que ese dinero que recibe don Rafael Reyes Spíndola, no lo emplea en el fin para que manifiestamente debería emplearlo, es decir, para fomento de

un periódico semioficial destinado a defender al Gobierno y a vencer y matar económicamente la prensa independiente.

”En efecto, *El Mundo* y *El Imparcial* fueron creados para defensa del Gobierno y para el aniquilamiento de la prensa independiente, y sólo se han dedicado a la defensa y prestigiamento de un grupo político, sin lograr la destrucción de esa prensa: puede afirmarse que los fondos públicos están gastándose inútilmente por lo que se refiere al General Díaz, y en provecho exclusivo del grupo científico.”

Después de lo anteriormente transcrito, pasa el autor, a hacer un minucioso recuento, puntualizándolo con las pruebas que a tal respecto obraban en el Archivo Público de la Propiedad, de todos los bienes adquiridos por el señor Reyes Spíndola durante los trece años de recibir la subvención, siendo el capital primordial de 17.000 pesos con el que únicamente contara al empezar a desarrollar sus actividades periodísticas semioficiales.

“No he querido investigar —continuaba diciendo— la fortuna de Reyes Spíndola por procedimientos dudosos, ni recargarla con suposiciones exageradas. Me he limitado a su fortuna en bienes raíces situados en el Distrito Federal, sin importarme la maquinaria de sus empresas ni sus créditos activos, ni sus acciones en sociedades industriales o mineras, ni sus bienes en Tehuantepec, Cuernavaca o en Oaxaca. Sólo he querido demostrar que la subvención de *El Imparcial*, con los negocios que por la posesión de sus periódicos y su influencia oficial haya podido hacer Reyes Spíndola, han dado lo suficiente para adquirir sólo en bienes raíces, situados en el Distrito Federal, más de medio millón de pesos.

”No quiero decir que esa cantidad haya salido de las arcas de la Nación para pasar a los bolsillos del señor licenciado Reyes Spíndola, pero sí creo que sin la providencial subvención

a sus periódicos y sin las facilidades que esos periódicos le proporcionan, el director de *El Imparcial* no habría logrado acumular esa fortuna. Las pruebas están en el Registro Público de la Propiedad”.

”Resumiendo —continuaba diciendo, ya para terminar—, para concluir este primer capítulo, puede afirmarse que: de la Tesorería de la Federación salen con conocimiento y aprobación del señor Limantour, sumas de dinero que no dejan huella en los presupuestos y que se emplean, parte en hacer una campaña política en favor del grupo científico, y parte en enriquecer al director periodístico de esa campaña. El señor Limantour no hace nada por evitar esto.

”Por lo tanto, PUEDO AFIRMAR, COMO AFIRMO, QUE EL GRUPO CIENTÍFICO SACA PROVECHO PERSONAL DE LA GESTIÓN FINANCIERA DEL SEÑOR LIMANTOUR.”

El estupor de sorpresa que las anteriores contundentes afirmaciones causaron en todas las clases sociales del país, fue sencillamente aplastante.

En todos los círculos independientes comentábanse entusiásticamente, prodigándole al licenciado Urrea frases muy elogiosas por su viril actitud al denunciar públicamente, con pruebas irrefutables, el caso insólito del subsidio a *El Imparcial*. Pues aunque el asunto, según “la voz de la calle” ya era sabido desde hacía muchos años, nadie se había personalmente atrevido a convertirlo en acusación pública de faltas oficiales, o sea de malversación de fondos del tesoro nacional. El gobierno había dejado correr desenfadadamente durante 13 años tal versión sin importarle nada el parecer condenatorio de sus gobernados. ¿Para qué? ¿No era acaso demasiado fuerte para acallar cualquier protesta por justa

que ésta fuera? Sobre todo, ¿de cuándo acá estaba, él, que constituía una oligarquía, obligado a dar cuenta de sus actos? ¿No todos sabían que obraba no como un gobierno constitucional sino como una férrea y estrangulante dictadura? Si así era, entonces ¿por qué tantos aspavientos con lo de la subvención?

Sin embargo, muy a pesar de estas consideraciones que a sí mismo se hacía, algo así como para desagraviar su conciencia, mucho le pudo el que semejante cargo, que no esperaba, se hubiera hecho público, y más aún en la forma severamente expuesta y apoyado en las pruebas incontrovertibles que se emplearon. Tanto así, que inmediatamente los periódicos asalariados del licenciado Reyes Spíndola, quien era el que se sentía más ofendido y el que si bien no negó el cargo tampoco dijo a cuánto ascendía la subvención anualmente, abrieron la llave de sus esclusas para dejar caer sobre el licenciado Urrea una catarata de cieno corrupto de denuestos e injurias.

El Debate, que como se sabe era el órgano del corralismo, publicó unas caricaturas terriblemente sangrientas alusivas al general Bernardo Reyes por creerlo el inspirador (de lo que estaba muy lejos) de dichos cargos concretos.

Todo esto dio origen a que tanto la prensa opositora como los elementos inconformes tuvieran entonces un motivo más en que fundar sus críticas al gobierno, enderezando incontinenti contra éste y sus órganos oficiosos tal cúmulo de ellas, que los oradores de los partidos independientes en sus asambleas que periódicamente verificaban no hacían más que repetir las y agregarles algo de su cosecha para con ello obtener el más cálido aplauso de las multitudes, que, como se comprenderá, equivalía a la más rotunda protesta tanto en contra de los procedimientos administrativos como de sus paniaguados y malhadados periódicos.

A la impaciencia, pues, de la espera por conocer el anunciado primer “Capítulo de Cargos Concretos” al éste conocerse, sucedió la más franca alegría de optimismo en el espíritu colectivo, porque entonces ya nadie dudó de que la causa de sus reivindicaciones populares comenzaba a afirmarse: la luz de un nuevo sol, el sol esplendente de la libertad, empezaba a ahuyentar las tinieblas del sombrío medioevo porfirista.

Los clubes independientes recién establecidos empezáronse terriblemente a agitar, dándose prisa en fundar hasta en las barriadas muy apartadas, a modo de guerrillas, pequeños organismos políticos cuyas asambleas veíanse pletóricas de alborozados concurrentes.

El entusiasmo por participar en la contienda democrática, que a grandes pasos se acercaba y que a no dudar auguraba ser muy reñida, aumentaba a cada instante. El reyismo, que sin ostentar ningún programa de gobierno ni tampoco la más elemental promesa de reforma administrativa ya que nada más pugnaba porque su caudillo, el general Bernardo Reyes (ya más adelante veremos cómo se comportó con sus partidarios) ocupara la vicepresidencia de la República, estaba en todo su apogeo, viéndose en casi todas las solapas el simbólico clavel rojo como distintivo de correligionarismo.

Los antirreeleccionistas, que también ya empezaban a intensificar sus trabajos de organización muy especialmente la de clubes foráneos, por medio de sus oradores, en las asambleas que verificaban estaban dando a conocer, en esbozo, los postulados políticos y sociales que en un futuro próximo integrarían su programa ideológico y gubernamental.

El “Círculo de Amigos del General Díaz” (integrado por elementos pertenecientes al alto clero, así como terratenientes, grandes industriales, banqueros, burócrata-burgueses,

militar-burgueses, comerciantes acaudalados, rentistas, propietarios, extranjeros enriquecidos, profesionistas ambiciosos, etc., dirigido por el coronel y senador Antonio Tovar), que a todo trance quería que don Porfirio continuara en el poder, no cesaba de hacer una propaganda asaz páfida y malévolá similar a la de los corralistas, la que más adelante se verá, entre los elementos anticontinuistas a fin de malograr sus propósitos, sin conseguirlo a la postre, de que efectuaran un cambio administrativo.

También los corralistas, tan odiados y vituperados por el pueblo, persiguiendo los mismos fines que los anteriores, pero para el solo objeto de que don Ramón Corral a quien consideraban el heredero en el poder del general Díaz, es decir, el delfín, continuara ocupando la vicepresidencia, efectuaban entre los reyistas, demócratas, antirreeleccionistas y demás inconformes, una activa campaña de persecuciones y venganzas, puesto que por verdaderas insignificancias, como son las infracciones cometidas a los reglamentos de policía o faltas demasiado leves eran conducidos a las comisarías y de ahí al cuartel del 24 batallón (ubicado en la antigua calle de San Ildefonso), consignados al servicio de las armas.

Tal situación, que entonces empezaba a degenerar en anomalía, trajo consigo el que apareciera en el escenario político nacional el descastado y repugnante tipo del más estólido servilismo y que al correr de los años, encanallándose aún más, convirtiéndose en el despreciable “guardaespaldas”, en el siniestro “pistolero”, dispuesto a matar traicioneramente al menor gesto de indicación de su cobarde amo, el político, amparado por la influencia oficial de éste.

A ese espécimen malvado pertenecía el coronel Ramón Castro “el Patotas”, jefe de la Policía Montada. Este hombre vil, acuciado por sus malos instintos de hacer méritos ante el

porfirio-limantourismo, que lo estimulaba y protegía, efectuaba, seguido de una caterva de esbirros, en las cercanías de los clubes independientes, sendas razias de ciudadanos, los que consignados al cuartel de reemplazos eran filiados como soldados y enviados inmediatamente a la campaña del Yaqui o a los tétricos páramos del territorio de Quintana Roo.

Como los ánimos empezaban a caldearse y consiguientemente por ello las pasiones políticas a exacerbarse debido, más que a todo, a los efectos producidos por los tremendos artículos del licenciado Urrea, el general Díaz ante semejante situación, que según el agitado ambiente que se respiraba amenazaba intensificarse todavía más, ya no pudo contenerse y llamando a sus ministros, o al menos a los de su mayor intimidad, expúsoles su deseo de que se hablara clara y categóricamente, acerca de lo que pensaba con respecto a su séptima reelección.

El ministro de Hacienda, que era el hombre de todas las confianzas y el que gozara de mayor posición política y asimismo fuera el jefe del grupo “científico”, tocábale no solamente hablar claro sino presentar el plan a seguir en forma decisiva, firme, sin vacilaciones ni reparos, y así lo hizo: “El señor general Díaz —dijo ante sus colegas que nerviosamente inquietos y con la respiración anhelante por saber en qué pararía semejante cónclave, ponían oídos para no perder ni una sola palabra de lo que ahí iba a decirse—, continuará en la presidencia, será reelecto, apoyado por todos los elementos que le son adictos entre los cuales y en primera línea tengo el honor de encontrarme yo”.

A lo que todos con un violento esquilazo de cabeza contra el pecho, subrayaron su asentimiento y confirmaron su adhesión.

Entonces el ministro de Gobernación, don Ramón Corral, de acuerdo con sus maneras y ademanes rudos y su voz bronca y cerril en él características, comenzó diciendo: “Habiendo

cumplido con mi deber de llenar el puesto de vicepresidente en el periodo que está feneciendo, no quiero ser reelecto. El señor general Díaz —continuó con voz ya un poco suave y actitud también un poco más reposada, después de haber hecho una ligera pausa— debe fijarse en alguna otra persona, ya sea en el señor Limantour o en el señor Molina o en cualquiera otra de las personas presentes”. Aquí volvió a detenerse: después de reflexionar y ordenar su pensamiento, tomando aliento, continuó con voz sorda y apagada arrastrando trabajosamente las sílabas: “No, ya no puedo. Me siento enfermo, muy enfermo...”

El ministro de Hacienda al escuchar su postulación, creyó necesario declinarla con significativos y violentos movimientos negativos de cabeza, a tiempo que sus labios, ligeramente entreabríanse, dejando esbozar una sonrisa.

El ministro Molina, repitiendo los mismos signos negativos del señor Limantour, añadió, tímidamente, el ofrecimiento de someterse en todo caso a la omnímoda decisión del dictador. En cuanto a éste, que erguido y en actitud hierática como monolito presidía tal cónclave, con aquella su voz opaca y cavernosa, es decir, sin las sonoras vibraciones metálicas semejantes al toque de trompeta guerrera que en otros tiempos tuviera, haciendo alusión a su viejo sistema gubernativo e invocando el principio que normara su dilatada carrera política, dijo, mejor dicho, exclamó de una manera cortante, enfática e imperiosamente autoritaria, centelleándole la mirada: “¡Si mi reelección es conveniente y legítima, así también es la del vicepresidente Corral!” A lo cual, todos con una severa y ceremoniosa inclinación de busto, como impulsados por un oculto resorte, sin aventurar la más ligera objeción, rubricaron tal declaración que dio fin a la pequeña asamblea.

El general Díaz había salido una vez más triunfante al imponer su voluntad y esto alarmó grandemente a los “científi-

cos”, porque, según ellos, ese no era el camino a seguir. Había llegado el momento en que se le tenía que hacer ver al César que era forzosamente necesario hacerle algunas modificaciones a su sistema gubernativo de acuerdo ya con la nueva situación creada desde la entrevista Díaz-Creelman hasta la agitación suscitada por los terribles panfletos del licenciado Urrea, y si no accedía entonces romper con él. Para llegar a esta conclusión, celebráronse algunas juntas entre ellos, de tal modo, que cuando ya creyeron tener perfectamente unificado su criterio, entonces verificaron, previa convocatoria, una nueva reunión, semejante a la anterior, presidida esta vez también por el general Díaz.

Abiertos los debates y encauzada la discusión en el sentido de hacer, en vista de la situación prevaleciente, algunas modificaciones de carácter político-administrativas, así se acordó, aprobándose al efecto el cambio de varios gobernadores, la reorganización del gabinete, y además, hacer algunas concesiones a la opinión pública. En cuanto a la reelección del vicepresidente que volvió a presentarse para su reconsideración, el general Díaz, aferrándose a su idea primordial, insistió nuevamente en que si a él se le reelegía también debía hacerse lo mismo con el señor Corral. Lo que, como la vez anterior, así se aprobó.

Como se ve, el grupo “científico” subordinándose al general Díaz con ese convenio torpe, impolítico y suicida, no solamente apechugó con el testarudo capricho de éste, sino lo que es peor, ligó definitivamente su suerte, que era la del organismo más fuerte y coherente (dados los elementos sociales y políticos que lo integraban y que por entonces eran los de más valía en el país) con la vacilante y caduca del propio dictador.



CAPÍTULO VI

EL BANQUETE DEL JOCKEY CLUB



*Lo que aún no se explica después de 34 años. — Soles pálidos. —
 Apetito de mando y riquezas. — Enorme error. — ¿Lealtad?,
 ¿ambición?— El Jockey Club. — Cosas del coñac y el cham-
 paña. — Oratoria burocrática. — La política hacendaría del
 licenciado Limantour. — “Iremos con el general Díaz hasta
 la ignominia”. — La contextura moral del “cientificismo”. —
 Voces sacristanescas. — Obligadas cómplices. — La vendetta
 de la acústica. — Un anticipo de lo que había de verse en 1916.
 — Siniestro batir de alas. — Los aprensivos. — Política a la
 mexicana. — Inapelable veredicto de la Historia. — En vez de
 hijos de leona, de liebre. — Un anagrama. — El ministro de la
 mastodóntica figura. — La rueda del tiempo, acelera su giro.
 — El “ah! ça, ça ira, ça, ça ira”, los aristócratas a la linterna
 y la Casa del Obrero. — Terrible visión de maleficio.*



En los tiempos actuales y a la distancia de más de 35 años, cuando ya el agrio fermento de las pasiones políticas que padeciéramos entonces, aquel fermento agitadísimo que, como un terrible malastrom nos volviera ciegamente intransigentes y asimismo crueles e ingratos, se ha, afortunadamente, apaciguado, hácenos todavía difícilmente comprender cómo es que un grupo de hombres de tan esclarecido talento como a no dudar lo eran el licenciado Don Rosendo Pineda (llamado por el licenciado Limantour y por los mismos suyos en honor a su sapiencia: “Eje de Diamante”); el licenciado Joaquín D. Casasús, magnífico traductor de los griegos; el licenciado don Justo Sierra, exquisito poeta y sabio maestro, fundador de la Universidad Nacional; los licenciados Miguel y Pablo Macedo, notabilísimos jurisperitos; el ingeniero don Francisco Bul-

nes, ilustre sociólogo, notable crítico historiográfico, orador elocuentísimo; don Enrique Creel, diplomático y financiero; el licenciado don José Ives Limantour, hacendista de justo mérito y bien ganado prestigio; don Fernando Pimentel y Fagoaga; don Guillermo Obregón (*sénior*); don Francisco S. Carbajal (quien años más tarde fuera presidente provisional de la República, y los no menos talentosos y cultos, señores: don Roberto Núñez, don Rafael Chousal, don Sebastián Camacho, don José Castellot, don Emilio Rabasa, don Pablo Escandón, don Manuel Sierra Méndez, don Manuel de Zamacona e Inclán, don Tomás Mancera, don Rafael Donde, don Guillermo de Landa y Escandón, don Serapio Fernández, don Alberto Terrazas, don Ernesto Madero, don Francisco Madero (*sénior*), don Manuel Cuesta Gallardo, don Tomás McManus, don Carlos Díaz Dufoo, don Ignacio de la Barra, don Ramón Mena, don Ezequiel A. Chávez, don Genaro García, don Emilio Valenzuela, etc., etc., no hayan comprendido la imposibilidad de continuar caminando sobre una ruta que tenía atravesados muchos y muy grandes obstáculos que impedían a cada instante el paso, obstáculos que no eran otros sino los sentimientos populares terriblemente hostiles al régimen dictatorial del general Díaz.

Esto solamente se explica si se supone, y nada más fútil suposición, que todos aquellos hombres que encontrábanse en el tramonto de su existencia, sólo eran ya soles pálidos que después de haber brillado gloriosamente en las regiones ultracelestes de la ciencia, hundíanse en el gris y frío atarceder de su carrera sin que los envolviera piadosamente en su puesta, a guisa de mortaja, el tul impalpable de un esplendente crepúsculo. Acostumbrados a la vida palaciega de hipocresía, falsedad, intrigas, envidias e inquietudes; al manejo de los grandes y lucrativos negocios; a la tormentosa

política de Estado; a disponer, como favoritos y consentidos que eran, empleos y gajes gubernamentales; a escuchar constantemente encarameladas frases de adulación. Aturdidos en tan efervescente vorágine de ambiciones y en tan tremendo apetito de mando y riquezas, era imposible que oyeran al par que los quejidos de angustia de un pueblo cansado de debatirse entre los acerados grilletes de la esclavitud que comenzaba a rugir colérica y siniestramente, como las fieras selváticas cuando son cogidas en trampa y quieren recobrar su libertad, la voz de la conciencia colectiva previniéndoles no cometer el enorme error de vincular su destino con el agónico de don Porfirio.

Y sin embargo, así fue. Tiempo más tarde, seguramente lo han de haber comprendido y quizás lamentando; pero ya para entonces era demasiado tarde. ¿Por qué lo hicieron? No caben otras suposiciones que hacer más que éstas: por lealtad o bien por ambición de seguir medrando. A él le debían todo lo que eran. Y si él como el mejor timonel que era, por audaz y experimentado, zozobraba en la borrasca, ellos abnegada y valientemente se hundirían con él.

Y para celebrar esta alianza y también para que todo el mundo se percatara de ella, decidieron efectuar un gran banquete (al cual concurrirían absolutamente todos ellos) a fin de que pasándose lista de presentes, se pudiera saber con quiénes se contaba y a la vez podríase formar el cuerpo de ejército intelectual no sólo para resistir la carga, sino lo que es más, para combatir y tomar resuelta y enérgicamente la iniciativa de ataque.

Al comelitón asistieron pues todos ellos. Éste se efectuó en la hermosa mansión colonial conocida por la “Casa de los Azulejos”, situada en la entonces primera calle de Puente de San Francisco. Dicho palacio estaba ocupado por el Jockey

Club, que era una asociación “recreativa” integrada por la burguesía oficial burocrática, o sea, los altos funcionarios públicos tales como secretarios y subsecretarios de Estado, ministros de la Suprema Corte de Justicia, senadores, etc., junto con la burguesía aristocrática integrada por banqueros, propietarios de minas, dueños de fincas, ricos hacendados, etc., etc., quienes lo tenían convertido en casino para efectuar en él tanto sus pantagruélicos festines y reuniones, siempre seguidas de escandalosas orgías y crápulas, como sus partidas de baccarat, albures y bailes.

A dicho casino que estaba decorado, alfombrado y amueblado regiamente; que además de tener para su cantina una bien provista bodega de excelentes y añejos vinos y contener para su servicio de restaurant una repleta despensa de exquisitas viandas, así como para solaz de sus socios una costosísima y bien seleccionada biblioteca; salones de billares y de baile; pianos y preciosos cuadros pictóricos; gigantescos espejos murales y monumentales candiles, y también una multitud de objetos de arte diseminados por todos sus inmensos salones y habitaciones, fueron llegando irreprochablemente trajeados, enjoyados y hasta perfumados los comensales, los “científicos”. Sus adustos semblantes siempre graves y sombríos no parecían manifestar preocupación alguna por el trascendental paso que como apoteosis del reciente acuerdo que tuvieran, iban presto a verificar. Al contrario, al saludarse parsimoniosamente con solemnes y prosopopéyicas inclinaciones de busto y afectuosos apretones de manos, sus pálidos, rugosos y envejecidos semblantes, fugazmente animábanse distendiéndose en alegres sonrisas.

Después del consabido cambio de saludos, del ofrecimiento de tabaco y del ligero comentario acerca de la si-

tuación reinante, como preludio del inevitable cambio de impresiones que seguiría, fueron ocupando sus lugares alrededor de las grandes mesas del festín, cargadas de ricos y soculentos caldos y potajes, en medio de entusiasta algarabía.

La plana mayor del “cientificismo” posponiendo, seguramente por perseguir ulteriores propósitos, a su “Eje de Diamante” don Rosendo Pineda, rodeaba al licenciado don Pablo Macedo designado en esta ocasión para presidir el conciliábulo-comelitón.

Los platillos sucedíanse unos a otros siendo animado el escanciamiento de los vinos.

Al verlos, aunque no fuera más que por un instante, creeríase que todos experimentaban la necesidad de calmar la sed, la sed nerviosa y afiebrada que sentían. Sus rostros cetrinos de sempiterna palidez lechosa, ajados por las ambiciones y avaricias que en su interior tempestuosamente se agitaban, coloreábanse a la acción embriagante del coñac y del champaña, a la vez que sus taciturnas y apagadas pupilas rebrillábanles fosforescentemente. No parecía sino que un funesto y mortal presentimiento por el porvenir, que emboscado entre las revueltas de su destino les aguardaba, embargábales su ánimo, queriéndolo apaciguar a fuerza de aturdirse y embotarse con libaciones.

El ajetreo de innúmeros criados que como enjambre giraba alrededor de ellos apresurándose servilmente a llenar las copas vacías que dejaban era inaudito, de mareo.

La alegría, esa falsa alegría jacarandosa e híbrida, por artificial e hipócrita, que se despierta en los festines burocrático-políticos, manifestábase en casi todos los semblantes.

Los *speechs* a grandes voces de grupo a grupo solidarizándose con la política implantada por el general Díaz, menudeaban.

La verbosidad fanfarrona, aduladora y cínica de los políticos en los banquetes, ofreciendo todo su incondicional pero a la vez calculado apoyo al jefe del partido, que en este caso lo era el licenciado Limantour, desbordábase mutua y regocijadamente entre ellos.

La vieja y ridícula cuan vulgar e incumplida promesa a propósito para significarse en tales reuniones —muy usada años después por los innúmeros politicastos aprovechados del movimiento revolucionario— de “derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de sus caudillos e ideales”, salió a relucir, estereotipándose en todos los labios.

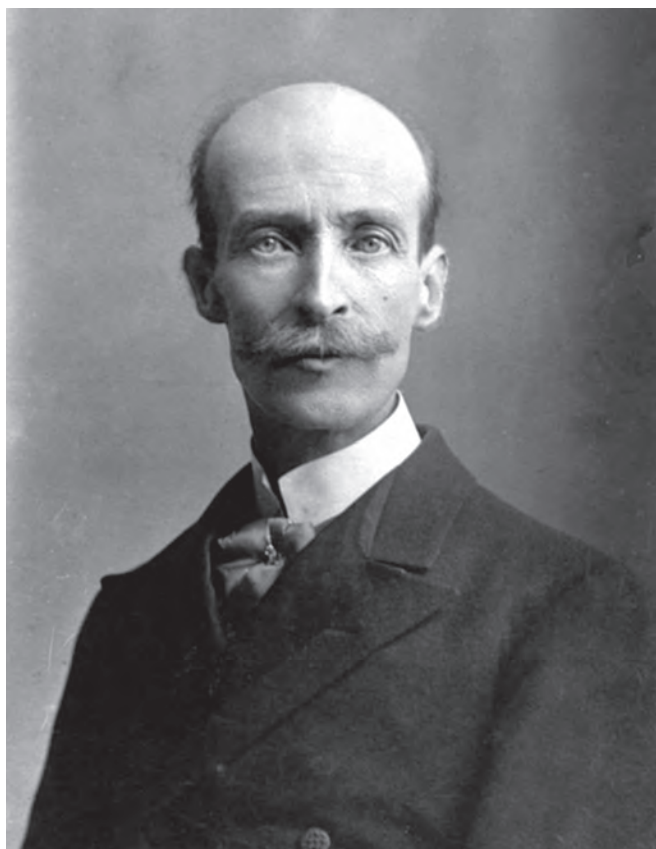
Repentinamente alguien pidió a grandes voces que el barullo cesara, que se hiciera el silencio porque el licenciado Macedo, que presidía el festín, iba a hablar.

En efecto, el aludido puesto de pie hizo señas a fin de que todos lo escucharan.

“Señores —empezó diciendo, después de carraspear limpiándose así la garganta—, ha llegado el momento de que hagamos una declaración franca y categórica referente a nuestra actitud como leales partidarios y sinceros colaboradores que somos de la sabia política implantada en el país por el señor general Díaz durante todo su brillante periodo de gobierno, y por mi modesto conducto en estos solemnes momentos, la vamos a hacer. Sí, señores, la vamos a hacer.

”Comienzo por declarar con todo el énfasis posible, en mi propio nombre y en el de todos vosotros, que para ello me habéis facultado, que: puesto que al señor general Díaz se le debe la paz y el progreso interior de que felizmente gozamos, así como el prestigio y el respeto que ante las demás naciones del universo tenemos como país libre desde hace muchos años, nos consideramos obligados como buenos mexicanos y leales amigos y partidarios que somos de él, a

apoyarlo decidida y resueltamente como nuestro candidato a la presidencia de la República en el próximo sexenio electoral. En las mismas anteriores condiciones de lealtad y solidaridad apoyamos también para ocupar la Vicepresidencia de la República, al ilustre ciudadano Ramón Corral.”



Señor licenciado Pablo Macedo.

Después de hacer el orador tan contundentes afirmaciones, las que inmediata y arrebatadoramente fueron ratificadas por el auditorio con cálidos y nutridos aplausos y exclamaciones

de desbordante entusiasmo que duraron algunos minutos, manifestó que iba en seguida a exponer con toda franqueza los puntos que abarcaba el programa del grupo “científico”. Dichos puntos que para tal efecto llevaba escritos y a los que dio lectura, no eran otros sino los ya anteriormente acordados en las recientes juntas que para ponerse de acuerdo tuvieron con el general Díaz, y los cuales ya se han dado a conocer más atrás y por lo mismo omito volver a repetir.

Al terminar la lectura de los mencionados puntos resolutivos que por lo visto conjuntamente constituían el programa “científico”, ya que no se conoció ningún otro, pasó a referirse a los ataques que al licenciado Limantour, su jefe, se le hacían, diciendo que éste jamás había pedido la cartera de Hacienda, la que nunca ha necesitado para poder valer. Si desempeña esa importante secretaría de Estado, es porque el señor presidente de la República se la ha encomendado teniendo únicamente en cuenta su amplia preparación, su sapiencia, su patriotismo y su gran conocimiento de las finanzas. Todos aquellos que critican al señor Limantour, no hacen más que atacar solapada y cobardemente al señor presidente de la República que es quien lo nombró y sostiene en su cargo.

“Pues qué, señores, ¿el nombramiento de los ministros que integran el gabinete, no es acaso un derecho potestativo del Primer Magistrado?

”Si es así, entonces ¿por qué esta designación no se le critica directamente al señor presidente que es el que la hizo?

”¿por qué no se eleva la puntería?

”¿por qué no se declaran enemigos francos del señor general Díaz?

”¡Porque son cobardes!

”¿Qué, ignoran que el señor Limantour no hace más que seguir la política financiera que le traza el señor presidente?”

”Y ¿a dónde ha llevado al país la administración hacendaria del señor Limantour?”

”Todo mundo sabe, menos sus gratuitos enemigos que en la actualidad existe en las cajas de la Tesorería, después de estar cubierto el Presupuesto, un superávit de 60 millones de pesos.

”Que recuerden que la bancarrota de la hacienda pública cuando él se hizo cargo del Ministerio, era palmaria, tanto así, que los ingresos no alcanzaban ni para cubrir los raquícos sueldos de los empleados. Entonces no había ni siquiera nivelación en los presupuestos.

”Por eso, porque conocemos el valor que tiene la personalidad del señor Limantour, estamos con él como también lo estamos de una manera que no admite duda con el señor general Díaz, presidente de la República, con quien llegado el caso iremos con él a donde el destino lo depare así, si es preciso, hasta la ignominia.”

El silencio que imperaba en el gran salón-comedor al terminar este periodo de su discurso, que había de servir de prueba para confirmar la pésima contextura moral del “cientificismo”, era grave y solemne.

El discurso llevábalo escrito y su estilo de lectura semejante al tedioso y monótono curialesco empleado en las actuaciones judiciales, era soporífero, puesto que a los párrafos no les imprimía el indispensable matiz —inflexiones de voz— requerido. Su acento sordo, cascado y casi lúgubre ya por el avance de la senectud, aunque un poco animado por la fugaz acción de los cordiales, no despertaba en aquel espacioso cuan lujoso recinto, ningunos ecos. Diríase que aquellas estancias ricamente equipadas, acostumbradas a es-

cuchar las voces apagadas, sacristanescas de los palaciegos aristócratas que ahí se reunían ora para tramar sus intrigas amorosas o políticas, ora para organizar sus orgías y crápulas como una represalia al desenfreno de que eran mudas testigos, obligadas cómplices, guardaban avara y pacientemente su brillante y sin par acústica para cuando años más tarde, en 1916, en que las falanges de trabajadores de la Casa del Obrero que integraron los Batallones Rojos que victoriosamente llegaron a la capital después de cruenta lucha en la cual vencieran en el Bajío a las huestes aguerridas del valiente y audaz general Francisco Villa ocuparan tal residencia e hicieran de ella su cuartel general, devolvieran en ecos sonoros y vibrantes que tempestuosamente repercutieran en todos los ámbitos del edificio, las fogosas catilinarias, impregnadas de ardiente ideal libertario que ahí enérgica y virilmente, en un delirio de entusiasmo, en una embriaguez de pasional amor por la Revolución, se pronunciaran contra la burguesía, el militarismo, el clero y los prejuicios sociales.

El orador, visiblemente fatigado por el esfuerzo hecho, después de guardar unos momentos de reposo, mientras duraba el prolongado aplauso que le prodigaran sus oyentes por su impresionante cuan atrevida declaración, reanudó su cortísimo discurso:

“Termino, señores —dijo—, dando a ustedes mi sincero agradecimiento por la gentileza de haberme escuchado y también por el honor de apoyar mis conceptos. Deseo que nuestros vínculos de correligionarios y amistad se estrechen más firmemente desde este memorable día, para bien de la patria.”

Las últimas palabras casi no se escucharon por el ensordecedor aplauso que a continuación estalló, aplauso que hizo volver en sí, como si despertaran de un pesado sueño, a mu-

chos comensales que aprehensivamente al oír la sensacional afirmación, que a todos comprometía, de ir con el general Díaz si era preciso hasta la ignominia, contrajeron nerviosamente su semblante quedándose profundamente pensativos.

Es que la frase, cual siniestro y anonadador batir de alas de aves nocturnas comenzó a vibrar y a repercutir en sus oídos como un funesto y fatal augurio.

De esos aprehensivos uno de ellos era el licenciado don Ramón Prida (excelente penalista y erudito escritor e historiográfico), quien con la palidez en su contraído semblante aperlado de sudor, no sólo fijaba su mirada vacilante e interrogativa a través de los gruesos cristales de sus lentes en cada uno de sus colegas que radiantes de entusiasmo se encontraban cerca del orador, sino que hurgando con el pulgar e índice de su mano derecha en las fosas nasales, arrancándose desesperadamente a tirones los pelos que podía asir sin importarle el punzante dolor que tal acto debía producirle.

Otro de los aprehensivos lo era don Genaro García (bibliógrafo e historiador notable), el que gravemente preocupado, con la mirada pertinazmente clavada en el mantel, su rostro rojizo semicongestionado, así como la respiración penosamente fatigada, entreteníase febrilmente, como para desviar de su mente una penosa angustia, en destrozar, casi hasta pulverizar, con manos trémulas, los restos de pan que diseminados se encontraban a su alcance.

También el licenciado don Emilio Rabasa (jurisconsulto de prestigio, brillante periodista y excelente novelista, que con el pseudónimo de Sancho Polo es conocido en nuestra literatura), formaba parte del grupo de los aprehensivos. Dándole a su cigarro fuertes y seguidas aspiraciones y expeliendo con grandes bocanadas que formaban espesas nubes de humo, a tiempo que febrilmente tiraba de sus largos bi-

gotes y columpiaba nerviosamente su pierna derecha montada sobre la izquierda, su mirada taciturna e irresoluta, fiel reflejo de su ánimo conturbado, fijábase ora en el decorado artístico del artesonado, ora en los rostros excitados de los circunstantes.

El doctor don Porfirio Parra (famoso facultativo, distinguido pedagogo, hombre de ciencia y autor de un voluminoso tratado de lógica y de una exquisita novela costumbrista titulada *Pacotillas*), gesticulando rápidamente cual si estuviera encandilado, abría y cerraba sus irritados párpados. Desconcertado, cuando presto se jaloneaba sus grises mostachos, se rascaba impaciente la cabeza y orejas. Sus facciones semialteradas dábanle una expresión de estupor y enfado. Su mano izquierda, inquieta, porfiada, al parecer, por desprender un botón de su chaleco. Sin poner ya más atención, desde que oyera la frase que a todos vinculaba pronunciada por el orador, ni a la actitud que a este respecto guardaban sus demás compañeros, sólo ocupábase de hacer de cuando en cuando, a fin de refrescar sus reseca fauces, buchecitos de champaña, los que después de retenerlos unos breves momentos, impulsábalos hacia su interior.

El licenciado don Esteban Maqueo Castellanos, que era uno de los “perros mudos” del Congreso, dado que era senador, no obstante que estaba acostumbrado a escuchar las insípidas y tediosas peroratas de sus colegas y por eso mismo a dormir y roncar sobre el pupitre de su curul, en esta ocasión, altamente desconcertado por la inaudita declaración-promesa desprendida de labios del licenciado Macedo, empezó a mover tan rápida y vertiginosamente sus ojos y a temblarle los labios, que no parecía sino que era un poseído místico o que iba a sufrir algún colapso. Sus largas, huesudas y crispadas manos de sarmentosos dedos se abrían al espacio como queriendo

asirse de algo que imaginariamente veía. Sus descomunales orejas, enrojecidas, más que por la acción de las libaciones, por restregárselas y golpeárselas áspera y seguidamente como si en derredor de ellas revoloteara una nube de voraces, zumbantes y molestos moscos tierracalenteños, estaban próximas a sangrar. Dábase, además, fuertes palmadas en la frente como queriendo ahuyentar con ello torturador y mortal presagio.

En algunos otros sin llegar a exteriorizar tan extrañas anormalidades, su mirada sin expresión ni brillantez, no sólo era triste sino profundamente melancólica, diríase agorera de algo desconcertante o funesto. Su aparente alegría a las claras comprendíase que no era el resultado de las libaciones, sino la imperiosa necesidad de fingir para ponerse a tono con el ambiente. Pues qué, ¿no es la política y muy particularmente en México, el arte de bien simular?

Mas tan extrañas como anormales y, aun puede asegurarse, ridículas manifestaciones ¿no serían causadas por efecto de la repulsión moral que los aludidos sentían por su obligada complicidad en coadyuvar a tan punible farsa? O, ¿constituirían tal vez los síntomas de remordimiento cívicos por precipitar al pueblo, con su complicidad, a sufrir un cruento y doloroso calvario de vicisitudes y penas que indudablemente preveían iba a suceder? O ¿sería que el sentimiento angustiado de la patria, sentimiento que todos llevamos dentro, cansado de sufrir tan larga como cruenta dictadura, desprendiéndose misteriosamente de sus corazones subía hasta sus oídos anunciándoles: que si lo llevaban a efecto, entonces temieran el veredicto condenatorio e inapenable de la Historia por su vil comportamiento? O era que, como si una concesión que el destino piadosamente les otorgaba, ¿escuchaban allá en la lejanía futura del tiempo, los acres apóstrofes y

maldiciones, a ellos dirigidos, de todos los irridentos de pan y libertad que clamaban justicia?

Resultaría superfluo, hoy después de más de 35 años, contestar en cualquier forma ya sea romántica, filosófica o sentimental, estas interrogaciones; porque el tiempo, los hechos, la experiencia y los desengaños ya se han encargado superabundantemente de hacerlo.

Mas, continuando nuestro verídico relato, debemos decir que no todos encontrábase en las anteriores circunstancias de ánimo, pues la mayor parte entregáronse, luego que el licenciado Macedo terminó su discurso, tanto en enfrascarse en un animado parloteo de comentarios acerca de lo que se acababa de declarar, entremezclado con libaciones, y explosiones de entusiasmo y de patentizar su solidaridad política al régimen imperante, como a un exaltado alborozo por el feliz éxito obtenido con la celebración del banquete.

“¡Vamos a ver que dicen ahora de ésto esos tunantes opositoristas!”, exclamaban unos pavoneándose de orgullo y satisfacción.

“¡Pobres, desgraciados —contestaban otros—, están locos; da risa y lástima con ellos!”

“¿Conque el pueblo ya está apto para la democracia, no?; ¡imbéciles, estúpidos, qué saben de eso!”, reponían los más, inflexionando la voz maligna y sarcásticamente.

Pocos momentos después, la sobremesa estaba en todo su apogeo.

La conversación en los grupos que se formaron era disímbola, ya que mientras en unos se continuaba hablando de política, en otros se abordaban temas diversos.

El champaña y el coñac ayudaban eficazmente a sostener y alegrar los ánimos.

Llegaba la hora característica en los banquetes burocrático-políticos —que son los más detestablemente cargantes en nuestro miserable medio social— en que los comensales, simulando sentirse impulsados por un incontenible deseo de manifestar su adhesión más que a la causa al presunto caudillo o candidato, empiezan por darle vuelo a tan ingrata tarea, empleando para ello su acostumbrada y pedestre verborrea de relumbrón y servilismo. En esta ocasión no podía faltar tal costumbre. Así es que tan presto como estentóreamente unos afirmaban estar dispuestos a ofrendar su vida en holocausto de los principios proclamados (que en este caso no había ningunos), otros, en idéntica forma que los anteriores, interrumpidos por asmáticos golpes de hipo vinoso, declaraban ser de los primeros en sacrificarse yendo a las trincheras antes que traicionar a sus candidatos. No faltando tampoco entre estos arlequines, los que afirmarían con toda desfachatez, comerse crudos o en salmuera a los enemigos de sus caudillos. En fin, todos ellos consideráronse tan valientes que no parecía sino que creíanse haber sido concebidos en la matriz de una leona: aunque más tarde, cuando llegó la hora del peligro ¡adiós promesas y fanfarronadas!, pues entonces resultaron ser hijos legítimos de liebre.

Y así de grupo en grupo se estableció una almoneda en la que cada cual elevaba los puntos de sus promesas.

Y en tan vulgar y triste tarea —indigna del talento, cultura y posición social que poseían— ufanamente se encontraban, cuando repentinamente un rumor empezó a circular vertiginosamente, como corriente eléctrica, entre todos los invitados. Dicho rumor era el siguiente: el nombre de “Lic. Blas Urrea” sólo era un anagrama que ocultaba el verdadero patronímico del autor de los terribles artículos que tanto mal, según ellos, les había hecho y continuaba haciendo.

Este se llamaba Luis Cabrera, que muy pocos de ellos conocían, y efectivamente era abogado.

“¡Conque Luis Cabrera, ¿eh?!”, exclamaban, despechadamente, con voz bronca impregnada de ira y amenaza, al enterarse de lo que se trataba.

¡Envidioso!, ¡picapleitos!
 ¡Amargado!, ¡hocicón!
 ¡Politicastro!, ¡rábula!
 ¡Marat de petate!, ¡barrilete macucheh!
 ¡Demagogo de plazuela!
 ¡Alborotador!
 ¡Revoltoso!

Y otras muchas expresiones, acompañadas de denuestos, decían, gesticulando horriblemente, tanto por los efectos de la embriaguez como por los de la ira.

“¡Conque escondías tu nombre, ¿no?; bribón! ¡Ya te daremos tu merecido, infeliz!” Esto lo repetían seguidamente los más exaltados.

El asunto convirtióse entonces en el único tema de todos los grupos. Los redactores de *El Debate*, que fueron quienes llevaron la noticia y que por ello se pavoneaban de orgullo, eran precisamente los más apasionadamente rabiosos.

Al lenguaje pulcro y elevado, salpicado de hermosas figuras retóricas, que hasta entonces predominara, sucedió el más vulgar y arrabalero para vituperar al licenciado Cabrera.

Así continuaron por algún tiempo todavía en medio de libaciones, denuestos y balandronadas, hasta que ya cansados de tanto hablar y gesticular, beber y de respirar tan pesado ambiente vinoso saturado de nicotina empezaron a desalojar el salón.



Al descender la escalera, siempre ricamente alfombrada que conducía a la salida, fijáronse momentáneamente, a tiempo que recibían el aire fresco que entraba de la calle, la cual estaba ocupada en ambas aceras por sus elegantes y costosos coches tirados por soberbios troncos de caballos, en el amplio cubo del zaguán, aquel zaguán que les servía para exhibirse y desde el cual contemplaron con ardientes deseos sensuales a las beldades que a la hora cotidiana del paseo desfilaban muelle y voluptuosamente recostadas en los aterciopelados cojines de sus carretelas. Por sus mentes exaltadas apareció entonces fugazmente la recia y mastodónica figura, como de indio pápago, del orgulloso general Francisco Z. Mena, ministro de la Guerra en el gabinete del general Díaz, el que siempre trajeado a la inglesa, tocado con sombrero panameño, calzado con enormes choclos amarillos y polainas, se encontraba en amena charla (ya que siendo muy afecto a los calambures sabía una rica colección de ellos) con don Juan Goribar y don Julio Limantour, dos fuertes jugadores, mejor dicho, viciados tahures que a menudo arriesgaban en el baccarat grandes apuestas equivalentes a excelentes fortunas que bien hubieran podido hacer el bienestar de varias familias.

Y ya sea por los efectos del vino o por presión de ánimo a consecuencia de los excesos gastronómicos a que sin límite se entregaran o por tener la imaginación demasiado exaltada, o también por circunstancias verdaderamente esotéricas concatenadas con el torturador pensamiento de considerarse responsables desde ese día, en adelante, en sostener, costare lo que costare, así fuera su propio honor, la irreflexiva frase de: “iremos con el general Díaz, si es preciso, hasta la ignominia”, lo cierto es que, algunos de ellos, súbitamente, como si la rueda del tiempo hubiera acelerado su giro en un vértigo de inconcebible velocidad, creyeron fantasmagóricamente ver como una alucinación misteriosa, semejante a una afiebrada pesadilla (pesadilla

que se hizo realidad en 1916), que frente al zaguán y dentro de él agitábase una apretada muchedumbre, un hervidero de hombres enverolados de aspecto zafio, de caras sucias y sañudas, de maneras bruscas y cerriles, de mirada altanera y voces broncas que pedían estentóreamente, a semejanza de como lo hicieron aquellas siniestras y feroces hordas de sanscoulottes, de carmañola y escarapela tricolor, de lanzas, en cuyas aceradas y agudas puntas trajeran cabezas y corazones sangrantes que en las trágicas jornadas septembrinas, al entonar en las calles aterrorizadas de París su demoniaco canto de guerra de “¡ah, ça, ça ira, ça, ça ira, los aristócratas a la linterna! La muerte a todos los nobles”, al par que la reivindicación de su clase, la destrucción de la burguesía y la supresión de los ahítos y tiranos, que hacían retemblar el piso y los muros del recinto: “¡Abajo los vampiros del Capital! ¡Mueran los explotadores del trabajador! ¡Viva la Revolución constitucionalista! ¡Mueran los tránsfugas de la Revolución! ¡Viva Carranza! ¡Mueran los reaccionarios! ¡Arriba el proletariado! ¡Arriba la Casa del Obrero Mundial!”, gritaban. Terrible y fugaz visión de maleficio, que cual relámpago duró un instante, pero un instante mortal que equivalió a la enormidad de un siglo.

Restregándose febril y nerviosamente los ojos para ahuyentar tan espantoso augurio, y aturcidos por las exclamaciones que aún creían oír repercutir con vibraciones de fantásticas explosiones, diéronse prisa a bajar atropellada y ansiosamente los escalones y salir violentamente, grande y profundamente pensativos y meditabundos, por aquel mismo zaguán que pocas horas antes los viera llegar sonrientes, optimistas, balanceando cadenciosa y suavemente sus bien acicaladas personas, repletos de arrogante orgullo y vanidad.



CAPÍTULO VII

SEGUNDO CARGO CONCRETO
CONTRA EL RÉGIMEN PORFIRISTA



Formidable impresión de desagrado. —Atizando la hoguera de las pasiones. —A manera de prólogo. —Psicología del burócrata nacional. —El Partido Científico, sus componentes y sus hechos. —Estado en que se encontraba la Nación en vísperas del estallido revolucionario de 1910. —Segundo cargo concreto; párrafos. —Avalancha de comentarios. —La opinión gobiernista y la independiente.—Los reyistas.—Lo que muy entristecidos rememoramos en 1915.—Fuerte conmoción sacude el espíritu público.—Renuncia el general Reyes su candidatura.—Miedo cerval.—Terrible veredicto.—Consideraciones acerca de la conducta del general Reyes. —Ruda conminación. —Declaraciones impregnadas de temor. —Efectos de la renuncia. —Repercusiones en Guadalajara. Desintegramiento del reyismo. —En lo que se trocó la alegría de los reeleccionistas. —Nueva etapa contra la dictadura. —Manifiesto del Centro Antirreeleccionista de México.



La crónica que dieron otro día los órganos porfirio-limantouristas del banquete efectuado en el Jockey Club, crónica abundante en detalles superfluos con el objeto de hacer resaltar el discurso pronunciado por el licenciado Macedo, causó en todas las clases sociales tan honda impresión de desagrado, puesto que puso al descubierto la indignidad y antipatriotismo de los componentes del grupo “científico”, que inmediatamente empezó a levantarse, aun entre los mismos reeleccionistas, un fuerte sentimiento de inconformidad y repulsión.

Y si tal cosa aconteció con los referidos elementos, es decir, con los que estaban obligados por solidaridad de causa, a ser prudentes, tolerantes y consiguientemente por

ello a callar, fácil es comprender la tormenta de críticas a cual más acerba, cáustica e irónica de ellas que entre el elemento independiente se desató contra los “científicos”, tanto por el pacto que éstos contrajeran de sostener a todo trance la reelección de la fórmula Díaz-Corral, como por haber aplaudido, haciéndola así personal y colectivamente suya, la desdichada frase de: “Iremos con el general Díaz a donde el destino lo depare así sea, si es preciso, hasta la ignominia”, frase afrentosa que desde ese día pasó a ser odiosamente célebre.

Tal cosa hizo que los periódicos opositores y los líderes de los partidos independientes ya tuvieran con semejante suceso tema suficiente para extremar sus censuras atizando así la hoguera de las pasiones políticas.

En estas lamentables condiciones se encontraba el ambiente y ya todo el mundo no se ocupaba de otra cosa sino nada más de estar machacando sobre el mismo, o sea, comentando en diversas formas el agudo e increíble servilismo que encerraba la malhadada frase intercalada en el discurso dicho por el licenciado Macedo, cuando otro nuevo acontecimiento de capital importancia vino a desviar la atención.

Tratábase de que el licenciado Urrea, a fin de no darle tregua alguna al enemigo y consiguientemente pudiera reponeerse, reanudaba con todo denuedo e ímpetu el fuego de su batería, disparando el efecto, a guisa de cañonazo inicial del ataque, su “Segundo Capítulo de Cargos Concretos”.

Aparte de reproducir más adelante algunos de los párrafos de dicho opúsculo que es, a no dudar, uno de los de mayor relieve, por su intensidad, precisión, riqueza de datos, observación y crítica que del susodicho escritor hasta entonces saliera, no es por demás decir unas cuantas palabras, a manera de prólogo, acerca de él:

En este notable trabajo, analiza el licenciado Urrea, con bastante acopio de datos probatorios, los elementos políticos y administrativos que integraban el gobierno del presidente Díaz. Anota los antecedentes que dieron origen a la invasión, que aunque lenta, pero sistemática, inteligente y triunfante llevara a cabo el grupo “científico”. Hace una perfecta, admirable e irónica semblanza psicológica del burócrata nacional, pasando en seguida de este sutil análisis a examinar personas y hechos relacionados con el grupo “científico”, con una puntualización y precisión verdaderamente notables a fin de demostrar la victoria del precipitado grupo “científico” en su aparente labor de acaparar tanto los altos cargos públicos y administrativos, como la persona misma del general Díaz, a quien tenían ladina e hipócritamente prisionero como principio de su definitivo derrocamiento.

Este artículo, equivalente a un fascículo, constituye un interesante estudio psicológico, social, moral y doctrinario de política mexicana. Por él desfila una *troupe* carnavalesca bastante larga de primeros, segundos y terceros actores y demás partiquines y comparsas que representaron en el tablado de la política de aquella época, los principales papeles de la tragicomedia. Muchos, muchísimos de estos histriones, haciendo uso de un mimetismo exageradamente cínico que no tiene ningún paralelo, han venido desempeñando dentro de los gobiernos que se han sucedido desde el triunfo de la Revolución, a quien furiosa e implacablemente combatieron, nuevos papeles y nuevas pantomimas, tan indignos los unos como bochornosamente las otras.

Este “Segundo capítulo de Cargos Concretos”, contiene además, una exacta y serena exposición de motivos y efectos político-económico-burocráticos que explican de una manera irreprochablemente lógica la situación prevaleciente, en

todos sus aspectos, que guardaba el país, precisamente en vísperas de que estallara la formidable explosión de 1910, que a todo el mundo habría de conmover.

Hecha la anterior breve sinopsis, reproduciremos los anunciados párrafos:

“Vuelvo a ocupar la atención del público con motivo del interrumpido tema del provecho que el grupo científico ha sabido sacar de sus ligas con el Gobierno.

”Me obliga a hacerlo así el sinnúmero de insinuaciones que he recibido acerca de la continuación de la serie de cargos concretos, las cuales indican que existe en el público ese deseo de saber, que caracteriza los asuntos de interés general; me obligan también mi propia promesa de continuar, la abundancia de datos que espontáneamente me llegan todos los días, y por último, el hecho de que habiéndose formulado interpelaciones en *El Partido Democrático* con motivo de otros cargos concretos, ni el Gobierno Federal ni los científicos aludidos hayan contestado satisfactoriamente. Estas interpelaciones aisladas me indican, por otra parte, la necesidad de orientar la opinión pública sobre los demás capítulos de cargos concretos.

”Cuatro dije que eran los medios usados por los científicos para aprovechar sus relaciones con el Gobierno, a saber:

”I.— Obteniendo dinero de los fondos públicos para provecho personal.

”II.— Obteniendo puestos o empleos públicos que por su número o por la liberalidad de sus dotaciones, constituyen canonjías.

”III.— Haciendo negocios con el Gobierno en condiciones ventajosas para el contratista y perjudiciales para la Hacienda Pública.

”IV.— Aprovechando la influencia oficial o sus relaciones con el Gobierno en provecho de intereses o negocios particulares.

”Es en el segundo de estos capítulos el que me preocupa tratar; pero antes debo abrir un paréntesis para hacer una advertencia.

”La causa de que al lanzar cargos al Gobierno con motivo de los negocios del grupo científico, se interpreten aquellos como lanzados contra el señor Limantour personalmente, es muy sencilla: dichos cargos tienen el doble aspecto de reproches al Gobierno y de acusaciones contra el grupo científico. Ahora bien, para el público, el señor Limantour reúne el doble carácter de Secretario de Hacienda y jefe del grupo aludido. Resulta, por lo tanto, que los cargos al Gobierno y al grupo científico convergen hacia una misma persona y por eso se interpreta como ataques personales a éste.

”Los cargos que he hecho al Gobierno, en materias hacendarias, los he enderezado francamente contra el Presidente de la República, a quien creo el único responsable constitucional y en quien se encuentran concentradas todas las facultades del Poder Ejecutivo. Y sin embargo, el viento poderoso de la opinión pública desvía sus saetas, que van a clavarse en el corazón de la Secretaría de Hacienda. Tanto el público como el Gobierno convienen en que a pesar de que diga la ley que los Secretarios de Estado no son responsables constitucionalmente, tratándose del señor Limantour, que no se ha limitado al simple papel de pasa-órdenes, sí se le considera responsable único de la política hacendaria y de los actos financieros del Gobierno, cualquiera que sea la Secretaría por cuyo conducto se ejecuten, puesto que la de Hacienda controla completamente el manejo de los caudales del Gobierno.

”Para que esto no fuera así, se necesitaría que el General Díaz monopolizara y cargara exclusivamente con la responsabilidad de todos los actos que ejecuta por conducto de la Secretaría de Hacienda, sin compartirla con el señor Limantour, y que además, cada Ministro fuera absolutamente libre en el manejo de los fondos de su Secretaría, para que también pudiera reportar exclusivamente su responsabilidad por el empleo de aquellos. Ambas cosas son imposibles, porque el actual Secretario de Hacienda no se resolvería a conformarse con el papel de mero maniquí del General Díaz, ni con el desairado cargo de simple cajero de sus colegas en el Gabinete.

”Por otra parte, mis cargos contra los científicos los he dirigido contra el grupo en general; pero otra vez el viento poderoso de la opinión pública desvía mis flechas y las lleva a clavarse en el corazón del grupo. El público en su afán de personalizar y concretar ese grupo indefinido, ha aplicado el microscopio a esa celdilla, y ha visto en el núcleo del protoplasma al señor Limantour; y aquellos que no lo han podido percibir a primera vista, lo han adivinado a causa de las insinuaciones de los mismos científicos. Mientras el Sr. Limantour niega tibiamente al grupo y procura limpiarse de su jefatura, el señor licenciado Macedo, uno de los científicos más conspicuos, hace su profesión de fe, teniendo cuidado de señalar al señor Limantour como jefe del grupo. No tiene otra interpretación sus palabras cuando dice: ‘LOS CIENTÍFICOS’ no pedimos nada. Yo no he pedido nada. El señor Limantour no pidió la Secretaría de Hacienda.

”He aquí la explicación que creo deber dar; mis ataques alcanzan al señor Limantour por reunir éste el doble carácter de Secretario de Hacienda y caudillo de los científicos.

”Mis palabras no las dictan más que mis propias convicciones; no están aconsejadas por ligas de amistad, ni por resentimientos personales.

”El primer cargo concreto fue interpretado como una agresión al Sr. Reyes Spíndola. Nada más inexacto: sólo lo cité como ejemplo, sin ánimo de lastimarlo. Los cientos de personas citadas en este segundo cargo, tampoco deben ver en esta cita de su nombre un ataque personal.

”Hecha esta declaración, entraremos en materia, procediendo ante todo a analizar la importancia de los puestos públicos en el sistema de gobierno del General Díaz.

”He dicho en otra ocasión que los puestos públicos en México se han concedido siempre atendiendo más a lo que significan como favor que a las necesidades de la administración pública.

”Esto se debía antes a que estos puestos tenían emolumentos mayores que los de cualquier otro empleo privado.

”Hay tres razones principales. La primera es el poco esfuerzo que requieren los empleos del gobierno para su desempeño y para su conservación (me refiero a los empleos propiamente tales, no a los cargos de confianza). El empleo del gobierno sólo exige un primer gran esfuerzo, que es el que se necesita para obtener el puesto; una vez obtenido éste, basta el cumplimiento mecánico de un corto número de obligaciones para su conservación. Por eso estos empleos son preferidos por los individuos de forma pasiva de trabajo, quienes permanecen en ellos años y años sin sacudimientos, pues mientras no hay motivos verdaderamente poderosos para destituir a un empleado, éste puede considerarse inmovible. Es cierto que tampoco asciende sin otro grande esfuerzo, y que corre el riesgo de permanecer veinticinco años

sin ascensos, como ha pasado con el decano de los jueces del Distrito, pero en cambio tampoco desciende.

”Todas estas consideraciones que he hecho a riesgo de ser cansado, pero por temor de que no sean muchos los que hayan podido reflexionar sobre ellas, las sabe el General Díaz, desde hace mucho tiempo y por papel.

”Su política en materia de empleos públicos es digna de servir de comentario ilustrativo al capítulo del genial escritor florentino la “Liberalidad del Príncipe”.

”El General Díaz ha conocido la verdadera fuerza de los empleos, y por eso ha usado de ellos, no tanto para cubrir los servicios públicos, cuanto principalmente para satisfacer las pasiones o las ambiciones de sus adictos. Conociendo esa fuerza, ha concentrado en sus manos los nombramientos de todos, desde los más altos hasta los más insignificantes, a fin de impedir que haya uno solo que no le esté subordinado. El sistema mismo de recomendaciones, tan perjudicial para el buen servicio de la administración pública, es para él un medio admirable de obligar a la gratitud de los recomendantes y de balancear la fuerza de éstos por medio de un complicadísimo sistema de compensaciones, que a la vez que produce una gran economía en las liberalidades, deja contentos a todos y le permite en cualquier momento la fuerza de sus favorecidos, aumentando la de unos, mermando la de otros y teniendo siempre amenazada la de todos.

”En estas condiciones se me dirá ¿cómo es posible que los científicos acaparen en su propio provecho el mayor número de empleos?

”Sólo la habilidad del grupo y un principio de preferencia que ha partido del seno mismo del gobierno, le ha permitido llegar a utilizar el mismo sistema del General Díaz, acaparan-

do en su provecho los puestos públicos en una proporción que nos permite afirmar que no sólo los mejores empleos están en manos de los científicos, sino que éstos han acaparado el poder público de tal modo, que el General Díaz se encuentra casi irremediablemente desarmado y prisionero de ellos. Veamos cómo ha sido: Ante todo, ocurre hacer de los empleos públicos una gran división, en cargos de confianza y en empleos propiamente dicho. Los primeros son aquellos para los cuales sólo al Presidente toca buscar hombres, juzgar de sus aptitudes y llamarlos: los segundos son aquellos para los que todos nos creemos aptos. Siguiendo una idea que me sugiere el reciente discurso del señor Lic. Macedo pronunciado en el banquete efectuado en el Jockey Club, los empleos pueden dividirse en ‘cargos que no se piden’ y ‘cargos que sí se piden’.

”Los cargos o empleos que no se piden son los de Secretarios de Estado, Gobernadores, Senadores y demás de igual importancia.

”Todos los demás son de los que sí se piden.

”Los primeros sólo se obtienen por la capacidad y adhesión al Presidente. Para entrar a ellos, los científicos han tenido que desplegar ante el General Díaz sus aptitudes y su adhesión más o menos sincera, y con esto y un algo de preferencia salida del Gabinete mismo, ha sido posible que los científicos los hayan ido acaparando hasta hacerse peligrosos al mismo General Díaz. Los demás son más fáciles de acaparar.

”El tipo de los empleos que no se piden es ante todo el de Secretario de Estado. El señor Limantour no pidió la Secretaría de Hacienda, ha dicho el señor Macedo en el referido banquete. Ninguno de los demás Ministros ha pedido su cartera, agregó yo.

”Pero lo que no puede afirmarse con seguridad es que un Ministro que ya se encontrara formando parte del Gabinete, no haya pedido otra cartera para otro Ministro de sus mismas tendencias políticas.

”Desde 1888 hasta la entrada del señor Limantour a la Secretaría de Hacienda, sólo la enfermedad de Pacheco, la muerte de Dublán o la avanzada edad de Gómez Farías fueron motivos para efectuar cambios en el Gabinete. El señor Romero Rubio era ante todo un político; habiéndole tocado una época poco propicia, se conformó con sembrar la semilla de donde más tarde habría de nacer la planta del cientificismo.

”Hasta 1893, más, aun, hasta 1900, el Gabinete del General Díaz había sido un cuerpo meramente administrativo. De 1900 en adelante lo veremos convertido en un cuerpo político; los cambios que en él se efectúan en ese periodo llevan el sello del propósito político que los motivó, y denuncian los esfuerzos del grupo científico por adueñarse del poder.”

A continuación de lo anteriormente transcrito, viene una estadística de las personas que, según orden de fechas, ocuparon el cargo de secretarios de Estado desde 1900 hasta 1907, y la cual aunque muy interesante, omitimos reproducir por preferir seguir espigando en la abundante y rica cosecha que contiene este extenso artículo-tesis:

“La separación del señor Baranda fue realmente el segundo cambio político que presenciamos. Esta dimisión, si se atribuye francamente al señor Limantour y él nunca ha dicho nada para desmentir la especie.

”Más tarde el choque entre Reyes y Limantour, espontáneo o provocado por el mismo General Díaz, causó la separación del General Reyes, cuyos mismos enemigos

proclaman como debida a la presión del señor Limantour. Ciertamente, el hecho es que la separación del General Reyes se ha considerado siempre como un triunfo del Ministro de Hacienda. Éste no la pidió seguramente, pero puso tal vez los medios para lograrla. De todos modos, fue éste un nuevo cambio político en el Gabinete del General Díaz, que favoreció a los científicos.

”Los señores Baranda y Reyes eran las dos personalidades más fuertes y que más sombra hacían frente al señor Limantour: las dos quedaban apartadas.

”La venida del señor Corral a México y su ingreso al Gabinete del General Díaz provocando un gran movimiento de carteras, fue uno de los más importantes cambios políticos que hemos presenciado en los últimos años. Seguramente el señor Corral no pidió la cartera de Gobernación, ni es probable que la haya pedido para él el señor Limantour. Esa designación del señor Corral y su inmediata postulación para la Vicepresidencia fueron medidas de equilibrio y de transacción, que consistieron en escoger al señor Corral para esos puestos, **PRECISAMENTE PORQUE EL SEÑOR CORRAL NO ERA CIENTÍFICO.**

”Pero una vez el señor Corral puesto de Vicepresidente, la labor del grupo consistió en conquistarlo, y conquistarlo nada menos que para jefe.

”El Sr. Corral, a quien yo no he considerado como científico, está sin embargo enteramente ligado con el grupo que lo proclama su candidato para la Vicepresidencia. En lo sucesivo seguiré considerándolo como científico; pero los que me lean no deberán perder de vista su situación peculiar de candidato de los científicos, sin ser jefe de ellos.

”El Sr. Corral, en su puesto, no se comprende bien sin los señores Pineda y Macedo (don Miguel) que son una especie de asesores forzosos nombrados por el grupo científico, con funciones especiales cerca del señor Corral.”

En seguida de lo acabado de reproducir, continúa el licenciado Cabrera haciendo un balance muy pormenorizado de gobernadores y senadores de filiación científica, porfirista o dudosa, que al igual que la referente a los secretarios de Estado, aunque bastante interesante, omitimos reproducir por preferir seguir transcribiendo importantísimos párrafos:

“Pero los científicos mismos, los que forman el grupo selecto, no necesitan los empleos para vivir, no les conveniría desempeñarlos. De ahí que no utilicen el puesto público directamente, sino por medio de un protegido. El abogado científico, por ejemplo, que hace nombrar un juez a su gusto, no percibe el sueldo mezquino del juez, pero teniendo más poder que éste, en sus futuras relaciones de negocios puede estar seguro de sacar ventajas de su protección. El científico a quien deben sus puestos centenares y hasta millares de empleados en Fomento, en Comunicaciones, en Hacienda, en Gobernación; que además, cultiva excelentes relaciones de amistad con los Ministros y Subsecretarios, es un hombre muy poderoso porque reúne la autoridad de todos sus protegidos. Para él no hay negocio difícil. Él puede obtener una concesión en condiciones diez veces más ventajosa y en un plazo diez veces menor que cualquier solicitante desconocido; él conoce las oportunidades de hacer negocios con el Gobierno antes que se proyecten oficialmente; él logra los contratos que se sacan a postura porque adivina las ofertas competidoras; él obtiene los fallos judiciales y administrativos pronto y favorable; él llega sin dificultad a todos los

Ministerios, sin antecelas; y él tiene tantas y tales facilidades en sus relaciones con el Gobierno, que puede decirse que en sus manos la máquina administrativa es tan débil como su cuerpo de empleados particulares.

”Para esto no necesita formar parte de las filas del Gobierno; le basta haber colocado en ellas a sus protegidos.

”Y el 75 por ciento de los empleados públicos deben sus puestos a la influencia de los científicos. Esto, por desgracia, no puede comprobarse.

”Todos los nombramientos de los empleados se hacen por acuerdo del Presidente de la República, de modo que en teoría todo empleado es nombrado por el General Díaz, y en caso dado todos pueden decir sin faltar a la verdad que a él es a quien deben sus puestos. Seguir la historia de cada nombramiento es imposible. En muchos casos la recomendación ni siquiera llega a formularse, sino que se adivina y se atiende; en la mayor parte de los casos el Presidente ni siquiera conoce a los empleados propuestos, sino que se le indican por el Ministro del ramo. Entre el Ministro y el recomendado tampoco deja huella la recomendación, y si alguna deja, se encuentra en los papeles privados de aquel, de donde no saldrá sino en caso de que llegue a necesitarse recordar al recomendado que debe ese favor.

”¿Cuál es la unidad de criterio que se busca en las altas esferas y que sirve de norma para rechazar servidores y admitir otros nuevos en su lugar? El criterio científico.

”Esta es la piedra de toque para conocer los empleados públicos que deben desecharse y que ha servido para remover o destituir, de hace tiempo acá. El empleado público que dude de mis palabras tiene un medio facilísimo de comprobación: que haga su profesión de fe anticientífica de modo

que llegue a oídos, cuando menos del subsecretario del ramo, y se convencerá.

”Y si el criterio para destituir empleados es su carácter de anticientíficos, una fácil conversión de esa proposición nos convence de que el criterio para admitir los nuevos no puede ser otro que el de que éstos sean de ideas que armonicen con las de los altos funcionarios. Pero como no es fácil conocer las ideas políticas de un pretendiente, el modo de asegurarse de que no es anticientífico, es exigirle la garantía de un científico.

”Y he aquí porque el grupo desempeña un papel que se parece al de una especie de oficina verificadora de criterios políticos de los empleados y por que puedo afirmar que tiene el monopolio de las recomendaciones.

”El grupo científico, desempeña pues una doble función de proveedor y expurgador, que le ha permitido ir seleccionando poco a poco el gremio.

”En la actualidad ocupan los empleos públicos un 75 por ciento de adictos al grupo científico, por convicción o por conveniencia, y un 25 por ciento de prudentes que se cuidan muy bien de no expresar ideas que pueden discordar con las dominantes.”

Después de referirse el articulista a lo que entonces era “La canonjía típica”, pasa en seguida a detallar la forma en que se integraba la Cámara de Diputados. A este respecto dice:

“El modo de composición de la Cámara de Diputados es interesante por la multitud de fuerzas que concurren a formar la voluntad del General Díaz para favorecer a una persona. A veces la protección viene de la simple razón de paisanaje: Castellanos, Cervantes, Fenochio, Chapital, etc. A veces deriva del parentesco: De la Torre, Elízaga, Muñoz, Díaz Félix, etc., etc. A veces es un trasunto de la política de conciliación: Luis Aguilar,

Viñas, Joaquín Silva. A veces significa el pago de adulaciones: Fernández Ortigosa, Romero Ibáñez. A veces obedece a simple movimiento de piedad: (no cito las personas para no lastimarlas inútilmente). A veces un golpe de fortuna inesperado: Ramón Reynoso. A veces significa gratitud por los viejos servicios políticos: Tovar, Paz; o por servicios personalísimos: Ángel Gutiérrez. A veces, en fin, es un medio de atraerse adictos: González Mier, Zubarán.

”En otras ocasiones el nombramiento se debe a recomendación que hacen desde su tumba los viejos compañeros de lucha: Fidencio Hernández, Chavero, Villada, Berriozábal, Márquez Galindo, o bien ilustres beneméritos como Juárez, Corona, Ramos Arizpe, o desde su destierro los ausentes, como Vega Limón.

”En ocasiones el nombramiento es la forma de quitar de en medio a alguno que estorbaría en otra parte; en otras es un simple expediente para salir de compromisos y en muchas el General Díaz mismo no sabría decir por qué nombró o dejó de nombrar a éste o a aquél, ni si lo hizo conscientemente o por equivocación: Ávalos, Ramón Cosío.

”En otros casos el nombramiento de diputado lo hace el General Díaz realmente en favor de un amigo suyo que por no poder desempeñar el puesto, recibe el favor en cabeza de un hijo o de un yerno: Roberto Núñez, *junior*, Eduardo Castelazo.

”En la mayoría de los casos los nombramientos se hacen por recomendación de amigos vivos.”

Por último, refiriéndose a la clasificación de los elementos que entonces componían la Cámara de Diputados, hace un recuento sutilísimo, irónico y mordaz de todos y cada uno de ellos, según su filiación política, y también a qué

causas e influencias debían, igualmente tener cada uno de ellos, su designación.

Finalmente, termina tan sesudo cuan brillante artículo con la siguiente y concluyente advertencia, muy especialmente la que encierra la última frase:

“En caso de un conflicto entre el General Díaz y el grupo científico, supongamos, por ejemplo, un golpe de estado de forma parlamentaria, o de una especie de pronunciamiento civil en la Cámara, el General Díaz se vería irremediablemente derrotado por una aplastante mayoría que él no podría contrarrestar ni aun con el esfuerzo de los diputados incoloros. Los científicos triunfarían porque tienen asegurada la mayoría.

”Hemos tomado como tipo los puestos de diputados y hemos encontrado que el grupo científico aprovecha su influencia en el Gobierno para acapararlos, proporcionando a un gran número de sus adictos el bienestar personal y el poder que, sumado, le serviría para mermar la fuerza del General Díaz.

”Lo mismo hemos hallado en la Cámara de Senadores. Lo mismo en los Gobiernos de los Estados. Lo mismo pasa en el Gabinete.

”Podemos, pues, asegurar, generalizando, que el grupo científico ha sabido sacar provecho de su influencia en el Gobierno, para ocupar los empleos mejor remunerados y poblar las oficinas y las Cámaras con sus adictos y protegidos. Con esto el grupo científico saca un provecho pecuniario incalculable para sus adictos, facilita sus negocios, Y SOBRE TODO, PREPARA LA DERROTA DEL GENERAL DÍAZ.”

Como ya se había venido haciendo costumbre cada vez que el licenciado Urrea publicaba un nuevo artículo, inmediatamente que se conocía, se levantaba una polvareda de co-

mentarios de diversa índole, pues que mientras en el campo gobiernista se juzgaban de un modo, o sea, que se convertía, especialmente por los turiferarios de *El Debate*, con injurias y amenazas, haciendo para ello uso de un lenguaje lépero y procaz, en el campo independiente, de cuyo criterio era fiel intérprete, se recibían con entusiástico aplauso, dado que no se ignoraba el inminente peligro a que se estaba exponiendo, tanto más cuanto, que por entonces ya se sabía quién era. Así aconteció también esta vez, tan pronto como se conoció este sensacional cual extenso “Segundo Capítulo de Cargos Concretos”.

Todos los periódicos independientes en varios números y algunos de ellos en forma folletinesca lo reprodujeron íntegramente, causando su lectura en todos los sectores sociales muy honda impresión.

Los revistas, que ni siquiera presentían el desventurado porvenir que los acechaba y que muy pronto iban a experimentar, y que por esos días eran de los más activos en la propaganda de su candidatura vicepresidencial, dado que ellos sí admitían la reelección del general Díaz, a quien mucho elogiaban, queriendo evidenciar ante el país la ambición y perfidia, puesta de manifiesto en el artículo del licenciado Urrea, del grupo científico y su jefe el licenciado Limantour, acérrimo y odiado enemigo de su caudillo el general Reyes, eran de los más empeñosos porque dichos “Cargos Concretos” se conocieran ampliamente.

Por aquellos inolvidables y alegres días de colectivo y entusiasta despertar cívico, ¡Ay, que no volverán! y de los que pocos años después, en 1915, nos habríamos de acordar todos entristecidos y acongojados, cuando la capital angustiada y martirizada por la sed, el hambre, la inseguridad y la peste, era disputada a sangre y fuego por las facciones en

pugna por el poder, y sus infortunados moradores tratados por los cerriles triunfadores como bestias pertenecientes al botín de guerra que creían les pertenecía, empezábase ya también, desde entonces, a vivir de sorpresa en sorpresa pues cuan presto se iba atenuando la conmoción que ocasionara una, y en este caso era el “Segundo Capítulo de Cargos Concretos”, ya otra nueva, tanto o más fuerte que la anterior, empezaba a sacudir el espíritu público.

En esta vez tratábase de lo siguiente: el partido que viera en el general Bernardo Reyes, entonces gobernador del estado de Nuevo León, el hombre que por su talento, miras progresistas y dotes de gran estadista al par que enemigo de los “científicos” era a propósito para ser candidato a la vicepresidencia de la República y enfrentarlo al candidato oficial don Ramón Corral, acababa de sufrir la más tremenda y fatal de las desilusiones, porque el general Reyes, no obstante su sempiterna ambición de ocupar la presidencia de la República, ambición que viniera acariciando desde hacía ya muchos años, acababa de renunciar a su postulación, a pesar de que pocos días antes de dar este paso, todavía él mismo alentara a sus partidarios a no dejar de sostenerla. El motivo fundamental y único para tal renuncia era el miedo, el miedo cerval a perder la vida.

Han pasado más de 35 años de este bochornoso suceso y en el transcurso de ellos, mucho se ha dicho en defensa del aludido general para explicar o atenuar, cuando menos, su reprochable conducta a este respecto, sin que ninguna explicación dada hasta ahora ya sea por sus parientes o simples exsimpatizadores y aun por escritores con tintes de imparcialidad, haya bastado para destruir semejante cuan deprimente cargo. Si yo, aceptándolo, a mi vez, inmisericordemente lo dejo caer sobre su memoria, es porque, aparte de que me tocó vivir y palpar tal época sin tener entonces, ni ahora, pre-

juicios ni animosidades contra persona alguna, hoy, a través de un frío, detenido y sereno análisis de dicho asunto, a esa conclusión llego.

Pues si el general Reyes, abandonando su vacilante y enigmática actitud, que estaba provocando la desmoralización y el descontento entre sus numerosos partidarios, hubiera tomado resueltamente la jefatura de su partido y por lo tanto enfrentándose sin contemplaciones contra la determinación del general Díaz, consistente en imponer en la vicepresidencia a don Ramón Corral, otro hubiera sido el parecer de sus correligionarios. Entonces no solamente habría con tal acto cumplido con su deber de caudillo que encarnaba las aspiraciones populares, sino como un civil digno, y un militar pundonoroso que se sabía estimar, dando con esto el más rotundo mentís a todos sus enemigos que no cesaban de motejarlo (seguramente con el doloso y preconcebido fin de empujarlo a efectuar una revuelta) de cobarde, gritón de cuartel, “pistola-sable”, “atrincherado de Galeana”, haciendo con tales epítetos sangrienta mofa y escarnio de su prestigio y valor personal. Pero no fue así, porque en vez de haber procedido en la forma antes prescrita, formuló unas declaraciones de carácter tan vago y ambiguo en las cuales no expresaba si aceptaba o no su candidatura, que sus más ardientes partidarios inconformes y exasperados con semejante cuan inopinada actitud, que no esperaban, conminaronlo enérgicamente a que hablara sin ambages ni subterfugios, es decir, con entera y ruda franqueza.

Tras de mucho esperar y de reiteradas conminaciones de sus impacientes partidarios para que aclarara su postura para así normar la de ellos, hizo unas declaraciones tan ridículas, indignas e impregnadas de temor (seguramente al formularlas pensaba en la muerte horriblemente trágica que tuvieron los generales Corona y García de la Cadena y otros pretendientes

a ocupar la silla presidencial, ordenadas por el general Díaz), protestando en ellas incondicional sumisión a don Porfirio así como renunciando a su candidatura, que hicieron el efecto de que inmediatamente, como de rayo, cayera de la gracia popular.

La indignación colectiva contra el exídolo empezó entonces a manifestarse intensamente. Tanto sus más íntimos amigos como también los más fervientes partidarios de su candidatura, aquellos que habían lanzado por medio de la prensa y en la tribuna los más duros calificativos y epítetos contra los gobiernistas, y por consiguiente eran de los más comprometidos, puesto que quedaban expuestos, ya sin la fuerza, poder y respetabilidad que les daba su organización, la que desde luego empezó a dispersarse, a las represalias de sus enemigos, llenos de la más justa indignación por la vituperable conducta de su excandidato y calientes y exasperados como se encontraban por la pasión política, que es más fuerte, a no dudar, que la que origina el amor, empezaron por doquier a denostar terriblemente a su pusilámine excaudillo llenándolo de oprobio y pisoteando y escupiendo los claveles rojos que antes orgullosos llevaran en sus solapas como símbolo de partidatismo.

En Guadalajara, su patria chica, donde poco tiempo antes los tapatíos disolvieran una manifestación corralista a pedradas, los retratos que en señal de simpatía adornaran los escaparates de las casas comerciales, fueron puestos de cabeza no precisamente por haberse negado a aceptar su postulación, sino como señal de desprecio por su escandalosa cobardía.

Mas cuando los porfirio-limantourista-corrallistas tocaban alegres dianas de triunfo en sus cuarteles por la eliminación en el tablado comicial del general Reyes, suponiendo que con ello ya la contienda se simplificaba quedando reduci-

da a la fórmula Díaz-Corral, y asimismo, los reyistas, vuelvo a repetir, grandemente enfurecidos y despechados, buscaban antes de acabar de desintegrarse políticamente, una solución a su conflicto, es decir, una retirada honrosa, un grupo de distinguidos y denodados patriotas entre los que figuraba prominentemente don Francisco I Madero, quien acababa de publicar un interesante libro titulado “La sucesión presidencial”, comprendiendo que era llegado el preciso momento de obrar ya sin vacilaciones a fin de encauzar debidamente los trabajos preelectorales, y también de aprovechar la oportunidad de invitar cordialmente a todos aquellos elementos que equivocadamente encontrábase agrupados en los partidos personalistas (porfirio-corrallista-reyistas) a incorporarse al antirreeleccionismo, restableciéndose a los reyistas con tan necesaria, fraternal y salvadora excitativa, su moral cívica, su entusiasmo para continuar la lucha y su unidad política y social de acción para librarlos de las venganzas de sus contrarios, lanzó, a nombre del Comité Organizador del Partido Antirreeleccionista, el siguiente manifiesto, el que, por constituir un documento histórico de gran importancia, y ser el punto de partida en la nueva etapa que contra el gobierno del general Díaz enérgica y radicalmente empezaba, reproduzco íntegro:

“EL CENTRO ANTIRREELECCIONISTA DE MÉXICO, A LA NACIÓN;

”CONCIUDADANOS:

”Se acerca uno de los momentos más solemnes de nuestra historia.

”El año entrante, cuando nuestra Patria cumpla cien años de haber proclamado su independencia, debemos resolver un problema trascendental, de cuya solución dependerá nuestro porvenir como nación libre y soberana.

”Para conquistar la independencia nacional, nuestros antepasados acometieron sangrienta lucha en contra de sus opresores. Su esfuerzo fue coronado con la victoria; pero una vez obtenido el triunfo, una vez que México apareció en el mundo como nación independiente, sufrió un doloroso aprendizaje, y por cerca de setenta años, su suelo estuvo convertido en inmenso campo de batalla.

”En medio del estruendo del combate, sus hijos más preclaros lograron promulgar un admirable código de Leyes que vino a ser el pacto solemne entre todos los mexicanos.

”Desde que apareció la Constitución de 57, como iris de paz en medio de nuestras tempestades políticas, fue considerada por todos los partidos como la fórmula que había de conciliar todos los intereses, dar satisfacción a las ambiciones legítimas y realizar la felicidad de la Patria.

”A pesar de todo, la Constitución no dio desde luego el fruto esperado, porque los rencores y odios que dividían a los partidos contendientes, no pudieron extinguirse sino por medio de las armas.

”En el Cerro de las Campanas se desarrolló el último acto de tan sangriento drama. Los enemigos de la Constitución, vencidos para siempre, reconocieron que la mayoría del pueblo mexicano aprobaba sin reserva alguna nuestro pacto constitucional.

”Desde entonces, todos los partidos políticos invocan, como su más bello ideal, el reinado de la Constitución. Por tal razón, algunas infracciones cometidas por el Gobierno de Lerdo de Tejada, dieron fuerza al movimiento revolucionario encabezado por nuestro actual Presidente, que proclamaba como principios salvadores: la libertad de sufragio, la fiel observancia de la Constitución y la no reelección.

”Triunfó la Constitución, y, a pesar de tan halagüeñas promesas, la Constitución no ha sido observada por el Gobierno que dimanó de Tuxtepec; la promesa de respetar el sufragio libre, nunca se ha cumplido, y el principio de no-re-elección, hábilmente burlado, durante el tiempo que fue precepto constitucional, desapareció muy pronto, para permitir la indefinida reelección del actual Presidente.

”Hace más de treinta años que el General Díaz se encuentra al frente de los destinos de la Nación, y como resultado de las frecuentes reelecciones, ha concentrado en sus manos un poder absoluto, que si bien ha usado con relativa moderación, ha traído al país los grandes males que siempre dimanaban de tal régimen de gobierno.

”A esto debemos atribuir que ahora la justicia ampara al más fuerte; que la instrucción pública se imparta sólo a una minoría de quienes la necesitan; que los mexicanos son postergados a los extranjeros aun en compañías en donde el Gobierno tiene el control, como en Ferrocarriles Nacionales; que los obreros mexicanos emigran al extranjero en busca de más garantías y mejores salarios; que se han emprendido guerras sangrientas, costosas e inútiles, contra los yaquis y los mayas; que se han hecho concesiones peligrosas al extranjero, como la relativa a la Bahía de la Magdalena; y por último, que el espíritu público está aletargado, el patriotismo y el valor cívico deprimidos, y no debemos olvidar que el ideal de los pueblos debe de ser fomentar esas virtudes, únicas capaces de salvarlos en las grandes crisis.

”Lo que actualmente pasa en nuestro país, causa pena y vergüenza. Los mexicanos tienen miedo de ejercitar sus derechos, porque creen que las autoridades no lo permitirán. Ese miedo que por tantos años ha paralizado las manifestaciones del valor cívico, paralizará igualmente las del patrio-

tismo, y el día en que la Patria esté en peligro, no encontrará defensores que la salven.

”Situación tan triste no hará sino agravarse con la continuidad del régimen, pues la corrupción en las esferas oficiales aumentará a medida que aumente el servilismo del pueblo; y, de seguir así, sin duda alguna, vamos rápidamente a la decadencia o a la anarquía. Aun la conquista de nuestro crédito, de que tanto nos ufanamos, nada significará, si nos cruzamos de brazos ante la situación que tenemos a la vista, y permitimos que el Gobierno haga todo, elija mandatarios, reclute las Cámaras entre sus amigos y administre los intereses nacionales como dueño absoluto de ellos. De nada servirá tener riqueza, porque nuestra riqueza pública será dilapidada por algún Gobierno, si no existen Cámaras independientes que lo impidan.

”Para remediar esta situación, los que amamos a la Patria, debemos unirnos, luchar porque sean respetados nuestros derechos políticos, confiar en nuestras propias fuerzas, y no esperar nada de los actuales mandatarios, puesto que a ellos debemos el actual régimen y lo único que han de procurar es prolongarlo, para afianzar en sus manos el poder absoluto y disfrutar tranquilos, a su sombra, de la mayor impunidad al dar rienda suelta a sus pasiones.

”Problema de tan grave importancia habremos de resolver muy en breve, puesto que el año entrante deben de ser electos por el pueblo los mandatarios que regirán por seis años más los destinos de la República.

”De la actitud que asuma el pueblo en la próxima contienda electoral, dependerá su porvenir, porque en ella se decidirá si ha de conquistar su soberanía, o si ha de seguir doblegada ante sus mandatarios, tolerando que las cadenas del absolutismo se consoliden.

”Si el pueblo mexicano se deja imponer servilmente las candidaturas oficiales, debemos considerar como definitivo el triunfo del absolutismo y para siempre proscrita de nuestro suelo la libertad; y nuestro destino quedará sujeto al capricho de un hombre que, como Santa Anna, podrá vender impunemente parte de nuestro territorio, sin que se levante ninguna protesta de indignación.

”En cambio, si el pueblo recordando lo que vale, reconociendo sus fuerzas, se levanta altivo y vigoroso, dispuesto a reconquistar sus libertades, indudablemente lo conseguirá, pues el reducido grupo de plutócratas que nos dominan no tendrá fuerza suficiente para resistir su poderoso empuje.

”Es cierto que ese grupo pretenderá apoyarse en el General Díaz y en el ejército, para obtener su objeto; pero debemos no dejarnos engañar. El General Díaz ha manifestado el deseo de que la Nación haga uso de sus derechos y externó la opinión de que el pueblo está ya apto para la democracia. Si sus declaraciones son sinceras, como lo demuestra la libertad de que empezamos a disfrutar, indudablemente que el General Díaz estará con nosotros.

”En cuanto al ejército, bien sabemos que forma parte del pueblo. Su misión es defender la integridad de la Patria y el imperio de la ley, y no constituirse en verdugo e instrumento ciego de quienes pretenden oprimir al pueblo y debilitar a la Patria, arrancándole sus libertades y ahogando sus virtudes cívicas.

”Ante consideraciones tan graves, hemos resuelto lanzarnos a la lucha para combatir el absolutismo, y con el fin de agrupar a nuestro derredor los elementos independientes. Proclamamos principios muy amplios, dentro de los cuales encontrarán satisfacción todas las aspiraciones nobles y sanas.

”Los principios que enarbolamos como bandera son:

”SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.

”El primero, para salvar a la República de las garras del absolutismo, volver a los Estados la soberanía, a los Municipios su libertad, a los ciudadanos sus prerrogativas, a la Nación su grandeza.

”El segundo, para evitar que en lo sucesivo se adueñen del poder nuestros gobernantes y establezcan nuevas dictaduras; y por lo pronto, para obtener una renovación en el personal del Gobierno, llevando por miras que quienes rijan los destinos de la Patria en el próximo periodo constitucional, sean los más aptos y dignos y puedan dar satisfacción a las ardientes aspiraciones de los mexicanos, que quieren estar gobernados por la ley, y no por un hombre.

”Para llegar a tal resultado, este partido se impone la misión de trabajar en los próximos comicios por la no reelección del mayor número de mandatarios, a reserva de luchar, cuando sea oportuno, porque el principio de la no-reelección sea adoptado en nuestra constitución.

”A fin de no dejar dentro de las bases consecutivas de este partido, traba alguna que nos impida servir en cualquier forma a los intereses nacionales, declaramos solemnemente que, para lograr tal objeto, aceptaremos la ayuda de todos los buenos mexicanos y no vacilaremos en contraer alianzas o celebrar arreglos con los demás partidos políticos nacionales.

”A pesar de haber adoptado principios tan amplios, comprendemos lo arduo de nuestra empresa.

”Efectivamente, en el pueblo mexicano predomina gran excepticismo sobre la virtud de las prácticas democráticas, pues ha llegado a considerar como inevitable el fraude en las elecciones, llevado a cabo por el elemento oficial. Por otra parte, aunque consciente de su fuerza, no quiere recurrir a medios violentos, por consideraciones altamente patrióticas.

”Tampoco puede resignarse el sufrido pueblo mexicano a la pérdida de sus derechos, permitiendo que nuestro actual Presidente nombre a su sucesor y le traspase íntegro el poder absoluto, porque sería lo mismo que establecer una dinastía autocrática.

”De este conflicto de ideas, pueden surgir serios trastornos que tarde o temprano alteren la ley, y el único medio de evitarlo es que todos los mexicanos, sin distinción ninguna, respetemos lealmente el pacto solemne encerrado en nuestra Constitución y reconozcamos como árbitro supremo la voluntad nacional.

”Mexicanos: con la mayor concisión posible, hemos expuesto los peligros que corre el país, si se prolonga el actual régimen de cosas, así como el gran problema que el año entrante hemos de resolver en los comicios.

”El día solemne se aproxima rápidamente y urge organizar las fuerzas de todos los que queremos ser gobernados por la ley y no por un hombre; de los que queremos erigir sobre las ruinas del absolutismo, un templo a la ley, un monumento a la libertad.

”Siempre que la Patria ha invocado la ayuda de sus hijos, los ha encontrado dispuestos para volar a su defensa. Pues bien, ahora, por nuestro conducto, hace ansiosamente un llamamiento a todos los buenos mexicanos, para que se apresten a la lucha en contra del absolutismo, en defensa de la libertad.

”Nosotros resueltamente empuñamos el glorioso pendón independiente, en el que hemos inscrito los principios que encierran las aspiraciones de todos los buenos mexicanos, y estamos resueltos a luchar vigorosamente por su triunfo, sin que nos arredren los mayores peligros ni la perspectiva de una derrota.

”Tenemos conciencia de servir los intereses del pueblo y en él confiamos.

”Al principiar nuestros trabajos, los que suscribimos hemos instalado el CENTRO ANTIRREELECCIONISTA DE MÉXICO, e invitamos a nuestros conciudadanos, para que instalen clubes antirreeleccionistas en toda la República y se pongan en relación con nosotros.

”Cuando este Centro lo crea oportuno, convocará a una Convención a la que concurrirán delegados de todos los clubes antirreeleccionistas, en la cual se determinará quienes serán los candidatos de este partido para los puestos de Presidente y Vicepresidente y Magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

”Actualmente, la opinión se divide entre varios grupos personalistas, sin más bandera que su candidato, ni más programa que el representado por sus antecedentes, puesto que, el único medio de que un gobernante cumpla con el programa de sus partidarios, es que el candidato surja del partido, y no porque éste se forme por la agrupación de sus miembros en derredor de aquél.

”Se ha organizado un partido de principios; el Democrático, con tendencias semejantes al nuestro, pero, llegado el momento de la lucha electoral, este partido no podrá obrar con la independencia y energía necesarias, debido a las ligas que con el Gobierno tienen sus directores.

”Sin embargo, llegado el caso, aceptaremos su ayuda, así como el contingente de todos aquellos que, por encima de las personas, ponen los principios; aunque actualmente por las necesidades del momento, se encuentren afiliados a los diversos partidos personalistas.

”Todo lo manifestado hace creer que en esta vez, por medio de las prácticas democráticas, la voluntad nacional logrará imponerse y la Constitución recobrará todo su imperio.

”Para lograr tal objeto, no olvidemos que, en las elecciones generales del año entrante, el triunfo de las candidaturas oficiales significará el triunfo del aboslutismo, y que la independencia de nuestros poderes y la libertad de nuestros municipios, son la base más firme de nuestras instituciones.

”Por tal motivo, esforcémonos en elegir libremente nuestras autoridades municipales y judiciales, sin respetar la consigna oficial.

”Procuremos elegir como representantes en las Cámaras de la Unión y las Legislaturas locales, a quienes nos inspiren mayor confianza y residan en sus respectivos distritos, a fin de que mejor conozcan y puedan remediar sus necesidades.

”Por último, tengamos la virilidad suficiente para depositar el mando supremo de la Nación en quienes creemos con mayores aptitudes para llevar a la Patria por el sendero que le marca la Constitución.

”Mexicanos: Ya conocéis nuestra bandera. Os invitamos a alistaros en nuestras filas, a fin de salvar nuestras instituciones que peligran, haciendo que la ley recobre su prestigio y el pueblo sus libertades.

”Esperando ser eficazmente ayudados, a fin de que, al celebrar el glorioso Centenario de la Independencia Nacional, celebremos igualmente el triunfo de la igualdad y de la ley, para que, en lo sucesivo, ellas puedan normar nuestros actos y ser respetadas por gobernantes y gobernados.

”Emilio Vázquez Gómez, Presidente. —Francisco I. Madero, Toribio Esquivel Obregón, Vicepresidentes. —Filomeno

Mata, Paulino Martínez, Félix F. Palavicini, José Vasconcelos, Secretarios. —Luis Cabrera, Octavio Bertrán, Bonifacio Guillén, Vocales. —Manuel Urquidi, Tesorero. —Socios, más de cien firmas.”



CAPÍTULO VIII

FRANCISCO I. MADERO



Indescriptible entusiasmo cívico-antirreeleccionista. —Sin gallo en la pelea. —Entrevista Díaz-Madero y lo en ella tratado. —Idealista excelso. —Enorme equivocación de don Porfirio. —Sonrisa lobuna. —Lo que el general Díaz no vio en el señor Madero. —Un símil. —El iluminado de Carácuaro. —Madero, el apóstol. —Verbo de admonición y de combate. —Fe y esperanza. —Quién era Madero. —Fuerte y límpido como el cristal milenarío. —Lo que sentían las multitudes escuchando al opóstol. —La ambición y soberbia del viejo león de Tecoa, —Odio y despecho. —Decreto neroniano. —El guantelete de hierro de la dictadura. —Actividad antirreeleccionista. —La Convención del Tívoli. —Pronóstico del “Eje de Diamante”. —El implacable mandato de un tirano. —Turbas insolentes de plebeyos. —Remembranzas. —Triste ocase. —Déspota, misántropo. —Danzas espectrales. —“Mátalos en caliente”. — ¡Miserable asesino; maldito seas! —Evocaciones aterradoras. —Sublimes redentores: grandes perseguidos. —Prolegómenos del fin. —El fondo de una intriga. —Otra vez el “Eje de Diamante”. —Los comicios: una ridícula farsa. —Opresión y lujo oriental.



a impresión que el anterior manifiesto causó en todo el elemento independiente del país tan pronto como se conoció, fue, como se comprenderá, de sumo agrado y aprobación, puesto que delineaba de una manera clara y precisa la ideología político-radical antirreeleccionista, a la vez que daba a todos los clubes opositoristas del país una orientación definida hacia la prosecución de sus trabajos de organización, a fin de que pudieran llegar a un resultado práctico con la celebración de una gran Convención de la cual saldría, además

del necesario programa de gobierno, la candidatura popular, oponente a la oficial.

Los elementos antigobiernistas, ya con la orientación contenida en el manifiesto, que más que tal cosa, era una enérgica requisitoria contra el régimen porfirista, a la vez que una fogosa proclama, comenzaron a efectuar una propaganda muy activa acerca de las ideas contenidas en el citado manifiesto, muy especialmente las referentes al sufragio y a la no-reelección. Pues aunque de una manera intuitiva habían presentido la necesidad de un cambio radical en el personal y procedimientos gubernativos, no había habido hasta entonces un partido que patrióticamente y valientemente postulara tales principios, sino hasta la aparición del antirreeleccionista. Por eso precisamente, empezó a despertar mucho interés y entusiasmo su entrada en la palestra política.

Los revistas, que con la renuncia, mejor dicho, huida de su excandidato, el mismo que en un arranque propio de su carácter impulsivo y atrabiliario dijera cínicamente siendo gobernador: “Considero como un estorbo a la Ley”, y quien obedeciendo pasivamente, so pretexto de lealtad y disciplina, al autócrata general Díaz, el humillante destierro que, cubierto con el velo de una comisión a Europa (estudiar los procedimientos de conscripción en los ejércitos) le impusiera, quedaron, como antes se dijo, sin gallo en la pelea, fueron de los que con más prontitud y resolución se adhirieron al nuevo partido.

Una vez que el reciente organismo quedó integrado y de que cada uno de sus directivos empezaron a desempeñar sus funciones inherentes a sus respectivos cargos, uno de los dos vicepresidentes, el señor don Francisco I. Madero (el otro, el licenciado don Toribio Esquivel Obregón, sospechando no ver satisfecha su acariciadora ilusión

de ser electo en la Convención del partido candidato a la presidencia de la República, inmediatamente convirtiéndose, hipócrita y solapadamente, en enemigo furibundo del antirreeleccionismo, y cuando estalló la Revolución renegó de ella, intrigando después, para hacer méritos, tanto con el porfirismo, ya entonces agonizante, como ante el también después, traidor general Pascual Orozco, a fin de que éste desconociera al señor Madero e hiciera fracasar con semejante deslealtad el triunfo revolucionario. Los rasgos característicos de este despechado, fueron la egolatría y la ambición. Con el odio y el veneno de la venganza que rencorosamente llevaba este apóstata, corazón de felino, contra la causa que abandonara, fue la mejor recomendación para que el huertismo criminal lo acogiera en sus brazos. Fue ministro de Hacienda del traidor y asesino Victoriano Huerta y eso lo colmó de satisfacción), tomando para sí la peligrosa y difícil tarea de propagandista, resolvió iniciar desde luego una gira por varios estados de la República.

Mas antes de partir, por mediación del entonces gobernador de Veracruz don Teodoro A. Dehesa —sin olvidar que en un país en que no existía la libertad era un delito pensar y un crimen proclamar lo que se pensaba— tuvo una entrevista con el general Díaz, a quien le expuso con la ingenua sencillez de un idealista, pero de un idealista ardiente, de inteligencia cultivada y corazón abierto a la bondad, en cuyo acento de atractivo irresistible impregnado de nobles sentimientos, resaltaba entre suaves armonías, el rumor tempestuoso y avasallador de un gigantesco tropel de olas, su deseo de coadyuvar a la firme organización de un partido, el que ya estaba en vías de formación, a fin de que éste contribuyera a dar efectividad al sufragio que próximamente iba a emitirse.

El general Díaz, que, según decíase, era un profundo conocedor de los hombres, ya que una sola conversación tenida con alguna persona le bastaba para formarse un juicio exacto de ella, en esta ocasión, por primera vez, seguramente, se equivocó; creyó que a su interlocutor, posiblemente porque no tenía la figura imponente como a él la naturaleza había-sela dado, ni ser militar y tener su pecho cubierto de oropel-escas condecoraciones, sino ser de corta estatura y además un civil, no valía la pena de tomarlo en serio, y sonriendo lobunamente no sólo le aplaudió su intención sino lo alentó irónicamente a perseverar en ella.

La verdad es que no se comprende cómo es que gozando el señor general Díaz del prestigio de ser un gran psicólogo, no haya podido ver, a través de las palabras del señor Madero, la grandeza de alma que éste abrigaba; ni la luz de la verdad que resplandecía en su rostro; ni tampoco el valor que en su corazón tenía, ni menos la igniscencia del relámpago, precursor del rayo, que brillaba en sus pupilas. Escuchó su voz, cerca, muy cerca de él y no notó en ella el apocalíptico silvar del huracán de que estaba impregnada. No obstante, pues, de que había leído mucho las hazañas épicas de nuestros grandes caudillos nacionales, no recordó, al oír el tono suave pero de enérgica convicción revolucionaria con que le hablara, la misma voz que en las páginas inmortales de nuestra historia, resuena como estallido de volcán, del sublime iluminado de Carácuaro, del gran insurgente: Morelos. Lo juzgó nada más superficialmente, o sea, por las simples apariencias.

Corto tiempo después, cuando ya era demasiado tarde, reconoció su falla, lamentándolo entonces muy amarga y coléricamente.

El señor Madero inició su gira empezando por Veracruz y siguiendo después por Yucatán, Campeche, Tamaulipas y

Nuevo León, predicando en todos esos lugares, a despecho y rabia de las autoridades porfiristas, el evangelio de la democracia, así como sembrando en las multitudes y en los numerosos clubes que fundara, la simiente que pronto habría de germinar y florecer, de la libertad y del derecho cívico.

Tal entusiasmo comenzó a despertar en todo el país la susodicha gira, que de muchas partes recibía el referido señor Madero, cariñosa y atenta invitación para visitarlas y escuchar su cálido verbo de admonición y de combate.

Millares de gentes alborozadas, con sus vestidos domingueros, salían espontáneamente con músicas a recibirlo, repicando alegremente las campanas y disparando salvas de cohetes y camarazos en señal de regocijo.

Y es que no veían en él al vulgar y repugnante demagogo, al agitador perverso de multitudes ignaras, ni al iluso e hiperestésico soñador de quimeras y utopías y que años después, para desventura nuestra, tuviéramos que soportar a millares, sino a un esforzado paladín de la ideología democrática; al desafiador viril del más cruel y sanguinario tirano que con guantelete de hierro oprimiera a la República; al evangelizador de una nueva y prometedora esperanza; al dulce apóstol de una doctrina de libertad y emancipación política que con sólo la fe en el pueblo, puesta en su corazón, recorría ciudades, pueblos y caminos.

Las multitudes escuchábanle con cariñoso respeto y entusiasmo, porque no era un ambicioso de riquezas, bien era sabido que éstas las poseía. Su ánimo fuerte y batallador, semejante a la imponente y constante agitación del océano, empujábalo a la lucha cívica, y poco tiempo más tarde, cuando el voto popular fuera conculcado, a la revolucionaria. Tenía la protesta colérica de las masas tiranizadas en sus labios y la bondad y la ternura en el corazón. Como no

tenía vicios ni extravagancias ni odios ni egoísmos, consiguiendo por todo esto, era fuerte y límpido como el cristal milenario que reluce gloriosamente en el fondo de las grutas.

Escuchándolo, sentíase en el alma un hálito de libertad a tiempo que surgía en la mente el dulce miraje de la patria. Sus palabras no sólo hacían pensar en el bien y en la ventura, sino que despertaban también los instintos bélicos de la raza. En su acento y en su elocuencia, había la resolución suprema del libertador. Jamás había sido orador, pero queriendo abatir la insolente soberbia y ambición del viejo león de Teoca, y de dar a conocer la ideología que sustentaba el antirreeleccionismo, lo hizo ser tribuno. ¡Y qué tribuno! Con sus requisitorias arrebatadoras en las que apostrofaba con fraseología candente los excesos e infamias del porfirismo, agitaba tempestuosamente a las multitudes, para luego aplazarlas, con verbo convincente, al aplazarlas a decidir de su destino en los comicios.

Todo esto añadido al insólito como violento despertar cívico popular, provocó entre los “científicos”, porfiristas y demás adláteres, una crecida corriente de ira de tal magnitud, que el mismo general Díaz, amargado, ensombrecido, con el alma destilando odio y sintiendo exacerbado despecho por no haber sabido comprender oportunamente al señor Madero, y arrepentido, además, por su hasta entonces inopinada tolerancia, no pudiendo sustraerse a la mencionada indignación de sus paniaguados, dio orden para que cuanto antes se llevara a cabo una ofensiva extremista contra los elementos opositoristas. El enervado león de garras embotadas y sin colmillos, sugestionado por el vaho himnotizador del Partido Científico, inclinaba su pobre cabeza ya sin melena, pero coronada de sangrientos y marchitos laureles.

Inmediatamente, obedeciendo dicha disposición, que más que tal cosa constituía en verdad un despiadado decreto neroniano, la policía regular y la secreta, iniciaron una era de hostilidades traducida en persecuciones, deportaciones, consignaciones a las filas, confinaciones y demás medidas coercitivas contra dichos elementos, muchos de los cuales no tuvieron más remedio de huir a ignoto lugar sin que a pesar de ello, se arredraran ni menos abandonaran el campo de la lucha, la que precisamente debido a esto en vez de terminar o cuando menos atenuarse, como el general Díaz y los “científicos” ingenuamente así lo esperaban, más se incrementó y enardeció.

Los acontecimientos, siendo superiores a ellos, imposibilitábanlos para oponerse a la tormenta que furiosa y amenazante desatárase. El general Díaz con sus confidencias a Mr. Creelman, habíala provocado, y ahora, el oleaje embravecido de la marejada humana jugueteaba con él como lo hiciera con un corcho, escupiéndole, además al rostro corajudamente, la espuma amarga de su desdén. Repentinamente un embate de las olas lo aventaba sobre un arrecife, sobre el arrecife de su culpable intemperancia. Por eso arrojó a las tétricas “tinajas” de la vetusta y sombría fortaleza de San Juan de Ulúa, convertida, desde años atrás, en presidio, y a la antigua carcel de Belén, así como también a los cuarteles de reemplazos de San Ildefonso y San José de Gracia, lo mismo que a los insalubres y sórdidos parajes de Quintana Roo y el Valle Nacional, a miles de antirreeleccionistas.

Entre tanto, los trabajos de organización del Partido Antirreeleccionista y de los clubes que le eran afines y que habrían de enviar sus respectivos delegados a la Conven-

ción, cuya convocatoria para efectuarla ya se había lanzado, proseguían desarrollándose muy activamente.

La prensa independiente a pesar de las constantes hostilidades de que era objeto por parte de los gobiernistas, no cejaba en su abnegada tarea de publicar todo aquello que se relacionaba con la cuestión político-democrática que a todos traía grandemente preocupados.

Las sesiones de los clubes que casi siempre, por las fogosas requisitorias que en ellas se pronunciaban contra la dictadura, convertíanse en entusiásticos mítines, verificábanse seguidamente, soliviantando con tales prédicas, muchas de ellas ya abiertamente sediciosas, tanto el ánimo de los concurrentes como el espíritu público al cual trascendían, ya de por sí predisuesto contra los “científicos” a quienes el licenciado Urrea había inmisericordemente desmascarado.

En semejante ambiente de creciente y tempestuosa agitación electoral; de odios personales y de partida; de rencorosas desigualdades sociales de clase; de resquemores suscitados por diferencia ideológica y de criterio político; de antagonismo entre el gobierno y el pueblo; de abierta pugna entre opresores y oprimidos, en fin, de una insoportable tiranía, fue como inauguró sus labores el día 10 de abril de 1910, en un destartalado salón de baile del antiguo Tívoli del Elíseo (hoy desaparecido) la gran Convención de los Partidos Antirreeleccionista y Nacionalista Democrático.

A dicha Convención concurrieron representantes de todos los clubes antirreeleccionistas de la República; muchos de estos delegados han figurado después prominentemente en los diferentes gobiernos emanados de los movimientos revolucionarios de 1910 y 1913, hasta nuestros días, 1947.

En esa histórica cuan célebre Convención que marcara una exacta trayectoria a los destinos del país y que constituyera el paso más trascendental que entonces se diera por los elementos independientes, se discutió con acucioso detenimiento y sincero patriotismo el programa gubernamental que habría de normar la nueva administración, y las personalidades que figurarían como candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República.

Al final de las peroratas que se pronunciaron en apoyo de los diversos candidatos que se discutieron, y cerrados los debates se verificó la votación, la que arrojó una mayoría de votos en favor de los señores Francisco I. Madero y doctor Francisco Vázquez Gómez para presidente y vicepresidente respectivamente.

Inmediatamente que la Convención terminó sus trabajos e hizo la designación de sus candidatos, tanto éstos como los partidos y clubes que la llevaron a cabo, iniciaron la más activa propaganda electoral echando mano de cuantos medios legales pudieron emplear a fin de despertar el espíritu cívico de todos los ciudadanos de la República.

El señor Madero, comenzó, con gran valor, decisión y estoicismo a toda prueba, causando con ello gran admiración en todos sus correligionarios y aun también en los que no lo eran, su gira de propaganda calificada, desde entonces, muy justa y acertadamente como de un verdadero apostolado, para dar a conocer ampliamente su plataforma de gobierno en caso de salir electo.

El “Eje de Diamante” don Rosendo Pineda (que en unión del licenciado don Miguel Macedo constituían el alma y el cerebro del Partido Científico), comprendió desde un principio que la acción del Partido Antirreeleccionista ocasionaría la caída del general Díaz, y así con toda franqueza

se lo expresó a éste, quien imprimiéndole entonces a su cascada y grave voz una inflexión muy sarcástica le preguntó sonriendo burlescamente: “¿Y cómo?”, a lo que el rechoncho juchiteco sin vacilación le contestó: “Por medio de una revolución”.

Entonces el general Díaz lleno de tremante ira, sintiéndose desfallecer de cólera al escuchar semejante contestación, creyendo que el poder, anhelo y pasión de toda su vida, por el que para obtenerlo y conservarlo cometiera crímenes horribles y también las más negras traiciones e ingratitudes con no pocos de sus más felices y sufridos partidarios, escapábasele de sus sarmentosas y temblorosas manos, dio orden, ¡oh, el implacable e imperioso mandato de un tirano!, de perseguir como a perros rabiosos, con saña inaudita, a todos los integrantes de la Convención, incluyendo al propio candidato presidencial, señor Madero, la que no se efectuó, por lo que respecta únicamente a este último, por oponerse energicamente a ello, obedeciendo escrúpulos de conciencia, don Ramón Corral, no así los demás, contra quienes se recrudeció la cruzada de carcelazos, consignaciones, proscripciones y demás procedimientos que poco antes pusieran en práctica contra ellos mismos.

En este agitado ambiente de hostilidades inició su propaganda, o sea, su apostolado, el señor Madero. Sus discursos, gracias a los periódicos independientes, que cual inmensos megáfonos reproducían sus palabras, se oyeron en todas partes, aún en las más lejanas y abruptas del país. En donde quiera que se presentaba era recibido, como antes se dijera, con inequívocas demostraciones de júbilo, sin que ni a él ni a ninguno de sus numerosos partidarios hicieran mella el cúmulo de injurias y amenazas que desde los órganos gobiernistas sus antagonistas les prodigarán.



Señor licenciado Rosendo Pineda.

La primera gran manifestación en honor de los candidatos antirreeleccionistas efectuada en la capital, en junio de 1910, fue el comienzo para la realización de otras muchas llevadas a cabo en diferentes partes del país, muy especialmente la de Puebla, a la cual concurrieron no menos de 30 mil personas. Todo lo cual dio ocasión a que el despecho y la sed de venganza en el ánimo del general Díaz, no tuviera límites.

Aquel enemigo, que al principio, cuando por intervención del gobernador Dehesa, le concedió una entrevista, considerara muy pequeño y sin importancia alguna, entonces apareció ante su mente debilitada por la senectud y enfermedad por la idea martirizante de que el pueblo lo detestaba y el poder íbasele escapando, como el de un colosal gigante al que le seguía una turba insolente de plebeyos que con palabras altisonantes airadamente exigía cumplierse con la ley, respetando el sufragio popular.

Mas estando su destino ya trazado y la hora de la justicia y la expiación acercándose, no parecía sino que él tenía que ir a recibirla, como otras veces, en otros tiempos, ya lejanos, volaba presuroso, como un pegaso, lleno de brío y coraje, al encuentro, en el fragor de los combates, de la muerte o la victoria.

Sus años mozos, su sangre joven rebotante de vida; sus nervios acerados, templados por la lucha y las adversidades; su corazón valeroso para alentar a sus tropas y resistir los embates y fatigas de la campaña, diéronle siempre el triunfo.

Sus sentidos embriagáronse con las trompetas de la gloria y de la fama. Sus sienes siñéronse los laureles inmortales de los héroes. Sus botas de guerrero inmarcesible y los cascos de su corcel pisaron airoso las flores y las palmas tendidas en su honor. Las campanas y las fanfarrias poblaron los vientos de himnos en holocausto a sus hazafias guerreras. Las ciudades engalanáronse para recibirlo y las multitudes lo aplaudieron y aclamaron.

Pero ahora ya era un viejo decrepito, un pobre octogenario, un vencido por los años, las vicisitudes, los remordimientos y las enfermedades: ¡Se quedaba repentinamente aletargado víctima de extraño sopor! Sus ministros, que eran también otros septuagenarios ya muy agotados e inútiles que le servían nada más de fondo decorativo, hacían

de él, como él de ellos su respectiva camarilla, lo que querían, porque ya no tenía voluntad: era una especie de momia con alientos de vida: una sórdida ruina arqueológica. Le pesaban sus 80 años como si fueran un enorme bloque de granito.

Avaro de poder, hasta el delirio, descargando sobre el pueblo el azote de su tiranía y de su misantropismo, y presintiendo asimismo la proximidad de su muerte, habíase hecho más egoísta, más desconfiado y más cruel.

Su mente llena de sombras en las que macabramente danzaban los sangrientos espectros de Ituarte, Coeto, Gutiérrez, el doctor Hernández y otras cinco víctimas, asesinados en Veracruz, el 25 de junio de 1879 por orden suya, dirigida a Mier y Terán en aquel su ominoso mensaje de “Mátalos en caliente”, ya no funcionaba con la clara y rápida lucidez de otros tiempos, allá cuando aún no comiera todavía ninguna infamia y reclinara su cabeza sobre las almohadas obteniendo un sueño tranquilo y un descanso reparador, y no ahora, que era acosado por horribles visiones en las que sus ojos, casi desorbitados, contemplaban aterrados de espanto el semblante trágicamente lívido y medio carbonizado del periodista Olmos y Contreras, escupiéndole a su rostro sudoroso, y desencajado, el mismo apóstrofe que otra víctima suya, el valiente marino Rodríguez, dirigiérale en sus postreros instantes: “¡Miserable asesino: maldito seas!”

Su voz de mando ya no semejaba un vibrante, arrebatador y penetrante toque de clarín, sino el golpe seco que produce un palo contra una piedra.

Y sin embargo, a pesar de todo eso y de que ya era, repito, un anciano cáncano, arterioesclerótico e impotente para acallar el tumulto de remordimientos que rebullíanse en el

negro fondo de su alma, y en aplacar sus siniestros recuerdos que, como bandadas de buitres, cerníanse en su mente, y de que estaba aturdido por la avaricia de mando, y tenía los oídos tapiados que impedíanle escuchar los rumores de la espantosa marejada que a sus pies se agitaba, no cesaba en su insano empeño de seguir perpetuándose en el poder, ni de comprender que el tirano sólo es un enorme coloso de pies de barro que el menor e intempestivo golpe de olas lo derriba estrepitosamente, ni tampoco que la hora angustiosa y mortal de la liquidación llegaba para él y con ella todo el horrible cortejo de traiciones e ingratitudes de aquellos mismos que favoreciera.

Y porque no lo comprendía, asido tercamente a su capricho, quería, sacando fuerzas de su miserable flaqueza, sortear la tempestad y aplastar a sus enemigos. Fue entonces cuando se resolvió a acabar con su contrincante de cualquier modo, con cualquier pretexto, y a cualquier precio que fuera.

En tal circunstancia, el señor Madero quedaba comprendido desde ese momento en un plano diferente. Entraba en una nueva y más ruda etapa de su azarosa y agitada vida. Concluía su glorioso y ejemplar apostolado de verdad y justicia y empezaba su titánica jornada de caudillo insurgente, para después del triunfo de la contienda armada, en la que él a la cabeza del pueblo quedara vencedor, continuar con la difícil tarea de gobernante y terminar su misión de hombre bueno, sencillo e inmenso patriota, con el sacrificio de su existencia, con el martirio.

Y es que los redentores excelsos, como él, ya sea que luchen por el bien de la humanidad, o por la religión, o por la civilización, o por la libertad, son siempre los grandes perseguidos, los grandes calumniados, los grandes victimados.

La persecución, la calumnia y el sacrificio, forman el crisol en que se funden. En él se han fundido todos los héroes y mártires de la ciencia, de las religiones, de la libertad, del derecho y del progreso del mundo. El hombre vulgar no es perseguido, ni calumniado ni sacrificado, ni menos necesita del crisol, porque es escoria.

Ser luchador es ser astro, es ser faro, es ser excelso y es ser inconmensurable cima, que altiva e incommovible desafía al rayo. Así era, así fue, para gloria de la libertad, para honra de México y para bien de la humanidad, Francisco I. Madero.

Los prolegómenos del fin pronto, pues, se presentaron. Los instrumentos para ello, desde luego, también no faltaron. Y éstos fueron un infeliz hacendado venido a menos, cargado de familia y a quien por prestarse a tan asqueroso enjuague, del que ufanamente se vanagloriaba, le dieran 12 mil pesos, llamado Felipe Jesús Ortega, para acusar al apóstol de robo de guayule, acusación que no prosperó, y otro testaferrero, un curialesco llamado Juan R. Orci quien le denunció de incitar al pueblo a la rebelión en un discurso de propaganda que el señor Madero, según el menguado delator, pronunciara en San Luis Potosí, acusación que sí prosperó, porque encontró un juez venal que lo redujo a prisión en Monterrey el 6 de junio de 1910, con lo cual legalmente coartáronle sus derechos cívicos, es decir, a ser electo en los comicios, que era lo que en el fondo de la intriga se trataba, a fin de que el sufragio emitido en su favor pudiera, de acuerdo con la ley electoral, ser nulificado como más tarde así fue, precisamente por este motivo, por el Congreso de la Unión porfirista.



Señor Francisco I. Madero.

El señor Corral tan pronto como supo lo acaecido al candidato popular, se opuso otra vez ante el general Díaz a que se cumpliera semejante procedimiento, quien con el tono airado que acostumbraba emplear cuando se le contradecía le dijo:

“Pineda no opina así, pues cree que ese movimiento puede trastornar la paz pública”.

Entonces Corral cohibido dióle algunas excusas, mas dudando del origen de dicha afirmación, quiso que el mismo licenciado Pineda se la confirmara, a lo que éste enfáticamente, ratificándosela, le dijo:

“Sí, creo que Madero va a la revolución, pero no apruebo su aprehensión. Que se vigile y se le impida hacer una revolución, está muy bien; pero que no se tomen pretextos para encarcelarlo”.

Tal contestación la supo el general Díaz, y como, según él, eso implicaba una cáustica e irrespetuosa censura a su procedimiento, grandemente contrariado dio orden de arresto contra el referido licenciado Pineda, el que al enterarse de ella, sabiendo ya, ¡que si lo sabía!, cómo las gastaba el hojalatero, no obstante ser un prominente líder del Partido Científico y contar con la poderosa influencia del licenciado Limantour y la individual y conjunta de todos sus adláteres los “científicos”, tuvo que huir rápidamente a territorio estadounidense, de donde no volvió sino hasta el mes de marzo de 1911, pocos días antes de la caída del terrible dictador.

En las condiciones, pues, de estar ya todo preparado para las elecciones, éstas tenían que ser, como fueron, una ridícula farsa y resultar de ella, como se comprenderá, el más escandaloso fraude, o sea, la imposición de la candidatura oficial Díaz-Corral, lo que en efecto así fue.

Como al mismo tiempo que el gobierno preparaba el chanchullo comicial, organizaba los festejos para celebrar el centenario de la iniciación de independencia, al dar por resuelto, según su estólido criterio, el primer asunto, tanto más que el señor Madero continuaba preso en la penitenciaría de San Luis, y los partidos y los clubes que sostuvieran su candidatura encontrábanse aparentemente disueltos y los más conspicuos de sus miembros expatriados, encarcelados otros y perseguidos los más, toda su atención se concentró entonces en el desarrollo del programa de festejos.

Tales festejos fueron, como podrá suponerse, de un lujo y pompa verdaderamente fastuosos y trascendentales, dignos

de un poderoso imperio europeo o satrapía oriental, muy en contraposición con la situación de agobiante tiranía y sufrimiento en que penosa y desesperadamente debatíase el pueblo, el que a semejanza del infeliz siervo medieval, al que sólo permitíasele por sus amos, que viera, desde la lejanía, los grandes ventanales iluminados del castillo y escuchara los rumores apagados y confusos que del sarao le llegaran, a él también, únicamente concediósele, que desde extramuros del Palacio Nacional, las alas quejumbrosas y sutiles de los vientos le llevaran los ecos de la música que la orquesta en el baile cadenciosamente desgranaba, y de las risas jacarandosas en que la menguada y abyecta corte porfirista prorrumpiera.



CAPÍTULO IX

DESPUÉS DEL PRÓLOGO,
EL PRIMER ACTO



Para lo que también sirvieron las fiestas del centenario. —Último recurso legal. —Huida del señor Madero. —San Antonio, Texas, centro del movimiento revolucionario. —Manifiesto del señor Madero al pueblo norteamericano; párrafos. —Proclama al ejército mexicano; párrafos. —Sucesos de Puebla. —La chispa que hizo explotar el polvorín. —Optimismo del general Díaz. —Actividad revolucionaria en el norte. —Actitud del gobierno norteamericano. —Donde por primera vez aparece en la escena política el licenciado De la Barra. —“La voz de la calle”. —Madero, caudillo revolucionario. —Volcán en erupción. —Ridícula estrategia del general Díaz. —Desplante inaudito. —Medidas contraproducentes. —Manifiesto del presidente Díaz a la Nación. —Lo que el general Reyes decía de la Revolución. —Opinión del licenciado Limantour. —“Tomar en serio a la revuelta en México es completamente risible”. —Trabajos de avenencia. —Funesto presentimiento popular. —Silencio de tumba. —La voz de la Revolución. —Blas Urrea otra vez en la palestra. —“La situación política”, párrafos.



afortunadamente las fiestas reales del centenario tuvieron otro objeto más importante que de una simple conmemoración, ya que equivalieron a una impenetrable cortina de humo que impidió que el gobierno, que fuera quien la tendiera, viera los preparativos que hacía el maderismo para llevar a cabo una insurrección.

En efecto, tan pronto como el candidato popular fue reducido a prisión y las persecuciones se intensificaron, los maderistas ya no pensaron ni desearon otra cosa sino en que el fraude electoral se terminara de consumir, con la respectiva

declaración del Congreso, para inmediatamente proceder a insurreccionar al país.

Las gestiones hechas por el licenciado Federico González Garza en funciones de presidente del Comité Electoral, consistentes en presentar a la consideración de la Cámara de Diputados, tres memoriales fechados uno el 10. de septiembre, otro el 5 del mismo mes y el último el 23, también del propio mes de septiembre, pidiendo en ellos la nulidad de las elecciones —efectuadas en los días 26 de junio y 10, 11 y 12 de julio de 1910—, coadyuvaron muy eficazmente a confirmar la creencia, sustentada por el gobierno, de que el madeirismo, ya completamente derrotado, resignábase con su suerte.



Licenciado Federico González Garza.

Mas esto último no era así, porque los principales líderes del antirreeleccionismo presintiendo que la declaratoria de la Cámara sería en sentido favorable a la candidatura Díaz-Corral, se apresuraron a trasladarse a territorio estadounidense a fin de preparar el movimiento revolucionario.

La susodicha declaratoria no se hizo mucho esperar, pues a los cuatro días de haber enviado el Comité Electoral a la Cámara su última instancia para que los actos comiciales fueran nulificados, ésta se formuló por la comisión respectiva en los siguientes términos: “SECCIÓN PRIMERA. —Mesa primera. —Número 37. —La Cámara de Diputados del Congreso General, erigida en Colegio Electoral, en la sesión de hoy, se sirvió aprobar el dictamen emitido por su Gran Comisión, que concluye con el punto resolutivo siguiente: ‘Dígase a los signatarios de los memoriales de 1o., 8 y 23 de este mes, que no ha lugar a declarar la nulidad de las elecciones verificadas en los meses de junio y julio de este año, para la renovación total del Poder Ejecutivo y parcial del Poder Judicial, ambos de la Federación’.

”Lo que participamos a ustedes para los efectos correspondientes. —México, septiembre 27 de 1910. —Vicente Villada Cardoso. —A. de la Peña y Reyes. —A los ciudadanos Federico González Garza, etc. —5 de Mayo 32, Desp. 304. —Presentes.”

Como esto último era lo que necesariamente faltaba para darle a la contienda, que hasta entonces fuera meramente democrático-electoral, todos los aspectos legales para así transformarla en lucha armada, desde luego el señor Madero procedió a ponerse en salvo, tanto más cuanto habíanse girado órdenes telegráficas para sacrificarlo semejantes a las dadas en el año de 1879 a Mier y Terán, huyendo disfrazado hacia Laredo a donde llegó sin novedad, siguiendo inmediatamente

hacia San Antonio, Texas, lugar en que ya lo aguardaban los líderes antirreeleccionistas que con anterioridad habíanle precedido en la escapatoria.

Al llegar el señor Madero al lugar antes mencionado, creyó de su deber dar a conocer al pueblo norteamericano, en un manifiesto del que a continuación reproduzco sus más importantes párrafos, las causas y propósitos que lo obligaran a expatriarse:

“Si he huido de mi país, es porque siendo yo jefe del movimiento libertador, siendo yo el candidato del pueblo para la Presidencia de la República, atraje sobre mí el odio y las persecuciones de mi rival, el déspota mexicano, el General Porfirio Díaz. Para mí ya no había leyes y jueces que me amparan, pues la primera es sustituida, como en todo el territorio mexicano, por el capricho del dictador, y los segundos por instrumentos del mismo, resultando que el proceso que se me inició y tenía por base la calumnia judicial, amenaza prolongarse indefinidamente. El objeto evidente de tal proceso era impedirme luchar por los intereses del pueblo; tal situación no podía prolongarse, pues sobre mí pesa una responsabilidad inmensa: el pueblo mexicano, cansado del Gobierno despótico del General Díaz, se fijó en mí para que lo dirigiera y gobernase constitucionalmente, pero al llegar el día de las elecciones, el General Díaz se valió del poder público para imponerse por la violencia, alejando a los ciudadanos de las casillas y llegando a cometer el fraude más desvergonzado. De esa manera logró el General Díaz reelegirse y hacer que fuera electo para la Vicepresidencia el señor don Ramón Corral y logró también reelegir a los diputados designados por él, cometiendo flagrantes irregularidades. Mis partidarios, queriendo agotar todos los medios legales, pidieron la nulidad de las elecciones en documen-

tos calzados con más de mil firmas que lograron reunirse a pesar de las persecuciones y trabas de todas clases. Su justa petición fue rechazada y el Congreso declaró reelecto para un periodo más, al General Díaz y al señor Ramón Corral, para los cargos respectivos de Presidente y Vicepresidente de la República. Se me podrá decir que el espíritu de partido falsea mi criterio, pero para justificarme basta que sepáis que veinte días antes de las elecciones fui reducido a prisión.

”Si el General Díaz me redujo a prisión en tales circunstancias, es la prueba más evidente de que consideraba perdida la partida en caso de que yo hubiese continuado libre, y no queriendo someterse a la voluntad nacional, inició con mi prisión una era de persecuciones en todo el territorio de la República.

”No vengo a implorar vuestra ayuda, los mexicanos estamos en aptitud de gobernarnos por nosotros mismos; el pueblo mexicano es bastante fuerte para hacer respetar su soberanía; lo único que reclamo de vosotros, es la hospitalidad que los pueblos libres han dispensado siempre a los hombres que en otros países luchan por la libertad; lo único que os pido es la simpatía que siempre os han merecido los pueblos que luchan por contar con derechos de que tan legítimamente os afanáis y que os proporcionan una felicidad envidiable y duradera.

”Mi ideal no es ser yo quien gobierne en mi país, a pesar de ser esa la voluntad de la inmensa mayoría de mis compatriotas, sino el de salvar a mi Patria de la tiranía que la oprime y restablecer en ella el imperio de la ley y de la justicia, para que mis compatriotas puedan gozar del bienestar que disfruta este gran pueblo, debido al esfuerzo perseverante

que sus mayores y al celo tenaz con que sus conciudadanos han defendido tan preciosa herencia. —San Antonio, Texas, octubre 9 de 1910. —Francisco I. Madero.”

Inmediatamente, después de la publicación del anterior manifiesto, el señor Madero hizo del conocimiento de sus más allegados correligionarios, y éstos a su vez de las organizaciones maderistas que permanecían alertas nada más esperando instrucciones para obrar, es decir, las bases fundamentales para efectuar la insurrección, condensadas en un Plan, el que a pesar de aparecer expedido en San Luis Potosí y con cuyo nombre así se conoce, en verdad fue firmado en territorio estadounidense, y el que por ser ya muy conocido me abstengo de reproducir.

En seguida de la expedición del citado Plan de San Luis, el señor Madero lanzó una proclama al Ejército Mexicano, de la que a continuación reproduzco lo más interesante de su contenido:

“CONCIUDADANOS:

”La larga y oprobiosa tiranía del General Díaz, que el pueblo ha soportado en su anhelo de conservar la paz, ha hecho que a éste se le calumnie diciendo que es servil y cobarde; y a vosotros, los que lleváis el uniforme, también se os ha calumniado considerándoos como los verdugos del pueblo, como los sostenes del Dictador.

”Invito, pues, a los soldados, a todos los soldados y a los jefes y oficiales dignos y patriotas para que se unan desde luego al movimiento. De esta manera desmentiréis la calumnia que pesa sobre vosotros de que sois los verdugos del pueblo y demostraréis que si estáis orgullosos de pertenecer al Ejército Mexicano, es porque el ejército es hijo del pueblo, el defensor de sus instituciones y la encarnación de las glorias patrias.

”Soldados de la República: Recordad que la misión del ejército es defender las instituciones y no la de ser el sostén inconsciente de la tiranía; por tal motivo escoged: o bien seguiréis sosteniendo al gobierno tiránico y usurpador del General Díaz que promete a la patria una era de luto, de dolor y de ignominia, o bien os venís conmigo, que en los actuales momentos encarno las aspiraciones populares; que por la voluntad de mis conciudadanos, y cumpliendo fielmente mi programa político, indudablemente laboraremos por la felicidad de la patria y por el camino de la Constitución, de la Libertad y de la Justicia, la llevaremos a ocupar el alto puesto que merece entre las naciones civilizadas.

”Soldados: Es cierto que yo no pertenezco al noble gremio militar, pero tampoco es militar el señor Corral, que de hecho es el gobernante de México en los actuales momentos. Sobre todo, tened la seguridad de que el día señalado para que el pueblo mexicano se levante como un solo hombre contra sus opresores, estaré con vosotros y sabré demostrar que aunque no pertenezco a vuestro gremio, admiro vuestras virtudes y sabré poner en práctica el ejemplo de los héroes que nos legaron independencia y libertad; y como ellos sabré luchar con valor sin que me arredren las balas de los enemigos del pueblo, y por lo menos sabré encontrar una muerte gloriosa defendiendo al lado vuestro, las instituciones republicanas.

”Recordad que el General Díaz ha deshonrado vuestra bandera, enseña de la patria y símbolo del honor militar, haciéndola servir de emblema a la tiranía y de símbolo de opresión al pueblo, al cual os ha obligado a asesinar en Veracruz, Orizaba, Valladolid y Tlaxcala y en tantas otras partes de la República.

”Recordad que vosotros, antes de ser soldados, sois mexicanos. —Sufragio efectivo. No reelección: —*Francisco I. Madero.*”

Conocido y aceptado desde luego por los maderistas el Plan para derrocar al gobierno que fijaba el 20 de noviembre de ese mismo año de 1910, como la fecha para iniciar el movimiento insurreccional, el líder antirreeleccionista en Puebla, Aquiles Serdán, que poco antes estuviera en San Antonio, Texas, a conferenciar con el señor Madero y a recibir instrucciones de él, encontrándose el 18 de noviembre, o sea, dos días antes de la fecha fijada para estallar la conjuración, en su casa de la calle de Santa Clara, en Puebla, ocupado en los preparativos bélicos para el susodicho propósito, por haber sido delatado, fue sorprendido por la policía, a la que hizo resistencia matando además del jefe Daniel Cabrera que la comandaba, a no pocos esbirros que a éste le seguían.

Rechazada la policía, en su ayuda, acudieron bastantes tropas de línea, las que establecieron un verdadero sitio a la casa, sitio que fue valientemente sostenido por Serdán, sus hermanos y algunos conjurados.

Pasadas varias horas de ardorosa lucha en la cual sufrieron muchas bajas las fuerzas sitiadoras y, proporcionalmente, no pocas los defensores del reducto, los que restaban de estos últimos, huyeron por las azoteas circunvecinas, ocultándose Aquiles en un pequeño escondite que, bajo el piso, para tal efecto preparara. Mas cuando la casa, ya en poder de los gobiernistas, se encontraba en silencio y por tal circunstancia el héroe supusiera que las tropas habíanse retirado, tratando, seguramente, de descansar de una incómoda postura, removiéndose, haciendo al efecto algún ruido, lo que bastó para ser descubierto e inmediatamente acribillado a balazos allí mismo.

Coronel Daniel Cabrera.

La conmoción de disgusto contra el gobierno que semejante acontecimiento despertara en toda la República, fue sencillamente extraordinaria. Ese hecho, así como el heroico y ejemplar comportamiento de Serdán, sus familiares y demás compañeros, exaltó tan fuertemente los ánimos, que precisamente eso fue la chispa que hizo explotar el polvorín, bastante ya cargado, puesto que inmediatamente los levantamientos se multiplicaron al grado de que dos días después, es decir, el 20, que como se sabe era la fecha señalada para comenzar la insurrección, ya se encontraban algunos grupos de alzados en territorio tlaxcalteca.

En Buena Vista, población del estado de Sonora, fueron delatados y aprehendidos algunos maderistas, a quienes al cateárseles sus respectivos domicilios encontráronseles documentos sediciosos, iguales a los hallados en la casa de Serdán, lo que a las claras reveló a las autoridades lo bien organizada que estaba la conjuración. Tal cosa sirvió para que don Guillermo de Landa y Escandón que era el gobernador del Distrito, además de que extremara las persecuciones no sólo contra los maderistas sino también contra los que le parecían sospechosos de dicha filiación, declarara enfáticamente a la prensa: “El Gobierno se encuentra preparado para sofocar cualquier motín, y el 20 de noviembre, fecha señalada, al parecer, para el principio de un movimiento antigobiernista, pasará completamente tranquilo”.

El general Díaz, igualmente optimista, contestando un mensaje que le enviara Mr. Carles Wilson de la Raychmond y Whitecome Co., decía: “Informado su cablegrama de ayer, aunque sin gran importancia para la paz de la República, un grupo de anarquistas, porque así pueden ser considerados, ha conseguido con sus hechos que la justicia los juzgue para castigarlos con toda energía, mientras el principal promotor cae en poder de las autoridades, quienes se proponen proceder dentro de la ley con toda la severidad que ésta le permita”.

Los señalados como anarquistas por el general Díaz eran los ingenieros Manuel Urquidi y Alfredo Robles Domínguez, los licenciados José I. Lugo y Enrique Bordes Mangel, y los después generales del ejército revolucionario Francisco Cosío Robelo y Alfredo Serratos, además de otros significados antirreeleccionistas, los que fueron reducidos a prisión por considerárseles conspiradores.

Tan pronto como en Torreón, Gómez Palacio, Camargo, Jiménez, Parral, y otras muchas poblaciones norteañas que desde el principio de la campaña democrático-electoral se distinguieran por su exaltado maderismo, se supo que la rebelión había al fin estallado en ciudad Guerrero y en varias partes cercanas a la línea divisoria correspondiente al estado de Chihuahua, inmediatamente sus simpatizadores apresáronse a secundarla, con mucho entusiasmo y decisión.

También los indios de la región del Yaqui, que siempre estuvieran en constante lucha con el gobierno del general Díaz, de quien estaban muy resentidos por el cúmulo de desmanes que con ellos cometiera, al saber que éste al fin estaba siendo combatido con el propósito de derrocarlo, se lanzaron a la rebelión.

Como en muy pocos días la agitación revolucionaria cundiera velozmente por todas partes, muy especialmente, como antes he dicho, en los estados fronterizos a donde acudían muchos maderistas en busca de núcleos rebeldes para incorporárseles, las autoridades norteamericanas, a petición del gobierno porfirista, capturaron en territorio estadounidense a más de 200 mexicanos por creérseles conspiradores. Y para guardar la neutralidad de su país, movilizaron hacia la línea limítrofe a la Guardia Nacional de Texas y al 3er. Regimiento de Caballería americano.

El embajador de México en Washington, que lo era entonces el licenciado Francisco de la Barra (ya a su debido tiempo veremos quién fue este individuo), creyó entonces oportuno declarar con el prosopopéyico y ampuloso énfasis que le caracterizaba lo siguiente: “Las tropas mexicanas forman un inmenso cordón sobre el Río Bravo, y en perfecta armonía con las tropas americanas que vigilan estrictamente por la neutralidad de la frontera”.



Señor Gabriel Leyva, jefe de la insurrección en Culiacán, Sinaloa.

La rebelión, a pesar de todo, siguió propagándose de una manera tan vertiginosa por todas partes, con gran contentamiento de los independientes, que aquí en la capital no se oía hablar más que de puros levantamientos, ataques a poblaciones, ocupaciones de plazas y aniquilamiento de guarniciones. Muchas de estas versiones, producto de “la voz de la calle”, no dejaban de tener un fondo de verosimilitud, o exageración, pero como nadie se preocupaba de atenuarlas o desmentirlas, consiguientemente causaban entre los gobiernistas un efecto desmoralizador muy agobiante, que era

precisamente lo que con tales versiones se buscaba. Puede decirse que en esto consistía la labor revolucionaria de la enorme masa de maderistas que por diversas circunstancias no podía tomar las armas y que sin embargo, creíase en el deber de coadyuvar aunque fuera de esta manera, al triunfo de la insurrección.

El incremento revolucionario manifestábase, repito, cada vez más enérgico e impetuoso por todo el país, tanto más cuanto, el señor Madero internándose nuevamente al territorio nacional habíase puesto al frente de las tropas insurgentes, por lo que los esfuerzos del gobierno para contener la rebelión resultaban completamente infructuosos.

En el norte era donde se notaba mayor efervescencia insurreccional. También en el sur, aunque en menor intensidad, no dejaba de haberla, lo mismo que en los demás puntos cardinales. Todo el territorio nacional estaba tan terriblemente agitado y lleno de grupos más o menos numerosos levantados en armas, que bien puede decirse era un volcán en erupción. El general Díaz, ofuscado y sin arrestos no pudiendo dominar tan compleja situación por los mismos medios que otras veces empleara en análogas circunstancias, como cuando lo de Tomochic, Las Vacas, Orizaba, Valladolid, Cananea y Zacatecas, es decir, por la sola fuerza de las armas, recurrió a la infantil, por no decir ridícula estratagema de que al mismo tiempo que decretaba la suspensión de garantías para todos los rebeldes y la pena de muerte para los dinamiteros y a la vez trataba de engañar a la colectividad con aparatosos cambios de secretarios de Estado y gobernadores, iniciaba ante el Congreso —cosa que rápidamente obtuvo de éste— la reforma constitucional de la no-reelección (que él mismo ofreciera y proclamara en los planes de la Noria y Tuxtepec, allá en sus tiempos de sempiterno inconforme y pretendiente

al solio y después derogara a fin de perpetuarse en el poder) y autodeclararse, con el mayor desplante, que ya tanto él como su gobierno eran tan revolucionarios como la propia Revolución y consiguientemente por ello ya no había conflicto ideológico alguno, puesto que no existían ningunas discrepancias políticas.

Pero como nadie creyera en la sinceridad de tales declaraciones por la falta de confianza que el declarante inspiraba, el movimiento considerando a las susodichas declaraciones como una demostración de debilidad, en vez de atenuarse o detenerse más se aceleró, tanto que entonces el referido presidente viose obligado a lanzar un Manifiesto a la Nación puntualizando sintéticamente en él la situación que prevalecía, manifiesto que por ser el único que el general Díaz dirigiera a la opinión pública, a la que sistemáticamente en más de 30 años de gobernar a la Nación, viera con profundo desprecio, reproduzco íntegro:

“MEXICANOS:

”La rebelión iniciada en Chihuahua, en noviembre del año próximo pasado, y que paulatinamente ha ido extendiéndose, hizo que el Gobierno que presido acudiese, como era su estricto deber, a combatir en el orden militar el movimiento armado.

”Entre tanto la opinión pública se uniformó demandando determinadas reformas políticas y administrativas, a fin de satisfacerla tuve la honra de informar al Congreso de la Unión, el 19 del mes próximo anterior, que era mi propósito iniciar o apoyar las medidas que reclamaba la Nación. Sobreponiéndome al cargo que se me pueda hacer de no obrar espontáneamente, sino bajo la presión de la rebelión armada, es público y notorio que he entrado de lleno en el camino de las reformas prometidas. La iniciativa de No-ree-

lección del Presidente y Vicepresidente de la República y de los Gobernadores de los Estados, apoyada moralmente por el Ejecutivo de la Unión, ha sido aprobada por la Cámara popular y está a punto de serlo por el Senado de la República; es estudio de una nueva ley electoral que haga efectivo el sufragio del pueblo, acomodándose a nuestro medio social y eliminando hasta donde sea posible la intervención de la autoridad política, está ya concluido y en breve se someterá a la deliberación de las Cámaras, lo mismo que un proyecto de ley sobre responsabilidades de los funcionarios judiciales, y otros sobre fraccionamiento de terrenos.

”Al mismo tiempo, los cambios políticos y administrativos de la Federación y de algunos Estados, constituyen una prueba inequívoca de la sinceridad con que el Gobierno de la República procura interpretar las aspiraciones de la gran mayoría de la Nación, y del espíritu de reforma que ha invadido también la administración pública de las Entidades federativas.

”La gran masa de nuestros ciudadanos, de hábitos pacíficos y laboriosos, de tendencias evolutivas y progresistas, sin duda había reconocido la buena fe con que procede el Gobierno; y aquellos mexicanos que se hayan lanzado desinteresadamente a la revuelta, en pos de los principios políticos que está realizando la administración actual, deberían haber depuesto las armas, evitando así a su país los horrores de la guerra civil, ya que los principios inscriptos en su bandera no necesitan de la fuerza para incorporarse en la ley.

”Mas infortunadamente esto último no ha sido así, y el Gobierno que se consagraba a la doble labor de combatir con las armas la rebelión y de dar garantías para lo porvenir a la opinión pública, ha querido probar una vez más su deseo de restablecer la paz por medios legítimos y decorosos. Algunos

ciudadanos patriotas y de buena voluntad ofreciéronse espontáneamente a servir de mediadores con los jefes rebeldes; y aunque el Gobierno creyó no deber iniciar negociación alguna, porque habría sido desconocer los títulos legítimos de su autoridad, dio oídos a las palabras de paz, manifestando que escucharía las proposiciones que se le presentaran.

”El resultado de esta iniciativa privada fue, como se sabe, que se concertara una suspensión de hostilidades entre el General Comandante de las fuerzas federales en Ciudad Juárez, y los jefes alzados en armas en aquella región, para que durante la tregua conociera el Gobierno las condiciones o bases a que había de sujetarse el restablecimiento del orden. El Gobierno constituyó su Delegado en la persona de un honorable Magistrado de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, a quien se dieron instrucciones inspiradas en un espíritu de liberalidad y concordia, hasta donde lo permiten la dignidad de la República y los intereses mismos de la paz que se trataba de negociar.

”La buena voluntad del Gobierno y su deseo manifiesto de hacer concesiones amplias y de dar garantías eficaces de la oportuna ejecución de sus propósitos, fueron interpretados, sin duda, por los jefes rebeldes, como de debilidad o poca fe en la justicia de la causa del mismo Gobierno; ello es que las negociaciones fracasaron por la exorbitancia de la demanda previa, formulada por los representantes revolucionarios, antes de dar a conocer sus bases de arreglo, y de todo punto incomprensible como un régimen legal.

”La exigencia de la Revolución de que presenten su renuncia el Presidente y Vicepresidente de la República en estos momentos tan difíciles, si hubiera de aceptarse, dejaría a la Nación abandonada a los azares y peligros de unas elecciones que efectuadas desde luego, según lo prescribe nuestra

Carta Fundamental, se harían en plena efervescencia de las pasiones y antes de que estuviera establecido el orden público en todo el país.

”Por otra parte, fijar plazo a la renuncia, equivaldría a exponerse a los inconvenientes apuntados, por no ser posible prever cuando cesaría el desorden, y lo que es peor, debilitaría el prestigio y la autoridad del jefe de la Nación, precisamente cuando más necesarias son en estas condiciones para vigorizar la situación política, cuyos firmes puntos de apoyo deben ser principalmente, el buen sentido del pueblo y la actitud del ejército, de cuya conducta bizarra y ejemplar se enorgullece la República.

”No es pues, una inspiración de vanidad personal del Presidente, para quien el Poder, hoy más que nunca, no tiene ya sino amargos sinsabores e inmensas responsabilidades, lo que le hizo negarse a la exigencia de la rebelión, no; es el deber, el supremo deber que tiene de dejar al país en orden y dentro de la ley o de hacer cualquier sacrificio, aun el de la propia vida, por conseguirlo.

”Por último, hacer depender la Presidencia de la República, es decir, la autoridad soberana de la Nación, de la voluntad o del deseo de un grupo más o menos numeroso de hombres armados, no es por cierto, restablecer la paz, que siempre debe tener por base el respeto a la ley; sino por el contrario, abrir en nuestra historia otro siniestro periodo de anarquía, cuyo imperio y cuyas consecuencias nadie puede prever.

”El Presidente de la República que tiene la honra de dirigirse al pueblo mexicano en estos solemnes momentos, se retirará, sí, del Poder, cuando su conciencia le diga: que al retirarse no entrega el país a la anarquía, y lo hará en la forma decorosa que conviene a la Nación, y como corresponde a un

mandatario que podrá, sin duda, haber cometido muchos errores, pero que también ha sabido defender a su patria y servirla con lealtad. El fracaso de las negociaciones de paz tal vez traerá consigo la renovación o la recrudescencia en la actividad revolucionaria. Si por desgracia fuese así, el Gobierno, por su parte, redoblará sus esfuerzos contando con la lealtad de nuestro heroico ejército, para someter a la rebelión dentro del orden; mas para conjurar pronta y eficazmente los inminentes peligros que amenazan nuestro régimen social, y la autonomía de la Nación, el Gobierno necesita del patriotismo y del esfuerzo generoso del pueblo: cree contar con él, y con él está seguro de salvar a la Patria.

”México, mayo 7 de 1911. —Porfirio Díaz.”

A propósito de declaraciones, el general Bernardo Reyes, que se encontraba desterrado en Europa, y el que no obstante su humillante posición dentro del porfirismo, y su gran desprestigio popular, todavía creíase un personaje muy importante, al ser entrevistado en París acerca de lo que ocurría en México, dijo, refiriéndose al general Díaz: “Este gran estadista triunfará sobre la Revolución, la que inmediatamente fracasará por estar encabezada por una persona sin experiencia ni arraigo alguno. Sólo en el caso de que dicho movimiento estuviera acaudillado por un militar de prestigio entre los militares, posiblemente tendría alguna seriedad”. Lo único que le faltó agregar en esta servil como pedante declaración fue esto: “Y ese militar soy yo”.

También el licenciado Limantour que se encontraba igualmente en aquella ciudad a donde había ido al arreglo definitivo de los bonos de la última operación financiera, al rectificar una información de *Le Temps*, en la que refirién-

dose al presidente Díaz, afirmaba que éste era un hombre valiente y activo, que había logrado restablecer el orden en México, pero al mismo tiempo matando la vida política de su país, y que ahora, a pesar de que se mostraba optimista, la situación prevaleciente no debería de ser tan buena cuando estaban patentes los acontecimientos de Puebla, Torreón, Zacatecas, Chihuahua, etc., decía:

“No quisiera decir a usted nada sobre el particular, porque en mi carácter de miembro del Gobierno, soy optimista. No me extraña que los agentes de la prensa hayan acogido sin reserva despachos sospechosos, por ser fabricados en la frontera americana, foco de agitación, aunque impotente, pues está formado por hombres colocados fuera de la ley y por algunos refugiados que no quieren al Gobierno mexicano.

”Lo que yo puedo decir a ustedes es que hubo un conflicto entre los anarquistas de Puebla, y nuestra policía que trataba de aprehender al ácrata Aquiles Serdán, siendo el jefe de la policía muerto de un balazo por la hermana de dicho individuo.

”Las dificultades de Zacatecas y Orizaba han cesado por completo, según dicen los despachos que he recibido últimamente.

”En cuanto el señor Madero, el pretendido Presidente Provisional, es un exaltado que se encuentra en San Antonio, Texas, lugar del que emanan los despachos alarmantes. Opuso su candidatura a la del General Díaz, resultando éste reelecto por octava vez, en el mes de junio próximo pasado; pero a Madero nadie lo tomó en serio.

”Madero es un hombre rico, nieto de un ex-Gobernador de Coahuila, y ha consagrado toda su fortuna a la propaganda anarquista y socialista en todos los grandes centros industriales de México, lo que explica la agitación de Puebla

y Orizaba. Esta agitación demagógica, transportada de Europa por elementos anarquistas que nos llegan de Barcelona está siendo explotada por el señor Madero y presentada como un movimiento político general por la prensa amarilla de los Estados Unidos.

”Añadiré tan sólo que la actitud del Gobierno Americano, desde el punto de vista de la neutralidad, es perfectamente correcta.”

Sin embargo, y muy a pesar de las declaraciones anteriores, este mismo señor Limantour, pocos días después, ya en camino para México, al llegar a Nueva York y tener allí informaciones más sucintas y verídicas de lo que acá ocurría, se apresuró al par que a tratar ladinamente de establecer contacto, por medio de intermediarios, con el jefe de la Revolución, a declarar hipócrita y dolosamente a los corresponsales que lo entrevistaron, siguiendo el ejemplo del pedante embajador De la Barra que acababa cínicamente de decir a la prensa norteamericana, a sabiendas de que mentía: “Nuestra situación es completamente normal”, que: “Tomar en serio a la revuelta en México, es completamente risible”. Para 15 días después, el 19 de marzo, al llegar a la Ciudad de México, donde el general Díaz lo aguardaba ansiosamente como al salvador de su gobierno, él mismo contradecirse al afirmar: “Hay que conjurar con todo patriotismo los peligros que amenazan a la Patria”.

Al tenerse noticias en el campo rebelde de los propósitos que alentaba el licenciado Limantour, salieron inmediatamente de Washington para Nueva York a conferenciar con él, los señores Gustavo Madero, Francisco Madero, señor y doctor Francisco Vázquez Gómez, quienes tuvieron con el aludido licenciado Limantour cuatro entrevistas en las que por ambas partes ofreciéronse concesiones con el fin de lle-

gar a una satisfactoria transacción entre el gobierno del general Díaz y la Revolución.

Mas al saberse en esta capital tales gestiones, las que podían frustrarse, desviar o retardar, si no iban bien encaminadas, el triunfo insurreccional, el ánimo público sintióse presa de la más honda sensación de inquietud e incertidumbre, o sea, como vulgarmente se dice, víctima de una corazonada, por presentir, (en lo que no andaba desencaminado como tiempo después se confirmó) que la buena estrella que hasta ahora guiara a la Revolución, se opacaba.

Para colmo, habiéndose los escritores y oradores antirreeleccionistas ausentado unos y otros, aunque no se fueran o escondieran, sí enmudecieron, el silencio de tumba que imperaba se hizo más pesado y desesperante.

La Revolución, fuerte y pujante en los campos, hacía oír por medio de la boca de sus rifles, cañones y bombas explosivas; sólo en las ciudades, por el terror exacerbado en ellas, callaba.

Súbitamente, cuando el ambiente era más ácido y turbido y la esperanza de que acaeciera un hecho revelante del estado en que la insurrección se encontraba íbase desvaneciendo, una voz en el páramo gris de semejante angustia se dejó escuchar. No era un débil y confuso balbuceo, no; era la voz clara, precisa y contundente de la Revolución, exigiendo como único remedio a nuestros males, la renuncia del general Díaz, la que por labios del licenciado Urrea se dejaba valerosamente escuchar. Sí, de don Luis Cabrera, que no parecía sino que el hado bienhechor de nuestra patria dejáralo previsoramente anclado aquí en la capital para que defendiéndola, en nombre de ella expusiera los grandes anhelos de reivindicación política, social y económica por los que ha mucho tiempo suspirara, deseando su realización.

Don Luis Cabrera, quien ni por un solo momento dejara de observar los acontecimientos para así analizarlos y justipreciarlos debidamente, comprendiendo que era el momento oportuno de hacer luz con sus orientaciones a fin de salvar al movimiento insurreccional, se apresuró a publicar —a fines de marzo de 1911—, no obstante el peligro que semejante actitud entrañaba, equivalente a un suicidio (puesto que por la recrudescencia revolucionaria imperaba el más desenfrenado terror, siendo preciso que los que como él desafiaban la mano de hierro de la tiranía para decir la verdad, recurrieran a procedimientos muy hábiles para sugerir ladinamente a los revolucionarios la línea de conducta que debían de seguir, eludiendo así la represión que imponía el silencio, cuando tan necesario era hablar), su notable cuan valiente artículo-estudio: “La situación política” en *El Diario del Hogar* (el que por haber publicado la 1a., 2a. y 3a. parte de él fue suprimido el 1o. de abril, continuándose la publicación de la 4a. y última parte en *La Opinión* de Veracruz) y del que por ser demasiado extenso solamente reproduzco algunos de sus más interesantes párrafos:

“Es ya indudable que existe una seria perturbación de la paz pública tal como no se había visto en México, durante el Gobierno del General Díaz. El Gobierno se ha dado cuenta de la gravedad, y el público también, a pesar de las reiteradas afirmaciones oficiales y periodísticas de que el movimiento revolucionario no tenía importancia y podía ser sofocado en un momento.

”Lo que más ha contribuido a convencer de la gravedad de la situación política no son los hechos de armas, sino las medidas de represión empleadas por el Gobierno, las cuales sin excepción, han producido alarma.

”El cambio de Gabinete no es más que un plan de pacificación que el Gobierno trata de poner en práctica.

”Las medidas empleadas hasta ahora por el Gobierno para reducir al orden al país, pueden enumerarse como sigue:

”Medidas militares.

”Medidas internacionales.

”Medidas jurídicas.

”Medidas políticas.

”Las medidas militares que era en lo que se tenía más confianza, resultaron ineficaces: 1o., porque en un principio se desconoció la verdadera fuerza del movimiento y no se atendió oportunamente a su represión; 2o. porque la campaña se emprendió en el supuesto de que las tropas federales iban a combatir en terreno enteramente favorable al Gobierno, y 3o. y principalmente porque esa campaña se ha dirigido desde el centro, sin dejar expedita la iniciativa de los jefes encargados de combatir la insurrección.

”Ahora bien, cuando el Gobierno tuvo datos más exactos acerca de la cantidad y calidad de los revolucionarios, y de los elementos de la insurrección, ésta había avanzado ya de tal modo que fue necesario pensar en otros medios de sofocación, sobre todo, cuando el Gobierno se convenció de que las tropas federales tenían que moverse en medio hostil y en lugares de fácil aprovisionamiento para los rebeldes, dada su proximidad a la frontera americana.

”Parece ser que el Gobierno se ha convencido también de la ineficacia del sistema de dirigir desde el centro la campaña, pero de esto no ha dado muestras de reformar sus procedimientos.

”La dificultad de reprimir la revolución en el norte a causa de la facilidad con que se introducían contrabandos de guerra por la frontera, hizo pensar al Gobierno de México

en solicitar de los Estados Unidos una ayuda consistente en que éste hiciera efectiva la neutralidad de su frontera estableciendo una vigilancia estricta.

”El Gobierno americano obsequió ese punto de los deseos del General Díaz, sin que pueda aún saberse bajo qué condiciones, y ordenó una gran movilización de tropas a su frontera, aprovechando la ocasión de un simulacro militar.

”El resultado de esta movilización fue enteramente inesperado por cuanto a la alarma que causó en México un movimiento de tropas que se supuso hecho con intenciones hostiles. Probablemente el General Díaz no percibió todo el alcance de la medida adoptada por los Estados Unidos, o si lo percibió consideró la represión del contrabando de guerra, de tal importancia, que la prefirió aun a pesar de la alarma internacional.

”Los resultados de esa medida han sido, es cierto, importantes, puesto que han privado de medios de vida a la revolución en el norte; pero si se tiene en cuenta que el remedio se puso cuando en la frontera había ya demasiados elementos de guerra y que el contrabando no puede suprimirse en absoluto, se comprende que la medida fue más nociva que benéfica para el Gobierno mexicano, puesto que por una parte despertó en los Estados Unidos la idea de intervención y por otra acusó en el Gobierno mexicano una gran debilidad, cuando lo obligó a confesar oficialmente en el extranjero su situación y esta situación apareció ser tan grave que ameritara afrontar una complicación internacional con tal de vencer a la insurrección.

”Aunque no tengan nada de jurídicas, llamó así a las medidas de represión tomadas por medio de los tribunales o en forma de leyes, es decir, la sofocación de probables movimientos futuros, por medio del rigor.

”Estas medidas han sido las menos eficaces para reprimir la revolución y las más nocivas para aumentarla.

”Por regla general la policía del Distrito Federal que ha sido la encargada de investigar conspiraciones en todo el país, sólo ha descubierto complots insignificantes o descabellados que aún suponiéndolos llevados a cabo no habrían tenido trascendencia. En el resto de los casos la policía y el Juzgado Primero de Distrito, han obrado enteramente a oscuras, y su ayuda en la situación actual puede llamarse insignificante.

”En cambio, los métodos de investigación empleados han sido, principalmente en los Estados, una fuente de abusos, de pánicos y de injusticias.

”Tengo en mi poder un oficio librado por un Jefe Político a un Presidente Municipal su subordinado, en el cual le dice que es recomendación especial del señor Presidente de la República que por cuantos medios pueda procure descubrir los descontentos que haya en su jurisdicción, y que por cualquier conducto que llegue a su conocimiento algún peligro de perturbación del orden, proceda desde luego con toda decisión y energía a reprimirlo.

”Esta ‘recomendación’ hecha por encargo del señor Gobernador en manos de un cacique desalmado es algo más peligroso que las inofensivas bombas de dinamita que los conspiradores guardaban con todo miedo, pues por sí sola era una causa de pánico entre los más pacíficos vecinos.

”Las aprehensiones y todas las medidas de rigor y de investigación, produjeron como primer efecto, ahuyentar de los pueblos a los que no fueran adictos a las autoridades, los cuales, o se replegaban en las capitales o huían a las sierras a servir de futuro combustible para las rebeliones.

”El efecto de las medidas de represión, puede resumirse diciendo que por cada responsable que la policía ha aprehendido,

existen presos nueve inocentes, y por cada detenido más o menos inofensivo, se han sustraído a la ley diez personas que no pensaron nunca en lanzarse a la revolución.

”La ley de suspensión de garantías fue expedida indudablemente como medida de terror para sofocar la revolución. Esto no tiene duda. ¿Cuáles han sido los efectos?

”En primer lugar una gran alarma en el extranjero, en cuanto a nuestra situación interior. ¿Qué eran las estudiadas y enfáticas declaraciones oficiales acerca de la facilidad con que el Gobierno podría sofocar la revuelta, en frente de una medida tan grave? Si se hubiera tratado de una suspensión de garantías en determinada circunscripción y por poco tiempo, pase; pero la suspensión en toda la República, de las garantías que aseguran la vida durante seis meses, pareció un medio tan extraordinario, que hizo creer en el extranjero que nos encontrábamos al borde de la anarquía más desenfrenada.

”Esta alarma creció de punto cuando se conoció la ley y se vio que implicaba una arrogación de facultades judiciales por el Ejecutivo, una invasión de atribuciones locales por el Gobierno Central, y de hecho una suspensión de la garantía de la vida contra los sublevados.

”Todo el mundo entendió así la ley de suspensión de garantías, a pesar de las declaraciones tímidas de un senador que explicaba que ‘esta suspensión sólo era para los bandidos’. ¿Pero quiénes son bandidos y quiénes son rebeldes? Esto queda a juicio del sargento o del cabo de rurales que efectúa las aprehensiones.

”Hablando sin hipocresía, la ley fue dictada contra los revolucionarios y éstos así la han entendido.

”Solamente que para el revolucionario propiamente tal, la suspensión de garantías no aumentaba los peligros de per-

der la vida, y sí acaso un motivo para defenderse más valientemente o de obrar con más astucia. Puede pues decirse que para sofocar la revolución no puede ser eficaz la suspensión de garantías.

”Otra cosa distinta sucede en cuanto al bandidaje. ¿Pero hay bandidaje en México? ¿Tan profunda es la barbarie de nuestro pueblo que después de 20 años de paz y con sólo 4 meses de revolución se ha desarrollado un bandidaje tan grave como el que se encontró el General Díaz en 1876, después de 20 años de guerra? No lo creo.

”La suspensión de garantías en cambio pudiera producir efectos contrarios a los buscados, y así lo previó la circular de la Secretaría de Gobernación que aconseja aplicar la ley ‘con prudencia’ para que no vaya a servir como medio de venganza en manos de autoridades inferiores.

”Cuando el General Díaz creía todavía que la Revolución estallada en Chihuahua obedecía a un malestar transitorio y local, cambió de Gobernador, destituyendo al señor Sánchez y poniendo a Terrazas.

”Más tarde creyó tal vez que la insurrección tenía causas un poco más hondas, que podrían remediarse suprimiendo la influencia política de la familia Terrazas, y a pesar de tener al señor Creel en su Gabinete, se resolvió a sacrificar a los Terrazas en aras de la revolución.

”Esta no cedió tampoco y como por otra parte aparecieron nuevos focos en otros puntos del país, el General Díaz comenzó a pensar que las causas del descontento pudieran ser más hondas.

”El sacrificio de don Mucio Martínez en Puebla y el de Muñoz Aristegui en Yucatán no fueron más fructíferos que el de Terrazas en Chihuahua. Hasta aquí no había habido medidas realmente políticas.

”Hace un año, antes de las elecciones todos los periódicos del Gobierno y todos los clubes reeleccionistas tenían como única plataforma ‘la continuación de la sabia política del General Díaz’; y todas las tendencias de renovación fueron reprimidas por considerarse peligrosas.

”Hoy, las medidas políticas de sofocar la revolución, que ha creído encontrar el General Díaz, consisten en un cambio de sistema y de hombres.

”Las declaraciones del licenciado Limantour en Europa y en Nueva York, las promesas de reformas, la destitución de seis Ministros y la formación del nuevo Gabinete, son las medidas políticas de las que el Gobierno espera el restablecimiento de la paz. Por eso no es preciso juzgar de su eficacia.

”La vuelta del señor Limantour, ligada o no con la vuelta del General Reyes, significa de parte del Gobierno la confesión de que el General Díaz se siente impotente para dominar la situación.

”La sensación producida por el regreso del licenciado Limantour, sus repetidas entrevistas con la prensa, y la forma en que fue recibido por los elementos oficiales y semi-oficiales (estudiantes, comercio), indicó con toda claridad, que por primera vez en la historia del Gobierno Tuxtepecano, la burocracia amenazada no tiene ya en el General Díaz la confianza que tenía en su antiguo caudillo, sino que vuelve los ojos a otro lado para salvar su situación.

”Que el señor Limantour sea o no capaz de resolver la situación política, es cosa que aún no sabemos; pero el hecho de esperar todo de él, y de suponerlo una especie de mago que con su sola presencia iba a remediar todos los males, y sobre todo, la creencia tan extendida de que él puede influir para cambiar de orientación la política del General Díaz, además de revelar el optimismo de nuestra opinión pública,

indica sobre todo, que para la burocracia, el General Díaz no es ya el hombre omnisciente y omnipotente de cuyas resoluciones habría de salir siempre el remedio político más adecuado. El General Díaz no es ya el héroe de la paz.

”La vuelta del señor Limantour tuvo sin embargo otra significación por haberse efectuado acompañada de sus declaraciones a la Prensa Asociada. El Gobierno comenzó a confesar vagamente, no sólo que ya no es prudente ‘la continuación de la sabia política porfirista’ plataforma en que se había asentado la candidatura Díaz-Corral, sino que los reyistas y los maderistas no habían andado tan desencaminados cuando hablaban de la creación de la pequeña propiedad agraria, igualdad ante el impuesto, de sufragio efectivo y de no-reelección, lo cual no deja de ser un principio de triunfo para los partidos renovadores.

”El regreso del señor Limantour, por sí solo no ha producido hasta ahora otro efecto que alentar a los revolucionarios con la confesión de la impotencia del General Díaz y con la esperanza de una posible realización de sus ideales, y aún los esfuerzos hechos por el señor Limantour en su camino para ponerse en contacto con los jefes rebeldes, no hicieron más que aumentar el entusiasmo de los revolucionarios por el posible triunfo.

”No puede, sin embargo, decirse que el regreso del señor Limantour haya carecido de efectos favorables a la pacificación, pues la verdad es que algunos elementos ya divorciados del General Díaz y a punto de caer en la balanza de la revolución, se detuvieron y congregaron alrededor del licenciado Limantour en espera de que éste trajera la panacea de la situación.

”El desacuerdo entre el pueblo y el Gobierno, o la ‘sensación de intranquilidad y la falta de fe en el Gobierno’, como

dice el licenciado Limantour, estaban ya muy extendidos en todo el país antes de su llegada y habrían acabado por dar nuevos elementos a la Revolución o por estallar, en otra forma. La llegada del licenciado Limantour significa, pues, un aplazamiento del conflicto; es una verdadera tregua.

”El éxito del licenciado Limantour como nuevo pacificador, dependerá de que pueda dominar al General Díaz, de que sepa sacudirse la jefatura del grupo científico, y de que cumpla leal y honradamente sus promesas de reformas; pero aún no es tiempo de juzgar sobre esos puntos.

”En cuanto a la venida del General Reyes nada puede decirse mientras no se sepa de cierto si se realiza.

”Puede, sin embargo, anticiparse desde ahora, que siendo el reyismo una de las manifestaciones del partido renovador, la vuelta del General Reyes al lado del General Díaz puede tener uno o dos resultados: o una merma considerable en los elementos revolucionarios por la separación de los simpatizadores del General Reyes, o la pérdida de su popularidad. La primera podría suceder si el General Reyes viniera con la intención de trabajar por el restablecimiento de las libertades civiles o políticas; la segunda sucederá si viene simplemente como instrumento de una política de represión sangrienta.

”Si debiéramos atenernos al lenguaje oficial, podría creerse que la renuncia del Gabinete se ha formado con el propósito de iniciar un cambio radical en la política.

”De la lectura ciudadosa de todas las renunciaciones se deduce que oficialmente el cambio de Gabinete tiene por objeto dejar en libertad al General Díaz para un cambio de política. ¿Es ésta la verdadera causa?

”Los que conocen nuestras leyes saben que constitucionalmente los miembros del Gabinete en México no son más

que unos Secretarios de Estado para el manejo administrativo de los negocios del Poder Ejecutivo; y los que conocen el Gobierno del General Díaz saben que el único director de la política ha sido siempre él.

”Los Secretarios de Estado no pueden, ni legalmente ni en el terreno de los hechos, estorbar al General Díaz para un cambio de política, a menos que esos Secretarios estuvieran en abierto desacuerdo con el Presidente en cuanto a ese cambio, y renunciaran por dignidad.

”Ahora bien, como en el caso actual no podemos suponer que todo el Gabinete estuvo en desacuerdo con el General Díaz; como la causa de la renuncia es falsa, cuando menos fútil, y como esa renuncia no parece haber sido muy espontánea, el cambio tiene las apariencias de una destitución.

”El General Díaz parece estar convencido de que la revolución desea un cambio nada más en sus ministros, pues al aceptar esas renunciaciones dice que lo hace ‘por las razones de carácter patriótico que en ellas se indican’.

”Mas no sería posible que el General Díaz ignorara por más tiempo que la revolución no tiene por causas el descontento con los Gobernadores o con los Ministros, sino con toda la política del General Díaz, hay que pensar que las remociones de Secretarios se hicieron como indicio, o principio o promesa de un cambio de la política general y esperanza de que ese cambio influiría poderosamente para restablecer la confianza del extranjero y para restar fuerzas a la revolución.

”Las cancillerías europeas, no obstante conocer nuestro sistema de Gobierno, podrían creer por lo pronto que el cambio de gabinete debiera producir un cambio de política: pero el Gobierno americano, que es el que más ha urgido al

General Díaz para un cambio de política, no se dará por satisfecho hasta que los hechos muestren que el General Díaz realmente inicia una nueva era política y para los Estados Unidos el solo cambio de gabinete no será garantía suficiente de reformas.

”Los revolucionarios por su parte, o cuando menos sus jefes, no son personas tan ignoras que no sepan la verdadera trascendencia de un cambio de Secretarios. Ellos saben que el cambio de Secretarios equivale a un simple cambio de empleados y nada raro tendría por consiguiente que no modificaran su modo de obrar en lo más mínimo.

”Hay que confesar sin embargo, que en el vulgo, que no acostumbra pensar seriamente, se siente una impresión general de esperanzas vagas que algo bueno e imprevisto suceda después de estos cambios. Esa impresión se explica por la posibilidad que se entrevé de que el cambio de gabinete pudiera tal vez producir un efecto favorable a la sofocación de la revolución. En efecto, los sublevados, en la duda acerca del verdadero alcance del cambio de Gabinete, entrarán en un periodo de descanso o relajamiento que de hecho podrá equivaler a una tregua, y el Gobierno Federal puede aprovechar esa tregua para activar la campaña y tomar ventajas definitivas sobre ellos.

”Fuera de esto, y en cuanto a la situación política misma, que es tal vez más grave en el fondo que las perturbaciones de la paz, ¿el cambio de Gabinete puede producir un cambio de sistemas y de política?

”Solamente de dos modos: que el General Díaz personalmente abjure de sus sistemas de Gobierno pasados, y adopte otros nuevos, o que los hombres que forman el nuevo Gabinete reúnan a ideas políticas nuevas, una voluntad que puede sobreponerse a la del General Díaz.

”Ahora bien, el General Díaz será incapaz de transformarse, porque es imposible que un hombre a los ochenta y tantos años de edad puede aún evolucionar ni física ni intelectualmente. Por razón psicológica un hombre a los ochenta años no puede cambiar de idiosincrasia, y por lo mismo, pedir al General Díaz que a esa edad transforme su sistema de gobierno dictatorial y oligárquico en un gobierno democrático e igualitario, es tanto como pedirle que cambie de ideas, de sentimientos, de afectos, de costumbres; de carácter en suma.

”Hay quienes creen sin embargo, que a pesar de esta imposibilidad para que el General Díaz cambie personalmente de política podrán efectuarse cambios trascendentales en el sistema de Gobierno, sin que el General Díaz deje de ser Presidente: con sólo que consienta en abandonar las riendas del Gobierno en manos de su primer Ministro; es decir, y para hablar con más claridad, que el señor Limantour, sea en realidad quien dirija la nueva política y quien lleve a cabo las reformas de las cuales tanto se espera en favor de la paz.

”Para saber si puesto el nuevo gobierno sobre ese pie se logrará el restablecimiento de la paz, es necesario ver hasta qué punto es posible que el General Díaz acepte un puesto meramente decorativo al lado del señor Limantour; hasta dónde es posible eliminar la influencia del grupo científico en el nuevo orden de cosas, y si los nuevos Secretarios de Estado representan realmente nuevas tendencias y si las reformas que se proyectan, y cuya naturaleza aun ignoramos, pueden producir tales efectos que los revolucionarios se decidan a someterse y que se sientan satisfechas las demás aspiraciones legítimas de los que no han acudido a las armas.

”Como acontecimiento político, la separación del señor Corral de la Secretaría de Gobernación y su probable divor-

cio del General Díaz, es lo más sensacional que ha ocurrido últimamente, no obstante que esto ya venía previéndose desde hace algunos meses.

”Debería causar tristeza la inutilidad de tantas energías y tanto dinero gastados para sostener la candidatura de Corral, y la enormidad de los sacrificios impuestos al país para darle el triunfo si no fuera porque la consideración de esos mismos esfuerzos sirvieron para medir la potencia de la opinión pública a la cual había que vencer, y provocaron un movimiento democrático vigoroso.

”El sostenimiento de la candidatura de Corral, requirió grandes esfuerzos de sus partidarios y exigió agrupar a su alrededor muchas ambiciones, las cuales ligaron su suerte con la del señor Corral, embarcándose con él en la nave del continuismo.

”El capítulo más importante de la campaña a favor del señor Corral, fue su alianza con el grupo científico, el cual, sin dejar de proclamar como jefe al señor Limantour, puso sin embargo, todo el peso de su influencia, de su talento, de su dinero y de su experiencia en el platillo de la candidatura Corral.

”¿Qué harán los partidarios del señor Corral al retirarse éste? De seguro no van a darse por definitivamente vencidos, retirándose también a la vida privada, ni van a resignarse a dar por perdidos sus esfuerzos. Tienen que aliarse al señor Limantour o arrojarle el guante a éste y al General Díaz.

”Retirado el señor Corral del campo de la política, el grupo científico que lo seguía y que tan sólidamente se hallaba ligado con él, tiene por fuerza que volver los ojos a su jefe nato. Este ha pretendido una vez más mostrar su desacuerdo con el grupo, desterrando a Pineda y excluyendo

del nuevo Gabinete a los científicos; y éstos parecen haber sentido el golpe, pero no serán muchos los que sigan al señor Bulnes en su descabellado desafío al señor Limantour, sin estar ciertos de que su postergación no significa en el fondo una manera de salvar al grupo colocándolo a la retaguardia en el momento del peligro.

”La prudencia y la adaptabilidad características de sus prohombres, la necesidad que tiene la de la influencia política para el manejo de sus cuantiosos intereses; las íntimas ligas de éstos con los intereses extranjeros y la vieja y necesaria conexión que sigue existiendo entre los asuntos de la administración pública y los negocios de los científicos; todo en suma hace presumir que el grupo se plegará a las nuevas condiciones políticas, acomodándose a cualquier orden de cosas que sobrevenga; o hablando con más claridad, que el Gobierno no podrá desligarse de ellas y que el señor Limantour no podrá evitar que se le siga considerando como su jefe. Bastará que el señor Limantour no los rechace con pública brusquedad para que ellos con su acostumbrada adaptabilidad vuelvan poco a poco a reconquistar su antigua posición.

”Ahora bien, si el divorcio de Limantour y los científicos es verdadero, aquel necesitará hacer prodigios de franqueza y de valor civil y hasta sacrificios de partidarios y de amigos para desligarse del grupo, porque es muy difícil romper una camaradería de diecisiete años durante los cuales el grupo científico ha crecido fortaleciéndose a medida que crecía y se fortalecía la personalidad política del señor Limantour.

”Para que el General Díaz dejara de ser el Presidente efectivo de México, que es la idea que en el público se tiene sobre el cambio de política, se necesitaría que la Secretaría de Hacienda se convirtiera en Secretaría Particular como ha

pasado en otras ocasiones en México, y que la de Relaciones, empujada por la presión extranjera pesara sobre las resoluciones del General Díaz. Lo primero sería antieconómico; lo segundo antipatriótico.

”Habría sin embargo, otro medio de lograr la neutralización política del General Díaz, sin separarlo de la Presidencia, y sería que el General Reyes controlara la Secretaría de Guerra o la de Guerra y Gobernación por medio de Dehesa y que Limantour y Reyes de acuerdo, asumieran el Gobierno de hecho.

”Mientras esto no suceda, el General Díaz seguirá siendo el verdadero dictador de México, y no habrá posibilidad de un cambio en los sistemas de Gobierno, ni de orientación hacia una política menos personalista; lo cual equivale a decir que no habrá probabilidades de que se restablezca la paz más que por medio de la fuerza y el rigor.

”Si la formación del nuevo Gobierno tiene por objeto el establecimiento de un sistema político más moderno y más democrático que el empleado hasta ahora por el General Díaz, los miembros de ese Gabinete deberían ser: hombres nuevos, de ideas avanzadas, de gran ilustración, y sobre todo de una gran firmeza de carácter para poder aconsejar y aún imponer los nuevos sistemas.

”Por otra parte, si la formación del nuevo Gabinete tiene por objeto dar entrada a los nuevos elementos simpáticos a la opinión pública para restar fuerzas a la revolución, entonces los miembros de él deberían ser además de personas que hubieran dado a conocer sus ideas democráticas y sobre todo verdaderas personalidades en política, que al prestar al Gobierno la fuerza de sus partidarios personales, para el sostén del nuevo orden de cosas restaran directa o indirectamente elementos a la revolución para debilitarla.

”La opinión pública parece seguir viendo en Limantour el paladín de las nuevas ideas políticas, tal vez por su cultura y por sus recientes declaraciones. La verdad, es que hasta ahora no había dado pruebas de sus tendencias democráticas, puesto que en dieciocho años de estar en el Gobierno, no se había dado cuenta de las nuevas necesidades del país, ni había dado paso a hacer evolucionar la arcaica política personalista tuxtepecana.

”Habrà que esperar a ver el desarrollo de su conversi3n democrática.

”Tres son las principales reformas prometidas por el Gobierno del General Díaz; la efectividad del sufragio, la no-reelecci3n y la regeneraci3n de la administraci3n de justicia.

”No deseo discutir aqu3 si estas ideas coinciden con las exigencias de la opini3n p3blica, a la cual no se ha consultado debidamente, o si solamente se pens3 en abrazar los principios proclamados por la revoluci3n. Alguna otra vez tendr3 ocasi3n de hacer el cat3logo de las necesidades pol3ticas de M3xico y las verdaderas tendencias del partido renovador; por ahora me limito a juzgar de las reformas prometidas, desde el punto de vista de su eficacia para restablecer la paz. Seg3n eso debe distinguirse:

”1. —La buena fe con que hayan sido prometidas;

”2. —La confianza de la opini3n p3blica en que el Gobierno del General Díaz las llevar3 a cabo;

”3. —La capacidad e idoneidad del Gobierno del General Díaz para ponerlas en pr3ctica; y

”4. —El mayor o menor tiempo que pueda emplearse en realizar esas promesas de reformas.

”Hago punto omiso de la reforma reservada y prudente en que se hayan formulado esas promesas y supongo la buena fe y el propósito firme y franco del Gobierno del General Díaz de cumplir con ellas, para no ocuparme más que de aquellos puntos relacionados con el restablecimiento de la paz.

”Aunque el Gobierno haya declarado repetidas veces que emprende estas reformas de muto propio [*sic.*] para dar satisfacción a la opinión pública pacífica y no a la revolución armada, la razón natural aconseja entender esas declaraciones como el medio oficial de salvar el decoro del Gobierno. La verdad es que los que se han levantado en armas, por ese solo hecho han demostrado confianza en el Gobierno del General Díaz; pero cuando se trata de juzgar las promesas del Gobierno en relación con el restablecimiento de la paz, es decir, respecto de su eficacia para lograr la sumisión de los rebeldes, hay que tener en cuenta, ante todo, el efecto moral, es decir, el convencimiento de que es ya inútil continuar levantados en armas, tiene que medirse por la confianza que tengan en el cumplimiento de las promesas del General Díaz.

”Ahora bien, para saber hasta que punto inspiran confianza las promesas de reformas expuestas por el Gobierno, sería necesario consultar la opinión pública por medio de la prensa independiente, dando a aquella una oportunidad real de manifestarse libremente; y por lo que se refiere a los revolucionarios, oírlos directamente.

”Pero el principal motivo de desconfianza no consiste en una duda sobre la buena fe o la honradez del Gobierno, sino sobre su capacidad e idoneidad para transformarse. Sobre este punto séame permitido reiterar mi opinión respecto de que si el General Díaz ha de seguir siendo el director efectivo de la política mexicana, su Gobierno a pesar de estar animado de las mejores intenciones, no podrá, por impo-

sibilidad congénita, transformarse de Gobierno dictatorial en Gobierno democrático; de Gobierno central en Gobierno federal; de Gobierno paternal en Gobierno legal.

”Porque no basta reformar las leyes electorales para tener ya sufragio efectivo, si las nuevas leyes han de aplicarse lo mismo que las antiguas; no basta escribir en la Constitución el principio antirreeleccionista para lograr la alternabilidad de funcionarios, si como en 1880, se encuentra la forma de eludir ese principio por medio de una especie de fideicomiso de poder; ni menos aun puede regenerarse la justicia, si ésta ha de seguir sirviendo de instrumento político del Poder, Ejecutivo.

”Por último, uno de los problemas principales es la cuestión de tiempo, pues las solas promesas de reformas, aún suponiendo al Gobierno del General Díaz con capacidad suficiente para llevarlas a cabo no son bastantes para restablecer la paz, si no se toma en cuenta lo que haya que esperar para verlas realizadas. ¿Qué tiempo necesita el General Díaz para desarrollar su programa de reformas? ¿Quince días?, ¿un mes?, ¿seis meses?, ¿un año?, ¿seis años?

”Entre tanto, nuevas complicaciones pueden surgir y la independencia, o cuando menos la dignidad de nuestra patria, puede verse comprometida.

”No. Si queremos la paz, debemos buscarla por medios más prácticos y más expeditos. La sola adopción por parte del Gobierno de la bandera enarbolada por la revolución, no basta para desarmar a los rebeldes, ni podrá restablecerse la paz que tanto necesitamos, por medio de simples arreglos domésticos, efectuados en el seno del partido que se encuentra en el poder, sin tomar en cuenta a los que con razón o sin ella, ya se han lanzado a las armas en persecución de sus ideales políticos.

”La revolución no puede concluir más que de tres modos: o por su completo aniquilamiento; o por su triunfo, o por una transacción.

”El completo aniquilamiento de la revolución por medio de la fuerza es obra larga, difícil e incierta; sin contar con que sus resultados son meramente transitorios.

”El triunfo de la revolución es de pronóstico exactamente igual al de su aniquilamiento, con más el peligro de una nueva dictadura.

”La transacción franca y leal del Gobierno, con los revolucionarios es la única solución rápida, patriótica y práctica, y tendrá por efecto algo más trascendental, que es necesario no dejar de tener en cuenta: haría concluir una revolución en el momento preciso en que no ha comenzado aún a producir jacobinismos, dando así al mundo el ejemplo raro de una revolución que después de rendir los frutos que de ella esperaban sus autores, se apaga antes de comenzar a producir los nocivos resultados de todas las revoluciones.

”El señor Limantour en nombre de la paz y de la independencia de nuestra patria ha exhortado a los mexicanos a unirse. Los que lo han escuchado no quieren entender esta exhortación más que como dirigida a los revolucionarios para que depongan las armas.

”Yo por causa de esa misma paz que todos desean, en bien de esa patria que no amo menos que el señor Limantour, y en nombre de todos los que sienten ansias de justicia y de igualdad, pero que no han acudido a las armas para conquistar derechos por la fuerza, EXHORTO Y CONJURO AL GENERAL DÍAZ Y AL GOBIERNO ENTERO A DEPONER TAMBIÉN LAS ARMAS, A PROCURAR LA UNIÓN. A HACER A UN LADO LA ORGULLOSA REBELDÍA que se escuda tras de la frase vaga de la conservación del principio de autoridad y a tratar

franca y patrióticamente con los revolucionarios sobre el restablecimiento de la paz. Y si ello no puede lograrse sino con el sacrificio de la personalidad política del mismo General Díaz, éste que siempre ha declarado que jamás ha perseguido más fines que el bienestar del país, DEBERÁ RETIRARSE A LA VIDA PRIVADA, HACIENDO EL SACRIFICIO DE SU AMOR PROPIO DE GOBERNANTE Y DE ESTADISTA EN ARAS DE LA TRANQUILIDAD Y DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO.”



CAPÍTULO X

LO QUE LE FALTÓ
AL PLAN DE SAN LUIS



Meritoria labor de orientación. —El programa de reformas de la Revolución. —El sentir popular. —Lo que constituye el más preciado acervo de datos y referencias históricas. —Creencia errónea. —Ingente necesidad para la opinión pública. —Beligerancia a los rebeldes. —Franqueza agresiva. —Que el general Díaz abandone el poder. —Un documento de gran importancia histórica. —Donde por primera vez háblase de don Venustiano Carranza. —“La solución del conflicto”; párrafos.



Después del balance —que bien puede calificarse así puesto que no es otra cosa— que el licenciado Urrea hiciera de la situación creada hasta esos momentos, y de los comentarios bastante laudatorios que por su meritoria labor se levantaron, cabía esperar, a fin de que la creciente ansiedad pública se calmara, que el citado escritor continuara hablando y orientando al público acerca de cuestión tan palpitante. En efecto, pasado un pequeño lapso de tiempo que utilizó para observar y analizar los hechos que con gran rapidez venían sucediéndose, inmediatamente prosiguió tan meritoria tarea de orientación y aliento que en nombre de la Revolución abnegada y patrióticamente impusírase.

Y de la misma manera que en el anterior artículo-estudio, cuyas partes principales se han dejado ya reproducidas, se advierte la forma hábil y talentosa, pudiéramos decir con más propiedad, estratégica, empleada por el autor para ir indicando con sutiles sugerencias el camino que los revolucionarios debían seguir al fin de alcanzar el triunfo, así también en el siguiente artículo que publicó, y del cual, igualmente

que del anterior, reproduzco más adelante sus partes esenciales, se nota la misma tendencia, esto es, al mismo tiempo que interioriza a los insurrectos de la situación que en la capital y en el gobierno imperaba, advirtiéndoles asimismo de los peligros que corrían y que pone al descubierto, de caer en alguna de las muchas trampas políticas en que el porfirismo era tan ducho, y que indudablemente les tenía tendidas para nulificar su acción y victoria revolucionarias.

En este artículo-estudio, el autor da a conocer por primera vez el programa de reformas que sustentaba, cabe decir, *in mente*, todo el elemento renovador del país y que la parte insurrecta de dicho elemento, en cuyo nombre él hablaba, en el afán de combatir y derrocar al General Díaz por la acción armada, no formulara en el Plan de San Luis con la claridad y precisión necesarias, dejando por su precipitación y urgencia de lanzarse a la revuelta, muchos puntos oscuros que él creía indispensable puntualizar para la mayor comprensión de las tendencias libertarias.

Además, como el licenciado Urrea de *motu proprio* asignárase el desempeño de uno de los principales papeles del que andando el tiempo constituiría un formidable drama político-social-revolucionario, y que entonces apenas acababa de pasar el prólogo y comenzaba el primer acto, sus escritos, que intensamente conmovían a la colectividad, eran ansiosamente esperados, léídos con gran avidez y así mismo entusiásticamente, comentados y aplaudidos por su gran contenido de verdad e interpretar fielmente el sentir popular. Dichos escritos, que forman el mejor proceso y cronología del movimiento insurgente, compendian ahora de una manera admirable la historia del pueblo mexicano en sus luchas por la libertad y mejoramiento social, partiendo desde la entrevista Díaz-Creelman, hasta las vísperas de la

caída del gobierno maderista, estando incluido en ella tanto el triunfo insurrecto que diera al traste con el porfirismo, como la híbrida administración del licenciado De la Barra, lo que se ha dejado comprobado a partir de las primeras páginas de este ensayo. De modo que a ellos que constituyen la fuente más rica de información de esa época, hay forzosamente que recurrir si se pretende relatar con verosimilitud, tanto los orígenes que dieron lugar a dicho movimiento, como su desarrollo e igualmente sus resultados.

En este concepto, no es posible apartarse ni por un momento ya no sólo de consultar tan preciado acervo de datos y referencias, sino lo que es más, dejar de reproducir, cuando así sea conveniente y para la mejor comprensión del lector, las partes más importantes de sus artículos. Pues ellos con su propio lenguaje y estilo; con su filosofía e ironías; con su malicia y sugerencias; con su claridad y buen decir, darán mejor idea de aquellos sucesos que una síntesis que de ellos se hiciera por magistral que ésta fuera.

Hecha la anterior pertinente aclaración, vamos al grano. No obstante que la Revolución contaba con el decidido apoyo de la opinión pública, existía la circunstancia equívoca, naturalmente, de creer que el general Díaz, a pesar de todo, poseía una gran fuerza política así como militar. Pero como esta misma opinión pública necesitaba que se verificara un hecho verdaderamente extraordinario, una especie de cataclismo, ya fuera éste producto de una aplastante victoria insurgente o de un triunfo político para manifestarse impetuosamente arrolladora y decidir la cuestión —como poco tiempo después así sucedió—, era de todo punto imperioso buscar o suscitar dicho triunfo, tanto porque él ahorraría el sacrificio de muchas vidas como porque también aceleraría la solución del problema y abatiría, además, el orgullo de

la dictadura, que altanera y enfática declarábase invencible, negándole importancia a la rebelión.

El licenciado Urrea, que todo lo observaba y preveía, publicó entonces su audaz cuan temerario opúsculo “La solución del conflicto” (que el mismo autor ha considerado ser el más importante de cuantos escribiera en las postrimerías del gobierno porfirista), tanto porque condensaba clara y concisamente en él las reformas proclamadas por el elemento renovador en general, es decir, tanto el que concurriera o no a la contienda armada, como para acabar de presionar al abatido, aunque disimulado, ánimo del presidente Díaz a fin de que éste, reconociéndoles beligerancia a los rebeldes, se resolviera a tratar con ellos, y también, finalmente, para insistir enérgicamente, con ruda y agresiva franqueza, en el retiro del poder del general Díaz, como base fundamental para resolver el conflicto.

En este opúsculo que ningún periódico capitalino quiso publicar, sino sólo *La Opinión* de Veracruz, en sus ediciones de los días 18 y 19 de abril de 1911, el autor al referirse al programa que debía implantarse para transformar la revolución en evolución, señala la necesidad de adoptar urgentemente algunas reformas, las que dado el ambiente político por que entonces se atravesaba parecieron altamente avanzadas, pero que más tarde fueron proclamadas por la Revolución constitucionalista e inscritas después en la Constitución de 1917.

Entre dichas reformas, las más destacadas son las siguientes: no reelección; supresión de las jefaturas políticas; restitución de la libertad municipal; supresión del “contingente de sangre” como medio de reclutamiento del ejército; disolución de los latifundios y protección de la pequeña propiedad agraria; abolición de los privilegios, sobre todo,

los de los capitalistas extranjeros; modificación de nuestra legislación civil y penal; modificación del amparo; necesidad de la libertad de imprenta y de no considerar a las empresas editoras como instrumento de delito; responsabilidad de los funcionarios públicos; independencia del Poder Judicial; mejoramiento de los campesinos y de los obreros de las fábricas.

Las reformas consignadas en este artículo-estudio, que fuera el primero de índole constructiva del licenciado Urrea, constituyen también parte del programa del grupo renovador de la XXVI Legislatura en 1912, y del que a su debido tiempo nos ocuparemos. Es así como el autor en este valiosísimo documento de gran importancia revolucionaria e histórica, plasma con gran conocimiento de causa y enorme sapiencia, las aspiraciones populares de renovación, condensando en él las ideas y los sentimientos que entonces invadían el ambiente; pero que nadie se resolvía a manifestar por escrito por el terror que prevaleciera en su más álgido apogeo.

Hay, sin embargo, un hecho verdaderamente notable en este formidable estudio, y es el que se refiere a la rápida cuan certera semblanza que hace de Venustiano Carranza, a quien el autor presenta por primera vez ante la conciencia nacional como un hombre excepcionalmente a propósito para ocupar la vicepresidencia de la República por su ecuanimidad, talento y patriotismo, afirmación que quedó plenamente demostrada al correr del tiempo cuando el aludido fuera, primero, jefe supremo de la Revolución constitucionalista y más tarde presidente constitucional de la República, y a la urgencia de verificar un cambio radical de servidores del gobierno, como condición *sine qua non* de obtener una metamorfosis de sistemas.

Los párrafos principales del referido opúsculo “La solución del conflicto”, son los siguientes:

“Después de haber procurado demostrar en tres artículos políticos que se publicaron en *El Diario del Hogar* de esta Capital y en *La Opinión* de Veracruz, que los medios empleados por el Gobierno del General Díaz para restablecer la paz han sido ineficaces, me propongo ahora exponer los remedios que en mi concepto debería emplear el Gobierno para lograr ese fin.

”La prensa semioficial comenzó sosteniendo que la actual perturbación de la paz se debía a la ambición personal de Madero y de sus amigos; pero las proporciones alarmantes que ha tomado la revolución, han hecho comprender que el verdadero origen del movimiento revolucionario es un gran malestar social respecto del cual el levantamiento de Madero no fue más que el reactivo que lo puso en fermentación.

”Las causas del descontento que la opinión pública ha podido precisar, clasificadas según su origen aparente, son las siguientes:

”El caciquismo, o sea la presión despótica ejercida por las autoridades locales que están en contacto con las clases proletarias, y la cual se hace sentir por medio del contingente, de las prisiones arbitrarias, de la ley fuga, y de otras múltiples formas de hostilidad y de entorpecimiento a la libertad de trabajo.

”El peonismo, o sea la esclavitud de hecho o servidumbre feudal en que se encuentra el peón jornalero, sobre todo el enganchado o deportado del sureste del país, y que subsiste debido a los privilegios económicos, políticos y judiciales de que goza el hacendado.

”El fabriquismo, o sea la servidumbre personal y económica a que se haya [*sic.*] sometido de hecho el obrero fabril, a causa de la situación privilegiada de que goza en lo económico y en lo político el patrón, como consecuencia de la

protección sistemática que se ha creído necesario impartir a la industria.

”El hacendismo, o sea la presión económica y la potencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña, a la sombra de la desigualdad en el impuesto, y de una multitud de privilegios de que goza aquélla en lo económico y en lo político y que producen la constante absorción de la pequeña propiedad agraria por la grande.

”El cientificismo, o sea el acaparamiento comercial financiero y la competencia ventajosa que ejercen los grandes negocios sobre los pequeños, como consecuencia de la protección oficial y de la influencia política que sus directores pueden poner al servicio de aquéllos.

”El extranjerismo, o sea el predominio y la competencia ventajosa que ejercen en todo género de actividades los extranjeros sobre los nacionales, a causa de la situación privilegiada que les resulta de la desmedida protección que reciben de las autoridades y del apoyo y vigilancia de sus representantes diplomáticos.

”Todas estas y otras causas de descontento que no han llegado a precisarse todavía, son de naturaleza tan varia, que cada individuo, según su ocupación, su raza, su posición social, las juzga de distinto modo: para el agricultor el problema es agrario; para el comerciante, es económico; para el obrero, es industrial; para el abogado, es jurídico; para el político, es democrático; para el proletario, lo es todo.

”Es un error, sin embargo, creer que las causas del malestar sean exclusivamente internacionales, o exclusivamente de raza; ni que esas causas sean comunes a todas las clases sociales o a todas las regiones del país, sino que son tan complejas, que ni siquiera puede decirse de qué naturaleza principal son para cierta región o para cierta clase social.

”Pero así como las enfermedades, que cualquiera que sea su etiología o su naturaleza, casi todas se manifiestan por medio de la fiebre, que es el síntoma más común de un estado patológico, así también en las sociedades, cualesquiera que sean sus males, éstos se traducen siempre por el síntoma de la fiebre política, lo cual hace suponer que el problema es solamente político.

”El problema político de México puede resumirse como sigue:

”Las leyes constitucionales y sus derivados garantizan para todos los habitantes de la República una suma igual de libertades personales, civiles y políticas; esas leyes, en teoría, son todo lo avanzado que pudiera desearse y están a la altura de las que puedan existir en cualquier país civilizado, Pero esas leyes no son ejecutadas con igualdad, sino que su aplicación se había venido dejando al prudente arbitrio del Presidente de la República, de los Gobernadores de los Estados y aun de las pequeñas autoridades locales. Así venían las cosas desde hace mucho tiempo atrás, aunque sin hacerse sentir con caracteres de malestar, sino que por el contrario se explicaba esa suspensión discrecional de garantías como una necesidad del momento para obtener la consolidación de la paz.

”Desde que el General Díaz reasumió la Presidencia en 1884, los principios de libertad y de igualdad conquistados en 1857 no habían sido puestos en vigor, porque se suponía que lo más conveniente era dejar al criterio del General Díaz el decidir hasta dónde podían cumplirse las leyes y en qué casos aconsejaba la prudencia una tiranía convencional.

”El resultado de este sistema ha sido que los extranjeros y un reducido grupo de privilegiados gozaran aun mayo-

res garantías y mayores libertades que las que teóricamente conceden las leyes; que otra clase social más numerosa, pero también limitada gozara escasamente con más o menos esfuerzo de conquista, de esas libertades, mientras que la gran mayoría de la Nación y sobre todo las clases proletarias, casi no tuvieran garantías ningunas, ni disfrutaran de libertades, ni pudieran ejercer los derechos que las leyes les conceden en teoría.

”Mientras esta desigualdad se consideró como una situación transitoria todos se sometieron a ella, reconociendo su necesidad. Pero he ahí que la larga práctica de no aplicar las leyes convirtió en costumbre lo que no se había pensado que fuera más que una excepción, y que los beneficiados con esa costumbre comenzaron a pensar en la conveniencia de que el sucesor del General Díaz continuara también ‘su sabia política’ erigida en sistema de gobierno.

”Las clases proletarias que ya comenzaban a resentir las consecuencias de la persistencia del sistema personalista, protestan por primera vez, y ya para la segunda reelección del General Díaz en 1892, se dieron cuenta de que la mencionada política era innecesaria e inconveniente. En 1899 esa política que se ha venido considerando como personal y exclusiva del General Díaz, no contaba con la tolerancia general, la prueba es que para que pudiera continuarse requirió el apoyo de algunos trabajos políticos en que tomaron parte los extranjeros y las demás clases beneficiadas con ella. Pero cuando se hicieron evidentes el malestar y el descontento de las clases proletarias, fue en 1907 en ocasión de la crisis económica por la cual atravesaba el país.

”Hasta entonces el malestar social no había tenido manifestaciones políticas, sino caracteres sumamente vagos, que no podían precisarse. Pero cuando en 1908 el General Díaz

declaró en la famosa entrevista Creelman que deseaba retirarse a la vida privada, el espíritu público se vio obligado a despertar y el problema se concretó: ¿Debía o no continuarse la misma política que había venido empleando el General Díaz?

”Con este motivo se acentuaron dos tendencias y se delinearon dos partidos políticos: uno, el de la minoría dominante y privilegiada, que deseaba la continuación del mismo estado de cosas, notoriamente favorable a sus intereses; otro, el de la mayoría dominada, que deseaba algún cambio que no acertaba a definir.

”El partido continuista expuso claramente su programa diciendo que lo único deseable para México era la reelección constante de funcionarios, y la ‘continuación de la sabia política del General Díaz’ personalizada en la candidatura ‘Díaz-Corral’.

”El partido renovador, con menos elementos y menos facilidades para organizarse, manifestó sus deseos de que se efectuara ‘algún cambio’ que rompiera la monotonía del continuismo y se opuso a la candidatura Díaz-Corral. Tres fueron los principales sub-grupos de este partido: los demócratas que hicieron gran labor doctrinal y de propaganda, pero que no llegaron a la lucha electoral; los reyistas que mostraron grandes energías y que habrían llegado hasta el fin de la campaña, si no hubieran quedado sin jefe, antes de las elecciones federales; y los antirreeleccionistas que considerados como autopistas y mirados con indiferencia y hasta con desprecio en un principio, hallaron sin embargo, un hombre alrededor del cual pudieron adquirir cohesión y llegaron hasta la lucha electoral, en la cual fueron arrollados enteramente por el Gobierno del General Díaz que naturalmente se había aliado a los continuistas.

”El partido continuista se preparaba ya a saborear su triunfo cuando uno de los grupos del partido renovador se levantó en armas.

”La aventura fue calificada de absurda y descabellada. El mismo General Díaz declaró públicamente poder dominar muy pronto la situación suponiendo que contaba como en otras épocas, con toda la opinión pública; pero después de cuatro meses de esfuerzos ha visto que es difícil dominar la revolución, porque tiene que habérselas no solamente con la rebeldía armada de los antirreeleccionistas, sino también con la rebeldía pacífica de los demás renovadores, y aun con la hostilidad pasiva de los continuistas, que en los momentos de crisis se han desatendido de sus deberes de partido, y han entrado en esa neutralidad desconfiada y egoísta, peculiar de los cómplices que eluden la responsabilidad de un fracaso.

”El General Díaz convencido de la verdadera dificultad de sofocar el movimiento, y en el temor de que se prolongue esta situación o de que surjan complicaciones internacionales, está procurando, bajo la dirección del Sr. Limantour, emplear otros medios que no sean los que siempre se habían empleado en estos casos.

”Al efecto, y sin dejar de mostrar su desprecio oficial a los rebeldes, ha enarbolado la bandera de la revolución misma declarando que ya no es continuista, sino renovador, y que se haya [*sic.*] dispuesto a introducir en las leyes, en su sistema de gobierno y en el personal de su administración, los cambios que exige el partido renovador.

”Ahora bien, las promesas de reformas del Gobierno no resultaron todo lo explícitas ni todo lo radicales que algunos esperaban que serían en vista de la gravedad de la situación, dando por resultado que los revolucionarios dudaron de la

buena fe y de la aptitud del Gobierno del General Díaz para llevarlas a cabo. Por otra parte, como los cambios efectuados en el Gabinete del General Díaz no parecieron indicio claro de que éste se propusiera cambiar de sistema político, no es de extrañar que los antirreeleccionistas levantados en armas no hayan dado paso a deponerlas y crean que la actitud del General Díaz es una simple estratagema para debilitarlos.

”Por su parte, los demás renovadores se mantienen en actitud de reserva expectante, mientras que los continuistas comienzan a hacer oír un sordo rumor de desconfianza y desaprobación.

”La solución del conflicto político actual es una cuestión tan compleja y tan difícil, que sería presunción que un solo hombre pretendiera abarcar todos sus aspectos. Voy sin embargo a plantear el problema y a buscar la solución conforme a mi manera de ver las cosas.

”El problema político no es de principios, porque los principios están ya conquistados y escritos en las leyes; el problema es de efectividad de esos principios: de efectividad de garantías, de efectividad de libertades, y sobre todo de igualdad en la aplicación de las leyes, tanto por lo que se refiere a la excesiva protección de algunas clases sociales, como por lo que hace a la deficiencia de garantías de que padecen las inferiores.

”Tratándose, pues, como se trata, de una cuestión de cumplimiento de las leyes, nada raro tiene que el Gobierno se haya resignado a cambiar de conducta antes que admitir, puesto que sólo dando un golpe de Estado, podía rehusarse oficialmente al cumplimiento de las leyes y al restablecimiento de los principios constitucionales escritos.

”Tuvo, pues, que prometer, como medio de salvar su existencia, un cambio en su sistema de gobierno.

”Pero el cambio de sistema, después de tantos años de gobierno dictatorial, no es una cosa que pueda lograrse por un solo acto de voluntad del jefe del Estado, sino que requiere un firme y persistente propósito de abdicación de facultades y una laboriosa y complicada serie de medidas encaminadas a la reforma radical del Gobierno.

”La reforma del sistema, o sea el restablecimiento y efectividad de las leyes exige tres clases de medidas, que por orden de importancia son:

”1. —Un cambio de personas.

”2. —Un cambio de métodos.

”3. —La expedición de algunas leyes encaminadas a consolidar el cambio de sistema.

”Por vía de método invertiré el orden al tratar estos tres puntos, comenzando por el menos importante.

”Es muy común creer que con leyes se resuelven las cuestiones políticas. Este es un error en muchos casos, pero en el presente lo es más que nunca.

”Lo que necesitamos no son leyes nuevas, sino hombres nuevos que estén de acuerdo con las tendencias nuevas.

”Las reformas legislativas son en mi concepto la parte menos urgente de la transformación que se propone sufrir el Gobierno; pero es la más laboriosa y la que requiere hacerse con más deliberación.

”Las únicas reformas legislativas urgentes son aquellas que tiendan a consolidar el cambio de sistemas de gobierno, evitando que los hombres nuevos continúen la rutina y los métodos de los antiguos. Por eso las leyes que se necesitan son aquellas que tienen por objeto restringir el probable abuso de las autoridades, dar a los gobernados un medio de controlar la aplicación de las leyes y defenderse contra

las tendencias absorbentes de las autoridades, encerrándolas dentro de sus facultades legales.

”Las cuestiones más urgentes que tienen que resolverse por medio de reformas legislativas, son las siguientes: (Casi todas las reformas que el autor propone en este estudio, repito, fueron proclamadas por la Revolución Constitucionalista e inscritas, después, en la Constitución de 1917.)

”No-reelección.

”Efectividad del sufragio.

”Rehabilitación del Poder Municipal.

”Supresión de las Jefaturas Políticas.

”Supresión del contingente como medio del reclutamiento militar.

”Defensa de la pequeña propiedad agraria.

”Revisión de las Leyes de enjuiciamiento civil y penal.

”Al mencionar aquí adelante de las leyes que en mi concepto deben expedirse, no me ocuparé de los medios de lograr la expedición, sino que, dando por supuesta la necesidad de cada ley, me limitaré a enumerarla, como parte de la labor del Gobierno del General Díaz, entendiéndose que esas leyes serían expedidas por la Federación o por los Estados según su respectiva competencia constitucional.

”No-reelección. —Es urgentísimo establecer en la Constitución Federal y en las de los Estados el principio de no-reelección absoluta. No deseo discutir si este principio es o no democrático; basta decir que es de vida o de muerte para la nacionalidad mexicana, porque en él se cerrará la puerta a futuras revoluciones y que indudablemente facilitará la educación democrática del pueblo y sobre todo la formación de un personal político abundante que ahora no tenemos.

”Sufragio efectivo. —Es urgente hacer una seria y honrada revisión de nuestras leyes electorales, tanto locales como

federales, teniendo cuidado de reglamentar en forma práctica la intervención de las autoridades en la convocación y ejecución de las elecciones.

”Poder Municipal. —Sería necesario reformar las leyes de algunas entidades, devolviendo a los Ayuntamientos el poder que se les había quitado.

”Jefaturas Políticas. —En el supuesto de que los Ayuntamientos vuelvan a ser verdaderos Gobiernos municipales puede ya plantearse el problema de las Jefaturas Políticas, el cual tiene que resolverse, o haciendo al jefe político un funcionario temporal de elección popular, o como en Nuevo León se resolvió suprimiendo al jefe político y cambiado la división distrital en división municipal para abrir paso a relaciones directas entre el Gobierno y los municipios.

”Servicio Militar. —Es urgente la reforma de nuestras leyes de reclutamiento militar, de modo que por ningún motivo queden al arbitrio de las autoridades locales las consignaciones al servicio de las armas. El problema es tan complejo que ha requerido un comisionado especial para su estudio, el cual debería desde luego formular sus opiniones o proyectos. (En opinión del autor, el contingente constituyó la más odiosa e inhumana represión del gobierno porfirista.)

”Reformas Agrarias. —La creación de la pequeña agricultura es un problema vital, pero de larga solución. Por ahora lo único urgente es que las autoridades locales y federales emprendan una serie de reformas y medidas administrativas encaminadas a perfeccionar los catastros para poner sobre un pie de igualdad ante el impuesto a la grande y pequeña propiedad rural; y aun tal vez convendría dar ciertas ventajas a la pequeña propiedad sobre la grande.

”Más tarde se estudiarán los medios económicos de desmembración de la gran propiedad rural, así como los de evitar el desmoronamiento de ciertas propiedades comunales que es un error haber desintegrado. (La ley agraria de 6 de enero de 1915, escrita por el propio licenciado Urrea y expedida por el Sr. Carranza en Veracruz, y el artículo 27 de la Constitución de 1917, dieron forma legal a estos principios enunciados en este estudio.)

”Leyes civiles. —Nuestras leyes civiles no requieren revisión urgente, pero su aplicación es desastrosa. Lo más apremiante sería lograr la independencia del Poder judicial; pero como esto no se obtiene con leyes, la acción legislativa debe limitarse a una revisión de las leyes de procedimientos civiles tanto en los Estados como en el centro, con la mira de facilitar el enjuiciamiento, formar una jurisprudencia en lo civil y sobre todo hacer efectiva la protección a la posesión mueble a inmueble, que es ahora en lo que más se hace sentir la deficiencia de la legislación procesal.

”Es también urgente restablecer el antiguo texto constitucional para dar entrada al amparo de garantías en cualquier estado de los juicios civiles, reformando a la vez el procedimiento para evitar el abuso del recurso que tan torpemente se quiso reprimir. (Véanse los artículos 103 y 107 de la Constitución de 1917.)

”Leyes penales. —Los códigos penales de toda la República requieren una completa revisión, aunque no de urgencia.

”La protección teórica que la Constitución y los Códigos prestan a la libertad individual, sería suficiente con tal que fuera efectiva; pero como no es así, se necesita hacer por lo pronto en los Códigos de Procedimientos Penales locales y federales, algunas reformas, sobre todo en lo relativo a las facultades de los jueces para ordenar las detenciones, decre-

tar formales prisiones y excarcelar, que ahora son ilimitadas y arbitrarias.

”La detención puede quedar a juicio de los jueces en ciertos delitos, pero en otros debe estar perfectamente reglamentada.

”La formal prisión no debe dejarse al arbitrio judicial como ahora está, y debe además tener una revisión rapidísima por los Tribunales de segunda instancia.

”Las excarcelaciones de todas clases deben estar perfectamente previstas por la ley, de ser estricto derecho, eliminándose de ellas el arbitrio judicial tan nocivo en el actual sistema. (La Constitución de 1917, en su artículo 20, acogió casi en todas sus partes, estas ideas anticipadas del licenciado Cabrera expuestas en 1911.)

”Por cuanto a los delitos de imprenta, es indispensable una ley especial en la cual se remedien los abusos que más han servido para vestir las persecuciones políticas. Es preciso ante todo definir la responsabilidad exclusiva de una sola persona, abolir la práctica de considerar a la empresa editorial como instrumento de delito, definiéndose los casos en que pueda suspenderse o clausurarse una publicación, y conceder a todos los delitos cometidos por medio de publicaciones periódicas una libertad caucional que no quede a discreción del juez. (Véase a este respecto el artículo 79 de la Constitución de 1917.)

”Los reglamentos de policía en toda la República, necesitan una revisión urgentísima en lo que se refiere a la intervención de la policía en las aprehensiones, buscándose medios prácticos de hacer efectivas las garantías constitucionales, sin entorpecer la averiguación de los delitos.

”Tales son las reformas urgentes.

”Otras muchas pueden ser necesarias como las relativas a la responsabilidad de funcionarios, a la condición

del jornalero en las fincas agrícolas, a las del obrero en las fábricas, etc.

”La tarea de enumerar las prácticas abusivas e ilegales que se necesita abolir, tanto entre autoridades federales como entre las locales, sería larguísima y equivaldría a la repetición de las numerosas causas de descontento que existen contra el sistema actual.

”El cambio de sistemas de que tanto se habla no es otra cosa que el restablecimiento de la independencia de los poderes por medio de la elevación del nivel moral de éstos y de la abstención de los funcionarios ejecutivos; una vez restablecido el equilibrio los poderes se controlarán mutuamente y la reforma se efectuará por sí sola. El cambio de sistemas puede, pues, resumirse, diciendo: independencia del poder legislativo, independencia del poder judicial, independencia del municipio de los electores. La dificultad de la tarea depende de lo arraigado que se encuentra el vicio de la consigna, el cual ha llegado a ser común, que los cuerpos legislativos, los jueces, los Ayuntamientos y los colegios electorales no sólo se someten a las indicaciones del Ejecutivo sino que con gusto las obsequian, más aun, las piden, las presumen, las necesitan, casi pudiera decirse las exigen. Y cuando un vicio ha llegado a convertirse en una necesidad, ya se comprende que es difícil desarraigarlo.

”Por lo demás, es un error creer que los remedios deben dirigirse exclusivamente sobre el poder ejecutivo, y no sobre los otros poderes complacientes, como sería un disparate querer curar un caso de embriaguez habitual, creyendo que los compañeros de vicio del paciente son la única causa de sus males.

”En realidad, si hemos de hablar con franqueza, un cambio de sistema en política, nunca se ha logrado más que por

medio de un cambio general de personas; esto es lo que nos enseñan a diario los parlamentos europeos, para los cuales no se concibe una nueva orientación política sin un cambio ministerial.

”En efecto es imposible que las autoridades por sí mismas con sólo buenos propósitos de enmienda, se transformen de arbitrarios en justos.

”El problema de un cambio de sistemas se confunde pues con el de la renovación del personal político.

”En realidad lo único práctico que puede hacerse para remediar la situación actual, es una remoción general de los hombres que se encuentran actualmente en el poder, sustituyéndolos por otros que, no estando viciados por las prácticas tuxtepecanas, puedan abrir una nueva era de aplicación a las leyes.

”ESTA ES, EN REALIDAD, LA TENDENCIA DE TODA LA OPINIÓN PÚBLICA Y ESTA ES LA BANDERA DE LA REVOLUCIÓN MADERISTA.

”Este cambio, sin embargo, no es cosa fácil.

”Desde luego es evidente que, salvo el caso de triunfo de la revolución, ni legal ni prácticamente sería factible un cambio inmediato radical y general de todas la autoridades actuales por otras nuevas, no sólo por el sacudimiento que esto produciría, sino porque no sería fácil encontrar desde luego un personal político adiestrado, porque el Gobierno nuevo, para ponerse al corriente de los negocios necesitaría por algún tiempo conservar a su servicio las segundas manos.

”Hay, pues, que pensar en una renovación paulatina y ordenada que comience por la separación de aquellos funcionarios que más pudieran influir en la perturbación del sistema porfirista, y su sustitución por otros hombres que

por sus ideas y por su carácter sean suficiente garantía de que continuarían procurando la renovación del personal y la implantación de los métodos constitucionales. Esos cambios deben, además comenzar por aquellos puestos de fácil renovación legal, para evitar nuevos sacudimientos sociales, que se producirían si se convocara de golpe a nuevas elecciones federales y locales en toda la República.

”Para nadie es un secreto la necesidad de la remoción del 99 por ciento de las autoridades políticas locales. Esta remoción teóricamente es fácil, supuesto que los jefes políticos son todos de nombramiento facultativo y revocable, pero de hecho no lo es tanto, y no se lograría sino con el cambio de algunos Gobernadores.

”El Gobierno Federal ha iniciado algunos cambios en el Gabinete, que según he dicho en otra ocasión no pueden tomarse como un intento serio de modificar el sistema de Gobierno, porque el Gabinete en su parte esencial volvió a quedar constituido por hombres del antiguo régimen; y porque aunque fueran nuevos, no podrían contrarrestar la tendencia del General Díaz a continuar gobernando conforme a su único sistema conocido. De todo esto se deduce que los cambios en el Gobierno tendrán que producir resultados distintos según que el General Díaz permanezca en el poder o se retire de él. En efecto, y suponiendo hombres nuevos con intenciones de innovar, éstos tendrían, o que entrar en pugna con el General Díaz o que guardar sus buenos propósitos para cuando éste muera, defiriendo el principio de la reforma para la cual fueron llamados. Esto sin contar con que de aquí a entonces los nuevos hombres correrían el riesgo de aprender el sistema tuxtepecano y de encontrarlo preferible al legal.

”La primera cuestión que hay que resolver es, pues, si el General Díaz debe continuar en el poder, o debe retirarse.

”Fuera de algunas ventajas personales privadas que a él le significaría su retirada, cuando menos para salvar su reputación ante la historia, pero que a mí no me toca analizar, voy a permitirme señalar las siguientes de carácter público.

”1. —La retirada del General Díaz en estos momentos facilitaría el restablecimiento de la paz, porque simplificaría considerablemente el problema de una transacción entre el Gobierno y la Revolución.

”2. —La retirada del General Díaz traería consigo la retirada de muchos elementos hondamente marcados con el sello y que son obstáculos en la actualidad para nuevo orden de cosas.

”3. —La retirada del General Díaz daría lugar a una mejor definición de los partidos políticos, disolviendo su grupo, que es meramente personalista.

”4. —La retirada del General Díaz haría ver claro en un gran número de problemas que no pueden precisarse ahora y descubriría la existencia de otros muchos que no han surgido aun, debido a la conservación de un régimen artificial.

”5. —Por último, la retirada del General Díaz, aseguraría una defensa nacional más uniforme en el caso de que surgiera algún conflicto internacional en los momentos actuales.

”Todos estos resultados que yo considero importantísimos, me han conducido al convencimiento de que la medida más sabia, más práctica, más rápida, más patriótica y más radical que pudiera tomarse para alejar los peligros internacionales, para restablecer la paz y para efectuar un cambio de sistema de Gobierno en todo el país, sería LA RETIRADA DEL GENERAL DÍAZ A LA VIDA PRIVADA.

”La permanencia del General Díaz al frente del Gobierno se explicaba hace dos años por un temor vago de perturbaciones del orden y del crédito no bien definidas, y por la suposición de que su sola presencia bastaría a conjurar ese peligro; pero ahora que los acontecimientos enseñan que el peligro existe y que precisamente la dificultad para conjurarlo es la supervivencia de la personalidad física e histórica del General Díaz sobre su personalidad política, no queda otra explicación que dar para su continuación en el Gobierno, que cierta creencia en una especie de sacrificio que la Patria de hoy debiera hacer por gratitud al hombre de ayer.

”No quiero sin embargo, suponer que la renuncia del General Díaz sea la única solución existente y voy a continuar el estudio de los cambios que se requieren en el Gobierno, en el supuesto de que el General Díaz continuara como Presidente *honoris causa* y de que su retirada se aplazara para cuando el país recobre la calma.

”En ese supuesto, tres son los cambios que se imponen: una remoción general de las Cámaras Legislativas, sobre todo la de Diputados, la reorganización del Gabinete y el cambio de Vicepresidente.

”La renovación de la Cámara de Diputados no parece factible, porque no sería cosa fácil escoger de entre los suplentes hombres mejores que los propietarios ni sería prudente una disolución. Por lo demás, si bien en la Cámara hay un grupo compacto que pudiera ser un obstáculo a la nueva política del Gobierno, ese mismo grupo y el resto de la Cámara tienen una gran ductilidad que permitiría manejarlos con más o menos esfuerzo, mientras llegan las nuevas elecciones de 1912.

”La reorganización del Gabinete se impone, entiéndase bien, como medida de transición para facilitar el advenimiento

del nuevo régimen; diríase una especie de armazón o cimbra, sobre la cual pudiera constituirse el nuevo Gobierno, pero destinada a desaparecer.

”Para esto se necesita buscar hombres de gran energía, de independencia de carácter y de relieve político propio, de modo que puedan constituir agrupados un Gobierno más fuerte que el del General Díaz y si es posible, que resten elementos a la revolución, o cuando menos algunos de ellos puedan ejercer cierto controlamiento sobre los grupos políticos militantes o latentes.

”Los Secretarios del nuevo Gabinete deberían, pues, ser hombres que conociendo la política porfirista, hayan dado sin embargo algunas pruebas o hecho promesas de practicarla en forma atenuada y con tendencias a hacerla evolucionar hacia un régimen constitucional.

”Los subsecretarios, en cambio, como parte más esencial del Gabinete deben ser todos de ideas renovadoras bien definidas.

”De todos los problemas políticos actuales, ninguno es tan delicado y tan trascendental como el de la Vicepresidencia de la República, porque significa nada menos que buscar el hombre en quien debe recaer tarde o temprano el supremo poder de la Nación. La dificultad de su atinada resolución es tal, que el mismo General Díaz con todo su conocimiento del país y de los hombres, y a pesar de la habilidad política que era costumbre reconocerle, se equivocó por completo al resolverlo, y esa equivocación fue para él de tanta trascendencia, que la obstinación de querer imponer a un hombre que no era el adecuado, le trajo el alejamiento y la desconfianza del pueblo.

”El problema de la Vicepresidencia de la República, vuelve a ser el problema principal en estos momentos, no

porque se crea que Corral pueda agravarse o morirse de un momento a otro, sino porque al contrario pudiera sanar y volver a ser un factor político militante. Es, pues, urgente la resolución del problema vicepresidente antes que Corral comience a recobrar con las esperanzas de salud, las de su resurgimiento político.

”Creo inútil tratar de mostrar que la renuncia de Corral es una condición *sine qua non* del restablecimiento de la paz: basta decir que esa renuncia es la primera medida política que debía tomarse entre todas las que tiendan al cambio de sistema, porque sería la demostración más evidente de que el General Díaz ha abandonado la idea de seguir gobernando al país después de muerto, por medio de un continuador de su política personalista.

”Pero la renuncia del señor Corral haciendo recaer la Vicepresidencia de la República en el Secretario de Relaciones sólo sería el primer paso de la resolución del problema. Se necesitaría convocar desde luego a nuevas elecciones dando lugar a una nueva lucha de partidos y exponiéndose a otro sacudimiento político, que no podría evitarse sino procurando que el nuevo candidato satisficiera las aspiraciones de la mayoría del país y contara con el apoyo de los principales grupos políticos militantes.

”Se dice mucho que la reciente actitud del Gobierno ha hecho desaparecer toda división política; pero tal cosa no es cierta, porque el cambio sólo de bandera del Gobierno no es suficiente para borrar la profunda división que existe entre conservadores y renovadores. Una cosa es que el General Díaz para salvar la situación se haya pasado a los renovadores y otra sería que los continuistas abandonaran sus intereses, sus pretensiones, su situación privilegiada y sus ambiciones personales. (Esto se vio durante el interinato y también en el

gobierno del señor Madero, hasta que por fin lograron dar el cuartelazo de febrero de 1913.)

”La división política subsiste: el Vicepresidente tiene que ser forzosamente continuista, o renovador. Pero para el efecto que se busca de restablecer la paz, no se concibe que el nuevo Vicepresidente fuera continuista; tiene, pues, que ser renovador.

”Ahora bien, los grupos sociales que pudieran tener interés en oponerse y combatir la designación de un renovador, o en estorbarle más tarde, son aquellos a los que convendría que se perpetuara un orden de cosas favorable a las clases privilegiadas, es decir, los continuistas, encabezados por el grupo científico que es representante genuino de los grandes terratenientes, de los grandes industriales, y de los grandes negociantes.

”El General Díaz no podrá personalmente oponerse a que el nuevo Vicepresidente surgiera del seno del partido renovador, supuesto que ha declarado oficialmente su divorcio de los continuistas; pero celoso de su política personal y de su prestigio de estadista, tal vez no creería deber admitir a su lado a un hombre salido del partido que ha puesto a su poder en peligro, condenando la política que había seguido durante toda su vida.

”Cuando se creía que el único modo de renovar los poderes consistía en transmitir el Gobierno por herencia, se dijo mucho que el Vicepresidente debía ser ante todo un hombre de la entera confianza del Presidente, enterado de sus secretos de Estado y aleccionado por él.

”Creo que ahora ya pensará distinto. Es cierto que el Vicepresidente no debe ser ni un enemigo personal ni un competidor político del Presidente; pero para lograr esto bastará

que el nuevo Vicepresidente sea un hombre que le ofrezca garantías de lealtad en lo personal y en lo político. Y si como debe ser, el Vicepresidente no tiene participación activa en el gobierno mientras subsiste el presidente, desaparecerá hasta el último escrúpulo del General Díaz para que el Vicepresidente sea un hombre del partido renovador.

”Quedaría por averiguarse la actitud de los elementos íntimamente allegados al General Díaz; pero la influencia de éstos no sería tan grande, pues pronto tendremos ocasión de convencernos de que quedan pocos porfiristas puros, fuera de un reducido círculo íntimo del General Díaz, y los que quedan, o ya no tienen sus ambiciones propias, o no son de significación política alguna.

”Quedan los renovadores entre los cuales hay que buscar al Vicepresidente.

”Los principales grupos renovadores son reyistas y los maderistas que se consideran como los renovadores de acción.

”Todo el mundo alcanza a comprender lo inconveniente que sería, como medio de acabar con el conflicto, elevar a la Vicepresidencia a Madero o a Vázquez Gómez; ellos mismos lo comprenden así y repetidas veces han indicado su buena voluntad para renunciar sus pretensiones políticas personales, a fin de facilitar la paz.

”Por otra parte, para nadie es un secreto la rivalidad latente entre el maderismo y el reyismo puros que aunque subgrupos del partido renovador, tienen en el fondo grandes puntos de desacuerdo. La postulación del General Reyes, que hace un año y medio habría contado con el apoyo de los antirreeleccionistas, y aun de Madero mismo, sería en los momentos actuales un motivo para retardar la sumisión de los rebeldes. Por lo demás al General Reyes tampoco le convendría de seguro colocarse en una falsa situación entre

científicos y maderistas, teniendo a ambos de enemigos en este momento político tan delicado.

”El hombre que debe ser postulado para la Vicepresidencia en los momentos actuales y como medio de restablecer la paz, debe pertenecer, pues, al partido renovador; ser de francas tendencias democráticas sin desconocer los sistemas porfiristas, ni siquiera sea para evitarlos en su parte ilegal; no debe ser científico mi amigo incondicional del General Díaz; debe tener un prestigio político propio, poder restar elementos importantes a la revolución y ser el lazo de unión entre los maderistas y reyistas de modo que fuere necesario.

”En lo moral, ese hombre debe ser respetuoso de la ley, esclavo de sus compromisos políticos, de honradez y rectitud cívicas y de grandes cualidades de energía y de independencia de carácter.

”¿Pero ese hombre existe?

”Sí existe; es muy conocido en la frontera, donde su nombre goza de prestigio más uniforme que los de Reyes y Madero; pero teniendo el gran defecto de ser modesto, no es bien conocido en el resto del país.

”Se llama don Venustiano Carranza.

”Creo honrada y firmemente que Carranza es el hombre más a propósito para la Vicepresidencia en los momentos actuales, pero me abstengo de hacer el elogio de sus cualidades, porque como escritor tengo contraído conmigo mismo el compromiso de no adular jamás a nadie. Debo, sin embargo, decir unas cuantas palabras acerca de él como hombre público.

”Es amigo personal del General Díaz pero no incondicional. Sólo ha prestado sus servicios a la Administración actual como Senador que es, desempeñando el cargo con lealtad y rectitud y sobre todo conservando incólumes su

independencia y su dignidad. El General Díaz sin embargo lo conoce bien y se da cuenta de su valer, supuesto que lo admitió en 1908 como candidato al Gobierno de Coahuila y que desde hace cuatro meses el único temor serio que tiene acerca de la frontera es el de que Carranza pudiera ayudar a los rebeldes.

”No es científico; pero Limantour es amigo suyo, lo estima y sabe a qué atenerse respecto de él.

”Madero y Vázquez Gómez lo respetan y lo aprecian, y considerándolo como uno de los hombres de más valor en la actualidad, han hecho grandes esfuerzos por atraérselo.

”El General Reyes es también su amigo personal, sin haberlo considerado nunca partidario suyo, sino como un valioso aliado político de prestigio propio.

”Carranza reúne, pues, las condiciones que en los actuales momentos necesita tener el Vicepresidente, por sus tendencias renovadoras, por su honradez e independencia, por su valor político propio y por su situación especial que le permite controlar los elementos más importantes del partido renovador, y ser por lo tanto una garantía de cambio de sistema y de restablecimiento de la paz.

”He querido exponer con toda amplitud todos los antecedentes que se necesitan para entender el por qué [*sic.*] de los términos en que formulo las bases de transacción que van en seguida.

”Una transacción significa siempre el abandono de las mutuas pretensiones, o una parte de ellas, y por lo tanto, no es de extrañar que en las bases que propongo no se contengan soluciones radicales, sino que me haya preocupado por buscar condiciones que, salvando el decoro del Gobierno, den satisfacción a las justas exigencias del partido renovador y aseguren el pronto restablecimiento de la paz, y sin dar

tiempo a que la actual revolución comience a producir jacobinismos peligrosos.

”Las bases de transacción que en mi concepto pueden aceptarse decorosamente por el General Díaz y por los revolucionarios son las siguientes:

”1. —Reorganización del Gabinete del General Díaz, en condiciones tales, que ofrezca garantías de querer y poder llevar a cabo un cambio en los sistemas de gobierno y en el personal administrativo que tiendan a la efectividad e igualdad en la aplicación de las leyes.

”2. —Renuncias o licencias ilimitadas de los gobernadores actuales de Sonora, Coahuila, Sinaloa, Durango, San Luis, Colima, Guanajuato, Querétaro, Hidalgo, Tlaxcala, Veracruz, Chiapas, México, Morelos y Michoacán.

”3. —Sustitución de esos Gobernadores por hombres nuevos que presten garantías de reformar el sistema de gobierno y el personal administrativo de sus antecesores, procurando la efectividad e igualdad en la aplicación de las leyes.

”4. —Renuncia definitiva y formal del señor Corral a la Vicepresidencia de la República.

”5. —Celebración de nuevas elecciones de Vicepresidente de la República.

”6. —Amnistía general para todos los delitos políticos y los militares que tengan relación con ellos.

”7. —Sumisión de Madero y demás jefes revolucionarios y reconocimientos por ellos del Gobierno constituido conforme a la transacción.

”8. —Reforma de la Constitución Federal y de las locales, estableciendo el principio de, no-reelección absoluta respecto de los poderes ejecutivos.

”9. —Reformas a las leyes electorales, federales y locales, con el fin de asegurar la efectividad del sufragio.

”10. —Diversas reformas políticas, fiscales, civiles y penales, que sean necesarias para asegurar de un modo permanente un cambio de sistema de Gobierno, exigido por la opinión pública.

”Tales son las bases que creo decorosas para el Gobierno y aceptables para los rebeldes. Su desarrollo y forma definitivas no me toca a mí hacerlos.

”Pero para llegar a convenir en esas bases, o en otras mejores, lo primero que se necesita es que el General Díaz se decida a tratar franca, abierta y hasta oficialmente con los rebeldes. La vacilación del Gobierno para hacerlo así está produciendo los peores resultados sin proporcionar ventajas apreciables. En los momentos en que esto escribo comienza a palpase ya la falta de escrúpulos y el deliberado propósito de los americanos de provocar un conflicto internacional, que explique su intervención.

”Con buena voluntad, la paz puede hacerse en 24 horas; pero cada minuto perdido es un nuevo peligro para la patria.

”En estas condiciones, yo, que he sido uno de los más francos impugnadores de la política tuxtepecana, pero que no me he levantado en armas; por causa de la paz y en nombre de la Patria, VUELVO A EXHORTAR AL GENERAL DÍAZ PARA QUE HACIENDO A UN LADO SUS RESENTIMIENTOS DE HOMBRE, SU ORGULLO DE GOBERNANTE, Y SU AMOR PROPIO DE PACIFICADOR, PROCURE INMEDIATAMENTE UNA TRANSACCIÓN CON LOS REVOLUCIONARIOS, y si necesario fuere, comience él mismo, dando el ejemplo de amor a la paz, invitándoles a transigir, y si ellos se rehúsan, porque le desconfíen, debe darles el ejemplo de la abnegación, HACIENDO EL SACRIFICIO DE SU PROPIA PERSONALIDAD, Y RETIRÁNDOSE A LA VIDA PRIVADA.”

CAPÍTULO XI

EL SITIO DE CIUDAD JUÁREZ



Lo que la opinión pública esperaba. —Afirmación dolosa. —Un Rasputín cimarrón. —La imposición de Corral. —Intentos para llegar a la paz. —Informaciones falsas. —El millonario Braniff y el despechado Esquivel Obregón. —Murmuraciones. —Mezquinidad de proposiciones. —Intrigas. —A hurtadillas. —Ciudad Juárez, asediada. —Advertencia oportuna. —Donde por primera vez entra en la escena política el licenciado Francisco S. Carbajal. —Negociaciones de paz. —Condiciones para llegar a un arreglo. —La situación interior del país. —Vivaques rebeldes a la vista de la capital. —Hordas cavernarias. —Desconfianza al general Díaz. —Éxodo de extranjeros. —Actividades de Henry Wilson, el diplomático malvado. —La opinión en los diversos sectores capitalinos. —En Ciudad Juárez; remembranzas. —Lo que se veía en los campamentos rebeldes. —Efectivos que componían la guarnición de Ciudad Juárez. —Efectivos de los sitiadores. —Consideraciones comparativas. —Lo que es sabido hasta por los profanos en la ciencia de la guerra. —Notable contraste. —Estado de ánimo de los sitiados. —Silencio de muerte. —Segundo armisticio. —Las triquiñuelas del delegado Carbajal y la zorraería del general Díaz. —Frustrada zancadilla a la Revolución.



El hecho verdaderamente extraordinario, una especie de cataclismo, ya fuera éste producto de una aplastante acción de armas insurgente o un triunfo político —como en anteriores páginas así lo dijimos—, que la opinión pública necesitaba para manifestarse impetuosamente arrolladora y decidir la cuestión, estaba en vías de acontecer; pues la violenta concentración de núcleos rebeldes, aquellos que operaban al norte de Chihuahua, a

las inmediaciones de Ciudad Juárez, con el posible objeto de asediarla, y tomarla, así lo indicaba.

La necesidad de la insurgencia de contar con un puerto para la introducción de víveres, pertrechos y vestuarios a fin de avituallar, municionar y vestir convenientemente a sus tropas era patente;¹ dejándose sentir de modo tan imperioso que por eso precisamente habíase fijado en Ciudad Juárez y no como dolosamente lo afirma el doctor Luis Lara Pardo en la página 246 de su libro *De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero*, que tengo a la vista: “Madero se acercó a la frontera con aparente intención de atacar a Ciudad Juárez, pero en realidad para que las negociaciones de paz pudieran efectuarse allí, al amparo del gobierno americano”.

Como la concentración de tropas revolucionarias en la estación de Bustillos, cercana a Ciudad Juárez, inmediatamente después de la acción de Casas Grandes, se estaba verificando de una manera rápida e intempestiva y con fines muy ostensibles hacia el propósito que se perseguía, el gobierno desde luego supuso cuál era el objetivo.

A propósito del gobierno, aunque aparentemente encabezábalo el general Díaz, quien verdadera y exclusivamente lo manejaba, desde hacía ya cinco años, era el licenciado Limantour, el cual impuso al general Díaz la malhadada idea de la candidatura Corral, y el que, como se recordará, al pasar por Nueva York de regreso a México de su viaje a Europa, ladina y calculadamente y por lo que en lo futuro pudiera

¹ El licenciado don Toribio Esquivel Obregón en la página 62 y siguientes de su folleto titulado *Democracia y personalismo*, refiriéndose a este estado de miseria en que se encontraban las huestes maderistas, dice que éstas tuvieron que ser auxiliadas por los mismos agentes del gobierno y por el vecindario de la población americana de El Paso, para poder tener lo indispensable para vivir.

sucedier, logró ponerse en contacto por medio de los señores Gustavo y Francisco Madero *sénior* y el doctor Vázquez Gómez, representantes de la insurrección en Estados Unidos, con el señor Madero, a quien ya anteriormente conociera, para ver si se llegaba a una solución, sin conseguirlo entonces, a fin de restablecer la paz. Tales conferencias tuvieron lugar los días 11 y 12 de marzo, en el Hotel Astor de Nueva York.

Como el referido licenciado Limantour debido a su ausencia estaba muy lejos de conocer la situación turbulenta que prevaleciera, puesto que las informaciones oficiales que recibía acerca de ella eran por demás optimistas, infatuado y lleno de arrogancia creyó conveniente, atendido a dichas informaciones, cortar bruscamente el incipiente contacto que durante su breve estancia en el puerto newyorkino tuviera con los representantes de la rebelión.

Sin embargo, al llegar a México y darse cuenta de que tanto a él como al general Díaz se les había estado engañando con informaciones falsas, dado que muy otra era la situación y de que ésta era en verdad muy grave puesto que no sólo el norte del país estaba levantado en armas, sino también el sur, siendo en éste más numerosas y fuertes las partidas rebeldes, creyó entonces necesario, para seguir usufructuando el poder, y lamentando, quizá, su orgullosa actitud, reanudar las pláticas que en otrora cortara ásperamente con los delegados rebeldes, es decir, que según él, ahora sólo había creído dejar en punto y coma.

Mas como no tenía el don de ubicuidad, o sea, ser el gran factótum en palacio manejando al octogenario autócrata y al mismo tiempo ser también el que maniobrara entre los directores de la Revolución para hacerla fracasar, forzosamente tenía que valerse de comparsas que identificados per-

fectamente con él en dichos propósitos, lo secundaran hábil, hipócrita y mañosamente, sin ningunos escrúpulos ni reparos, es decir, en una forma altamente abyecta e incondicional.



Pascual Orozco, Óscar Braniff, Francisco Villa y Giuseppe Garibaldi

Tales comparsas no le fue difícil encontrarlos porque ellos mismos se le ofrecieron. Éstos fueron: Óscar Braniff, rico, millonario, descendiente de antigua familia aristócrata; enemigo de la libertad, de la democracia y de las aspiraciones manumisoras populares; de carácter altanero e irascible, propio de los adinerados, y con todas las taras y prejuicios de la burguesía; y el licenciado don Toribio Esquivel Obregón, el despedido exmiembro del Partido Antirreeleccionista que no habiendo salido electo candidato vicepresidencial, se propuso, por envidia y por ambición alcanzar una situación prominente aun a costa de traicionar sus viejas y honradas convicciones; los que una vez impuestos de la labor que tenían que desempeñar so pretexto de continuar las interrumpidas pláticas para resolver el problema de restablecer la paz,

pero en realidad, secundando las aviesas intenciones del licenciado Limantour, de hacer fracasar el movimiento armado, partieron hacia el campo rebelde, en donde fácilmente pudieron penetrar, gracias a la confianza que por su pasado antirreeleccionismo gozaba el licenciado Esquivel Obregón.

Puestos en contacto, con el carácter de delegados oficiosos del gobierno, con los directores del movimiento, muy especialmente con el jefe de él, empezaron por simular ante los jefes militares revolucionarios la animadversión que sentían por el señor Madero, así como por sus principales colaboradores civiles a quienes motejaban con frases deprimentes, el ascendiente alcanzado por ellos entre los rebeldes. Al señor Madero, reconocíanle buenas y honradas intenciones, pero nunca genio, talento ni tamaños suficientes para llevar a buen fin la empresa emprendida.

En cuanto a sus colaboradores, vuelvo a insistir, considerábanlos, aparte de ineptos para desempeñar las funciones inherentes a sus respectivos cargos, carentes de patriotismo y de sinceridad en sus principios democráticos: “Se han metido a la bola solamente porque ésta les promete un hueso que roer”, decía sarcástica y burlescamente de ellos Braniff, delante de los jefes militares rebeldes. Y Esquivel Obregón, refiriéndose a Madero, a quien detestaba con toda la ponzoña de su alma, decía: “No es el patriotismo y el anhelo de hacer el bien el que lo ha inducido a entrar en esta empresa, sino el deseo de obtener ventajas personales”.

No parecía sino que nada más a murmurar de la insurrección, es decir, de los principios básicos democráticos que la sustentaban y sirvieran de pendón, y a criticar acremente tanto las faltas de organización y disciplina que todo ejército improvisado ineludiblemente tiene, como la personalidad de los líderes civiles que dirigían dicha insurrección, habían ido y que en eso consistía su principal labor puesto que no se

ocupaban para nada de interponer sus buenos oficios, que era a lo que exclusivamente fueran, para zanjar las dificultades existentes a fin de llegar a un buen entendimiento y así terminar la contienda.



Licenciado Toribio Esquivel Obregón.

Las proposiciones, de acuerdo con el ministro Limantour, que para tal efecto presentaron al señor Madero, fueron las mezquinas e infantiles y faltas de toda seriedad y hasta antojárase decir, ridículas que por no haberseles tomado en consideración, llenos de rabia y despecho comenzaron a intrigar, dado que en el fondo a eso precisamente habían ido, cerca de los jefes militares revolucionarios, sobre todo, de aquellos que, como el general Pascual Orozco, calculaban carecían de escrúpulos y eran, como ellos, ambiciosos. Con fútiles pretextos veíaseles hablando sigilosamente y a hurtadillas

con Francisco Villa y el referido Pascual Orozco, que eran los de más significación entre los jefes rebeldes. También veíaseles discutiendo acaloradamente, como con indicios de persuasión, con algunos líderes civiles insurrectos.

¿Qué hablaban?, ¿qué discutían?, ¿qué cuchicheaban de tapadillo? Los acontecimientos más tarde lo revelaron elocuentemente. Pero mientras éstos se realizaban todo lo veían, observaban y escudriñaban, como si en vez de delegados de paz que eran, fuesen celosos espías que averiguaban el número exacto de fuerzas disponibles; cantidad y calidad de elementos bélicos; ubicación de almacenes de avituallamiento y trenes de ambulancia; conocimientos técnicos y tácticos de los jefes; perfecta o disímbola unificación en el mando; disciplina, moral y entusiasmo de las tropas; la localización de los puestos avanzados de asalto y también de las demás líneas de ataque; la red de comunicaciones telegráficas, telefónicas, heliográficas y de señales existentes, en fin, todo lo referente con la organización, dotación, equipo y moral en un ejército combatiente.

Tanto interés mostraron por querer saber e inquirirlo todo, que a los pocos días después de su llegada eran ya vistos con desagrado y prevención, tanto más que sus gestiones encaminadas a hacer cesar las hostilidades no variaban de las primeras apoyándolas con nuevas y convincentes argumentaciones, ni tampoco modificaban sus primitivas ofertas políticas ya expuestas en el armisticio efectuado del 24 al 28 de abril, consistentes en el ofrecimiento de darle a la insurrección a fin de que ésta se sometiera al gobierno, solamente cuatro de los ocho ministros de que entonces constaba el gabinete y 14 gobernadores, armisticio que por eso no tuvo ningún resultado, puesto que no tocaba para nada al presidente y vicepresidente de la República, que eran precisamente los que más urgía quitar.

Como el cerco a Ciudad Juárez proseguía activamente estando ya convenientemente reforzados los puntos equidistantes de apoyo al sur, oriente y poniente, esperábase únicamente la llegada de más contingentes rebeldes para estrechar el asedio y en seguida efectuar el ataque. Ante la inminencia del peligro de que la referida plaza cayera, como eran todas las probabilidades, en poder de la Revolución y por eso ésta adquiriera una gran preponderancia, los agentes limantouristas Braniff y Esquivel Obregón grandemente alarmados informaron violentamente a su jefe de lo que se proyectaba, insinuándole al mismo tiempo la idea, si quería parar el golpe, de que era mejor tratar oficialmente el asunto de la pacificación en otro armisticio (acerca del cual ya ellos habían hecho ante el señor Madero las debidas gestiones a fin de que se aceptara obteniendo completo éxito) por medio de delegados —no oficiales, como ellos— si no amplia y formalmente acreditados por el gobierno ante el caudillo de la insurrección.

Impuesto el licenciado Limantour del informe y también de la oportuna sugestión que le hicieran sus paniaguados, inmediatamente designó al licenciado Francisco S. Carbajal (quien años después, el 15 de julio de 1914, al huir el infidente general Victoriano Huerta, fuera nombrado por el “Congreso” huertista presidente de la República, durando en este puesto solamente 28 días, al fin de los cuales él también huyera por temor de ser atrapado por las huestes revolucionarias victoriosas), que a la sazón desempeñaba el cargo de ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, representante del gobierno ante el jefe de la Revolución, invistiéndolo al efecto de amplios poderes para tratar y resolver la cuestión.

En vísperas, pues, de formalizarse el ataque a Ciudad Juárez, o sea, el día 3 de mayo llegó al campo rebelde el

susodicho licenciado Carbajal, el que una vez impuesto por los anodinos y fracasados agentes limantouristas Braniff y Esquivel Obregón acerca de la situación allí prevaleciente, presentóse ese mismo día a saludar al señor Madero, quien entonces y como primera providencia, después de que nombrara a los señores Francisco Madero *sénior*, licenciado José María Pino Suárez y doctor Francisco Vázquez Gómez representantes de la Revolución en las negociaciones de paz que iban a tener efecto, y a quienes les dio por escrito para que a tal respecto normaran su conducta las correspondientes instrucciones,² concertó con el jefe de la guarnición de

² Estas instrucciones fueron las siguientes:

“He aceptado, en general, las condiciones de paz, y así lo han avisado por telegrama los enviados de Díaz, Braniff y Esquivel Obregón. Debo decir a ustedes que he hecho esto, por las seguridades que ambos caballeros me han dado, de que el General Díaz se retirará del poder inmediatamente después de hecha la paz.

”Esta resolución me parece altamente patriótica, porque al presente es lo único que puede satisfacer a la opinión pública, y estoy seguro de que si el General Díaz hace pública esta resolución, nos será fácil pacificar al país en pocos días, cosa que sería imposible de otra manera.

”Por estas razones, y no dudando del patriotismo del General Díaz, ruego a ustedes presenten a los enviados del Gobierno la siguiente proposición: ‘Para asegurar la inmediata pacificación de México y dar al mundo un ejemplo que aumentará el prestigio del país, ambos leaders contendientes, tanto el General Porfirio Díaz como yo, en mi calidad de Presidente Provisional, y el Vicepresidente de la República don Ramón Corral, renunciaremos, en el interín el Secretario de Relaciones Exteriores, Lic. Francisco León de la Barra, será nombrado Presidente, para que convoque a elecciones generales, según la Constitución’.

”Por lo que a mí concierne, renuncio de buen grado a la Presidencia Provisional, pues sólo deseo el bien de mi país; si el General Díaz está inspirado en los mismos sentimientos patrióticos, no dudo que hará público lo que ha ofrecido en lo privado. Ruego a ustedes que hagan esta proposición, en términos más corteses, con objeto de no lastimar al General Díaz y puedan prescindir de la exigencia de su inmediata renuncia.

”Confío en que la República irá tranquilizándose a medida que se conozca la resolución de Díaz, de retirarse del Poder.”

Ciudad Juárez, general Juan J. Navarro un armisticio de cinco días para ver si durante ese tiempo era posible llegar a un arreglo con el delegado gobiernista.



Campamento revolucionario frente a Ciudad Juárez.

Por lo demás, no obstante la cesación de hostilidades a causa del armisticio en la zona correspondiente a Ciudad Juárez, es decir, de encontrarse las tropas rebeldes en inactividad, en los demás rumbos del país se combatía de una manera encarnizada.

Durango, la capital del estado, duramente atacada estaba ya en inminente peligro de caer. Lo mismo acontecía con los puertos de Mazatlán y Topolobampo. Zacatecas sufría terrible asedio por las fuerzas de Luis Moya, quien al fin la tomó. Matchuala, San Luis Potosí, en poder ya de los alzados encontrábase su palacio municipal y su receptoría de rentas arrasados. Los minerales de Aguilita y Esmeralda, Coahuila, eran atacados y tomados precisamente el día 4 de mayo fecha en que se efectuaba a bordo de un coche y en las cercanías de la margen mexicana del Río Bravo, la primera Conferencia

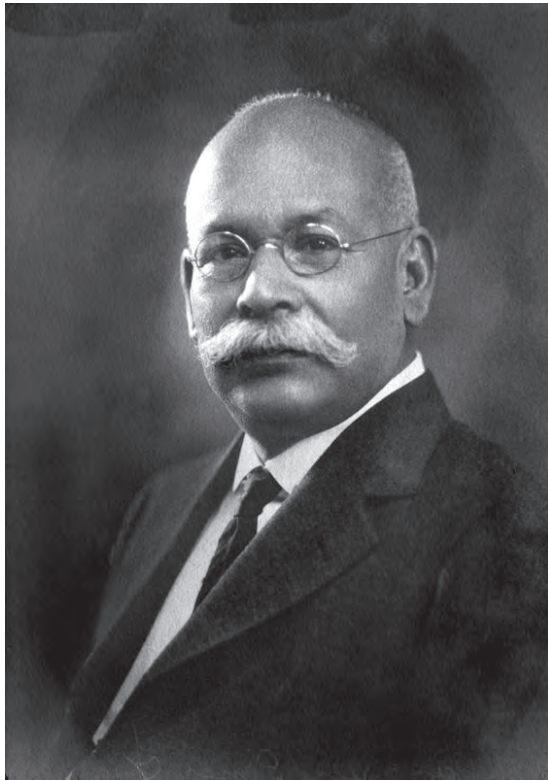
de paz. La capital de San Luis Potosí encontrábase próxima a rendirse a los embates del doctor Zepada, Gobernador rebelde. Saltillo, Coahuila, estaba seriamente amagada, pues el puente “El Dorado”, única comunicación con el sur, acababa de ser destruido por los insurrectos.



Licenciado Francisco Carbajal.

Dando todo esto nada más una pálida idea de las actividades revolucionarias que se efectuaban únicamente en el norte, pues en cuanto a las desarrolladas en el sur, baste decir que precisamente el día 3, osea, el mismo en que el licenciado Carbajal llegara a Ciudad Juárez y en unión de los señores Braniff y Esquivel Obregón fuera a saludar al señor Made-

ro, las avanzadas rebeldes acampadas en las faldas del Ajusco, después de que el grueso de las tropas que en conjunto ascendían aproximadamente a 12 mil hombres desalojaran a los federales de muchas poblaciones cuyos nombres sería muy cansado enumerar pertenecientes a los estados de Guerrero, Puebla, México y Morelos, vivaqueaban al calor de sus grandes luminarias, las que se distinguían perfectamente a la simple vista desde la capital.



Doctor Francisco Vázquez Gómez.

Este acontecimiento hizo que el Contry Club, que como se sabe se encuentra a la mitad del camino de México a Tlalpan,

se llenara de varios cientos de extranjeros, los que grandemente alarmados y atemorizados por la proximidad de las fuerzas insurrectas que para ellos no eran tales, sino espantosas hordas cavernarias sin freno alguno a las que sólo animaba el pillaje, el desorden y el crimen, según así tesonera y malignamente las calificara la prensa porfirio-limantourista, y las que en su avance hacia la capital no habían podido ser contenidas, y también por considerar que el general Díaz no obraba con la lealtad debida —lo que en efecto así era, como después se verá— en las conferencias de avenimiento que se efectuaban en Ciudad Juárez, puesto que nada más trataba de ganar tiempo, motivo por lo que entonces el asedio y la toma de la Ciudad de México por los insurgentes surianos que estaban a la expectativa podía ser un hecho si éstos se percataban de la superchería, determinaron abandonar la capital cuanto antes, o sea, al día siguiente, 4 de mayo, ocupando al efecto varios trenes que salieron con rumbo a Veracruz.

Otros extranjeros encabezados por los de nacionalidad francesa a instigaciones del megalómano Henry Lane Wilson, el diplomático malvado, de alma tenebrosa y sentimientos perversos, y para quien el pueblo mexicano jamás tendrá las suficientes maldiciones para apostrofar y condenar su ingrata memoria, resolvieron armarse a fin de combatir, si el caso llegaba, a los insurrectos.

Pero antes de volver al campo insurgente de Ciudad Juárez a presenciar el ataque y toma de dicha plaza así como las peripecias sucedidas durante las conferencias de avenimiento para la restauración de la paz, veamos cuál era la opinión que se tenía aquí en la capital respecto a ese mismo problema.

El criterio predominante en la alta burocracia, o sea la empleomanía burguesa representada por el licenciado Joaquín

D. Casasús, miembro prominente del Partido Científico, ex-embajador de México en Estados Unidos, hombre culto e inteligente, traductor de los clásicos latinos, decía así: “Todos vemos con horror que la situación caótica se prolonga indefinidamente. La lentitud de las negociaciones de paz es de lamentarse y la veo incomprensible, para los que no están penetrados de la intimidad de los arreglos.

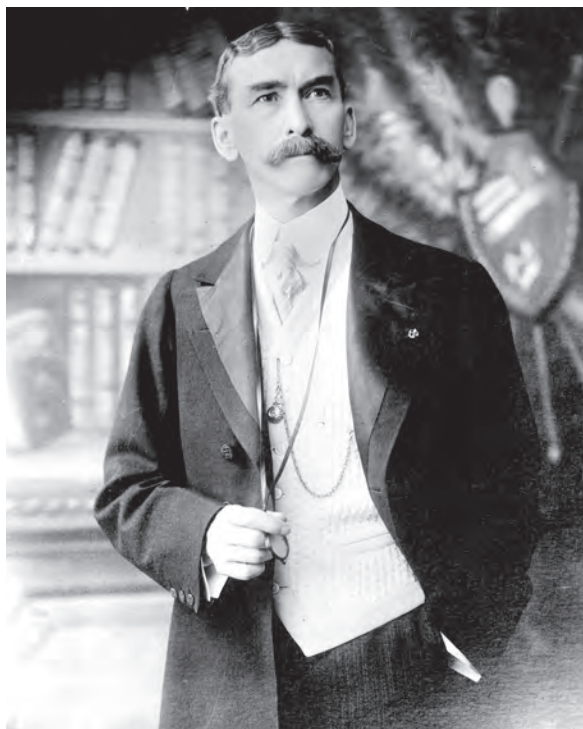
”Vista la situación de lejos, los espectadores acusan al Gobierno de esta dilación, y naturalmente, cargan sobre sus espaldas la responsabilidad de los tristes acontecimientos que se suceden a diario, acusación injusta, puedo asegurarlo, con el conocimiento que tengo de las cosas.



Licenciado José María Pino Suárez.

”Aseguro a usted que el deber del Gobierno es dar al país la paz, pero una paz bajo tales términos, que no se altere fácilmente en lo sucesivo, sino que tenga el carácter de estable.

”Ahora, espero que no sea una indiscreción en sí manifestar que los términos de paz propuestos por Madero son inaceptables, pues él ofreció que sus hombres depondrían las armas siempre que se cumplieran por parte del Gobierno ciertas exageradas peticiones de aquél, y, naturalmente, ninguno de los hombres prominentes del Gobierno del señor Presidente Díaz podrán aceptarlas.



Míster Henry Lane Wilson.

”Sin embargo, no hay que perder la esperanza. Las negociaciones no se han roto. A su vez, el Presidente Díaz ha hecho proposiciones a Madero. Según mis informes, son generosas y satisfarán toda patriótica y personal aspiración. Sólo podemos esperar y desear que sean prontamente aceptadas, para que todos los mexicanos, de cualquier credo, se puedan unir y restaurar cuanto ha sido destruido, pues estoy seguro de que la reconstrucción exigirá incomparablemente más tiempo que la destrucción. Siempre es así. Pero se puede hacer y debe hacerse. Creo y espero que sea muy pronto.”

La burocracia media a la vez que súper-parasitaria representada por los diputados y senadores, por cobardía y cálculo no emitía su parecer con declaraciones categóricas, pero convenencieramente, para atraerse la simpatía popular y asimismo seguir usufructuando las curules, creía que por el hecho de haber incorporado a la Constitución (obedeciendo la consigna del César) el principio de no-reelección y de hacer la promesa de renunciar a sus dietas (cosa que los aludidos no cumplieron), daban, según ellos, una muestra de analogía con la Revolución y asimismo, nada más que *in mente*, que ésta obtuviera algunas ventajas en los convenios que a la sazón se efectuaban en Ciudad Juárez.

El alto comercio y la gran industria así como los propietarios, banqueros y terratenientes representados por voraces extranjeros, y también por aventureros, y judíos trashumanes, y mexicanos servilmente extranjeroizados, estos últimos despreciables pochos, como no comulgaban con las aspiraciones manumisoras populares, veían no sólo con profundo disgusto que el gobierno entrara en tratos con los rebeldes, sino que por ello criticábanlo dura y acremente, diciendo que dichos arreglos de paz servían únicamente para soliviantar más a la canalla revoltosa.

Por lo que respecta a la opinión representada por los intelectuales, bien puede colegirse cuál era si se toma en cuenta que éstos egoísta, cobarde y sistemáticamente le negaron, desde un principio, toda cooperación al movimiento reivindicador, y medrosos y llenos de pánico recluyéronse, unos, socarronamente, so fútiles pretextos, en sus hogares, mientras otros, los más, sin importarles nada los sufrimientos del pueblo y su infinito anhelo de liberación, pegados ufanamente a las tetas del erario, concretáronse nada más, con gran mengua de su preparación, cultura y educación, a adular cínica y abyectamente a los igorrotos, cerriles y ensoberbecidos mandones para con eso y sus cabriolas de perros amaestrados sostenerse en el empleo.

No consigno la opinión que a tal respecto tenía el proletariado, los empleados particulares, los comerciantes e industriales en pequeño, el artesanado y el pueblo en general, porque hartos bien se sabe que todos ellos eran antirreeleccionistas, es decir, partidarios sinceros de la Revolución, si no es que revolucionarios mismos, que deseaban ardientemente el triunfo completo de las nuevas ideas, y muy especialmente la caída del general Díaz de cuyo régimen ya estaban sumamente aburridos y cansados.

Mas volvamos a Ciudad Juárez, donde nos esperan sucesos tan trascendentales e imperecederos, que no obstante haber pasado más de 35 años con toda la enorme cauda de sinsabores, desengaños y desesperanzas, perduran tan frescos y vívidos en nuestra memoria como si apenas acabaran de suceder.

Los alrededores de la citada plaza, muy especialmente al poniente, a los cuales no cesaban de llegar contingentes rebeldes pésimamente armados y parqueados, casi todos ellos de caballería, presentaban un aspecto tal de animación

y entusiasmo que no parecía que se trataba de asediar, o sea, de poner en jaque a la referida ciudad a fin de asaltarla, sino algo así como de los preparativos para celebrar una de aquellas tradicionales y renombradas ferias del siglo pasado y que aun en nuestros días subsisten como la de San Juan de los Lagos. Pues por doquier veíanse deseminados numerosos grupos de insurrectos instalados a pleno campo raso con sus improvisadas tiendas de campaña.

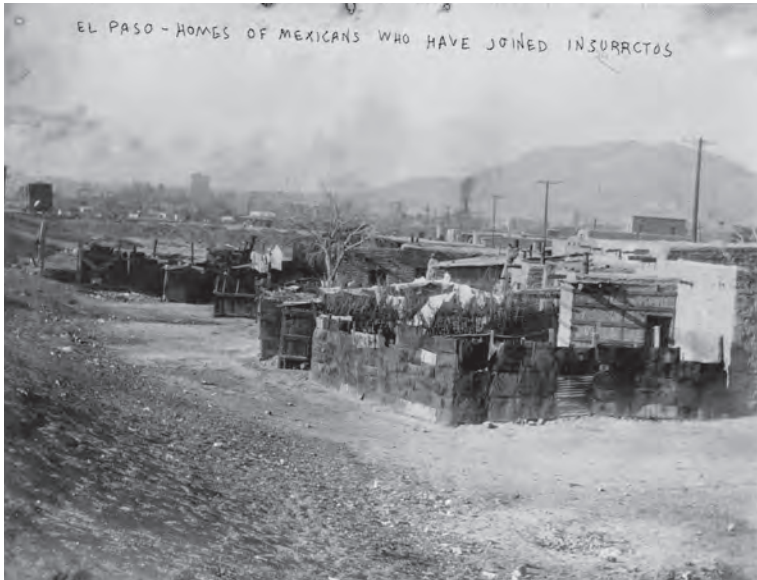
Por sus múltiples y en muchos casos, extrañas y coloridas indumentarias norteñas, diríase que aquello era más bien un locuaz y jacarandoso carnaval, dado que también en todos los semblantes retratábase la más grata satisfacción y alegría. Además, por sus actitudes reposadas; sus gestos plenos de bondad y sus conversaciones impregnadas de sano entusiasmo cívico-guerrero, bien claramente demostraban que sólo la fuerza moral del más sincero patriotismo los había impulsado a incorporarse a las huestes insurgentes y asimismo decidido a contribuir con su valor, sus sufrimientos, su sangre, la suerte y amor de los suyos, en aras de los principios libertarios proclamados, más que por el Plan de San Luis, por un instintivo y palpitante deseo colectivo de mejoramiento nacional.

Eran, pues, los soñadores de un grande y sublime anhelo manumisor; los románticos de la democracia; los revolucionarios súper-idealistas que abandonando comodidades, afectos familiares e intereses, empuñaban cual nuevos quijotes, su espada y su adarga para combatir sin cuartel, al más odioso e implacable despotismo.

Por eso en sus semblantes quemados y curtidos por los ardientes soles norteños, animados por la bondad de la causa que perseguían, la fe interior que sentían de llegar a triunfar, y la fuerza moral del más franco civismo, manifestaban un

hondo contento así como el más radiante y optimista júbilo. Esto explica por qué no medían el peligro ni les importaba perder la vida. ¡La vida! “¿Para qué la queremos —decían en tono resuelto— si no es para ofrendarla en holocausto de la libertad y de la Patria?”

Los norteamericanos que del otro lado del Bravo, de la ciudad vecina de El Paso, acudían en grandes caravanas para verlos y contemplarlos, algo así como si se tratara de héroes epónimos que regresaban al suelo patrio cubiertos de laureles y fama por sus estupendas hazañas guerreras, quedaban asombrados al ver sus paupérrimas vestimentas y la vida sencilla casi nómada que llevaban, pues su frugalidad era tan manifiesta como su abstinencia de bebidas alcohólicas.



Ciudad Juárez.

La romería de yanquis, como antes dije, era tan numerosa y continua que no parecía sino que para ellos aquello

era una regocijada kermés. Muchos con sus cámaras no cesaban de tomar instantáneas ya de los grupos o de simples soldados insurgentes. No pocos de los mencionados visitantes obsequiábanles frutas y confituras al mismo tiempo que los abrazaban efusiva y cordialmente como si se tratara de viejos amigos que después de varios años de no verse se volvían a encontrar, cosas ambas que los agraciados recibían con afecto y atención.

Otros, los que no podían concurrir a los campamentos rebeldes, que se encontraban poco más o menos a dos o tres kilómetros al poniente de Ciudad Juárez, desde el borde norteamericano del Bravo y de las ventanas y azoteas de sus casas de El Paso, con sus gemelos enfocados contemplaban regocijadamente a los insurrectos. El puente internacional encontrábase constantemente ocupado por una bulliciosa y compacta muchedumbre de curiosos, que atraídos por la novedad de conocer a los rebeldes, iban abigarradamente a los campamentos. Una banda de música integrada por rancheros que incorporáranse a la insurgencia en Miñaca, daba diariamente en el campamento noroeste de Ciudad Juárez, alegres serenatas las cuales veíanse muy concurridas.

En cuanto a la referida plaza, cuya guarnición ascendía a 640 federales (sin incluir a los enfermos que llegaban a 160) y unos 300 auxiliares de la Defensa Social, perfectamente armados, municionados —en la primera distribución que se hizo, diéronse 200 cartuchos a cada uno; contándose, además, con dos obuses de 50 milímetros y dos ametralladoras— y disciplinados; con jefes y oficiales técnicos procedentes del mejor y más prestigiado plantel educativo del país como lo era, y sigue siendo, el Colegio Militar, en donde por varios años cursaran estudios superiores de guerra; fuerza muy suficiente no sólo para contener y dispersar al enemigo,

amedrentando de paso a la insurrección, desde sus trincheras y fortificaciones para tal efecto levantadas bajo la dirección del coronel Manuel Tamborrel, notable matemático y excelente táctico y estratega, exprofesor del citado plantel militar, sino aún para romper el sitio y escaparse batiéndose en retirada, librándose así de una derrota afrentosa —como sin duda fue ésta— y de caer prisionera de un sitiador bisoño con armamento y municiones disímiles; sin artillería ni ametralladoras; de tropas indisciplinadas; poco fogueadas; sin base de abastecimiento (como no fuera la del contrabando); ni campamentos de reserva, ni unificación de mando; sin bien estudiado plan de ataque por el Estado Mayor del general en jefe rebelde; en fin, por una verdadera chusma armada como lo era entonces el incipiente Ejército Libertador.³

¿Que el número de tropas insurrectas era muy aproximado al de 3 mil hombres? Cierto. ¿Y qué? ¿Acaso era ésta una cantidad exagerada; un enemigo aplastante para los 640 federales (éstos después de la caída, mejor dicho, vergonzosa derrota, se acogieron, para disculparse, muy especialmente los 54 jefes y oficiales prisioneros, de este ridículo cuan torpe argumento) y 300 auxiliares de la Defensa Social sitiados? Bien es sabido, hasta por los profanos en la ciencia de la guerra, que para poner sitio a una plaza defendida por una guarnición de 940 hombres, se requiere indispensablemente un número de tropas, cuando menos, cinco veces mayor

³ A este propósito dice el doctor Luis Lara Pardo en la página 239 de su libro *De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero*, publicado en la ciudad de Nueva York, en 1912:

“Los periódicos hacían escarnio de los rebeldes indisciplinados, hambrientos, mal armados, cuyas operaciones de guerra demostraban desconocimiento absoluto de la ciencia militar”.

que la sitiada y siempre y cuando los sitiadores cuenten con elementos bélicos semejantes a los que poseen los sitiados.

Pero suspendiendo esta digresión; retrocediendo un poco y continuando nuestro interrumpido relato, diremos, que en cuanto a Ciudad Juárez, ésta presentaba en contraposición de la alegría, entusiasmo, fogoso deseo de combatir, arranque incontenible y coraje impetuoso que reinaba en los campamentos rebeldes de concentración de donde presto saldrían las fuerzas de asalto a la referida plaza, el desolador y tétrico aspecto de un cementerio o de una población azotada por maligna e implacable peste.

Sus calles y plazas encontrábanse desiertas. El comercio cerrado. Las casas particulares, cuyos moradores hubieran despavoridos a refugiarse a El Paso, abandonadas. Los federales, arma al brazo, dispuestos a repeler inmediatamente cualquier ataque, pálidos, con el semblante desencajado y los labios resecos y temblorosos, paseábanse, unos agitadamente nerviosos en las azoteas de los edificios más altos, mientras otros, solemnemente hieráticos y pensativos permanecían silenciosos en los parapetos del reducto.

La ciudad como envuelta en un vaho de muerte, no dejaba escapar ningún ruido que interrumpiera su silencio estremecedor. Sólo el golpe apagado de las herramientas haciendo fosos y levantando fortines, dejábase escuchar sordamente de cuando en cuando. Hasta las bandas de guerra tocando sus retretas reglamentarias a la sordina, e igualmente los clarines en esa misma forma sus toques habituales de ordenanza, coadyuvaban a hacer más lúgubre y siniestro el silencio; silencio precursor de la tragedia. Un hálito de maléfico augur soplabá, pues, en Ciudad Juárez, la que no podía decirse vivía, sino agonizaba; agonizaba lenta y angustiosamente.

Repentinamente las avanzadas rebeldes destacadas alrededor de la plaza que mantenían vigorosa y estrechamente el asedio, recibieron orden de no avanzar ni retroceder, ni menos disparar, sino nada más de mantenerse a la expectativa. ¿Qué sucedía? Sencillamente que se acababa de concertar entre el general Juan J. Navarro, comandante de las fuerzas federales de la mencionada plaza y don Francisco I. Madero, caudillo de la insurrección, un segundo armisticio de tres días, el que comenzaría a contarse desde el 4 de mayo, para ver si en ese tiempo era posible que de mutuo acuerdo entre los comisionados de la rebelión nombrados por el jefe de ella y el del gobierno porfirista nombrado por el licenciado Limantour, llegaran a un entendimiento en los arreglos para la cesación de las hostilidades. Dichos arreglos consistían en que en ambas partes en pugna, aminorando sus exigencias, hiciéranse recíprocas concesiones.

La insurrección inconforme con que en las conferencias de avenencia efectuadas en el anterior armisticio nada más se le otorgaran cuatro ministros de los ocho que entonces tenía el gabinete, 14 gobernadores y la promesa de renuncia del vicepresidente Corral, exigía como parte fundamental (y la que de no aceptarse de antemano rehusábase entonces a tener cualquier arreglo) la renuncia del general Díaz, la del señor Corral y la de los gobernadores de los estados. Así se lo hizo conocer al delegado Carbajal la tarde del primer día de este nuevo armisticio, o sea el 4 de mayo, el doctor Vázquez Gómez (que era el que fungía de presidente de la delegación y quien llevaba la voz de ella), el que al escuchar semejante y seguramente para él, irrespetuosa e inaudita proposición, visiblemente molesto y sin poderse contener, arguyendo que no tenía instrucciones ni aun siquiera para escuchar tal demanda, cortó ásperamente la conferencia, no volviendo a

ocuparse más en la continuación de tales pláticas, dejando así correr el tiempo y que los acontecimientos se precipitaran.

¿Qué pretendía con ello? ¿Qué propósitos perseguía? ¿Qué había en el fondo de tan enigmática actitud?

Sencillamente, que se quería ganar tiempo tanto para dividir a la Revolución como para fortalecerse, guarneciendo las plazas más importantes —desde el punto de vista militar— del país.

Pues aparte de que tortuosa y subrepticamente, es decir, de una manera hipócrita y solapada, desde el anterior armisticio, habían estado pasando por Laredo con destino a Ciudad Juárez, para reforzar su guarnición, muchos soldados federales disfrazados de obreros,⁴ el general Díaz procuraba entrar en negociaciones con los rebeldes surianos, logrando que los hermanos Figueroa que eran los que comandaban mayor cantidad de insurrectos y tenían más fuerte prestigio, nombraran a los señores Martín Vicario y Francisco Castrejón delegados de paz, y a quienes las autoridades porfiristas permitiéronles ir a la capital a conferenciar con el general Díaz, conferencias que no tuvieron ningún efecto, porque los susodichos comisionados al ser puestos sobre aviso (precisamente el mismo día 4 de mayo que en Ciudad Juárez se celebraba la primera plática) de que el gobierno trataba con ellos de meterle zancadilla a la insurrección, insurrección

⁴ He aquí el comprobante de tal afirmación:

“Sr. General don Juan J. Navarro.

”Ciudad Juárez, Méx.

”He sido informado que durante el armisticio muchos soldados disfrazados de obreros han entrado a Ciudad Juárez procedentes del lado americano. Al principio no di crédito a la noticia; pero algunas averiguaciones que he hecho me demuestran que tiene razón de ser y, en tal virtud, le estimaré se sirva darme explicación de ello. —Atte. Francisco. I. Madero.”

que envolvía aspiraciones nacionales, razón por la que no era conveniente pactar la paz independientemente del norte, desaparecieron incontinenti de la capital.



CAPÍTULO XII

REVOLUCIÓN QUE TRANSA
ES REVOLUCIÓN PERDIDA



Statu quo. —*La socarronería del delegado Carbajal.* —*Suspensión de los arreglos de paz.* —*Impaciencia y belicosidad insurgente.* —*Denuestos recíprocos.* —*En la “Casa de Adobe”.* —*Argumentos de Braniff.* —*¿La intervención?, ¿y qué?*—*Soberanía ficticia.* —*Lo que pensaban los revolucionarios.* —*Orden de repliegue al sur.* —*El parecer de Esquivel Obregón.* —*Poeta, orador y revolucionario.* —*Vasconcelos, el gélido.* —*La vehemencia de González Garza.* —*La estrafalaria oratoria y aún más estrafalaria plástica del licenciado Rafael Hernández.* —*¿Pedís la renuncia del general Díaz?, ¡pedís demasiado!*— *Voz de sonoridad metálica.* —*Emociones diversas.* —*Un hombre excepcional.* —*Palabras proféticas de extraordinario valor.* —*Pupilas brillantes de mirada ardiente.* —*Semblantes sombríos.* —*Pluralidad de emociones.* —*¡Que se cumpla la soberana voluntad de la Nación!* —*Las revoluciones para triunfar necesitan ser implacables.* —*Si ahorramos unas cuantas gotas de sangre culpable, estamos perdidos.* —*Vaticinios funestos.* —*La augusta mano de la Historia.* —*Además de caudillo, hijo cariñoso y obediente.* —*¡Está bien padre; está bien!*—*Perplejidad.* —*Pascual Orozco.* —*Otra vez Blas Urrea.* —*Roque González Garza.* —*Carta abierta a don Francisco I. Madero; párrafos.*



Los días del armisticio transcurrían con gran rapidez sin que nada se avanzara en las negociaciones de paz, que permanecían en el mismo estado en que las dejara el licenciado Carbajal con su violenta retirada. Éste había prometido que consultaría a México la resolución de la demanda, o sea, la renuncia del general Díaz, y ya el armisticio tocaba a su fin y la promesa aún no se cumplimentaba.

Las tropas revolucionarias, por su parte, excitadas en grado sumo por recobrar su pasado prestigio guerrero a la sazón muy quebrantado por los recientes descalabros sufridos y con el ardiente deseo de revancha por la derrota de Casas Grandes; exasperadas también por la impaciencia de la espera debido a los sucesivos armisticios; pero sobre todo, esto más que nada y que constituyó el verdadero origen del terrible e intempestivo ataque a Ciudad Juárez, aun contra las órdenes expresas de Madero, vengarse de los sangrientos y abominables ultrajes que varios jefes y oficiales, muy especialmente el coronel Manuel Tamborrel, prodigáranles, primero a *sotto voce* y a gritos después, desde sus fortines de Ciudad Juárez cuando observaron que no daban ningunas trazas de atacarlos.

En vista, pues, de que el licenciado Carbajal no contestaba no obstante que el término del armisticio vencía a las doce del día (6 de mayo), el doctor Vázquez Gómez vio-se precisado a exigirle una respuesta categórica dado que el tiempo que quedaba era ya muy limitado.

Entonces el licenciado Carbajal, haciendo a un lado la terminante conminación que el doctor Vázquez Gómez le dirigiera, socarronamente dejó transcurrir el tiempo, y en la tarde, a las seis, cuando ya había pasado el plazo del armisticio, contestó, diciendo que era imposible la prosecución de las negociaciones de paz bajo la base fijada en la conferencia del día 4 por razones de patriotismo y alta conveniencia sustentada por él en ese particular.

A lo que el doctor Vázquez Gómez le argulló que se había convenido en que él, el licenciado Carbajal, daría cuenta a su gobierno de la proposición y asimismo convenido en contestar con lo que hubiere al día siguiente. Que por esa razón se había dirigido a él esa mañana, quedando por lo tanto

entendido que al no resolver tal punto, las negociaciones de paz quedaban ya suspendidas.

La noticia de que los arreglos de paz una vez más fracasaban y el armisticio no tenía ya ningún efecto, se propagó veloz por todos los campamentos insurgentes, agitando belicosamente los ánimos y predisponiéndolos a la lucha. Los aprestos y dispositivos guerreros que desde antes se tomaran y desde luego por tal motivo se intensificaran, acabaron de fermentar la excitación predominante, la sed de venganza y el frenético anhelo de alcanzar la victoria, latentes en las impacientes huestes maderistas.

Las fuerzas federales por su parte, enardecidas también por las continuas excitativas de sus jefes que las animaban a la pelea, así como los sarcasmos y befas que los contrarios en reciprocidad de los que recibían de parte de los mismos jefes y oficiales federales les prodigaran a gritos, pero sobre todo, para terminar con una situación angustiosa e imposible de soportar como era la que pesaba sobre ellos a consecuencia del asedio que venían sufriendo, estaban ansiosos de entrar en acción, cualquiera que fuera la suerte que el destino les deparara. Los impresos volantes que a guisa de proclamas continuamente recibían de los revolucionarios civiles que estaban en El Paso insinuándoles en ellos la conveniencia de que se sumaran al movimiento libertador, no había dejado de minar su moral y su proverbial obediencia. Sin embargo, sólo el arraigado hábito de disciplina adquirido las contenía a quebrantar su deber, porque en el fondo todas ellas, excepto los jefes y oficiales, comulgaban con los ideales manumisores proclamados por la Revolución.

Así estaban las cosas al oscurecer el día 6 de mayo. Esa noche pasó sin novedad. El día 7, un activísimo movimiento

de tropas observóse en el campo rebelde. Por la tarde de este día, tuvo verificativo una junta en la “casa de adobe” que provisionalmente servía de Palacio Nacional, de los principales líderes de la insurrección y algunas otras personas, para ver en tan apremiantes circunstancias qué se debía hacer para llegar, antes de la inminente reanudación de las hostilidades, a un arreglo entre ambas partes en pugna y consiguientemente evitar más derramamiento de sangre.

La asamblea quedó integrada con las siguientes personas: Francisco I. Madero, Francisco Madero *sénior*, licenciados José María Pino Suárez, José Vasconcelos, Federico González Garza, doctor Fernández de Lara, Venustiano Carranza, Rogelio Fernández Guel, general Pascual Orozco, coronel José de la Luz Blanco, Juan Sánchez Azcona, Alfonso Madero y los delegados oficiosos del gobierno: Óscar Braniff, licenciado Toribio Esquivel Obregón y licenciado Rafael Hernández que recientemente incorporárase a estos últimos.



Consejo revolucionario en “La casa de adobe”.

Una vez que todos tomaron asiento, unos en unas sillas y otros en unos cajones que por todo mobiliario era lo que había allí, se abrió la sesión bajo la presidencia del licenciado Pino Suárez, quien brevemente expuso a los circunstantes el fin que en esos momentos se perseguía.

El primero en pedir el uso de la palabra fue el delegado Braniff, el que tras de un pequeño exordio explicativo de su presencia en el campo rebelde, entró en consideraciones respecto al peligro que entrañaba provocar la intervención yanqui, la que indudablemente sobrevendría, según él, si las huestes revolucionarias atacaban a Ciudad Juárez, “pues los proyectiles llegarán hasta El Paso causando daños a los americanos...”

Mas no pudo continuar, porque el señor Madero *junior* poniéndose violenta y nerviosamente de pie al escuchar tales frases, interrumpiéndole exclamó con vehemencia al mismo tiempo que golpeándose el pecho para dar más énfasis a sus palabras: “¿La intervención? ¿Y qué? ¡También la combatiremos! ¿Acaso el pueblo mexicano ha de permanecer esclavizado por tiranos de su propio suelo únicamente por el temor de que vengan déspotas extranjeros a quitarle una libertad ilusoria y una ficticia soberanía?”

Después de hacer una breve pausa, dirigiéndose personalmente a los tres delegados gobiernistas, quienes al escuchar los anteriores conceptos adoptaron una actitud hosca, podría decirse de enfado, y a los cuales envolvía en una mirada enérgica, apuntándolos con el índice, agregó en tono duramente sentencioso e impregnado de reconvención: “Si los Estados Unidos intervienen, ustedes, y no nosotros, serán los culpables, pues habrán acarreado un mal muy grande a la Patria; nosotros únicamente buscamos nuestra libertad, mientras que ustedes se aferran en mantener al pueblo en la esclavitud”.

Una intensa emoción patriótica que se reflejó en todos los semblantes, siguió a estas contundentes palabras que compendian admirablemente en aquellos momentos el pensamiento colectivo de todos los revolucionarios.

Sólo estas conceptuosas palabras a modo de contundente requisitoria dijo el señor Madero, saliendo inmediatamente a hablar con unos jefes que afuera le esperaban. ¿Qué les dijo? Que se aprestaran a marchar hacia el sur esa misma noche.

—¡Y el sitio, jefe!; ¿lo levantamos? —contestaron al unísono con voz impregnada de duda y sorpresa.

—¡Sí! —respondió secamente el señor Madero.

—Es decir, ¿corremos jefe? —le respondieron aún más sorprendidos.

—¡No; no corremos, sencillamente nos vamos para evitarle a México un conflicto internacional! En fin, espérense un rato —dijo, volviendo otra vez a la asamblea.

Al entrar el señor Madero al recinto, el licenciado Esquivel Obregón estaba haciendo uso de la palabra repitiendo las mismas argumentaciones que acababa de exponer su compañero Braniff nada más que sin la fogosidad y tono de convicción de éste, sino en una forma plañidera y con acento frío saturado de hipócrita melosidad.

“Yo —decía entrecerrando los ojos a guisa de enamorado romántico, y aflautando su voz hasta hacerla meliflua, de un ridículo falsete— fui delegado a la Convención Antirreeleccionista y jugué en ella como candidato vicepresidente; soy, pues, de los vuestros y así me debéis de considerar, no como a un enviado del General Díaz. Si vengo acompañando al señor Braniff en su noble labor es por mi propia voluntad. Los gastos que esta misión demanda él los está cubriendo de su bolsillo, no el Gobierno”. Pero

trayendo otra vez a cuento el asunto que se debatía, esto es, si se debería o no atacar a Ciudad Juárez, puesto que el armisticio había ya fenecido y las negociaciones de paz fracasado, creyó pertinente, a falta de otras razones, insistir en sus anteriores argumentaciones, machacando tanto y tan porfiadamente en ellas que el licenciado Pino Suárez que presidía, molesto porque se estaba aburriendo a la pequeña asamblea con la repetición de lo mismo, así como de que se estaba perdiendo miserablemente un tiempo precioso, llamó correctamente la atención. Lo que hizo que el aludido contrariado por tal moción renunciara a seguir perorando.

Entonces el licenciado Pino Suárez, el inspirado y exquisito poeta, el atildado liróforo de la soñadora y bella tierra del Mayab, y futuro mártir de la democracia, tomando la palabra comenzó a rebatir convincentemente cada uno de los puntos esgrimidos por el licenciado Esquivel Obregón, o sea: que era imperioso para la Revolución dar una muestra de fuerza y poder asaltando y tomando a Ciudad Juárez: “Las abnegadas huestes del Ejército Libertador, —dijo, con voz enérgica e impetuosa— necesitan ceñirse los inmarcesibles laureles del triunfo. Las sienes de sus hombres valientes, denodados y patriotas los reclaman. Los infamantes ultrajes que los federales les han injustamente prodigado, tienen que convertirse a la luz del sol esplendente de la victoria, en frescas palmas y perfumadas flores sobre las que nuestros soldados de la libertad marchen orgullosos y satisfechos. ¡Señores: estamos frente al punto de partida para iniciar la marcha triunfal hacia la capital de la República, ese punto es Ciudad Juárez, tomémosla!”

Un significativo murmullo de sincera aprobación equivalente a un estruendoso aplauso se dejó escuchar al terminar de hablar el referido licenciado Pino Suárez.



Licenciado José Vasconcelos.

En seguida el licenciado Vasconcelos, quien el día anterior llegara de Washington, con tono natural, sin darle a sus palabras ningún matiz que revelara su estado de ánimo en relación con los trascendentales como complejos momentos por que se atravesaba, sino algo así como el soporífero sonsonete que no pocos académicos adoptan al leer sus trabajos científicos ante fríos auditorios de ateneos, comenzó casi a recitar lo siguiente, que bien puede decirse de antemano había aprendido de memoria: “Ahora que las negociaciones de paz han terminado, los comisionados de Díaz y todo su Gobierno declararán que no pudieron vencer las ambiciones personales de los jefes revolucionarios y pedirán la ayuda de todo el mundo civilizado para combatir nuestra insurrección que calificarán una vez más de personalista y antipatriótica; pero el Gobierno de Díaz está tan profundamente despres-

tigiado que nadie lo creerá sino que se encontrará muy natural que la Revolución siga su curso natural combatiendo hasta destruirlas todas las fases del porfirismo, cientificismo, reyismo, etc. Bien es sabido que la opinión sensata e independiente de todo el país es que la Revolución no debe conformarse con pequeñas transacciones sino terminar su obra de limpieza hasta el fin, pues sólo de esta manera se asegurará para el porvenir una paz permanente. Es preferible que la Revolución se prolongue y no que queden motivos para nuevas alteraciones del orden en el futuro, sobre todo si se tiene en cuenta que mientras ocupe la Presidencia Porfirio Díaz no habrá más remedio de acobardarle con el 30-30 de los revolucionarios”.



Venustiano Carranza.



General Pascual Orozco con su jefe de Estado Mayor, el mayor Roque González Garza.

En seguida el licenciado Federico González Garza que fungía de secretario general del gobierno provisional, pidió la palabra; concedida que le fue, empezó con voz fuerte, entonación perfectamente clara y gesto resuelto a rebatir cada uno de los razonamientos expuestos por el licenciado Esquivel Obregón, adoptando para ello la misma fogosidad que empleara en su controversia, semejante a una ardiente proclama de general frente a sus soldados, el licenciado Pino Suárez, difiriendo solamente de éste en una proposición, que presentó intercalada en su peroración, consistente en que se prolongara el armisticio por otros tres días más a efecto de ver si era posible en ese tiempo zanjar las dificultades, y también, para evitar que no se fuera a decir que sólo el afán de precipitar los acontecimientos, sin agotar todos los recursos, los había empujado a romper las hostilidades. “Mas aún —terminó diciendo—, debemos

solidarizarnos con el criterio que a este respecto sustente el señor presidente provisional, puesto que él es el principal responsable de lo que acontezca tanto ante el movimiento revolucionario como ante el pueblo mexicano”.



Coronel Manuel Tamborrel.

Poco antes de que el licenciado González Garza acabara de hablar, el licenciado Rafael Hernández (miembro del Partido Científico, primo hermano de don Francisco I. Madero, y el que precisamente por tener ese parentesco, el licenciado

Limantour, para explotarlo, lo enviara de refuerzo a los delegados oficiosos), que nerviosamente agitado pusiérase de pie aguardando con visibles muestras de impaciencia a que aquél terminara su discurso, en cuanto lo hubo concluido, sin pedir la palabra sino arrebatándola, en tono áspero impregnado de mal refrenada ira y en actitud cerril de igorroto líder proletarista, comenzó diciendo atropellada y agriamente a tiempo que las ventanas de su nariz se le ensanchaban, su alterado semblante de pálido que era transformárase en lívido, y con mano trémula echárase su negra cabellera hacia atrás: “Pues ¿qué queréis, señores revolucionarios? ¿No estáis ya satisfechos? ¿Queréis más sangre aún?”

Al hacer esta pregunta, sus ojos semimongólicos coronados por espesas cejas medio cerdudas igual que sus estrafalarias patillas de lacayo de “casa grande”, casi desorbitados, de mirada centelleante y escrutadora, recorrieron rápidamente los rostros sañudos e impasibles de los jefes militares revolucionarios, como queriendo a la vez que imponerse de los pensamientos en ellos predominantes, imprimirles los de él.

“¿No es suficiente para vuestro orgullo ver a un Gobierno ilustre y fuerte tratando con rebeldes que aún no están en posesión de una sola ciudad importante de la República?”

Y seguidamente agregó, acompañando a sus palabras fuertes puñetazos que descargaba en la tapa del cajón que servía de escritorio: “¿Queréis la renuncia del General Díaz? ¡Pedís demasiado! Se os dan cuatro Ministros y catorce gobernadores y aun esto que es mucho ¿se os hace poco? ¡Es que no os dais cuenta —decía subiendo estentóreamente el diapasón de su estridente voz, es decir, desgañitándose— vuestra situación! ¡Reflexionad!, ¡reflexionad...!”

“Pues precisamente porque hemos reflexionado con toda atención y madurez nuestra situación frente al Gobierno, por

eso mismo rechazamos vuestros argumentos y no aceptamos lo que se nos propone”, interrumpió una voz grave y pausada, pero fuerte, de una sonoridad metálica y retumbante, algo así como un intempestivo disparo de cañón. Lo que hizo que todos los circunstantes sorprendidos por el acento de aquella voz que les sacudiera violentamente sus nervios, cual si hubiesen recibido una descarga eléctrica, volvieran emocionados el rostro buscando ansiosamente a quien las había proferido.

El coronel José de la Luz Blanco que al estar escuchando a los oradores con suma atención no había cesado, según su costumbre norteña, de torcer cigarrillos y más cigarrillos de hoja los que fumaba con excesiva fruición expeliendo el humo a grandes bocanadas, al oír tan enérgico exordio suspendió su tarea, arrojando al suelo el que acababa de torcer, para buscar con la mirada al intempestivo cuan viril impugnador.

El general Pascual Orozco, no obstante su característica impasibilidad monolítica, semejante a la del indio yaqui, ya que jamás su semblante cuadrado de piel blanco-pálido ni su mirada semiadormilada dejaban traslucir la menor emoción, también curiosa y ansiosamente, buscó al autor de tan vehemente introito. Lo mismo hicieron todos, repito, hasta el propio don Francisco I. Madero, quien entonces andaba en traje y botas de campaña y no cesaba febrilmente de mirar hacia la salida de la estancia.

En cuanto a los delegados oficiosos lo mismo que el señor Madero padre, estaban visiblemente molestos por semejante suceso que seguramente iría a echar por tierra sus trabajos, muy especialmente el licenciado Esquivel Obregón (a cuya solicitud habíase convocado y estaba verificándose el intercambio de opiniones como última esperanza para lle-

gar a un fin práctico y poder así reanudar las interrumpidas negociaciones de paz), quien daba negativos impulsos de cabeza a semejanza de precipitado péndulo, significando con ello su desaprobación a lo dicho por el que indudablemente calificara de intruso e inoportuno.

De fuera, de detrás de la puerta, desprendíase una molesta algarabía parecida a un gran colmenar que hasta el interior de la estancia llegaba, convertida en confuso rumor de voces apagadas.

El que interrumpiera al licenciado Hernández y que todos fija y vivamente contemplaban, era un hombre de edad madura; de estatura alta; de complexión robusta; de poblada y hermosa barba nívea; de color blanco-rojizo; de mirada, a través de sus anteojos semioscuros, al par que penetrante, serena; de continente severo y majestuoso; pulcra y sencillamente vestido. De pie, erguido, lamentando con significativas y ceremoniosas inclinaciones de busto y aire apenado no haberse podido contener interrumpiendo al anterior orador, en medio de un imponente y emocionante silencio y soportando las miradas que anhelantemente todos le dirigían, esperaba la venia del licenciado Pino Suárez que presidía la asamblea, para proseguir.

Concedido con un elegante ademán aquiescente del licenciado Pino Suárez el uso de la palabra, empezó diciendo con voz fuerte y clara e impregnada de profunda convicción: “Nosotros, los verdaderos exponentes de la voluntad del pueblo mexicano, no podemos aceptar las renunciaciones de los señores Díaz y Corral, porque implícitamente reconoceríamos la legitimidad de su gobierno, falseando así la base del Plan de San Luis.

”(Sensación en el auditorio.)

”La Revolución es de principios. La Revolución no es personalista y si sigue al Sr. Madero, es porque él enarbola la enseña de nuestros derechos, y si mañana, por desgracia, este lábaro santo cayera de sus manos, otras manos robustas se apresurarían a recojerla”.

Al escuchar el general Orozco estas sentenciosas cuan proféticas palabras, sus adormilados y taciturnos ojos abrieronse violenta y desmesuradamente dejando ver unas pupilas brillantes de mirada ardiente y fiera, como de jaguar en celo.

El coronel José de la Luz Blanco, ensanchándosele los pectorales, suspiró honda y ruidosamente de satisfacción a la vez que sus labios dibujaban una alegre sonrisa y los ojos animábansele de contento.

Algunos de los demás oyentes con significativos movimientos de cabeza hacia abajo asentían con beneplácito a lo dicho por el orador alentando así a éste a continuar, dado que interpretaba certeramente el criterio revolucionario que ellos sustentaban.

Los delegados oficiosos y el señor Madero padre, con el semblante sombrío procurando no dejar traslucir la íntima emoción de contrariedad que sentían, guardaban una actitud que simulaba ser indiferente pero que en realidad era de cólera.

El licenciado Pino Suárez y don Abraham González sonreían satisfechos. Sus manos como impulsadas por agudo temblor nervioso estaban próximas a aplaudir estrepitosamente, mas por respeto a tan graves instantes como sería situación, a duras penas podían contenerlas.

El licenciado Federico González Garza, por su gesto revelador de sentir infinita alegría al oír interpretar sus viejas y jamás olvidadas convicciones políticas, créase iba a prorrumpir en llanto o entusiastas aclamaciones; su corazón pal-

pitábale con gran violencia, no parecía sino que por fin escuchaba en su interior el ancestral grito de combate de su raza, o el ronco y escalofriante redoble guerrero del huhuel azteca que ha mucho tiempo su alma ardientemente impetrara.

Don Francisco I. Madero, sumergido silenciosamente en un mar de cavilaciones por lo que acaba de escuchar, no se daba cuenta de las diferentes emociones que experimentaban los demás circunstantes. Su semblante siempre risueño en estos momentos reflejaba una intensa angustia y pena: el cruento camino del martirio, después de que terminara el espinoso del apostolado, se extendía ante él.

El orador, después de una ligera pausa, continuó:

“Sí, nosotros no queremos Ministros ni Gobernadores, sino que se cumpla la soberana voluntad de la Nación.

”Revolución que transa es revolución perdida”.

La entonación con que dijo estas palabras semejó la propia voz de Saint Just cuando en memorable sesión plasmó en la Historia la siguiente célebre frase: “En materia de revolución quien no cava profundamente, cava su propia fosa”. Lo que quedó evidenciado tiempo después en México con el cuartelazo de febrero de 1913.

“Las grandes reformas sociales sólo se llevan a cabo por medio de victorias decisivas.

”Si nosotros no aprovechamos la oportunidad de entrar en México al frente de cien mil hombres, y tratamos de encausar a la Revolución por la senda de una positiva legalidad, pronto perderemos nuestro prestigio y reaccionarán los amigos de la dictadura.”

Palabras videntes hijas de una fuerte y profunda percepción política, la que un poco más tarde, repito, se realizó.

“Las revoluciones para triunfar de un modo definitivo, necesitan ser implacables”.

Elevando más el tono de la voz y dirigiendo sus miradas hacia el grupo que componían los delegados oficiosos y el señor Madero padre, como si a ellos nada más interesara lo que iba a decir, prosiguió así:

“¿Qué ganaremos con la retirada de los señores Díaz y Corral?

”Quedarán sus amigos en el poder; quedará el sistema corrompido que hoy combatimos.

”El interinato será una prolongación viciosa, anémica y estéril de la dictadura. Al lado de esa rama podrida el elemento sano de la Revolución se contaminará.

”Sobrevendrán días de luto y de miseria para la República y el pueblo nos maldecirá, porque por un humanitarismo enfermizo, por ahorrar unas cuantas gotas de sangre culpable, habremos malogrado el fruto de tantos esfuerzos y de tantos sacrificios.”

Al llegar aquí un solemne silencio reinaba en el auditorio, el que suspenso y anhelante seguía con suma atención cada una de las aterradoras palabras del orador, las que en conjunto no eran otra cosa sino funestos vaticinios que más tarde se realizarían. Este, sin encontrarse fatigado, pero comprendiendo que sintéticamente había expuesto cuanto en aquellos momentos era necesario manifestar, resolvió concluir su radical como sensacional e implacable peroración con este formidable apotegma:

“Lo repito: ¡La revolución que transa, se suicida!”

Un imponente silencio que duró unos cuantos segundos, como si la mano augusta e intangible de la Historia se diera el tiempo necesario para escribirlas en sus páginas gloriosas e inmortales, así como el de Venustiano Carranza que fuera el nombre del ilustre orador que las pronunciara, prosiguió a estas solemnes cuan emocionantes palabras.

Como al terminar el anterior discurso nadie más pidiera la palabra, el general Pascual Orozco y el coronel José de la Luz Blanco y otras personas, ignorando seguramente la práctica asambleísta que se sigue al final de toda discusión consistente en votar sobre el asunto a debate de acuerdo con la convicción formada a través de la deliberación, creyendo, o tal vez malintencionadamente, que la asamblea había ya terminado, abandonaron el recinto sin que para ello alguien les llamara la atención.

En cuanto a las demás personas que quedaban y que permanecieron todavía en el recinto, éstas continuaron por algunos momentos en animado cambio de impresiones sobre el mismo asunto, pero sin efectuar ninguna votación dado que el *quorum* habíase desintegrado.

Los grupos de dos o tres personas hablando acaloradamente, formáronse incontinenti sin que por tal cosa la opinión finalmente se hubiera unificado, sino que continuó en el mismo incoherente estado.

El licenciado Pino Suárez departía con Sánchez Azcona y González Garza, y lo mismo hacían entre sí los delegados oficiosos. Don Francisco I. Madero hablaba aislada y quedamente con mucha reserva con el señor su padre.

—Padre —le decía, tierna y respetuosamente—, ¿qué me aconseja usted?

—Ya te dije, hijo, cuál es mi opinión; y hoy más que nunca, me afirmo en ella. Debemos levantar el sitio y retirarnos hacia el sur. Las consecuencias de un conflicto internacional si a resultas de atacar a Ciudad Juárez se lesionan personas e intereses americanos, es muy grave y hay que evitarlo, tanto por la Revolución como por la patria. Vayámonos, pues, al sur.

—Está bien padre; está bien. La orden para el repliegue ya está dada y no hay más que cumplirla hoy mismo.

Nada más esto dijeron y apartándose se confundieron con las demás personas que lentamente, enfrascados aún en la discusión del mismo asunto, iban ya desalojando la estancia.

Al salir, un numeroso grupo de militares y civiles revolucionarios que esperaban ansiosamente el resultado de la deliberación, rodeó al señor Madero, interrogándolo acerca de lo que se había acordado. Pero como a nada en contrario, de lo que él ya antes dispusiera, se llegara, así se lo manifestó, quedando por consiguiente en pie la orden de replegarse hacia el sur, y los interrogantes, unos perplejos, otros contrariados, y conformes sólo muy pocos, se fueron a su vez también retirando.

Al abandonar intempestiva y extemporáneamente el “cuarto de adobe” el general Orozco, conociósele por la lividez y contracciones alteradas de su rostro el profundo excepticismo y sorda cólera que lo dominaba. El aire seco y cálido norteño que a la caída de la tarde conviértese en suave y sedante brisa, refrescábale sus palpitantes sienes y su afiebrado semblante. Sus largas y musculosas piernas, hasta entonces resistentes a las más duras fatigas, ahora vacilantes, parecían al andar arrastrar trabajosamente los pies. Sus belludas manos de largos y acerados dedos, trémulas por la acción de la ira mesaban repetida y desesperadamente su hirsuta cabellera. Rumbo al campamento a donde, según parecía, iba, nadie lo acompañaba. Nubes de molestos y zumbadores mosquitos revoloteaban insistentemente sobre su cabeza exacerbando más su manifiesto enfado.

No había caminado mucho cuando divisó a un joven que sentado en una piedra leía con bastante atención un periódico. Acercándose a él, sin advertir el tono agrio y golpeado en que lo hacía, le preguntó:

—¿Qué hace usted allí, Mayor?

—Leyendo este diario que acaba de llegar de México, mi general. Trae una carta abierta para nuestro jefe, el señor Madero, sumamente interesante. En ella el licenciado don Luis Cabrera, que es el autor, le da muy buenos consejos y le hace asimismo muy serias advertencias tanto con respecto a que no se debe prolongar por más tiempo el armisticio, como a las condiciones que debemos exigir en los tratados de paz que se celebren. Dice que la Revolución tarde o temprano tiene que triunfar. Y figúrese usted, mi general, esto lo dice un civil que no ha necesitado de tomar un rifle ni de unirse a otros hombres para hacer la guerra a la dictadura en plena capital de la República, precisamente en el mismo sitio donde se encuentra don Porfirio. Son verdades muy grandes éstas que aquí dice el licenciado Cabrera, mi general.

—¿De veras, mayor? ¡Oiga!, ¿quiere leerme ese artículo? (Este mayor era el entonces joven de 27 años Roque González Garza, jefe del Estado Mayor del propio general Pascual Orozco, quien años más tarde, en 1915, cuando la lucha de facciones Carranza-Convencionista en disputa por el poder, habría de ser el representante del audaz cuan valiente general Francisco Villa en la Convención Revolucionaria de Aguascalientes primero, y después, presidente provisional de la República.)

—Está muy largo, mi general.

—¡Bueno!, y si yo se lo ordeno, ¿qué?

—¡Nada!, pues que lo obedezco y se lo leo.

—Está bien, léamelo.

—Entonces doy principio. El artículo dice así:

“México, a 27 de abril de 1911.

”Sr. don Francisco I. Madero,

”Muy distinguido y estimado amigo:

”Las circunstancias especiales en que usted se ha encontrado desde hace cerca de seis meses, y mi intención de conservarme siempre dentro de la ley, me habían hecho cortar toda comunicación con usted. Mas ahora que por actos expresos y deliberados del Gobierno del General Díaz ha pasado Ud. oficialmente de la categoría de delincuente a la de caudillo político, aprovecho la ocasión para dirigirle las presentes líneas en público, con el objeto de contribuir en la medida de mis fuerzas al restablecimiento de la paz.

”No puedo ni quiero discutir si hizo usted bien o mal en levantarse en armas para sostener los principios de no-reelección y de efectividad del sufragio; eso es de la incumbencia de la historia, y cualquier juicio que yo anticipara, correría el riesgo de parecer apología de un hecho reprobado por la ley. Básteme decir que la revolución es un hecho, que el movimiento iniciado por usted en Chihuahua se ha convertido en un gran sacudimiento nacional; que el país se halla casi por completo envuelto en una conflagración más poderosa y más vasta de lo que usted mismo pudo suponer o esperar; y que al comprender que esta revolución amenazaba tornarse irrefrenable, todos los mexicanos nos hemos puesto a trabajar para apagarla.

”Todos hemos sentido las consecuencias de la revolución; pero nos hemos resignado a sufrirlas en la esperanza de que trajera consigo algunos bienes en medio de tantos males. Usted, señor Madero, tiene contraída una inmensa responsabilidad ante la Historia, no tanto por haber desencadenado las fuerzas sociales, cuanto porque al hacerlo, ha asumido usted implícitamente la obligación de restablecer la paz, y el compromiso de que se realicen las aspiraciones que

motivaron la guerra, para que el sacrificio de la Patria no resulte estéril.

”Desde hace mucho tiempo venía mirándose que el único medio de que disponía el Gobierno del General Díaz para restablecer la paz era el de una transacción con los elementos revolucionarios. Pero precisamente al saberse que por fin se concertaba un armisticio y que se iniciaban pláticas para discutir las bases de la paz, aun los más serenos dejaron escapar un movimiento de ansiedad y la expectación pública alcanzó su máxima tensión, porque se comenzó a comprender que lo que usted va a defender en las conferencias de paz no son precisamente las pretensiones de la revolución, sino principalmente la suerte de nuestras libertades políticas.

(Fácil es deshacer la aparente contradicción del autor, cuando por una parte aconsejaba al general Díaz “transigir”, y cuando se abrieron las negociaciones en Ciudad Juárez, aconsejaba a Madero “no transigir”. La transacción de parte del general Díaz significaba su retirada del gobierno, y afectaba solamente una cuestión de personal administrativo. La transacción de parte de Madero y a la cual se oponía el autor, era el sacrificio de los principios tácitos de la Revolución.)

”Las revoluciones son siempre operaciones dolorosísimas para el cuerpo social; pero el cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena. La operación, necesaria o no, ha comenzado; usted abrió la herida y usted está obligado a cerrarla; pero guay de usted, si acobardado ante la vista de la sangre o conmovido por los gemidos de dolor de nuestra patria cerrara precipitadamente la herida sin haberla desinfectado y sin haber arrancado el mal que se propuso usted estirpar; el sacrificio habría sido inútil y la historia maldecirá el nombre de usted, no tanto por haber abierto la herida, sino porque la patria seguiría

sufriendo los mismos males que ya daba por curados y continuaría además expuesta a recaídas cada vez más peligrosas, y amenazada de nuevas operaciones cada vez más agotantes y cada vez más dolorosas.

”En otros términos, y para hablar sin metáforas: usted, que ha provocado la revolución, tiene el deber de apagarla; pero guay de usted si asustado por la sangre derramada, o ablandado por los ruegos de parientes y de amigos, o envuelto por la astuta dulzura del Príncipe de la Paz, o amenazado por el yanqui, deja infructuosos los sacrificios hechos.

(Los peligros a que se veía expuesta la Revolución eran: *a*) el temor de un gran derramamiento de sangre, ya manifestado por Madero. *b*) La injerencia de los parientes y amigos de Madero, casi todos científicos: don Francisco Madero (sr.) su padre, delegado suyo en las conferencias de Ciudad Juárez, don Ernesto Madero, su medio hermano; don Rafael Hernández, su primo; don Antonio Hernández, su tío, pueden contarse entre los más conspicuos científicos de la familia Madero. *c*) La habilidad de Limantour, a quien aquí llama el autor el Príncipe de la Paz. Y *d*) El temor de complicaciones internacionales, poco probables, pero muy pregonadas.)

”El país seguiría sufriendo de los mismos males, quedaría expuesto a crisis cada vez más agudas, y una vez en el camino de las revoluciones que usted le ha enseñado, querría levantarse en armas para la conquista de cada una de las libertades que dejara pendientes de alcanzar.

”La revolución debe concluir; es necesario que concluya pronto, y usted debe ayudar a apagarla; pero a apagarla definitivamente y de modo que no deje rescoldos.

”En todo el país hay muchos millares de hombres que, como yo, son fervientes y sinceros partidarios de la paz, supuesto que a pesar de estar convencidos de la esterilidad de

los esfuerzos hechos dentro de la ley para la conquista de las libertades, y no obstante las vejaciones y persecuciones políticas que han sufrido, han permanecido sin embargo, firmes en su deliberado propósito de no levantarse en armas. Éstos son los que constituyen esa opinión pública pacífica, pero omnipotente, a la cual debe la revolución su fuerza y ante la que ha tenido que doblegarse la inquebrantable voluntad del General Díaz.

”Mis palabras no son más que la traducción del sentir y del modo de pensar de esa opinión pública pacífica, que no por no haberse levantado en armas deja de tener derecho a hacer oír su voz ante los que están discutiendo el porvenir de la nación.

”En nombre de esa opinión pública dirijo a usted la presente para exhortarlo a que reflexione detenida y hondamente sobre lo que está a punto de hacer.

”El objeto de las negociaciones de paz, emprendidas entre usted y el Gobierno del General Díaz, es, como su mismo nombre lo indica, el restablecimiento de la tranquilidad del país; pero esa tranquilidad no debe ser transitoria, sino definitiva.

”Ahora bien, los propósitos de pacificación pueden frustrarse de dos maneras: o por falta de acuerdo para llegar a una transacción o por ineficacia de los remedios que se acepten como buenos.

”La ruptura del armisticio y la reanudación de las hostilidades será un mal sensible; pero tal vez sea más grave no lograr la paz más que a medias en algunos lugares, o sólo por poco tiempo.

”Para lograr la paz de modo definitivo se necesita dar satisfacción a las necesidades nacionales; no sólo a las expre-

sadas por la revolución, sino también a las no definidas por ella, pero que la opinión pública señala, y que constituyen las causas de desacuerdo entre el General Díaz y el pueblo.

(El autor decía esto, debido a que el señor Madero no inscribió en su bandera revolucionaria más que “Sufragio Efectivo y No-reelección”, no obstante que las tendencias sociales y económicas del movimiento eran patentes y comenzaban ya a tomar forma concreta, sobre todo en materia agraria.)

”Se cree que generalmente la revolución está obligada a conformarse con un mínimo de concesiones, y así debe ser en efecto; pero tratándose ya no de contentar las pretensiones de la rebelión misma, sino de dar satisfacción a las necesidades nacionales, cuanto más exigentes se muestren los representantes de la revolución, y cuanto más liberal se muestre el Gobierno del General Díaz, tanto más firme y duradera será la paz obtenida; mientras que, por el contrario, cuanto más condescendientes se muestren los comisionados revolucionarios, o cuanto más mezquino y avaro de libertades y reformas se muestre el General Díaz, tanto más probable será que no se restablezca enteramente la paz, o que si se restablece sea sólo transitoriamente dejando en pie la causa de perturbaciones futuras.

”Las condiciones de una transacción entre el General Díaz y usted, para ser eficaces, deben abarcar, pues, tres puntos principales:

”1.—Las exigencias de la revolución misma.

”2.—Las necesidades del país.

”3.—Las garantías que ofrezca el Gobierno de cumplir con sus compromisos.

”Las exigencias de la revolución, a saber: amnistías, indemnizaciones, condiciones de sumisión, forma de disolución y de desarme, etc., etc., deben atenderse con moderación;

pero teniendo en cuenta las condiciones especiales de cada región levantada. Sólo así podrá usted estar seguro de apagar la revolución con rapidez en todos los lugares del país, en el momento en que llegue a firmarse un convenio de paz.

”Para esto necesitaría usted; o contar con el consentimiento expreso de cada subjefe local, delegado, o lo que sea, o haber tenido en cuenta el estado de la revolución en cada comarca del país, y de haber atendido a llenar las condiciones en las cuales los sublevados estarían dispuestos a someterse.

”No dudo que usted, señor Madero, tendrá motivos fundados para suponer que puede controlar fácilmente los movimientos de cada región de las levantadas, ya sean Chihuahua o Sinaloa, Puebla o Yucatán; pero si por desgracia al llegar el caso de ordenar la deposición general de las armas, usted se viera desobedecido en Guerrero o en Puebla, por ejemplo, considere usted el ridículo que caería sobre el Gobierno, el desprestigio que caería sobre usted y el desaliento que caería sobre toda la nación, ante semejante contingencia.

”Por otra parte, las exigencias de la revolución en Chihuahua o Coahuila, son sin duda distintas de las de Guerrero o Yucatán, por ejemplo, y por lo tanto, no es lógico suponer que los rebeldes del Sur se encontraran fácilmente dispuestos a someterse con sólo hallarse satisfechos los de Chihuahua o Coahuila. Ni parecería humano tampoco que algunos grupos se resistieran a deponer las armas por no haber sido tenidas en cuenta las condiciones, especiales en que se encuentran, los dejara usted abandonados a la represión del Gobierno y expuestos a un exterminio sangriento y doloroso.

(Desgraciadamente esto último fue lo que sucedió con Pascual Orozco en Chihuahua y también con Emiliano Zapata en Morelos.)

”Después de haber atendido a las exigencias de la revolución misma, la parte más difícil de la tarea de usted será, sin duda, discernir cuáles son las necesidades del país en lo económico y en lo político y cuál la mejor forma de darles satisfacción para suprimir las causas del malestar social que han dado origen a la revolución.

”El catalogar las necesidades y sus remedios, ya equivale a formular todo un vasto programa de gobierno.

”La responsabilidad de usted en este punto es tan seria, que si no acierta a percibir con claridad las reformas políticas económicas que exige el país, correrá usted el riesgo de dejar vivos los gérmenes de futuras perturbaciones de la paz, o de no lograr restablecer por completo la tranquilidad en el país.

(Los resultados que el autor pronosticaba, le parecían tan incontestables y tan inminentes, que ni siquiera consideraba esto como una profecía ominosa, sino como algo que irremediamente tenía que venir. La certeza de mirar en un asunto tan grave y tan claro que nadie quería o podía ver ni oír hasta que sobrevino la tragedia de 1913, era palpable.)

”En otra ocasión he mencionado las reformas que en mi concepto es más urgente implantar y algunos escritores, como Molina Enríquez, han hecho un catálogo completo de las necesidades del país, que usted puede consultar, teniendo cuidado principalmente de discernir que las necesidades políticas y democráticas no son en el fondo más que manifestaciones de las necesidades económicas.

”Desde el punto de vista económico la necesidad más urgente del país, según he tenido ocasión de decirlo, es el restablecimiento del equilibrio entre los múltiples pequeños intereses (agrícolas, industriales y mercantiles) que se hallan desventajosamente oprimidos, y los pocos grandes intereses,

(agrícolas, industriales y mercantiles) que se encuentran singularmente privilegiados.

”En lo político, puede decirse que la principal de las necesidades es la efectividad de los principios legales que garantizan la vida del hombre y sus libertades civiles y políticas, para lo cual se necesita ante todo una sana administración de justicia.

”Mas como esto requiere un cambio político para dominar las mutaciones de sistema no se consiguen sino con un cambio de hombres, es muy fácil confundirse y creer que los problemas principales consisten en la elevación de tales o cuáles personalidades a determinados cargos públicos. Hay, pues, que procurar conocer bien las necesidades para poder darles satisfacción, y no confundirlas con las puras cuestiones de personalidades, que no son más que uno de los medios de garantizar la satisfacción de esas necesidades.

”Una vez formulado el catálogo de las necesidades de la revolución y de las del país, y alcanzado el acuerdo sobre las medidas que deben emplearse para darles satisfacción, queda por resolver un punto que es el de más difícil solución, a saber: la garantía que el Gobierno puede ofrecer de que llevará a cabo los cambios o reformas que haya prometido, ya espontáneamente, ya por vía de compromiso con usted.

”La primera forma que ocurre, como más fácil, es dictar ciertas medidas legislativas encaminadas a hacer difícil el abuso de las autoridades ejecutivas; reformar las leyes electorales para obtener la efectividad del sufragio y establecer por donde quiera el principio de no reelección para los poderes ejecutivos.

”La segunda forma de garantizar la nueva orientación política, y que parece más práctica, consiste en introducir

en los Gobiernos locales y federales, y aun en el mismo Gabinete del General Díaz, hombres salidos de la revolución para que vigilen el cumplimiento de los compromisos del Gobierno.

”Hay que convencerse, sin embargo, de que ni uno ni otro medio constituyen una garantía suficientemente sólida, si el General Díaz ha de seguir al frente del Gobierno.

”En efecto, el General Díaz ha mostrado muchas veces una gran habilidad para dominar las situaciones más difíciles sin oponerse abiertamente a las corrientes de la opinión pública, sino al contrario, aparentando someterse a ella.

”Por más que el Congreso reforme la Constitución y expida leyes y más leyes con el firme propósito de maniatar al Ejecutivo, como tan puerilmente lo está haciendo; por más que se proclamen nuevos sistemas y que los Gobiernos de los Estados y el Gabinete mismo se llenen de antirreeleccionistas, eso no será obstáculo para que el General Díaz vuelva paciente e indefectiblemente a sus antiguos sistemas aun sin darse cuenta él mismo de que reacciona. Ya encontrará él las formas suaves y estudiadamente legales de eludir las nuevas leyes, o de cumplirlas sólo en la forma; ya encontrará él la manera de destituir o nulificar, o convencer a los hombres nuevos, y a la vuelta de seis meses, cuando esta revolución de usted esté perfectamente sofocada, sus jefes más prominentes estarán destituidos o desprestigiados, o corrompidos o cansados, y las leyes derogadas o relegadas al olvido.

(Todos estos tristes vaticinios hubieron de cumplirse al pie de la letra, contribuyendo a preparar la catástrofe de febrero de 1913.)

”No. Hay que desengañarse; sólo existe una forma de garantizar eficazmente la regeneración política del Gobierno, y ésta es el cambio de hombres, es decir, la retirada del

General Díaz y el nombramiento de un Vicepresidente renovador y honradamente decidido a llevar a cabo las concesiones hechas a la revolución.

”La retirada del General Díaz constituye el único medio expedito de comenzar una serie de cambios gubernamentales y una reforma de los sistemas de Gobierno, y, por lo tanto, si usted desea hacer obra duradera, debe insistir en ella como la única garantía realmente efectiva del cumplimiento de las promesas del Gobierno.

”La idea de la retirada del General Díaz a la vida privada ha ganado mucho terreno desde hace dos meses a esta parte en todo el país, al grado de que puede decirse que casi no hay quien dude de que eso sería el remedio más radical para aliviar nuestra situación política.

”Después de que usted ha puesto al General Díaz el ejemplo de desinterés personal, declarando que está dispuesto a renunciar a sus pretensiones a la Presidencia de la República, no le queda al Gobierno otra razón que dar para oponerse a la separación del General Díaz, que los escrúpulos oficiales de que tal medida sería poco decorosa para la dignidad del Gobierno actual.

”En mi opinión, el restablecimiento de la paz y el porvenir del país están por encima no solamente del amor propio de los hombres, sino aun del decoro de los gobiernos, pues creo honradamente que la patria, que en caso de necesidad no vacila en sacrificar la vida de sus hijos, tampoco debe vacilar en caso de necesidad en sacrificar el decoro o el amor propio de un grupo político que pudiera poner en peligro su tranquilidad, su soberanía o su existencia.

”En el presente caso, la retirada del General Díaz de la Presidencia de la República, constituye un acto personalísimo suyo que en nada afecta al decoro de la institu-

ción oficial que se llama Gobierno; pero esto no lo quieren ver todos, porque es difícil distinguir hasta dónde llega el amor propio de los hombres y dónde comienza el decoro de las instituciones.

”Si no se han considerado indecorosas para el Gobierno del General Díaz las brutales remociones de Gobernadores, verdaderos golpes de Estado locales, ¿por qué habría de considerarse indecorosa una renuncia hecha en las formas constitucionales?

”Si no se han considerado indecorosas para el Gobierno las destituciones de seis Secretarios de Estado, sin motivo suficiente y por sólo dar satisfacción a la opinión pública, ¿por qué habría de llamarse indecorosa la renuncia del Jefe de Estado, cuando con ella puede restablecer la paz y aun salvar de paso su nombre ante la historia?

”Por último, el cambio de bandería se considera como tipo de los actos indignos en política cuando lo efectúa un mandatario, y sin embargo, Limantour ha abandonado al grupo científico sin resentir gran cosa en su prestigio, y el Gobierno en masa tanto el Ejecutivo como las Cámaras, no han creído hacer una indignidad declarándose antirreeleccionistas después de haberse apoyado en la reelección para conservarse en el poder. ¿Por qué, pues, tantos escrúpulos para una renuncia que estaría perfectamente justificada por la incompatibilidad entre el sistema republicano impuesto por la revolución y el sistema tuxtepecano dictatorial, único que ha sabido practicar el General Díaz?

”No hay, pues, razón para que usted deje de insistir en la retirada del General Díaz, que no sólo es necesaria y patriótica, sino que precisamente es el acto más decoroso que se impone después de transigir con la revolución.

”La garantía de cumplimiento de los compromisos del Gobierno, en mi concepto más eficaz, sería aquella que produjera sus efectos de un modo automático y sin necesidad de estar ejerciendo una constante vigilancia sobre el Gobierno. Esta garantía, como antes digo, sólo se consigue transformando por completo el Gobierno dictatorial del General Díaz en un Gobierno democrático formado de elementos nuevos.

”El ingreso al Gabinete o a otros puestos públicos de algunos elementos revolucionarios, solamente significa una especie de vigilancia pero no implica necesariamente un controlamiento sobre los actos del Gobierno, y requeriría un esfuerzo constante y una lucha entre los componentes mismos del poder.

”Para obtener un verdadero controlamiento automático de los actos del Gobierno, se necesitaría que los antirreeleccionistas, o en general, el partido renovador, contara con representantes en las Cámaras locales y Federales. La renovación de las Cámaras Legislativas en todo el país y su sustitución por otras constituidas con elementos independientes y de origen verdaderamente popular, sería una garantía efectiva de reforma en el sistema de Gobierno dictatorial.

”En otra ocasión he dicho que me parecía muy difícil la disolución de las Cámaras; pero, sin embargo, dado el origen de las credenciales y la sumisión que parecen mostrar todavía hasta ahora todos los diputados del Congreso de la Unión al General Díaz, tal vez no fuera imposible hallar un medio de obtener una disolución del actual Congreso sin provocar gran escándalo, o quizás, dada la excitación política a que hemos llegado, no fuera demasiado ruda la conmoción que produjera una disolución general del actual Congreso y la convocación a nuevas elecciones, en vista de las circunstancias críticas por las que atraviesa el país.

”Este remedio me parece, sin embargo, utópico, e indudablemente es menos decoroso para el Gobierno que la renuncia del General Díaz, pues significaría el sacrificio de un poder en masa mientras que la separación de aquél sólo afectaría al Jefe del Poder Ejecutivo, dejando a salvo la institución del Gobierno mismo.

”Otro de los remedios que parecen haberse sugerido como garantía del cumplimiento de las obligaciones del Gobierno, consiste en la conservación de las armas en manos de los rebeldes, y me parece el más peligroso de los errores que puedan cometer el General Díaz y usted al tratar de restablecer la paz.

”Los partidos políticos pueden y deben controlar los actos del Gobierno; pero siempre dentro del orden y por medios pacíficos. Las armas en manos de un partido político no pueden producir una situación anormal, y el dejarlas en poder de un partido revolucionario, equivale a establecer como sistema de Gobierno la fuerza y la revolución endémica como régimen constitucional.

”El único medio sensato de asegurar un cambio de sistema político y de garantizar el cumplimiento de las promesas del Gobierno, es, en mi concepto, el de facilitar el controlamiento de los actos del Gobierno por medio de uno o varios partidos políticos independientes reconocidos oficialmente y de un modo expreso por el Gobierno del General Díaz, y cuya injerencia en los actos oficiales o cuyas relaciones con el poder estuvieran perfectamente definidas en la transacción, en una ley.

”Este medio, que es el seguido por el partido independiente de Guadalajara, y que ha sido ampliamente estudiado por Molina Enríquez, me ha parecido de tal importancia y de tal eficiencia, que acaso puedo decir que el objeto princi-

pal de la presente carta es llamar a usted la atención sobre la conveniencia de que discuta y se proponga como una de las principales formas de garantía que pueda tener el país, de que el Gobierno cumplirá con sus compromisos.

”Es casi seguro que todo lo que pueda yo haber dicho en esta carta, haya sido motivo de largas reflexiones por parte de usted y de los demás miembros de la revolución; pero como tengo el deber de contribuir como mexicano al restablecimiento de la paz, no creería haber cumplido con ese deber sin estar seguro de haber llamado la atención de usted, respecto de los puntos cuya resolución le incumbe, del mismo modo que he procurado, en recientes artículos políticos, llamar la atención del General Díaz sobre lo que a él le corresponde.

”Antes de concluir esta carta deseo decir a usted con toda franqueza cuál es mi opinión acerca del éxito de la revolución actual.

”El fracaso de las negociaciones de paz no será un obstáculo para la terminación de la guerra, porque por el solo hecho de haberse celebrado el armisticio, la suerte de la revolución ha quedado echada. El triunfo de usted o del General Díaz será solamente cuestión de semanas y el vencido tendrá que ser usted o el General Díaz, según el armisticio se prolongue por más o menos tiempo. Si el armisticio se rompe antes de una semana, la caída del General Díaz será inevitable, porque el reconocimiento oficial que de la revolución ha hecho el General Díaz, es de tal importancia moral, que por sí solo lo coloca en la condición de vencido. Las naciones extranjeras, y principalmente los Estados Unidos, no tendrán en realidad escrúpulo ni razón alguna de peso para no reconocer el carácter de beligerantes a los mismos

revolucionarios, a quienes el Gobierno ha dado ese carácter por el hecho de consentir en una suspensión de hostilidades contra ellos.



General Pascual Orozco.



El presidente provisional don Francisco I. Madero y su primer gabinete.

”Si el armisticio se prolonga, en cambio, durante más de quince días sin que se extienda al resto de la República, facilitará al Gobierno del General Díaz la manera de fortalecerse para poder luchar contra la revolución, la cual para entonces habrá sufrido el natural relajamiento de sus energías, que se mantenían por la tensión de la lucha ya entablada, y al romperse nuevamente las hostilidades, el Gobierno actual vencerá fácilmente sobre grupos ya desorganizados. Por otra parte, el General Reyes está a punto de venir, y no hay duda alguna de que por disciplina, por sumisión al General Díaz y hasta por rivalidad política hacia usted, pondrá todo empeño en sofocar la revolución, y lo logrará, aunque sea a costa de su prestigio y de su popularidad.

”He concluido.

”Pesa sobre usted la más grande de las responsabilidades políticas que hombre alguno haya tenido desde hace más de

treinta años en México, no tanto por haber encendido esta revolución, sino porque si no sabe usted dar satisfacción a las legítimas necesidades de la nación (éstas eran las contenidas actualmente en los artículos; 4, 7, 27 y 123 de la Constitución) dejará sembrada la semilla de futuras revoluciones, (como así fatalmente sucedió), después de haber enseñado al país una forma peligrosa de levantarse en armas, que pondrá a cada paso en peligro nuestra soberanía.

”Tiene usted con sus partidarios armados el compromiso sagrado de salvarlos y de retirarlos honradamente de la lucha.

”Tiene usted con los elementos renovadores que no se han rebelado, el compromiso moral de obtener por vía de transacción los principios por los cuales acudió usted a las armas.

”Tiene usted también el deber de asegurar la conquista de esos principios por medio de garantías adecuadas.

”Tiene usted con la nación el deber de dar satisfacción a las necesidades que han originado la actual crisis política.

”Y tiene usted, por último, con la patria, la obligación sagrada de restablecer en todo el país y de un modo definitivo, esa paz de que usted dispuso.

”Si así la hicieréis, la nación os lo premiará, olvidando la sangre derramada; pero si por falta de entereza o de habilidad política o por simple desconocimiento de la verdadera fuerza que la revolución ha puesto en vuestras manos, no podéis lograrlo, la nación os lo demandará ante el Tribunal de la Historia. —Licenciado Blas Urrea.”



CAPÍTULO XIII

EL MÁS CULMINANTE
HECHO DE ARMAS DE NUESTRA
HISTORIA CONTEMPORÁNEA



Reflexiones del general Orozco. —Motivos del ataque a Ciudad Juárez. —La noche del 7 de mayo. —Provocaciones ofensivas de los sitiados. —Lo que la ira hacía decir al general Orozco. —Orfeón de furias infernales. —Carcajadas satánicas. —A la luz de los relámpagos. —La torturante preocupación del general Orozco. —Risas sarcásticas y aullidos de perros hambrientos. —Repercusión de lo afirmado por don Venustiano Carranza y don Luis Cabrera. —Hacia lo desconocido. —Listos para la marcha. —Proclama de Madero al Ejército Libertador. —Levantando el sitio. —Aspecto general de las tropas insurrectas. —Principales jefes rebeldes. —Funestos presentimientos. —Belicosidad insurgente. —Sucesos del 8 de mayo. —Dormanes carnava recargados de galones y alamares. —Ebrios de orgullo y pedantería. —Miradas patibularias de perdonavidas. —Rumor de tropel de caballos salvajes en fuga. —El albazo. —¡Ora “pelones”, hijos de tal por cual! —Contra la orden y parecer del caudillo de la Revolución. —Las “fortificaciones” de los “técnicos” federales. —Desquiciante y vergonzosa derrota. —Parte circunstanciado del desastre rendido por el general Juan J. Navarro. —Proceso abierto contra el General Navarro por haber rendido la plaza. —Declaraciones íntegras (documentos copiados directamente del legajo) rendidas ante el juez de la causa, de los principales jefes de la guarnición de Ciudad Juárez y de los delegados Braniff, Esquivel Obregón, Francisco S. Carbajal, y del mayor del Ejército Libertador Roque González Garza.



uando González Garza terminó de leer el anterior artículo, que como se ha visto, analizaba admirablemente la situación y señalaba las normas de conducta que la insurrección debía seguir, fijó su mirada en el semblante del general Orozco. Éste, como si

lo que acabara de oír le confirmara plenamente importantes puntos de vista que con anterioridad ya se había formado, así como también lo orientara en otros que ni remotamente suponía existieran, pero que ahora los veía con claridad meridiana, encontrábase, aunque aparentemente serenado, sí bastante preocupado.

Muchas veces, durante la lectura, quiso interrumpir al mayor González Garza para que le repitiera algún párrafo del artículo a fin de compenetrarse más bien de él; sin embargo, deseando conocerlo todo antes de que las sombras de la noche lo impidieran, logró dominarse.

La noticia de que el asedio se levantaba y las fuerzas insurgentes se replegaban sin más dilación hacia el sur, se supo desde luego en el campo enemigo. Las balandronadas, sarcasmos y retos acompañados de injurias de los federales parapetados en las trincheras de Ciudad Juárez, dirigidas a los insurgentes con este motivo, arreciaron exageradamente. Hasta el lugar donde se encontraban el general Orozco y González Garza se oían perfectamente. El viento huracanado preludivo un aguacero torrencial que poco antes comenzara a soplar, las llevaba más allá del puente internacional donde las escuchaba la multitud curiosa que constantemente estacionada en el ribazo americano estaba al acecho de acontecimientos.

“¡Anden hijos de esto, hijos del otro, robavacas, éntrenle!; ¡No corran cobardes, desgraciados!; ¡Aquí están sus padres, infelices! ¡Ya vemos lo valiente que son ustedes, bandidos!; ¡Mulas, corretones, piernas de liebre: no tengan miedo!; ¡Viva el Gobierno!; ¡Viva Porfirio Díaz!; ¡Muera Madero!; ¡Muera el bandolero Pascual Orozco!” gritaban a pleno pulmón alharaquenta y desaforadamente, predominando entre todos aquellos denuestos y provocaciones los del coronel Manuel Tamborrel.

El general Orozco las oía y un temblor colérico que hacía arrugar el entrecejo y rechinar los dientes, agitaba todo su recio cuerpo de campesino de 28 años de vida. González Garza, presa de la misma emoción de rabia, con voz alterada y llena de sorpresa, le preguntó:

—¿Es cierto, mi general, que nos retiramos sin combatir; sin atacar a Ciudad Juárez? ¡Oiga usted lo que dicen de nosotros esos ca... brestos!

—Sí, mayor, nos vamos hoy mismo para el sur —respondió Orozco con acento de enigmática duda.

Después agregó, como hablando consigo mismo a tiempo que se daba un fuerte puñetazo en el pecho: “¡Vamos a ver muy pronto quiénes son más hombres!” Casi inmediatamente exclamó con profunda ira levantando la voz: “¡Conque cobardes, ¿eh? ¡Pelones pendejos, fanfarrones, vendidos!; jefecitos y oficialitos de desventurados forzados! ¡Aquí los han traído a puro huevo, como manada de borregos, no sus convicciones! ¡Se vanaglorian de ser muy Panteras y de tener muchos conocimientos militares, y son puros hijos de la chi... charra! ¡Pronto, muy pronto nos veremos las caras!”

La tarde había ya declinado y la luz moribunda y opalescente del crepúsculo envolvíase en tenues sombras nocturnales.

Los retos e injurias mezclados con estridentes e ingratos ladridos de perros hambrientos provenientes de Ciudad Juárez, no cesaban. Semejaban ya un abracadabrante orfeón de furias infernales, o bien, un espantoso aquelarre sabatino de legendarias historias medievales.

De súbito, a los denuestos sucedieron hilaridantes y fuertes carcajadas impregnadas de burlesco y sangriento dolo y sarcasmo, cuyos ecos repercutiendo en los muros próximos, crispaban los nervios.

Espesas tinieblas que proyectaban nubes parduscas que encapotaban el cielo, caían suave pero tétricamente sobre la tierra.

La luz violácea e ignescente de los relámpagos alumbrando el panorama, rielaba fugazmente en las armas de los de-
nostadores atrincherados en Ciudad Juárez.

Del poniente, o sea, de los campamentos rebeldes, des-
prendíase vago y confuso rumor como de preparativos y aje-
treo de tropas próximas a partir.

—¡Vámonos, mi general, —dijo González Garza a Oroz-
co, que con la mirada pertinazmente clavada en Juárez, otra
vez en actitud ceñuda permanecía grandemente pensativo.

—Sí, vámonos —dijo como despertando de un pesado
sueño. Después de un momento de cavilación agregó con
inflexión de amargura en la voz—: deseo que vaya usted a
decirle al señor Madero que ya marchó a cumplimentar sus
órdenes.

—Está bien mi general —contestó González Garza a
tiempo que le dirigía una respetuosa mirada contemplativa,
partiendo presto.

Orozco, sin libertarse todavía de su torturante preocupa-
ción permaneció a semejanza de un sonámbulo unos cuantos
momentos más siguiendo con la mirada a su joven jefe de Es-
tado Mayor desperezándose e irguiendo su hercúleo cuerpo
lanzó un hondo suspiro igual al que da aquel que por fin en-
cuentra la ansiada solución del problema que durante mucho
tiempo, cruelmente lo ha atosigado. A pesar de esto, no trató
de ponerse en marcha inmediatamente, pues dejó pasar otros
instantes durante los cuales impávido y mudo contempló las
luces que en su campamento despedían múltiples linternas,
que cual luciérnagas en alegre danza se movían, así como es-
cuchaba la gárrula y estólica algarabía que formaban las le-

peradas y sarcásticas risas de los federales, mezclados con los téticos y furiosos aullidos de canes hambrientos.

Después, templando sus acerados músculos, como el león cuando preparándose al combate restira sus vigorosos tendones y prepara sus filosas garras, irguiendo altivamente la cabeza, sacando el pecho y afirmando su paso, se encaminó, con aire resuelto y arrogante a su campamento.

Lo que había escuchado en la junta, muy especialmente lo que dijera aquel hombre de las majestuosas barbas patriarcales, aspecto imponente y voz de trueno llamado Venustiano Carranza, y aquello de que: “Si el armisticio se rompe antes de una semana, la caída del general Díaz será inevitable”; y esto otro: “Si el armisticio se prolonga, en cambio, durante más de quince días sin que se extienda al resto de la República, facilitará al gobierno del general Díaz la manera de fortalecerse para poder luchar contra la revolución, la cual para entonces habrá sufrido el natural relajamiento de sus energías, que se mantenían por la tensión de la lucha ya entablada, y al romperse nuevamente las hostilidades, el gobierno actual vencerá fácilmente sobre grupos ya desorganizados” que rotundamente afirmara en su artículo aquel hombre desconocido para él, pero que a no dudar era también un sabio y a la vez un fuerte paladín de la libertad, llamado Luis Cabrera, lo tenía muy presente, tanto que precisamente a ambos debíase su resolución tomada.

Por eso sin hacer caso de la luz lívida e incandescente de los relámpagos que lo deslumbraban, ni del horrísono retumbar de los rayos que lo ensordecían, ni menos del grato olor de tierra mojada que provocaban los grandes goteones de la tempestad que acompañada de viento ciclónico habíase desatado, caminaba con la testa levantada, erguido y sin inmutarse, hacia lo desconocido, porque precisamente

en ese desconocido presentía que estaba el cumplimiento de su deber patriótico; y así, enhiesto, empapándose, avanzando altanera y presurosamente, sintiendo el martilleo de sus propias palabras —que en estos momentos atropelladamente agolpábansele a su mente— dichas, cinco meses antes, en su manifiesto del 6 de diciembre anterior en ciudad Guerrero al levantarse en armas contra el despotismo porfirista,¹ su silueta hercúlea y semicuadrada se fue lentamente esfumando hasta perderse entre las negras y espesas sombras de la noche y de la borrasca.

Al llegar a su campamento, en el que inútilmente con gran ansiedad anduviéranle buscando, encontró que además de que todo estaba listo para la marcha, muchos de los jefes y oficiales se encontraban entregados en la lectura de un

¹ He aquí dicho manifiesto:

“A las fuerzas republicanas maderistas en el Distrito de Guerrero, Chih., Méx. y a todos nuestros hermanos bajo la bandera de la Constitución de 1857 y demás leyes que de ella emanan. Sabe: Que siendo tanto los atropellos y ultrajes que la tiranía oficial, llamada porfirista ha venido desarrollando en todo el país con el mayor escándalo y cinismo, sin respeto a las leyes, a la moral y a las buenas costumbres sociales; que para ese grupo de déspotas y tiranos, responsables únicos de cuantos males se originen en México, sólo hay que oponerles la fuerza a esa fuerza caprichosa y cínica en que ellos se apoyan para sostener tanta injusticia; que nosotros aunque amamos a la paz, no queremos la paz de los esclavos, puesto que, si éstos no tienen libertad, tampoco tienen Patria; es por eso que hemos venido a tomar la última resolución cual es, repeler con la fuerza justa a esa brutal fuerza causa de tanto mal y de injusticia tanta que sobre nosotros pesa, siendo nuestra acción la observancia del mejor orden posible y llevar por lema, salvar a México de tanta ignominia, de tanta tiranía y de tantos abusos, para lo cual ocurrimos a la unión de todos los que seamos buenos mexicanos, verdaderos demócratas y republicanos leales. —Sufragio Efectivo. No reelección.” C. Guerrero, diciembre 6 de 1910. —El Jefe de las Armas, Pascual Orozco.

manifiesto,² el que poco antes hiciera distribuir profusamente al señor Madero.

La orden para efectuar el repliegue no había sido cancelada, estando por consiguiente en pie y pospuesto el asalto a Ciudad Juárez.

Mas todo se puede hacer —decíase Orozco—: marchar inmediatamente para el sur, obedeciendo la orden recibida y después...

² Tal manifiesto es el siguiente:

“Campamento del Ejército Libertador, a las márgenes del Bravo, frente a Ciudad Juárez. —7 de mayo de 1911.

”SOLDADOS DE LA LIBERTAD

”Cuando os invité a venir a tomar la importante plaza de Ciudad Juárez, todos respondisteis a mi llamado con entusiasmo; sé que vuestro empuje sería irresistible y esta fortaleza caería en vuestras manos. Pero desde que llegamos a la frontera supe que cuando nuestros hermanos tomaron otra plaza fronteriza, las balas de los combatientes cayeron en suelo americano e hicieron algunas víctimas.

”Esto ocasionó algunas reclamaciones diplomáticas. En este caso, serían inevitables las mismas complicaciones, si Juárez fuese atacada; complicaciones que serían demasiado serias, por tratarse de una nación que nos ha dado repetidas pruebas de amistad; nos convendría, pues, prescindir de la incuestionable ventaja que nos traería tener en nuestro poder una población en la línea divisoria, con tal de no comprometernos en una cuestión internacional.

”Comprendo el sacrificio inmenso que esto significa. Nuestros oficiales, principalmente los generales, han manifestado su deseo de tomar por asalto la plaza o perecer en la demanda. Especialmente el general Orozco, que no pudo atacar la plaza la primera vez que a ella se acercó, considera que es cuestión de honor militar no retirarse esta vez sin atacarla. Pero, dando un ejemplo de patriotismo y subordinación, ha dispuesto secundarme. Más yo os prometo, como se lo prometí a él que se desarrollará una importante actividad guerrera que os dé la oportunidad de ganar muchas e importantes batallas, donde podréis satisfacer vuestro legítimo deseo de combatir por vuestro país y por vuestra gloria.

”En una palabra, os prometo que haremos una marcha triunfal hasta llegar a la Capital de la República, donde recibiréis la recompensa debida a vuestro patriotismo y abnegación.

”Sufragio Efectivo y No-Reelección. —Francisco I. Madero, Presidente Provisional de la República Mexicana.”

Estaba ya a la cabeza de la vanguardia de sus tropas escuchando los partes que rendíanle algunos de sus subalternos y próximo ya a romper la marcha, cuando el mayor González Garza acercándosele informóle que la comisión que poco antes le diera, estaba cumplida.

“¡Está bien, gracias, mayor; incorpórese!”, contestó Orozco secamente e incontinenti dio orden de partir, iniciando él mismo la marcha.

Adelante, en Bauche, en una pequeña prominencia que se hallaba al margen del camino que seguían las tropas, estaba el señor Madero acompañado del señor su padre, de algunas otras personas y de los señores Braniff, Esquivel Obregón y Hernández observando la partida de las susodichas fuerzas, los que satisfechos y sonrientes al ver que por fin éstas levantaban el sitio y replegábanse hacia el sur, saludáronlas a su paso regocijadamente, no así los delegados porfiristas que lo hicieron aviesa e irónicamente.

Las tropas que, como ya he dicho, eran en su mayor parte de caballería, no iban en columna cerrada o por pelotones de ocho, 10 o 12 en fondo, como es de rigor en el Ejército regular, sino en una lamentable confusión, desordenada y abigarradamente, es decir, en pelotera, como chusmas. Sin artillería, ni trenes de ambulancia, ni bandas de guerra y escalonados clarines de órdenes, ni zapadores, ni aun siquiera llevando una ametralladora, y todos ellos cubiertos con pésima vestimenta, poco menos que andrajosos. No parecía sino que tal desfile era el de una numerosa pandilla de beduinos del desierto o una trashumante y gigantesca caravana de harapientos gitanos. Y sin embargo, allí iban el valiente Giuseppe Garibaldi, nieto del

ilustre autor del mismo nombre y apellido de la unidad italiana; el general Viljoen, boer, héroe epónimo del Transvaal; Raúl Madero, hermano de don Francisco; talentoso y modesto joven de mucha decisión y arranque, futuro general del Ejército revolucionario: Francisco Villa, el “Centauro del Norte”, que tiempo después asombraría al mundo con sus extraordinarias hazañas guerreras; así como un conjunto de intrépidos batalladores cuyos nombres pocos años más tarde, merecidamente andarían, en alas de la fama debido a sus notables actos de valor, arrojo y patriotismo.

Después de que el último grupo desfilara frente al señor Madero, éste y sus acompañantes desde la pequeña prominencia en que a guisa de templete se encontraban soportando el chaparrón se quedaron largo tiempo contemplando ensimismados, como si algo misterioso y terrible presintieran, cómo poco a poco iban desapareciendo entre la fina neblina que como sutilísima polvareda se formaba a través de los tupidos goterones del torrencial aguacero que todavía en esos momentos persistiera, las siluetas borrosas de algunos infantes que marchaban a la zaga de la retaguardia.

Y así, en medio de la noche, del espantoso chubasco y del más negro y amargo excepticismo y humillación, las fuerzas del pueblo armado que evocando a las valientes y sufridas huestes insurgentes del ilustre y benemérito cura don Miguel Hidalgo y las no menos heroicas del inmortal cura don José María Morelos, que integraban el incipiente Ejército Libertador, levantando el sitio a Ciudad Juárez retirábanse rumbo al sur, devorando su coraje y refrenando a duras penas su ardiente belicosidad.

Todo lo anteriormente referido ocurría la memorable noche del 7 de mayo de 1911.

Al día siguiente, al amanecer, los poquísimos juarenses que no se trasladaron a El Paso, suponiendo que las tropas insurrectas se encontraban ya muy lejos dado que habrían caminado toda la noche, recobraban no poco de su habitual tranquilidad, pues las contingencias tanto del sitio como del asalto, que los tuvieran por largos y penosos días en gran zozobra, habían, al parecer, desaparecido.

El repliegue de las tropas hacia el sur presenciado por el señor Madero y otros significados líderes así como por una consternada muchedumbre desde el otro lado del Bravo, había sido pues evidente y notorio.

Por eso a medida que las horas del día fueron avanzando, así también los comentarios acerca de lo sucedido fueron a su vez aumentando. De tal modo, que como a aquello de las nueve y media en que tanto los partidarios como los enemigos de la rebelión estaban efusivamente enfrascados en sendas y acaloradas conjeturas sobre lo acontecido, y cuando los jefes y oficiales federales acicalados con sus rabones e histrionescos dormanes recargados de galones y alamares, sus botas federicas relucientes y sus aplastados kepís afrancesados, abandonando sus trincheras, azoteas y demás parapetos, pavoneáronse por las calles, golpeando escandalosamente al caminar sus acicates y las vainas de sus espadas contra el suelo, ebrios de orgullo y pedantería, exagerada e insolentemente infatuados, carcajeándose fanfarronamente como locos de atar, echando balandronadas e injurias a diestra y siniestra, lanzando a todos los civiles inermes que a su paso encontraban miradas biliosas de través, o sea, de patibularios perdonavidas, creyéndose “Radameses”, es decir, unos triunfadores por la intempestiva retirada de los rebeldes

(los que según ellos, corrieran de puro miedo), empezóse a escuchar un rumor que, viniendo tenue y, sordamente de la lejanía, al aproximarse parecía el ruido ensordecedor de un impetuoso y formidable tropel de caballos salvajes en fuga.

Nadie al principio hizo caso de ello creyendo que sólo era una mera ilusión; pero como su claridad era cada vez más perceptible y hasta el jadeo de los corceles y los retos coléricos de desafío de “¡ora pelones, hijos del tal por cual, éntrenle como los hombres!” y “¡aquí están sus padres, federales mulas!”, que lanzaban los jinetes dejábanse escuchar, todo hizo entonces comprender que muy otra era la situación.

“¡Son los rebeldes que vienen! ¡El asalto va a empezar! ¡Hora si es de de veras!”, comenzaron a gritar por doquier, una vez que ya más ciertamente los divisaron y adivinaron sus intenciones. Lo que hizo que todos echándose a correr; unos, los civiles, hacia el puente internacional para ganar El Paso; y otros, los federales, rumbo a sus trincheras, pronto desaparecieron.

Y en efecto ellos eran. Pues a pesar de que partieran para el sur y en esa dirección caminaran algunos kilómetros, intempestivamente haciendo alto, resolvieron contramarchar a toda velocidad rumbo a Juárez a fin de tomarla a todo trance, aun, como se ha visto, contra la orden y parecer del señor Madero. Por eso inmediatamente que llegaron, sin vacilación alguna, sus avanzadas, ocupando las mismas posiciones que tuvieran durante el reciente y levantando sitio, abrieron un nutrido fuego de fusilería contra los sorprendidos y alharaquientos federales, los que desconcertados por aquel albazo que jamás esperaban y que hasta los imposibilitara, ¡tal fue el pánico que les produjo!, no sólo para dominar sus alterados nervios y ordenar asimismo sus incongruentes ideas, sino aun para lo que era más apremiante y elemental:

tomar violentamente las medidas requeridas para repeler convenientemente la agresión.

Sí, porque no cubrieron debida y oportunamente todos los puntos de defensa como lo hicieran en los pasados días del asedio, muy especialmente dos días antes, cuando el asalto era inminente, sino que abandonando, sin combatir, la primera línea de defensa, consistente en unas trincheras hechas con durmientes de vía, replegarónse a la segunda, defectuosamente trazada dado que las fortificaciones estaban incomunicadas entre sí, lo que observado desde entonces por los atacantes, éstos cargaron el fuego con tal ímpetu, que los aislados fortines del referido segundo cuadro de defensa, viéronse desde ese momento en grave peligro de caer.³

³ Como con la versión que en este ensayo consigno son ya dos las que existen respecto a los preliminares (y nada más que en los preliminares, pues en todo lo demás están enteramente de acuerdo) del ataque y toma de Ciudad Juárez divergentes ambas entre sí (la primera encuéntrase en las constancias procesales de la causa instruida al señor general don Juan J. Navarro por la caída de la citada plaza), todavía hay otra, es decir, una tercera, y ésta es la que da en su reciente obra *Madero y los auténticos revolucionarios de 1910* el señor general don Juan Guadalberto Amaya actor de la mencionada e importante función de armas, considero pertinente transcribirla a fin de que el lector aquilate cuál puede ser la más verídica, repito, únicamente en lo referente a los susodichos preliminares. Por mi parte sólo sé decir que la que dejo relatada es el fruto de una minuciosa y ardua tarea de investigación efectuada no sólo entre testigos oculares y actores supervivientes de tal suceso histórico, sino basada también en relatos periodísticos correspondientes a dicho asunto.

He aquí la citada versión, por la que según puede verse, que ni por un solo instante se llegó a levantar el sitio o a efectuar una engañosa retirada de las tropas insurrectas hacia el sur, para luego contramarchar violentamente sobre Ciudad Juárez y en medio de un intempestivo al-bazo atacarla y tomarla:

“El mismo día 8 de mayo de 1911, quizá por una verdadera coincidencia, Orozco da la respuesta que dignamente correspondía a la causa revolucionaria:

”Como 1a. medida, el Gral. Orozco ordena al Coronel Marcelo Caraveo la salida de algunas fuerzas para reforzar a Agustín Estrada, que

Pero como de continuar relatando este verídico e importantísimo episodio que constituye uno de los más culminantes hechos de armas de nuestra historia contemporánea, y el principal punto de partida de donde a consecuencia de tan desquiciante derrota, arrancaran todos los odios que terriblemente fermentados suscitarían en los compentes del Ejército ex-Federal no sólo el deseo de obtener una revancha leal y honrosa sino el abominable de una vil y traicionera venganza dando ello origen al cuartelazo de Veracruz en 1912 primero, y después al de la Ciudadela en 1913, y tam-

se encontraba en Bauche en acecho de la columna del Gral. Rábago que había salido de Chihuahua. Estrada cumplió valerosamente su misión, haciendo fracasar a Rábago en todos sus intentos para avanzar. Al mismo tiempo llama a su presencia a Villa y a todos sus jefes para exponerles el plan de ataque. El Coronel José Orozco recibe instrucciones para ordenar que unos pequeños grupos de sus fuerzas, con el pretexto de cortar algunas frutas en las huertas inmediatas al sur de Juárez, se acerquen provocativamente a las avanzadas federales del Gral. Navarro, defensor de la plaza, con el deliberado propósito de provocar incidentes violentos y dorar la píldora ante el Sr. Madero que estaba absolutamente renuente a librar batalla.

”Los grupos destacados por el Coronel Orozco cumplieron debidamente su misión y comenzaron a tirotearse a las 10 de la mañana del 8 de mayo, con las avanzadas y retenes de Navarro, cuyos incidentes serían el pretexto para generalizar el combate, confundiéndose en seguida a los gritos de ¡Viva Madero!, ¡Muera Porfirio Díaz!, ¡Viva el Supremo Gobierno! y demás expresiones del más florido lenguaje castellano.

”El plan de ataque debería desarrollarse a lo largo del Río Bravo con el propósito de evitar en lo posible que las balas cruzaran el territorio norteamericano, es decir, de oriente a poniente, atrayendo de esta manera la atención de Navarro y objetivamente concentrar el ataque en la parte sur; pero el brío de las avanzadas que iniciaron el tiroteo modificó en mucho el proyecto, desarrollándose las maniobras en la forma que expondré a continuación, sin dejar de anotar que los partes recibidos por el Sr. Madero, en relación con los primeros aspectos de la batalla lo irritaron de manera visible ordenando reiteradas veces que se suspendiera el fuego, a la vez que se dirigía al Gral. Navarro pidiéndole que hiciera otro tanto. Por el contrario, revolucionarios y federales se reforzaban, cundiendo el fuego como un reguero de pólvora.”

bién en cuanto a sitiar, atacar y tomar una bien defendida plaza por elementos antigobiernistas se refiere, me expondría a que los aristarcos gratuitos que nunca faltan me tildaran de escritor parcial, apasionado, o poco serio, consiguientemente considero oportuno ceder mejor dicha continuación, por lo que respecta nada más a la forma en que se efectuó el asalto y toma de dicho plaza, a aquellos que fueron los más caracterizados actores gobiernistas como el general don Juan J. Navarro, comandante de la guarnición de Ciudad Juárez, cuyo informe —aunque contradictorio en algunos puntos y bastante parcial en otros con relación a la más estricta verdad, es exacto en el resto— rendido oportunamente al entonces secretario de Guerra y Marina con respecto a dicha función de armas reproduzco íntegro, y así como las relaciones, igualmente contradictorias en unos puntos y bastante parciales y erróneos en no pocos, tanto aisladamente como comparativamente unos con otros respecto a los hechos, que con el carácter de declaraciones testimoniales rindieran con todas las formalidades de ley ante el juez y secretario del juzgado encargado de sustanciar el proceso abierto al mencionado general Navarro con motivo de la caída de la referida plaza de Ciudad Juárez, de los señores, mayor Enrique Pulido, jefe del Estado Mayor del general Navarro; coronel, Rafael García Martínez, jefe político de Ciudad Juárez; Óscar Braniff y licenciado Toribio Esquivel Obregón, delegados oficiosos; licenciado Francisco S. Carbajal, delegado oficial del gobierno, y mayor del Ejército Libertador, jefe del Estado Mayor del general Pascual Orozco, Roque González Garza, tanto porque sus relatos se ajustan, con las discrepancias antes dichas, a la verdad de los hechos acacidos, como

por ser también ésta la primera vez que tan interesantes cuan históricos documentos salen a la luz pública;⁴.

Parte rendido por el general don Juan J. Navarro al secretario de Guerra y Marina con motivo de la rendición de Ciudad Juárez:

“Al margen: Brigada expedicionaria. —General en Jefe. —Dá parte del combate de Ciudad Juárez contra las fuerzas rebeldes. —Tengo la honra de participar a usted lo ocurrido en el asalto de la Plaza de Ciudad Juárez por las fuerzas revolucionarias del C. Francisco I. Madero durante los días 8, 9 y 10 de mayo próximo pasado. El efectivo con que se defendía la Plaza consistía en 675 hombres entre federales y auxiliares, pues aunque de los documentos rendidos por las distintas corporaciones que tomaron parte en la defensa, se desprende que había mayor personal, hay que deducir de éste, los heridos en los combates de Bauche y de Casas Grandes así como los enfermos en el Hospital que ascendían a 186 hombres. El enemigo, según datos proporcionados por el servicio de exploración y de otras fuentes, ascendía a 3,500 hombres al comenzar el ataque; pero informes posteriores indican que durante el asedio, estuvo recibiendo refuerzos. Para mayor claridad me permito acompañar un croquis en que constan detalladamente las distintas fases del combate y las posiciones ocupadas por las fuerzas contendientes. —El día 8 de mayo a las 10.30 a. m. las avanzadas rebeldes situadas frente a las posiciones de la Plaza marcadas en el croquis con el número 1, rompieron sus fuegos contra un pequeño puesto avanzado situado sobre la margen derecha del río

⁴ Este proceso en toda su integridad, fueme proporcionado, precisamente para este fin, por el inteligente y culto librero y anticuario señor Juan Olague, a quien por medio de estas líneas patentizo mi más profundo agradecimiento.

Bravo. —El fuego fue contestado por dicho puesto que se replegó sobre un molino situado en el flanco derecho de la mencionada posición número 1, que la ocupaban 50 hombres del 20 Batallón, a las órdenes del Cap. 1o. Agustín Estrada. —Las avanzadas rebeldes fueron reforzadas y dirigieron sus fuegos contra la fuerza del Cap. Estrada, que con fuegos certeros contuvo el avance del enemigo durante una hora. Mientras esto sucedía llegaron a la Plaza los señores Licenciado Toribio Esquivel Obregón y Óscar Braniff llevando una carta del Sr. Francisco I. Madero para el suscripto, en que manifestaba que el ataque emprendido por sus fuerzas no había sido ordenado por él, sino que por el contrario ya lo mandaba suspender y me invitaba para que hiciera otro tanto con mis tropas, y esto mismo me confirmó el propio señor Madero por teléfono, en una conferencia que tuvimos. Accedimos a las invitaciones del Sr. Madero cuya buena fe era manifiesta, y atendiendo a razones de patriotismo por temer graves dificultades internacionales, pues al mismo tiempo recibía una perentoria excitativa del General Steever Comandante de las fuerzas americanas en El Paso, advirtiéndome en nombre de su Gobierno y del Presidente de los Estados Unidos, que ya habían pasado varios proyectiles al territorio americano y pidiéndome no se repitiera el caso, convine en mandar suspender el fuego, habiendo obrado de igual manera el citado Sr. Madero, quien destacó de su campamento al C. Cástulo Herrera con bandera blanca para que cruzara a través de las líneas de fuego y comunicara las órdenes respectivas; pero en tanto que mis tropas suspendieron efectivamente los fuegos, las del Sr. Madero, no obedecieron sus órdenes sino que siguieron avanzando y sin ser hostilizados, pudieron, aprovechando siempre la margen derecha del Río y los accidentes del terreno, flanquear a cubierto la mencionada

posición número 1, y tomar, enfilada a sus defensores que se vieron obligados a replegarse, a las posiciones números 2 y 3. Abandonada la posición número 1 pudieron los rebeldes ocupar la parte Norte de la Ciudad y posesionarse de ella, avanzando hacia el Sur por medio de horadaciones hechas en casas y manzanas. A las 12 p.m. tuve necesidad de reanudar el fuego ante el avance del enemigo siempre amenazante y con tal fin ordené que uno de los morteros ocupara la posición número 3, mientras el otro trató de flanquear el Río por el N. E. de la población, llevando ambos sus respectivas escoltas. —El primero despejó el frente de su posición obligando al enemigo a retirarse al Norte. El segundo logró desalojarlo de algunas casas del Norte, teniendo él que replegarse hacia el centro, con bajas en personal y ganado por haber sido atacado rudamente por poderosas fuerzas. —Fue también rechazado el enemigo en un asalto que emprendió contra las posiciones 5, 6 y hacia el Sur de la Ciudad. Debo hacer notar que desde que se inició el ataque, de todas partes de la Ciudad se estuvieron oyendo disparos y después he podido comprobar que desde varios días antes contaban los revolucionarios con más de 400 simpatizadores dentro de la población que habían ofrecido hostilizarnos tan luego como se rompiera el fuego. Los disparos a que me refiero eran seguramente de dichos simpatizadores. También creo de gran importancia hacer constar, que desde el día 7 cortó el enemigo el agua de las acequias que cruzan la Ciudad y que al empezar el día 8 el fuego, quedaron cortados los hilos conductores de la energía eléctrica y sin movimiento el motor de la bomba que surte de agua a la población; así pues, desde el primer día, se estuvo combatiendo habiendo conservado nuestras posiciones. A las 12 de la noche recibí al señor Roque González Garza, quien como parlamentario debidamente

autorizado, me proponía una capitulación que no acepté. A los 5 a.m., del día 9, el enemigo intentó un nuevo y vigoroso asalto contra las posiciones 5, 6 y H, pero fue rechazado con grandes pérdidas por la ametralladora y la infantería que ocupaba dichas posiciones. Desde este momento el fuego se hizo general en toda la línea de defensa; a las 10 a.m., el ataque se recrudeció contra las posiciones 4 y M, pero fue también rechazado con grandes pérdidas para el enemigo que fue perseguido por el fuego de un mortero hasta gran distancia. A la vez, el enemigo que se había posesionado de las casas vecinas a las posiciones B, C, D y 7, nos hostilizaba tenazmente con fuegos de fusilería y de bombas de dinamita. El fuego activo y eficaz de un mortero hizo grandes destrozos en dichas casas ocasionando al enemigo terribles pérdidas, pero careciendo de personal necesario para ocupar las posiciones de que era rechazado el contrario, al cabo de poco tiempo volvían nuevos combatientes enemigos a recuperarlas. La Iglesia, la cárcel, y la Jefatura Política, fueron también terriblemente asediadas por el fuego del enemigo desde las casa vecinas; fueron bombardeadas dichas casas y el enemigo fue obligado varias veces a evacuarlas con grandes pérdidas. Nuevos y numerosos refuerzos venían a ocupar los lugares batidos, haciéndose más difícil conservar nuestras posiciones que sin auxilio alguno eran sostenidas por nuestras tropas a las cuales hostilizaba un fuego cada vez más nutrido. Durante todo este día se combatió sin descanso por todas partes, teniendo necesidad de separar los dos morteros con que contaba, para acudir a las distintas posiciones, conforme eran más duramente atacadas. Entre tanto, habían transcurrido dos días y ninguno de los defensores había comido ni bebido y la situación se hacía más difícil a cada momento. La tarde de este día, murieron en el combate el Coronel Manuel

Tamborrel y el Capitán 1o. José L. Guerra. La noche se pasó combatiendo tenazmente. Amaneció el día 10. El cuartel del 14o. Regimiento había sido abandonado, en la imposibilidad de poderse sostener, pues estaba completamente rodeado por fuerzas contrarias y dominado por sus fuegos. La posición 8, es objeto de un fuerte ataque, retirándose la fuerza que la defendía, así como la que ocupaban las posiciones B y C en vista de la gran superioridad numérica del asaltante. Las tropas que ocupaban la posición 7, se replegaron al Cuartel General, pues recibían fuegos hasta por la retaguardia, de las casas situadas detrás de ellas, que ya estaban ocupadas por el enemigo. Todo el ataque de este lado se concentró en el Cuartel General, que era batido por todas partes. El ataque de todas estas posiciones fue ventajosamente ayudado por el uso de bombas de dinamita que el enemigo constantemente arrojaba sobre ellas. —Para impedir que cortaran mis fuerzas, y más fácilmente las batieran en detalle, las concentré en el Cuartel Federal (posición K), pues la situación se agravaba por momentos, y ahí tenía el depósito principal de municiones y existía un pozo asolvado que se creyó pudiera dar alguna agua escarbándolo, aunque no fue así. La concentración tuvo lugar a las 9 a.m.; la gente estaba ya agotada por el cansancio, el hambre y la sed. La posición estaba rodeada totalmente por los asaltantes, en número diez veces mayor que mis efectivos de combate; hacia el Norte, quedaba la frontera americana y por los demás puntos el desierto; además la mulada de artillería y de transportes que estaba en un corral cercano al Cuartel, habían caído en poder del enemigo; una retirada era imposible. Las fuerzas que combatían en las posiciones I, J y Q, se concentraron, igualmente, en esta última posición, habiéndose defendido hasta última hora a las inmediatas órdenes del Jefe Político de la Población.

ción C. Coronel Rafael García Martínez, que combatió con denuedo durante los días del combate. El ataque llevado a cabo por todos los grupos, y auxiliados por nuevas fuerzas era cada momento más tenaz. Por nuestra parte, los soldados faltos de fuerza física y moral, hacían los últimos esfuerzos de que eran capaces; ante tan tremenda situación, sólo me quedaba el sacrificio de mi persona y a las 2.30 p.m., me rendí a discreción para evitar el sacrificio inútil de mi gente. Todos los Jefes, Oficiales y tropa cumplieron con su deber, batiéndose bizarramente hasta los últimos momentos. Las pérdidas de mis tropas son las que constan en la documentación adjunta, siendo de advertir que sólo se han hecho constar como muertos, aquellos de quienes supongo tomaron nota exacta; siendo de creerse que haya habido mucho más. Las pérdidas del enemigo según datos de distintas fuentes ascienden a más de 400 muertos y de 200 heridos. Tengo el honor, mi General, de hacer a usted patentes mi subordinación y respeto. —Libertad y Constitución. El Paso, Texas, 8 de junio de 1911. —El General Brigadier. —Juan J. Navarro. (Rúbrica). —Al General Secretario de Guerra y Marina. —México, D. F. —Confrontada. —El Teniente Coronel Oficial Primero Jefe de la Sección Segunda. —Justiniano Gómez. (Rúbrica). —Flavio Paliza, General de Brigada, Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina certifico: que la anterior es a la letra, copia del original que existe en el archivo de esta Secretaría. —México, 4 de septiembre de 1911. —Flavio Paliza (Rúbrica).”

De la declaración rendida por el coronel Rafael García Martínez ante el juez especial general Julián Jaramillo, encargado de la instrucción del proceso contra el general Juan J.

Navarro, por rendir la plaza de Ciudad Juárez, entresaco lo más interesante al respecto y que a la letra dice: “Con anterioridad al armisticio y en el perímetro exterior de la población, por la parte poniente y normalmente al que conduce a la Presa internacional y extendiéndose hacia el Sur, se construyeron dos trincheras abrigo, sistema poligonal, cubriendo una extensión de cerca de doscientos metros, distante de la orilla del río, entre cincuenta y doscientos, más o menos, en donde existían unas labores algo enfangadas, zona que se cubrió con diez auxiliares de la fuerza que era sus órdenes y los que aprovechaban los accidentes naturales del terreno para su defensa. Hacia el Sur y del lado Poniente, se levantó un pequeño espaldón de artillería, formado por adobes de dos hileras al hilo, de espesor de cincuenta centímetros más o menos. Estas fortificaciones estaban a lo largo de la margen derecha del arroyo que limita la población por ese lado y desemboca en el Río Grande. Había otro espaldón para infantería y artillería al Sur del Hospital, poligonal, de adobes, construido caso igual al anterior. Al Sur de la población y cerrando el paso a las vías del patio del ferrocarril, que entran por este rumbo a ella se construyó una barricada con traveses de madera que usa el ferrocarril para sus alcantarillas, que tienen como cuatro metros de longitud y una escuadrilla de veinticinco a treinta y cinco centímetros más o menos por lado, habiendo colocado éstas una sobre otra (simplemente) a una altura de un metro y centímetros, cerrando estos traveses sacos de tierra al hilo; ligando este patio con el edificio de la escuela, donde se colocó la ametralladora y un piquete del veinte y tres Batallón, con una barricada construida en la misma forma que la anterior. Por la parte Oriente se levantó otra barricada enteramente igual a las anteriores, cubriendo la calle y como a unos cien metros

del Cuartel General. —La última, de la misma forma y construcción, al lado Norte a unos cien metros de la Jefatura de Armas, protegida esta barricada por las alturas del Teatro y Jefatura. Al enemigo, durante los días de armisticio, se le pasaban provisiones por Ciudad Juárez, dando esto lugar a que el enemigo se formase un juicio exacto de cómo estaba la defensa de la Plaza, cuáles eran sus elementos, su efectivo, y las probabilidades de triunfo que se pudieran tener. Los diez o más días que duró el armisticio, la fuerza federal estuvo cubriendo el servicio de las fortificaciones día y noche, a causa de la proximidad del enemigo, así es que cuando se verificó el ataque a Juárez ya la Guarnición se encontraba bastante cansada. Las innumerables hojas sueltas que se publicaron en El Paso Texas, dirigidas al soldado federal, indicándole que no fuera vendido, que no peleara contra sus hermanos e insultando al Gobierno en general, se repartían entre la tropa; pues sus mujeres, niños y vecinos burlando toda vigilancia establecida, las hacían llegar a su destino. La policía hizo algunas aprehensiones pero era materialmente imposible hacerse de todas por el sinnúmero de conductores que las pasaban y repartían; pues no sólo El Paso y Juárez, sino todo el Estado de Chihuahua simpatizaba con la Revolución. Los lamentables accidentes de arrojar por las noches bombas de dinamita en los cuarteles, Jefatura de Armas y calles cerca de la Jefatura Política, tenían en constante alarma a toda la población. En estas alarmantes condiciones, el día 8 de mayo como a las nueve y treinta a.m., empezó el combate por la parte Poniente, rumbo a la Smelter, generalizándose algo más tarde por algunos rumbos de la población.”

Declaración del testigo Óscar Braniff ante el juez General Julián Jaramillo, encargado de instruir el proceso contra el general Juan J. Navarro, por haber rendido la plaza de Ciudad Juárez:

“En la Plaza de México, a 20 días del mes de octubre de 1911, presente el señor Óscar Braniff, por citación que se le había hecho, previa la protesta de ley e impuesto de las penas en que incurrían los que declaran con falsedad, fue interrogado por sus generales y dijo: llamarse como queda escrito, natural de México, D. F., de 36 años de edad, casado, comerciante y agricultor. Preguntado diga lo que sepa acerca del combate y rendición de Ciudad Juárez; contestó: que el día 8 de mayo próximo pasado, encontrándose en El Paso Texas, fue con el licenciado Hernández y el licenciado Esquivel Obregón a ver al señor licenciado Carbajal, para saber si se encontraba dispuesto a reanudar las Conferencias de Paz; habiendo manifestado dicho señor que sí, pero que por su parte no haría ninguna proposición por no juzgarlo propio del decoro del Gobierno; que el que habla temía que el Jefe de la Revolución por su parte, les pusiera igual tropiezo y que hicieron ver al señor Carbajal la trascendencia que tendría el hecho de que ambas partes se encerraran en un formalismo mezquino; pero que encontrándolo inflexible, se dirigió al señor Madero, acompañado de los señores licenciados Hernández y Esquivel; que como lo había supuesto, también el señor Madero puso reparos en ser él quien iniciara las negociaciones y que en vista de esto propusieron el declarante y el licenciado Esquivel Obregón, dirigir una comunicación pidiendo se les autorizara para proponer la continuación de las conferencias sobre la base de una inmediata suspensión de hostilidades en Ciudad Juárez que así lo hicieron habiendo obtenido la contestación de Madero que a

letra dice: ‘En contestación a su atento oficio de hoy, me es grato manifestarles que con placer accedo a la indicación de dirigirse al señor Lic. Carbajal, Delegado del Gobierno del General Díaz, a fin de que se reanuden las negociaciones de paz a la mayor brevedad posible, en la inteligencia de que por mi parte accedo igualmente a la inmediata suspensión de hostilidades en los alrededores de Ciudad Juárez, hasta que se pacte el armisticio por los delegados de ambas partes. Protesto a ustedes las seguridades de mi atenta consideración. —Sufragio Efectivo No-Reelección. —Campamento del Ejército Libertador, Márgenes del Río Bravo, frente a Ciudad Juárez a 8 de mayo de 1911. —El Presidente Provisional de la República Mexicana. —Francisco I. Madero. (Rúbrica). —A los señores licenciados Toribio Esquivel Obregón y Óscar Braniff —El Paso, Texas’. —Que como a las 10 de la mañana se disponía a salir de la oficina de Madero para llevar esta comunicación al Sr. Carbajal cuando llegaron a avisar que las avanzadas se estaban batiendo. Que según se dijo entonces el motivo fue porque un mujer de Ciudad Juárez había llevado de comer a los rebeldes y cuando regresó a la Ciudad le habían hecho fuego; pero que el declarante conocía la disposición que Pascual Orozco tenía para atacar desde la víspera a Juárez y que por otra parte los federales habían dado pruebas de una disciplina rigurosísima, por lo que no sería compatible con ella que hubiera alguno de ellos disparado sobre una mujer inofensiva. Que el que habla y el licenciado Esquivel Obregón, se aprestaron a ir a El Paso, Texas, a proponer en nombre de Madero la reanudación de las conferencias sobre la base de inmediata suspensión de las hostilidades, habiéndoles encarecido el señor Madero se apresuraran a hacerlo y que mientras, él mandaría poner fin a aquella escaramuza. Que enterado el licenciado Carbajal accedió desde

luego y mientras estaba redactando la contestación, el que habla y el licenciado Esquivel Obregón se dirigieron a Juárez a comunicar al General Navarro el acuerdo para que hiciera suspender el combate; cuando pasaron el Puente Internacional estaba invadido por una multitud de vecinos a quienes había sorprendido la agresión y corrían despavoridos rumbo a El Paso, bajo el fuego de los contendientes. Que llegaron al Cuartel General en los momentos en que se escuchaba una descarga de fusilería en la espalda del mismo, encontrando en las oficinas sólo un oficial convaleciente que andaba en muletas, pero luego salió del fondo del edificio el Coronel Noriega, a quien le manifestaron el objeto de su visita, y le entregaron el oficio para que lo entregara al General Navarro, cuyo oficio era la contestación de Madero, que antes se ha asentado, la que el declarante mandó recoger al General Navarro, después, por conducto del señor Brandon; que el citado Coronel les manifestó que los federales no atacaban, que él acababa de ordenar aquella descarga para repeler a un grupo de rebeldes que se acercaba por ese lado, pero que podrían presenciar ellos que los soldados no hacían más que defenderse tras de las barricadas, de lo cual se convencieron. Que después se dirigió el que habla al Hotel Sheldon, a recoger la contestación del Delegado del Gobierno, la cual llevó al señor Madero, y que al llegar a su oficina supo que éste había asegurado que ya había recogido la gente y que sólo quedaban tiroteando unos cuantos hombres, que ya también mandaba recoger, y que había suplicado al licenciado Esquivel Obregón hablara por teléfono del Campamento al General Navarro y le rogara mandase cesar el fuego, cuando aparecieron unos individuos llevando una bandera blanca, pues que iban a recoger a los combatientes, y que habiéndose enterado de esto, el General Navarro, manifestó que obraría de

acuerdo suspendiendo el fuego al parecer el grupo a que se refería. Que al presentarse bajo bandera blanca los enviados de Madero, el General Navarro suspendió los fuegos y los revolucionarios aprovecharon aquel momento para avanzar hasta colocarse al Norte de un puesto que defendía la acequia que atraviesa la población. Que el enviado con bandera blanca no logró su objeto, pues que a poco le mataron el caballo de un balazo, habiendo aprovechado Madero este incidente para disculpar su actitud posterior, no obstante que era muy difícil averiguar de qué lado había salido el tiro; que el General Navarro aseguró que los federales habían obedecido la orden de cesar el fuego y que tanto la honorabilidad de su palabra, como la disciplina de sus tropas y la circunstancia de que los suyos no habían manifestado disposiciones de desobediencia, y que no tenían los móviles que los revolucionarios para combatir y que, finalmente, el propósito decidido que se notaba en Pascual Orozco y sus tropas de no obedecer a Madero; hacen poner fuera de duda que el tiro salió de las filas rebeldes, agregando a esto que el lugar donde se decía que había caído el caballo del enviado, era la loma que limita la llanura al Poniente de Juárez, a dos o tres kilómetros de esta población. Que por la tarde mandó Madero al oficial rebelde Cástulo Herrera a que, dirigiéndose por el Puente Internacional y con bandera blanca, llegara hasta las filas maderistas y les ordenara la retirada; que el General Navarro tuvo conocimiento de la aproximación de este nuevo enviado a quien el declarante acompañaba a pedimento de Madero a fin de que le permitieran las autoridades americanas aproximarse al puente; que el que habla observó que ya en éste habían gran cantidad de rebeldes. Que el General Navarro mandó suspender el fuego al llegar el oficial Herrera, sin otro resultado que el de la mañana, pues los

rebeldes no hicieron caso de la orden y aprovecharon la suspensión del fuego para penetrar dentro de las casas de la población. Que no habiendo podido hacerse obedecer Madero de los suyos, dio orden de atacar, orden innecesaria, pues que sin ella ya se realizaba el ataque. Que a las nueve de la noche el declarante fue notificado por teléfono, por Madero, de que todo estaba arreglado para suspender el ataque y que iría más tarde una Comisión a Ciudad Juárez con el objeto de recoger a los rebeldes que se habían internado en Ciudad Juárez, pero que para esto era preciso notificar al General Navarro que al reconocerse la llegada de dicha Comisión mediante una señal convenida con una linterna de mano suspendiera los fuegos; que el declarante lo comunicó también por teléfono al General Navarro quien manifestó que sí, que se suspenderían los fuegos al llegar dicha Comisión. Que a las dos de la mañana del día 9 de mayo pasado, la repetida Comisión se presentó en el Hotel, alojamiento del que habla y que habiéndose internado en Ciudad Juárez, regresó una hora después manifestando que acababa de darse cuenta de que la población estaba prácticamente tomada y proponía al declarante y al licenciado Esquivel Obregón que influyeran con el licenciado Carbajal para ordenar al General Navarro, que la Comisión que le había dicho iba a recoger a los rebeldes que estaban en la población, había estado con él a pedirle que rindiera la plaza a lo cual se había negado terminantemente. Que el General Navarro manifestó al que habla que seguiría defendiendo, pues que no se consideraba perdido, que creía que no obstante tener los rebeldes en su poder la mitad de la población, estaba en igualdad de circunstancias. Que el combate siguió durante todo el día nueve, habiendo quedado el General Navarro reducido al recinto resguardado por las barricadas, a las alturas de la iglesia de

Guadalupe y al Cuartel de Infantería; quedando sin posibilidad de proveerse de agua, pues que la tubería que comunicaba con el depósito de ella, había sido cortado la víspera del ataque por algunos vecinos de Juárez simpatizadores y de acuerdo con los revolucionarios y que también no pudo proveerse de víveres los cuales pensaba seguramente obtener por el lado americano. Que supo que el General Navarro que durante la suspensión de fuego en la mañana del día 6, los maderistas habían flanqueado las tropas que defendían las trincheras del Poniente, teniendo también que retirarse y que desde ese momento se limitó a las casas de la Ciudad. Que llamó la atención del declarante el que sólo una tarde funcionara la artillería y durante corto rato, habiendo sabido después que la causa de esto fue que la Plaza sólo tenía dos morteros de 80 milímetros con 200 granadas, de las cuales 150 eran de 70 milímetros y que por lo tanto inútiles. Que supo el declarante que el día 10 de mayo pasado, se rindió el General Navarro tomando posesión de la Plaza los revolucionarios, quedando prisionero dicho General con todos sus oficiales y tropa y que supo se aseguraba lo respetarían; que el día 12 del mismo mes estuvo con el licenciado Esquivel Obregón a visitar al señor General Navarro, que estaba alojado en la misma quinta de Madero, en las cercanías de Juárez, y que el General le dijo que había hecho todo lo posible por sostener la Plaza y que a pesar de sus esfuerzos no lo había logrado, principalmente por tener la Plaza un gran perímetro que defender, sin que hubiera sido suficiente para ello la fuerza que tenía a sus órdenes; que también había tenido la desgracia de perder oficiales importantes, teniendo por esto que reconcentrar su gente para tenerla a la vista y que con motivo de las suspensiones del fuego había perdido la ventaja de tener a distancia a los rebeldes y que éstos, ya

dentro de la población, se establecía una igualdad entre los combatientes terminando por obtener la superioridad los rebeldes en vista del número. Que el que habla supo que el día 13 del mismo mayo habían querido los rebeldes fusilar al General Navarro como una consecuencia de habersele insubordinado sus fuerzas a Madero y que éste puso en salvo al General pasándolo al lado americano. El declarante pudo darse cuenta de que tanto los americanos como los rebeldes quedaron sorprendidos del valor y serenidad del General Navarro, y que también pudo darse cuenta de que todos los vecinos de Ciudad Juárez fueron hostiles para los federales. Que el que habla, según pudo apreciar, calcula de dos a tres mil hombres los que atacaron a Ciudad Juárez y en 600 las fuerzas que la defendieron. Preguntado si tiene algo que agregar o quitar en su declaración, dijo que no, que lo dicho es la verdad en lo que se afirma y leída que le fue la ratificó firmando con el Juez y Secretario. Doy fe.”

Declaración del testigo licenciado Toribio Esquivel Obregón ante el juez especial general Julián Jaramillo en el proceso instruido contra el general Juan J. Navarro por haber rendido la plaza de Ciudad Juárez:

“En León a 23 de octubre de 1911. —Presente el C. licenciado Toribio Esquivel Obregón, previa protesta de ley y conociendo las penas en que puede incurrir el que declara con falsedad, a sus generales expuso llamarse como queda escrito, de 47 años de edad, originario y vecino de León, Guanajuato, casado, abogado de profesión, con domicilio en la calle Oratorio, Oriente, No. 18 y sin tacha legal.— A preguntas que se le hicieron manifestó: que llegó a Ciudad Juárez en unión del señor don Óscar Braniff el día 20 del próximo

pasado, con objeto de procurar un avenimiento entre el Gobierno Federal y la revolución capitaneada por don Francisco I. Madero; que inmediatamente al llegar a la Ciudad se pusieron ambos en contacto con el señor General Juan J. Navarro para que les proporcionara los datos relativos al lugar donde se hallaba el Jefe de la Revolución con su tropa y les diera un guía que los llevara a dicho lugar; que el señor General Navarro les proporcionó dicho guía y les dijo que Madero y los suyos se encontraban en Bauche que es una Estación del Ferrocarril del Noroeste y Chihuahua situada al Sur de Ciudad Juárez; que inmediatamente se dirigieron allá en automóvil, no habiendo podido ver en todo el trayecto ninguna obra de fortificación; que en Bauche fueron informados el declarante y su compañero señor Braniff, que Madero no estaba allí sino en un punto cuyo nombre no recuerda, situado al Poniente de Juárez; que en tal virtud volvieron a dicha Ciudad y luego se dirigieron al campamento maderista, pudiendo notar que por el lado Poniente de la población sí había obras de fortificación, consistentes en un pozo poco profundo y un parapeto de adobes que se extendían hasta el lugar en donde penetra la población, una acequia que conduce el agua del Río Bravo para el riego de las sementeras que hay en las inmediaciones de la Ciudad; que el señor General Navarro, explicó el error en que se encontraba en cuanto a la localización del enemigo, con la hostilidad de la gente toda para el Gobierno y sus tropas, lo cual le impedía tener guías para su gente y exploradores, que serían irremisiblemente sacrificados; siendo un hecho perfectamente perceptible esa hostilidad de la gente; y como a unos diez kilómetros de la población, y en medio de la serranía que se halla al Poniente de ésta se encontraron a don Francisco I. Madero con el cual concertaron que no atacaría la Plaza en que

vencía el término señalado, al intimar la rendición al Sr. General Navarro, sino que esperaría 24 horas más en tanto que se tenía contestación de México a las proposiciones que él formulaba; que después de esto se siguieron varios días de armisticio, durante los cuales se celebraron las Conferencias de Paz entre el Delegado único del Gobierno Sr. Lic. Don Francisco Carbajal y tres delegados de la Revolución; que no habiendo tenido las Conferencias resultado de llegar a un avenimiento, el día 6 de mayo don Francisco I. Madero, publicó un manifiesto declarando que por patriotismo no atacaría ninguna de las plazas fronterizas, sin saber el declarante si tal manifiesto influiría para infundir en las tropas de la Plaza la seguridad de no ser atacadas; que por su parte el exponente siempre vió vigilantes a los soldados que se hallaban en las obras de defensa; que también vió una barricada construida en la boca-calle inmediata al Oriente del Cuartel General, y otra en la calle Lerdo, por donde vienen los tranvías que circulan entre la Ciudad de El Paso y la de Juárez; que además vió la Iglesia de Guadalupe coronada de sacos de arena y supo que en iguales condiciones estaban la Plaza de Toros y el Cuartel de Infantería, pero que éste no lo vió; que la acequia que conduce el agua a las cementeras y de la que ya se ha hecho mención, procede de un lugar situado como a 4 kilómetros de Juárez hacia el poniente; que un dique fabricado en el Río eleva el agua de éste y la hace penetrar en la acequia, la cual se encuentra bordeada por la tierra que se ha sacado de los azolves en cantidad bastante considerable para que pueda un hombre caminar a lo largo de la acequia y al Norte de ésta, sin ser visto ni ofendido de la Plaza, pues forman los bordes de la acequia un camino cubierto; que como también he dicho, la fortificación del lado Poniente se apoyaba en la acequia que era su extremo Norte, quedando indefensa

la faja de terreno que se extiende entre la acequia referida y el Río Bravo, de suerte que por ese lado podía fácilmente el enemigo flanquear el puesto de la acequia que resguardaba una pieza de artillería, y aun coger ésta por la retaguardia, a merced de unas casas de adobe que quedaban detrás de dicho puesto; que el día 8 de mayo, el declarante y el señor Braniff dirigieron una comunicación al Sr. Francisco I. Madero proponiéndole que, en vista de que el General don Porfirio Díaz había publicado un manifiesto declarando que se retiraría del Gobierno al quedar asegurada la paz, facultara a los firmantes de dicha comunicación para solicitar del representante del Gobierno Lic. Carbajal que se reanudaran las conferencias de paz, sobre la base de una inmediata suspensión de hostilidades en el Distrito Juárez mientras tanto se arreglaban los términos de un armisticio; que Madero contestó con otra comunicación aceptando lo propuesto por ellos, e invistiéndolos en tal virtud con el carácter de Delegados para proponer la reanudación de las Conferencias de Paz y la inmediata suspensión de hostilidades mientras se pactaba el armisticio en forma; que en el momento en que ambos salían de la casa de Madero, vinieron a decir que se había entablado el combate, en vista de lo cual Madero encareció al declarante y a su compañero que se apresuraran a arreglar la suspensión de hostilidades, mientras él mandaba retirar a los suyos; que el señor Braniff y el declarante fueron a poner en conocimiento del Sr. Carbajal su proposición. Mientras este señor contestaba aceptando la proposición de Madero ellos se dirigieron a Ciudad Juárez, en donde se estaban batiendo; que los maderistas en esos momentos avanzaban por el Sur, y cuando el declarante llegó al Cuartel General se le rechazaba de allí con una descarga de fusilería; que en dicho Cuartel no encontraron el señor Braniff y el declarante al Sr.

General Navarro, pero le comunicaron la proposición de Madero y la aceptación del Sr. Carbajal por medio del Coronel Zenón Noriega, quien se encargó de hacer llegar a su jefe esta noticia, haciéndoles observar que las tropas federales estaban dentro de las trincheras manteniéndose a la defensiva; que Madero por su parte no pudo conseguir que los suyos se retiraran, a pesar de haber ido el exponente a comunicarle la disposición en que se hallaban las tropas de Juárez y la aceptación por parte del señor Carbajal de las nuevas Conferencias, lo que implicaba la aceptación de la suspensión inmediata de hostilidades, porque el lugar designado para estas Conferencias era un punto entre el Campamento maderista y la Ciudad, precisamente donde está el dique de desviación del Río Bravo del que ya se ha hecho mención; que Madero desean-do recoger sus tropas, pidió al declarante que arreglara con el General Navarro, no hicieran fuego sobre el oficial y unos soldados revolucionarios que se presentarían con una bandera blanca para recoger a los maderistas combatientes; que el General Navarro así lo ofreció y lo hizo, motivando esa suspensión del fuego que los revolucionarios avanzaran por el lado Norte de la acequia, y ayudados por los vecinos de Juárez, cogieron el puesto que defendía la entrada de la misma acequia a la Ciudad, a la vez que por el flanco derecho, por el frente y por la retaguardia, obligándolo a retirarse, y haciéndose fuertes los revolucionarios en las casas de adobe y en los machotes del puente internacional del Ferrocarril de Santa Fe; que desde esos momentos los revolucionarios pudieron llegar hasta la plaza enteramente a salvo por el camino cubierto al Norte de la acequia y en tales condiciones, teniendo la ayuda entusiasta de los vecinos, pudieron penetrar en las casas y aproximarse bajo cubierto hasta los lugares defendidos por las fuerzas federales; que como las barricadas

existentes en la población no formaban un segundo reducto dentro del cual pudieran comunicarse libremente las tropas, éstas se encontraban aisladas en cada uno de los puntos fortificados; que la situación de esas tropas llegó a ser así sumamente desventajosa y pudo preverse desde luego el resultado desfavorable para ellas: que no obstante eso, de carecer de víveres y agua, pues los revolucionarios cortaron la tubería que surte la Plaza, durante mucho tiempo estuvo indeciso el resultado de la acción; que el mismo día 8 la artillería estuvo haciendo un fuego de metralla muy eficaz sobre los maderistas que se ocultaban detrás de una loma, pero esto duró poco tiempo en la tarde de ese día; que como a las once de la noche de ese mismo día ocho, se presentó Dn. Roque González Garza en el departamento que ocupaban el declarante y don Óscar Braniff en el Hotel Sheldon a solicitar que obtuvieron del General Navarro suspendiera sus fuegos al presentarse un enviado con una linterna, con la cual haría algunas señas, con el objeto de comunicar a los maderistas, una vez más, la orden de retirarse dada por Madero; que obtenido de Navarro el consentimiento, volvió González Garza, como a la una y media o dos de la mañana del día nueve diciendo que la situación de la Plaza era insostenible, que los maderistas habían quitado tres cañones; que los oficiales de artillería habían defecionado y que la tropa toda estaba muy abatida; que en tales condiciones era inútil y aun cruel seguir la resistencia; que debía proponerse al General Navarro la rendición incondicional; que el declarante, sin dar crédito a lo dicho por Garza habló por teléfono con el General Navarro, quien le manifestó que no era cierto nada de lo que aquel decía; que solamente habían podido capturar en la mañana una mula con cartuchos que llevaba cargados; que el espíritu de la tropa era magnífico y que no había que

oír hablar de rendición; que el mismo día nueve continuó el combate, que casi no se interrumpió durante la noche; que en la tarde del mismo día los federales lograron rechazar en algún punto a los rebeldes; que no puede decir el declarante con exactitud cuál fue ese punto porque no se podía percibir en medio del hacinamiento de casas, desde el lugar donde el declarante se encontraba y que todavía la noche de ese día nueve el resultado era incierto; que siguió el combate esa otra noche, y el día diez a medio día se rindió la Plaza, siendo una de las causas principales que determinaron la caída la falta de agua y la sed que se apoderó como consecuencia, de los soldados; que también faltaban los víveres y con eso la tropa estaba no sólo incapaz de resistir por más tiempo, sino que también fue ese el motivo por el cual no pudo evacuar la Plaza el General Navarro, en vista de que todas las inmediaciones de Ciudad Juárez carecen de agua y de manera de proveerse de víveres; que hablando después con el señor General Navarro, el declarante le preguntó el motivo por el que había funcionado tan poco la Artillería, y dicho señor le manifestó que era debido a que no tenía más parque, pues por un error se le mandaron muy pocos cartuchos de ochenta milímetros y bastante de setenta milímetros, calibre este último que correspondía a la Artillería de la Plaza, la cual estaba compuesta sólo de dos morteros y una ametralladora; que dos días después, visitando el declarante el Cuartel en donde se había guardado la artillería quitada a los federales, vio efectivamente sólo dos morteros sin sus correspondientes obturadores, buena cantidad de cartuchos de setenta milímetros, que era el calibre de dichos morteros. Que la idea general tanto en los mexicanos de uno y otro partido contendientes, como de los americanos de El Paso, fue de estimación y respeto hacia el señor General Navarro, por su valor

demostrado en aquellas jornadas y por la lealtad que supo demostrar constantemente por la causa del Gobierno. Que la convicción personal del declarante fue en el sentido de que era merecedor de ese respeto, y hablando con él cuando se encontraba allá en el Hotel Dieu, en la ciudad de El Paso, expuso a dicho señor General la conveniencia de que al llegar a México, solicitara la formación de una averiguación sobre el combate y rendición de Ciudad Juárez. Que no tiene más que exponer, ratificó lo expuesto previa lectura, firmando al margen con el Juez y el Secretario que da fe.”



Declaración del testigo licenciado Francisco Carbajal ante el juez especial general Julián Jaramillo en el proceso instruido contra el general Juan J. Navarro por haber rendido la plaza de Ciudad Juárez:

“Licenciado Francisco S. Carbajal, protestando ser originario de Campeche, mayor de edad, soltero, Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, con habitación en la 1a. calle de Hamburgo y en debido obsequio a la atenta nota de Ud. en la que se sirve pedirme informe acerca del asedio y toma de la Plaza de Ciudad Juárez, en mayo de 1911, tengo el honor de manifestar a Ud. lo siguiente: El mismo día en que terminaba el armisticio celebrado entre el Gobierno del General don Porfirio Díaz y la Revolución encabezada por don Francisco I. Madero, para llevar a cabo las Conferencias de Paz en Ciudad Juárez, viendo en mi carácter de representante del señor General Díaz que se reanudaban esas Conferencias, rotas entonces por motivo de pública notoriedad, lo hice saber así al señor General don Juan J. Navarro, Jefe de las fuerzas federales en aquella plaza fronteriza, trasladándome personalmente a dicha población poco antes de la hora

señalada para finalizar el armisticio, a efecto de que tomara las providencias del caso con motivo de reanudarse las operaciones de guerra. El señor General Navarro quedó entendido de ello, dio delante de mí las órdenes que estimó oportunas, y tuve ocasión de ver que las fuerzas de la guarnición salieron en seguida a ocupar las posiciones señaladas para la defensa de la Plaza. Esto ocurría entre diez y once de la mañana del día 7 de mayo de 1911. Los revolucionarios no hicieron acto alguno de hostilidad contra la plaza y así transcurrieron los días anteriores hasta la mañana del día 8 en que a las once aproximadamente comenzó el ataque, dirigiéndose aquéllos sobre Ciudad Juárez por una zanja o canal para irrigación situado entre ambas ciudades, y que sigue aproximadamente el curso del mismo Río Bravo, límite entre las dos Repúblicas. Los revolucionarios ocuparon inmediatamente la cabeza de uno de los puentes internacionales y lugares próximos, desde donde procuraron después penetrar a la población. En esta disposición ambas fuerzas, ya era imposible sostener el destacamento federal avanzado, que tenía el encargo de defender una trinchera en las afueras de Ciudad Juárez hacia el campamento maderista, N. O. dado que tal destacamento había venido a quedar flanqueado, y se dio orden para retirarlo viniendo al centro de la población, donde se hallaba el grueso de la fuerza federal dispuesta a rechazar el ataque. Como quiera que estas primeras operaciones se llevaron a cabo sin que la guarnición de Ciudad Juárez disparase sobre los agresores, tal circunstancia ha llamado la atención porque resultaba extraño a primera vista que aquélla se dejase encerrar en la plaza, debilitando la defensa al renunciar a la ventaja de ofender al enemigo desde las fortificaciones exteriores, para impedir su aproximación. Ese mismo día del ataque pregunté por teléfono al Sr. General Navarro el por

qué de su conducta; y creo que nada puede reprochársele sobre el particular, por que ella fue debida al deseo de evitar un conflicto internacional disparando en dirección de El Paso, pues ello necesariamente hubiera causado además de las pérdidas materiales consiguientes a la corta distancia que separa ambas poblaciones, la de muchas vidas de americanos, por encontrarse considerable número de ellos en la margen americana del Río Bravo y muy próximos por consiguiente, a los lugares donde se desarrollaban las operaciones militares del lado mexicano. Ocupadas estas primeras posiciones por los revolucionarios, que estaban provistos de magnífico armamento y parque abundante, la superioridad numérica acabó por imponerse al valor reconocido de los defensores, aunque al principio las dificultades para el ataque fueron muy grandes; las posiciones fueron cayendo una a una en manos de los revolucionarios, y la plaza caía al fin en poder de éstos, después del medio día del 10 de mayo, a las 72 horas de asedio. Se dice que el General Navarro pudo retirarse con sus fuerzas antes que rendirse; pero entiendo que la empresa hubiera sido de muy difícil realización, ya que las tropas federales que formaban el núcleo principal de los defensores, estaban extenuados por el ataque continuo de que eran objeto lo mismo de día que de noche. Por otra parte, los Auxiliares no hubieran soportado una retirada en las condiciones en que habrían debido verificarla, por su falta de espíritu militar y de disciplina; y sobre todo, el último día del asedio había más de tres mil quinientos hombres sobre la plaza, número considerablemente superior al de las fuerzas del General Navarro. Esta fue también la opinión de varios militares que se hallaban a las órdenes de dicho señor, según me lo manifestaron a raíz de la rendición de la plaza. Para concluir, creo conveniente manifestar a usted que la mañana

del nueve o sea durante el asedio, una comisión formada por los señores Pino Suárez, Sánchez Azcona y González Garza, se acercó a mí solicitando la rendición de Ciudad Juárez, porque a su juicio ya era inútil la defensa y debía evitarse el derramamiento de sangre; pero me negué a tal cosa, porque además de ignorar si las verdaderas condiciones de la plaza eran tan apremiantes como se me decía, no tenía yo jurisdicción alguna sobre las operaciones militares, no quería yo lastimar el honor militar de los Jefes, Oficiales y tropa, bajo cuya salvaguardia había puesto el Gobierno del señor General Díaz la seguridad de la plaza. Dispuesto a dar a usted cualquier otro informe que tuviera a bien solicitar de mí, tengo el honor de ofrecer a usted con motivo del presente las seguridades de mi atenta consideración. —México, marzo de 1912. —Francisco S. Carbajal. —Rúbrica. —Al Gral. Julián Jaramillo, Juez Instructor Especial. —Presente.”

Declaración del testigo, mayor del Ejército Libertador, Roque González Garza ante el juez especial general Julián Jaramillo instructor del proceso contra el general Juan J. Navarro por haber rendido la plaza de Ciudad Juárez:

“En la plaza de México a los 22 días del mes de diciembre de 1911. Presente el señor Roque González Garza, por citación que se le hizo, previa protesta de ley, fue interrogado por sus generales y dijo llamarse como queda dicho, natural de Saltillo, Estado de Coahuila, de 27 años de edad, comerciante. Interrogado para que diga si hubo una conferencia con el señor General Juan J. Navarro el día 8 de mayo próximo pasado, el objeto de ésta y su resultado en la plaza de Ciudad Juárez; dijo: que sí tuvo una entrevista con el señor General Navarro el citado día con motivo de haber sido

nombrado parlamentario por el Sr. Presidente Provisional don Francisco I. Madero cerca del General Navarro para ver si era posible evitar un inútil derramamiento de sangre, de una manera honrosa para las partes contendientes; que a las doce en punto de la noche del citado día con previos pasaportes de la autoridad militar de El Paso y después de haber hecho cesar el fuego en todos los puntos ocupados por los insurgentes y federales, atravesó el que habla acompañado por tres personas más, la línea de fuego para llegar al Cuartel General en donde estaba convenido que el señor General Navarro recibiera al declarante; que ahí fue recibido cortésmente por un Teniente de Estado Mayor y luego introducido a una recámara dentro de la cual estaba el citado señor General acompañado del Capitán Pulido; que los acompañantes del que habla no entraron a esta pieza porque el asunto que se iba a tratar era de un carácter reservado e importante, habiendo por este motivo el declarante hecho una indicación al Capitán Pulido para que saliera a fin de quedar sólo con el señor General Navarro; que una vez que quedaron solos entregó al Sr. Gral. los documentos que lo acreditaban como el representante de los insurgentes con amplias facultades para arreglar la difícil cuestión; que en estos momentos un fuerte tiroteo se dejó oír muy cerca de donde estaban, siendo esto motivo para que el Sr. Gral. ordenara le informaran de donde procedía el fuego; que éste duró como diez minutos y que luego que terminó el Sr. General se expresó en éstos o parecidos términos: ‘Tengo mucho gusto en conocer a usted; estoy a su disposición para tratar el asunto que lo ha traído’, y que incontinenti hizo una exposición circunstanciada de las causas determinantes de aquella situación, disertando sobre la inconveniencia de prolongar un ataque en el cual se segarían muchas vidas, y pretendiendo persuadir al Sr. General,

de que se evitaran complicaciones de un carácter internacional por el hecho de que durante los ataques del día habían sido muertas y heridas algunas personas en el lado americano; que dijera la forma y propusiera condiciones para un arreglo amistoso, porque el Sr. Presidente Provisional estaba animado de los mejores deseos para ultimar de una manera pacífica la inevitable toma de Ciudad Juárez; que el que habla procuró por cuantos medios estuvieron a su alcance convencer al Sr. General de que hasta ese momento él y los suyos estaban perdidos, toda vez que las fuerzas insurgentes habían logrado ocupar, después de la resistencia heroica de los federales, algunas posiciones que se consideraban de capital importancia, tales como las casillas aduanales y los puentes internacionales, la Plaza de Toros, el Hotel Porfirio Díaz y muchas casas altas de la parte noroeste de la Ciudad; que habló con vehemencia sobre el fondo moral que entrañaba aquella situación, alegando que todas las miradas del mundo estaban fijadas en el resultado de la situación creada en Juárez; que todo fue inútil, que el Sr. General Navarro con una serenidad y un aplomo que lo honran mucho concedió al que habla la razón en muchos puntos, pero que siempre al final repetía éstas o parecidas frases: ‘Como soldado no tengo más remedio que obedecer las órdenes de mis superiores: la orden que tengo es de resistir en mi puesto hasta lo último y como hasta este momento no he recibido instrucciones especiales, lamento de veras no poder hacer nada en favor de los buenos deseos del Sr. Madero’; que ante esta actitud y de acuerdo siempre con las instrucciones recibidas el declarante hizo la siguiente proposición: ultimar un nuevo armisticio quedando las fuerzas contendientes en los puntos ocupados por unos y otros para dar tiempo al Gobierno del Sr. General Porfirio Díaz a que pudiera resolver sobre la paz en toda la

República; que al Sr. General Navarro no le pareció mala la proposición y dijo que con gusto la aceptaría siempre que el Sr. Lic. Carbajal, representante del Gobierno Federal, tomara el asunto en consideración y por su conducto recibir las instrucciones necesarias para obrar de acuerdo y siempre dentro de su misión; que en vista de esto el que habla demostró al Sr. General Navarro que aquellos momentos eran apremiantes y que de no resolver en el acto el ataque continuaría irremisiblemente; que entonces el General Navarro contestó: ‘Si así ha de ser no tendré más remedio que vencer o morir’; que hubo nuevas disertaciones de parte del que habla y luego una proposición más: que el señor Madero por su conducto le permitiría abandonar la Ciudad con todos los honores y llevándose consigo todas las armas a excepción de la Artillería y ametralladoras y que escogiera un punto a 50 leguas de distancia para esperar el resultado del probable armisticio que se arreglaría, siempre que se llevara a efecto esta proposición; que a todo esto contestó el General diciendo que por ningún motivo, sin orden de sus superiores, abandonaría la plaza; que su honor se lo prohibía terminantemente y que cómo iba a hacer tal cosa cuando toda su vida había defendido al Gobierno Constituido, y para él sería la muerte moral si a su edad obrara así; que el declarante observó en el General Navarro un buen deseo para que el ataque a la plaza no continuara, porque lamentó profundamente no tener en esos momentos comunicación alguna con su inmediato Superior el Jefe de la Zona radicado en Chihuahua y con el entonces Ministro de la Guerra en la Capital; que en tal estado y sabiendo perfectamente el que habla las condiciones ventajosísimas en que se encontraban los suyos así como la irreductible actitud del Sr. General, dio por terminada la entrevista y oyó de dicho señor poco más o menos lo siguiente:

‘¡Ah!, lamento, como el que más, que no hayamos podido llegar a un arreglo; pero conste, y así lo espero lo hará usted saber al Sr. Madero, que por mí no ha quedado; que la misión de un militar es únicamente cumplir las órdenes recibidas y que no teniendo instrucciones no podía salirse de las atribuciones que tenía marcadas, que si su destino era morir allí juntamente con los suyos, él esperaba tranquilamente la muerte, pero que de todas maneras él mandaba al Sr. Madero, por conducto del que habla, un saludo afectuoso y le decía que ojalá al día siguiente almorzaran juntos y ya en completa armonía’, que muy conmovidos se despidieron y que el declarante fue acompañado por el mismo Teniente Coronel de Estado Mayor que lo introdujo, hasta terminar la línea ocupada por las fuerzas federales; que al atravesar una de las calles el que habla y sus acompañantes recibieron una descarga de parte, seguramente, de algunos soldados que no sabían la misión que lo llevaba, pero que afortunadamente no tuvo consecuencias, que a la una de la mañana regresó el que habla al lado de sus jefes y todavía se intentó un arreglo con el Lic. Carbajal, siendo intermediarios los señores Óscar Braniff y Lic. Esquivel Obregón, habiéndose verificado la entrevista entre la una y dos de la mañana del día nueve de mayo del corriente año, no habiendo llegado por intransigencia de dicho señor Carbajal a un arreglo satisfactorio; que en vista de esto el que habla pasó inmediatamente a su campamento para poner al tanto al Jefe de la Revolución del resultado de su misión; que como a las tres de la mañana el Sr. Madero ordenó al declarante que comunicara la orden de ataque general durante esa madrugada, en vista de que habían sido infructuosos los esfuerzos hechos por él y los suyos para llegar a un arreglo; que así lo hizo cerca del Sr. General Pascual Orozco y delante de él se dieron las disposiciones

conducentes; que un cuarto de hora después, la plaza estaba sin luz por haber sido cortados los alambres de El Paso a Juárez hasta entonces respetados, con el objeto de dejar a la plaza sin fuerza motriz; que a las cuatro de la mañana se generalizó el combate, habiendo durado todo el día, toda la noche y el día siguiente, hasta las once y diez minutos del día, en que las fuerzas federales faltas de víveres y de agua y completamente cercadas por cerca de mil quinientos hombres y dos cañones se rindieron valiente y decorosamente en el Cuartel Federal, en núm. de cincuenta y tantos Jefes y Oficiales y muy cerca de quinientos individuos de tropa, habiendo entregado dos morteros inutilizados, una ametralladora, cuatrocientos ochenta y tantos fusiles Mausser y noventa y cinco mil cartuchos; también fueron entregados cerca de trescientos caballos y todas las acémilas que se estaban muriendo de sed. Pero que para comprender debidamente el por qué de esta rendición el que habla cita el caso siguiente, desarrollado a su vista: El General Navarro con sus 500 hombres y obligado por las circunstancias, se concentró en el Cuartel Federal, mandando cerrar las puertas y colocando sus gentes en las aspilleras y troneras, saliendo un fuego terrible que hizo muchas bajas a sus contrarios, pero como éstos habían tomado las casas que rodean el Cuartel y que están muy cerca por ser las calles muy angostas, empezaron a arrojar granadas y bombas de dinamita que produjeron la muerte de muchos soldados federales que forzosamente tuvieron que estar en el centro del patio del Cuartel; que a las tres o cuatro bombas se comprende que la situación allí era desesperada, por lo cual el General Navarro procuró parlamentar y al efecto mandó poner en el asta una bandera blanca, pero que era tal el enardecimiento de los combatientes en ese momento que cuatro o cinco soldados murieron

antes de lograr poner dicha bandera; y a los diez minutos de haberse rendido el General Navarro con su gente, el declarante llegó hasta donde estaba dicho señor y dictó medidas para que no se cometieran atentados contra ellos, porque era visible el propósito entre los soldados insurgentes de fusilar al General Navarro y a sus principales subalternos, lo que afortunadamente se pudo evitar, y que estando ya seguro el que habla porque se habían puesto de acuerdo con sus compañeros para que se dieran toda clase de garantías a los prisioneros, se fue en busca del Jefe de la Revolución para comunicarle lo sucedido y que media hora después se presentó el señor Madero disponiendo que fueran trasladados a la Jefatura Política el General, algunos Jefes de su Estado Mayor, quedando vigilados por el que habla. En concepto del declarante el General Navarro, así como los suyos, se portaron heroicamente cumpliendo hasta lo último con su deber; que cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo; que para juzgar debidamente una cosa de éstas se necesita haber estado en el terreno de los acontecimientos para poder apreciar las difícilísimas circunstancias en que se vió el Sr. General Navarro, quien como hombre y militar es un valiente, porque cuando, desgraciadamente, una parte de las fuerzas insurgentes se sublevó con ánimo de asesinarlo y el Sr. Madero junto con todos los que lo rodeaban logró evitar este atentado, el General Navarro comprendiendo que dicho señor se colocaba en una situación muy peligrosa con los suyos, habló aparte al declarante y le dijo lo siguiente: ‘Me apena y mortifica mucho que el Sr. Madero y ustedes estén corriendo tan grave peligro por mí; si ha de suceder (se refería a su muerte) que suceda como corresponde a un militar de mi clase, que me fusilen haciéndome cuadro. Dígame al Sr. Madero que ya no haga más por mí, que estoy dispuesto a morir porque al

fin y al cabo esto será lo mejor que me pueda suceder.’ El que habla cumplió con este encargo y naturalmente el señor Madero ordenó que llevaran al General a lugar seguro y que incontinenti tomaron asiento en un automóvil la señora del Cónsul alemán en Juárez, el Sr. Madero, el General Navarro y el declarante, dirigiéndose río abajo con el objeto de pasarlo al lado americano, después de haber dado su palabra dicho señor General, de quedar a disposición del Jefe de la Revolución en cualquier momento; que a partir de aquí sólo vió el declarante al Sr. General Navarro muy contadas veces; que íntimamente y de la manera más solemne declara que consideraría del todo injusto cualquier ataque que se le dirigiera al Sr. General don Juan J. Navarro con motivo de su rendición en la plaza de Ciudad Juárez el día diez de mayo de 1911. Que es todo lo que tiene que decir en lo que se afirma y ratifica y léída que le fue su declaración la ratificó y firmó para constancia, con el Juez y Secretario. —Doy fe. —No habiendo más diligencias que practicar se cerró el acta del día firmando el Juez y el Secretario. —Doy fe.”

Relato del mayor federal del Estado Mayor del general Juan J. Navarro Enrique Pulido, que obra en el proceso instruido contra el citado general Navarro por haber rendido al enemigo la plaza de Ciudad Juárez:

“Desde que el Gobierno Federal dispuso la evacuación de Casas Grandes, punto estratégico de capital importancia, que impedía el avance de los rebeldes hacia el Norte, todo el mundo pensó que la caída de Ciudad Juárez era cosa inevitable; y cuando las huestes maderistas, utilizando el Ferrocarril de Casas Grandes y los cuantiosos elementos que aquella Ciudad les proporcionaba, vinieron a establecer su

Campamento a orillas del Río Bravo, a dos kilómetros de Ciudad Juárez, sin que el Gobierno Federal procurara reforzar la exigua guarnición, ya no sólo nadie dudó del éxito de los rebeldes en un ataque sobre la Ciudad, sino que muchas personas juiciosas aventuraron una muy atrevida idea, que después ha sido plenamente corroborada por los hechos: 'El ataque sobre Ciudad Juárez, nos dijeron, no sólo significa el aniquilamiento de la guarnición y la caída de la plaza, significa algo más grande y trascendental: la caída del Gobierno del General Díaz'. Y apoyaban sus tesis en el considerando de que más de 15,000 mexicanos simpatizadores de la Revolución que se hallaban en El Paso, Texas, se unirían a las fuerzas maderistas y en que el efecto moral de ese triunfo encauzaría las corrientes de la opinión pública en un curso impetuoso hacia los ideales de la Revolución. —Había dos hombres, sin embargo, que manifestaban profunda fe en la preponderancia de las armas federales: el General Juan J. Navarro y el Coronel Manuel Tamborrel. Este último, hasta llegó a proferir muchas veces duros improperios contra los rebeldes, llamándolos embusteros y cobardes, y desafiándolos bravamente a la pelea; y por los informes del mismo Jefe de la Revolución, se sabe que tales de nuestros contribuyeron poderosamente a decidir el ataque, aun contra órdenes del mismo señor Madero. —El día siete, lanzó el Presidente Provisional, una proclama al Ejército, compuesto de más de dos mil hombres, en el que les manifestaba que por razones de patriotismo, no atacaría, pues temía complicaciones internacionales con los Estados Unidos, dada la proximidad de ambas ciudades fronterizas, Ciudad Juárez y El Paso, Texas; pero ofrecía a sus soldados una larga serie de triunfos en una rápida marcha sobre México, a donde pronto entraría él, a la cabeza de un ejército de cien mil hombres. En la noche de

ese mismo día se recibió en Ciudad Juárez la noticia de que el Presidente Díaz había, por su parte, dirigido otra proclama al pueblo mexicano, en que manifestaba su resolución de retirarse del poder. Ambas proclamas llevaron la creencia a varias personas de que el peligro de un asalto había sido radicalmente conjurado; pero contra tal creencia, a las diez de la mañana del día siguiente comenzó a oírse un tiroteo hacia el Oeste de la Ciudad entre las avanzadas de ambos ejércitos. Casi al mismo tiempo recibió el General Navarro una carta del Sr. Madero, invitándolo para un nuevo armisticio, pues tres armisticios anteriormente pactados se habían vencido ya. El Sr. Madero prometió mandar cesar sus fuegos y pedía al General Navarro otro tanto con sus tropas; y sucedió, que mientras el General Navarro contuvo, en efecto, sus fuegos, el Sr. Madero no pudo hacerse obedecer de su gente, y de esa manera fue sacrificada la más fuerte línea de defensa de Ciudad Juárez, y pudieron los rebeldes al abrigo de la margen derecha del río, sin ser molestados por los federales, ocupar toda la parte Norte de la Ciudad, reduciendo a los defensores a su segunda línea. Desde ese mismo momento, faltó el agua en la Ciudad y la situación comenzó a hacerse angustiosa, porque con la fatiga del combate y la natural elevación de la temperatura en estas latitudes en la estación actual, los defensores de la Ciudad se sintieron desde luego agujijoneados por la sed. —Tuvo que reanudarse el combate con más brío, y durante ese día y su noche, el enemigo no logró avanzar más allá de las posiciones que ocupó mediante el procedimiento descrito en el párrafo anterior. —A las cuatro de la mañana del día nueve, el enemigo intentó un vigoroso asalto por el Sur de la Ciudad, pero fue rechazado con el más completo éxito por los federales, habiendo el campo quedado sembrado de cadáveres de insurrectos. Después de ese fracaso

so, redoblaron sus energías por la parte Norte, y horadando casa por casa y manzana por manzana, llegaron contra los parapetos defendidos por la guarnición. De allí, lanzaron contra los federales una lluvia de bombas de mano, que les fue contestada con otra lluvia de metralla, habiendo en esta terrible fase del combate quedado muchas casas destruidas por el terrible fuego de la artillería. Los asaltantes fueron rechazados con inmensas pérdidas; pero la situación de los federales era cada vez más crítica por la fatiga, el hambre y la sed. Luchaban contra un enemigo abrumadoramente mayor y había que multiplicarse en la acción, no había momento que perder, era preciso hacer esfuerzos sobrehumanos porque un momento de vacilación o de abandono habría tornado inútiles todos los esfuerzos anteriores. Se pasó la noche luchando denodadamente. Como a las ocho de la mañana del día diez, la situación de los federales se hizo insostenible en la segunda línea de defensa, porque aparecieron ya con caracteres alarmantes en los defensores los efectos de la fatiga, del hambre y de la sed de que arriba se hace mención; además, los heridos por falta de médico y por la misma falta de agua, carecían hasta de la curación más elemental, las municiones empezaron a escasear; por todas estas razones el General Navarro dispuso un movimiento de concentración hacia el Cuartel Federal que se hallaba situado en la parte alta de la Ciudad. Allí había algunas municiones de reserva y un pozo asolvado que podría, escarbándole un poco, producir agua. —Corría el tiempo y la defensa se prolongaba sin desmayar; pero el empuje del enemigo que estaba recibiendo refuerzos de refresco por el Ferrocarril de Casas Grandes, cada vez se hacía más formidable, y la mortandad en el Cuartel era cada vez mayor. Una retirada a través del desierto era imposible. Y ante el espectáculo de ver a sus soldados perecer inútilmente

sin la más remota esperanza de un cambio favorable, sin una gota de agua con que restañar las heridas de los numerosos lesionados que por todas partes pedían una curación cualquiera; esto es, ante el tremendo dilema de continuar el sacrificio doloroso e inútil de su gente, y sacrificarse él mismo para detener el curso de aquellos males, el General Navarro optó por lo último, y serena, extracta, heroicamente, se rindió sin condiciones entregándose a sus enemigos sin pedir nada para sí. —Toda la parte intelectual y digna del Gobierno Provisional y sus Jefes militares así como las Autoridades civiles y militares americanas y los Jefes y Oficiales del Ejército Americano, residentes en El Paso, Texas, han manifestado al General Navarro sus simpatías felicitándolo calurosamente por su heroica defensa y su heroico sacrificio. —Los defensores de Ciudad Juárez al empezar el ataque no pasaban de 600; el enemigo al empezar numeraba más de 3,500.”



CAPÍTULO XIV

ORÍGENES DEL FRACASO
REVOLUCIONARIO DE 1910



Sucesos del día 10. —Ciudad Juárez, capital provisional de la República. —Botín recogido. —Gabinete provisional. —Rumores contradictorios. —Lo que después de más de 30 años dicen los exfederales. —Pérfidas maniobras de los delegados porfiristas. —Insubordinación de los generales Orozco y Villa. —Madero, amenazado por Orozco. —Arreglo de diferencias. —Declaraciones del presidente provisional. —Díaz y Limantour se regocijan. —Reanudación de las negociaciones de paz. —Declaraciones del Licenciado Carbajal. —Esperanza de llegar a un acuerdo. —El general Díaz resuelve renunciar. —Pronósticos que se cumplen. —El Pacto de Ciudad Juárez. —Al margen del convenio. —Trascendental error. —Omisiones cometidas por la delegación revolucionaria. —Lo que aún quedaba de la dictadura. —Verdaderos motivos de la Revolución. —Mezquindad en las condiciones de paz. —Vázquez Gómez, enemigo de la Revolución; documentos probatorios. —Nefasta equivocación de los señores Madero y Pino Suárez; motivos para haberla tenido. —Actitud sospechosa. —La postura del “científico” Madero Sr. El “cerebro de la Revolución”. —Contextura moral del doctor Vázquez Gómez. —El verdadero responsable ante la Historia del desastre revolucionario de 1910. —Una “previsión” que es equivalente a una traición. —Desplantes del doctor Vázquez Gómez 22 años después de su “previsión”. —Inconformidad del elemento revolucionario. —Lo que en realidad fue el Pacto de Ciudad Juárez. —Hasta cuándo debía proclamarse la victoria.



El asalto que culminó con la toma de la plaza, como se ha visto por los relatos que se acaban de transcribir, duró tres largos días, alcanzando una resonancia grandísima no sólo en la República sino también en el exterior, pues su nombre había sonado mucho con motivo

de los sucesivos armisticios que se concertaron para efectuar las negociaciones de paz. Por lo demás, si una importantísima parte del país no hubiera estado ya prácticamente en poder de la insurrección, con excepción de las capitales de los estados que eran los obligados refugios de las destrozadas guarniciones federales, la caída de Ciudad Juárez no hubiera tenido la enorme significación que alcanzó.

La misma tarde del día 10 en que cesó el ataque con la rendición de los federales, don Francisco I. Madero hizo su entrada triunfal a la plaza la que inmediatamente declaró capital provisional de la República y la casa municipal, Palacio Nacional así como empezó a hacer el recuento del botín recogido, consistente en varias ametralladoras, 700 fusiles Mausser (casi todos los componentes de la Defensa Social, al huir se llevaron el arma y la respectiva dotación de parque), medio millón de cartuchos, bastantes equipos de tropa y una buena cantidad de caballos muy bien enjazeados.

Al día siguiente, 11 de mayo, el señor Madero formó su gabinete provisional con las siguientes personas: doctor Vázquez Gómez, secretario de Relaciones; Gustavo Madero, de Hacienda; Venustiano Carranza, de Guerra; licenciado Federico González Garza, de Gobernación; licenciado José María Pino Suárez, de Justicia, y licenciado Juan Sánchez Azcona, secretario particular.

Multitud de rumores ostensiblemente dolosos, contradictorios e inverosímiles empezaron inmediatamente a circular con motivo de la toma de Ciudad Juárez. Toda la prensa amarillista americana comenzó a conjeturar de mil maneras la referida captura,¹ pues con presto afirmaban que el ge-

¹ El doctor Luis Lara Pardo dice a este respecto en la página 239 de su libro *De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero*, publicado en Nueva York en 1912, lo siguiente:

neral Navarro se había vendido, igualmente decían que los federales, llenos de pánico, se habían negado a combatir por temor a las represalias. Viniéndose a aclarar, pocos días después, que ninguna de estas y otras versiones que se echaron a volar tenían algún fondo de verdad. Sin embargo, a pesar de los años transcurridos y del proceso abierto con tal motivo al general Navarro para dilucidar responsabilidades, cuyas principales declaraciones perfectamente certificadas que constan en dicho proceso —del que salió absuelto— que ya más atrás dejo transcritas, todavía hoy, después de más de 35 años, tanto los antiguos miembros del derrotado, primero, y después licenciado ex-Ejército Federal, que no olvidan tan aplastante como vergonzoso descalabro a ellos rudamente infligido por las valientes y denodadas huestes del Ejército Libertador, como los más recalcitrantes porfiristas y demás morralla reaccionaria dicen, por puro despecho, rabia, impotencia y cobardía, que la malévola como calumniosa versión referente a la entrega de la plaza, ¡oh, viles menguados!, no es más que la exacta verdad de lo acontecido.

El día 13, los delegados oficiosos Braniff, Esquivel Obregón y Hernández, de acuerdo con Orozco y Villa a quienes sedujeran con halagos y promesas, vieron fugazmente fructificar sus pérfidas maniobras tramadas contra el movimiento revolucionario. Los hechos sucedieron de la manera siguiente: efectuábase un consejo de ministros cuando Orozco y Villa con una escolta de algo más de 40 hombres se presen-

The World llamó ignominiosa la rendición de Navarro en Ciudad Juárez, y en cuanto al ataque, todos los corresponsales convinieron en que había sido sin dirección, sin plan concertado, sin nada que indicara otra cosa que el arrojó personal de un puñado de valientes que se posesionaron de las primeras casas inmediatas a la línea divisoria y se sostuvieron en ellas durante más de 24 horas contra las órdenes expresas del mismo Madero”.

taron intempestivamente ante el señor Madero que presidía el referido consejo, demandando en forma bronca y agresiva la cabeza del general Navarro, la renuncia inmediata de los ministros recién nombrados y la paga de haberes retrasados a las tropas.

Orozco, más resuelto se encaró con el señor Madero, saliendo ambos del palacio discutiendo acaloradamente. La multitud, impresionada por la fresca hazaña guerrera de Orozco rindiendo a Ciudad Juárez contra el mandato del señor Madero, lanzóle entusiastas vivas y aclamaciones. A la puerta del palacio, el automóvil del señor Madero aguardaba y cerca de él se encontraban muchos mercenarios pertenecientes a la legión extranjera que comandaban Viljoen y Garibaldi.

El señor Madero abordó el auto y Orozco, precipitándose al estribo y tomando de un brazo al señor Madero lo conminó a resolver inmediatamente la cuestión, incidente que produjo que entre ambos se desarrollara un violento diálogo² en el que al final Orozco convino arreglar pacíficamente sus demandas, para lo cual, dirigiéndose nuevamente, seguidos de Villa, al interior del palacio, donde

² He aquí cómo relata el señor general don Juan Guadalberto Amaya, testigo ocular de dicho incidente, en su obra *Madero y los auténticos revolucionarios de 1910*:

“Orozco. —Señor Madero, hace tres días que todos mis esfuerzos se han estrellado sin poder hablar con usted. La gente está muy descontenta, porque sin ganar haberes no se les da siquiera para comer, mientras ustedes en continuas fiestas se olvidan por completo de las necesidades inaplazables de las tropas.

”Madero. —Yo no tengo la culpa, general, pues todavía no me entrega el Banco el dinero que me ofreció, y por lo tanto la gente tiene que esperarse.

”Orozco. —Es que la gente materialmente no se puede esperar más ya, comienza a amotinarse. Se está muriendo de hambre sin tener ni un

Orozco dejándose arrebatado por inusitada cólera, argumentóle arrebatadamente al señor Madero: “Usted y su Gabinete —díjole—, han tomado todo lo mejor, mientras que los hombres que han combatido sin comer ni dormir han dado a ustedes una ciudad para capital provisional. Usted debió haber nombrado ministros de entre los hombres que han combatido en el campo de batalla desde hace mucho tiempo y que ahora han vencido en Ciudad Juárez”.

jabón para lavarse y su desesperación puede costarle a usted un dolor de cabeza.

”Madero. —Usted no me amenaza a mí, y si me sigue faltando, lo mando fusilar.

”Al escuchar Villa estas últimas palabras corrió inmediatamente al cuartel de Terrazas situado en el antiguo Correo, de donde sacó violentamente 50 hombres armados, mientras Orozco perdía la paciencia ante la insensata amenaza de Madero, y cogiéndolo fuertemente de la solapa del saco, en arranque de indignación extrema hízole a Madero la siguiente pregunta: ‘¿Cree usted que eso es lo único que merezco?’ En aquel instante supremo Terrazas y Enríquez le tocaron el brazo a Orozco con la intención de serenarlo, controlándose éste en el acto. Madero al verse libre de la mano que lo había sujetado, rápidamente se montó en el automóvil donde se encontraba don Abraham González presa de un verdadero estado de pánico en compañía de Federico González Garza. El señor Madero intentó que dicho automóvil se pusiera en marcha, pero en esos instantes se acercó Villa rodeándolos con su gente, cortando cartucho y tendiendo los rifles en actitud tal, que solamente la hombría de Orozco pudo salvarlos; pues éste en términos enérgicos y con la pistola en la mano, le ordenó a Villa que bajaran las armas y retirara en el acto a aquella gente, siendo obedecido en seguida.

”Ante esta conducta de Orozco el señor Madero se desató en disculpas, bajándose del carro arrepentido de haber violentado aquel incidente, avanzando con los brazos abiertos y estrechando a Orozco, quien no movió ni un solo dedo ante aquella demostración. Acto continuo el señor Madero se dirigió a la multitud de soldados que ahí se habían congregado, arengándoles y llenándolos de elogios, y de manera espontánea, en el mismo acto, firmó un cheque por valor de 40,000 pesos contra el Banco Minero, cuya cantidad fue distribuida rápidamente entre todas las fuerzas, solucionándose de esta manera sus quejas y recobrándose la tranquilidad en todos los campamentos.”

El señor Madero le replicó enérgicamente, diciéndole, que él como presidente tenía el derecho de nombrar su gabinete y no admitía ninguna clase de imposiciones y menos aún a la fuerza.

El general Orozco sin palabras para rebatir tan terminante como justa declaración, guardó silencio. Mas comprendiendo, después de unos instantes de reflexión que el señor Madero tenía razón así se lo manifestó a éste, procurando al mismo tiempo reportarse. Entonces ambos ya más serenos, con espíritu conciliador y fraternal, convinieron en arreglar sus diferencias, abandonando incontinenti el recinto y estrechándose, frente a las tropas amotinadas, en un efusivo abrazo.

Las aclamaciones con este motivo fueron muy entusiasmadas conjurándose de este modo la tormenta así como el golpe tramado por los corruptores delegados oficiosos porfiristas.

Con este motivo y con el fin de que no se tergiversara dolosamente lo sucedido, el señor Madero creyó conveniente hacer las siguientes declaraciones: “Tengo muy poco que decir acerca de los sucesos de esta mañana. Orozco, excitado por la victoria y probablemente debido a la adulación y malos consejos de personas interesadas en nuestra desunión, cometió una falta que, afortunadamente, no fue de consecuencias.

”Se lamentó de que las fuerzas no tenían lo necesario creyendo que era debido a la poca eficacia de las personas comisionadas por mí para atender a las tropas; pero la verdad es que en los almacenes del ejército hay lo necesario, y sólo debe culparse al encargado de proveer a las fuerzas del mando directo de Orozco.

”También me reclamó Orozco por las personas que designé para formar mi Gabinete, a lo que contesté que no era él quien debía señalarme tal cosa, que era sólo de mi incumbencia.

”Como había un considerable número de soldados en el sitio donde tratamos él y yo de estos asuntos, me pareció conveniente dirigirles la palabra para ponerlos al corriente de lo que ellos ya sospechaban. Todos demostraron su buena disposición a la concordia y para dar fin al desagradable incidente, Orozco y yo estrechamos nuestras manos y olvidamos todo, pues yo tomé en cuenta que, aunque él cometió una falta, la revolución le debe muchos servicios.

”Por consecuencia, no es cierto que yo haya pedido a las personas que hace poco nombré para integrar mi Gabinete, su renuncia, ni tampoco alguna de ellas se haya tenido que trasladar a la ciudad de El Paso, como erróneamente lo han asegurado algunos periódicos, pues dichos miembros del Gabinete siguen desempeñando regularmente sus funciones y algunos de ellos, que estaban en sus oficinas en el momento de la dificultad, nada supieron de lo sucedido.

”Este incidente, en sí desagradable, me ha proporcionado la oportunidad de saber que cuento enteramente con la fidelidad de mis soldados, y que los oficiales, desorientados momentáneamente, no han tratado de desobedecer mis órdenes.

”Como supe que algunos soldados, mal aconsejados, trataban de infligir alguna ofensa al General Navarro, lo tomé bajo mi custodia desde un principio en mi propia casa; pero como no podría estar siempre a mi lado, con lo que pasó, concebí temores de que en mi ausencia podría ser molestado. Para evitarlo, lo conduje en persona a un lugar apropiado para que pudiera cruzar el río y refugiarse en el lado americano, en donde continúa siendo mi prisionero de guerra, bajo su palabra de honor.

”En honor de Orozco debo decir, que él mismo me propuso que podríamos hacerlo de ese modo desde el principio, y el mismo Villa, cuando le comuniqué mi propósito de

garantizar la vida de Navarro, me dijo que obrara como yo quisiera, con lo cual quedaría conforme. En consecuencia, no es verdad, como se asegura, que mis oficiales o soldados me hayan exigido la vida del prisionero, pues así como son valientes en el combate, son generosos en la victoria. —Francisco I. Madero”.

La momentánea insubordinación de Orozco no cabe duda que ha de haber refocilado no sólo al general Díaz y al licenciado Limantour que fueran los primeros que por telégrafo inmediatamente lo supieran, sino también a los pérfidos intrigantes Branif, Esquivel Obregón y Hernández, autores intelectuales de ella. Pero como se ha visto muy poco tiempo les duró tan punible satisfacción.

No habiendo, pues, otro remedio, para evitar que la conflagración revolucionaria que día a día se acentuaba más y comenzaba ya a invadir no sólo las capitales de los estados sino también el Distrito Federal, y aun perdida la esperanza de que el general Rábago recobrará Ciudad Juárez (lo que no se hizo por haber sido inmovilizado al salir de Chihuahua por fuerzas insurgentes que se le colocaron a su frente y retaguardia), que intentar nuevamente la reanudación de las negociaciones de paz, así lo hizo el licenciado Carbajal, quien el día 15 de mayo declaró a la prensa: “Madero y yo tuvimos una larga conferencia. Discutimos algunas proposiciones y debemos discutir otras más. Hasta que hayamos considerado cuidadosamente todos los detalles, no podré ser completamente explícito. Conferenciaré con él mañana en el Palacio de Gobierno en Juárez. El Gobierno mexicano está ansioso por restablecer la paz en el país, haciendo cuanto sea posible, y tengo esperanzas de conseguirlo, a menos que Madero se muestre intolerante. Dentro de veinticuatro horas podré decir un sí o un no”.

Al día siguiente, o sea, el 16, al ser interrogado a este respecto el señor Madero dijo: “La conferencia que tuvimos ayer Carbajal y yo, no pudo terminar satisfactoriamente, porque Carbajal, no ha recibido instrucciones terminantes de México acerca de las proposiciones últimas que le presenté. Sin embargo, tengo la esperanza de que llegaremos a un acuerdo que garantice la paz en la República”.

Ese mismo día 16, el general Díaz admitió renunciar a la presidencia de la República. Con este anuncio oficial hizo saber asimismo, que el licenciado Francisco León de la Barra, secretario entonces de Relaciones, quedaría como encargado de la presidencia provisional con facultades para nombrar un gabinete de acuerdo con el señor Madero, quien vendría a México en calidad de consejero. Agregábase en dicho anuncio que el Congreso convocaría a elecciones y también que un armisticio de cinco días que terminaría el día 22 habíase pactado entre los gobiernos porfiristas y provisional revolucionario, durante el cual se llevarían a buen término y definitivamente las negociaciones de paz.

Al conocerse en Juárez lo anterior, inmediatamente corrióse aviso a la Comisión de paz integrada como se sabe por el doctor Vázquez Gómez, Francisco Madero sr. y licenciado Pino Suárez para que poniéndose en contacto con el licenciado Carbajal determinaran con éste las condiciones sobre las cuales se habría de pactar la paz. Reunidas ambas comisiones y discutidos los puntos de vista de cada una de ellas, y en que la voz de la insurrección, como de costumbre, la llevó exclusivamente el doctor Vázquez Gómez, convínose en firmar el día 21 de mayo el siguiente pacto que significó nada menos que la caída del gobierno porfirista:

“En Ciudad Juárez, a los veintiún días del mes de mayo de mil novecientos once, reunidos en el edificio de la Aduana

fronteriza los señores licenciado Francisco S. Carbajal, representante del Gobierno del señor General Porfirio Díaz; doctor Francisco Vázquez Gómez, Francisco Madero y Licenciado don José María Pino Suárez, como representantes los tres últimos de la revolución, para tratar sobre el modo de hacer cesar las hostilidades en todo el territorio nacional, y considerando:

”1. —Que el señor General Porfirio Díaz ha manifestado su resolución de renunciar la Presidencia de la República antes de que termine el mes en curso;

”2. —Que se tienen noticias fidedignas de que el señor Ramón Corral renunciará igualmente la Vicepresidencia de la República dentro del mismo plazo;

”3. —Que por ministerio de la ley el señor Licenciado don Francisco León de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor General Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Unión y convocará a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución;

”4. —Que el nuevo gobierno estudiará las condiciones de la opinión pública en la actualidad para satisfacerlas en cada Estado dentro del orden constitucional y acordará lo conducente a la indemnización de los perjuicios causados directamente por la revolución;

”Las dos representadas en esta conferencia, por las anteriores consideraciones, han acordado formalizar el presente

”CONVENIO

”ÚNICA. —Desde hoy cesarán en todo el territorio de la República las hostilidades que han existido entre las fuerzas del Gobierno del General Díaz y las de la revolución, debien-

do éstas ser licenciadas a medida que en cada Estado se vayan dando los pasos necesarios para restablecer y garantizar la tranquilidad y el orden públicos.

”TRANSITORIO. —Se procederá desde luego a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras que hoy se encuentran interrumpidas. El presente convenio se firma por duplicado. —Francisco S. Carbajal. —Rúbrica. —F. Vázquez Gómez. —Rúbrica. —Francisco Madero. —Rúbrica. —J. M. Pino Suárez. —Rúbrica.”

Al terminar de leer el anterior documento y analizar brevemente su articulado, parece increíble que tan paupérrimo e insustancial contenido haya sido suficiente no sólo para haber detenido el empuje arrollador del movimiento reivindicador popular que en el orden político-democrático encarnara la insurrección, sino lo que ya desde entonces era de más obvia, ingente y apremiante necesidad plantear su resolución puesto que ello constituía el verdadero motivo de la rebelión —enunciado en el Plan de San Luis— y por el que el pueblo resuelta y valientemente lanzárase a la lucha armada: la cuestión económicosocial y sus derivados.

Tal parece que la intempestiva sorpresa que ocasionara la toma de Ciudad Juárez en los comisionados de paz, muy especialmente en el doctor Vázquez Gómez que era el presidente de ella y el que como se ha hecho hincapié en repetidas ocasiones, llevara la voz de la Revolución en las discusiones y también el que personalmente redactara las cláusulas del Convenio, les ofuscara el entendimiento hasta el grado de contentarse con tan poco.

Sí, con tan poco, puesto que el Ejército Federal que era el principal y más enconado enemigo del pueblo quedaba en pie, constituyendo semejante condescendencia el más grave

peligro para la conservación de la paz pública y consecuentemente por ello el más fundamental error político-revolucionario que se cometiera.

Y si se considera que esto no fue por generosidad, por verdadera piedad; por un sentimiento de conmiseración y de ayuda hacia sus jefes y oficiales (carentes de otros medios de subsistencia que la percepción de haberes), que a la carrera de las armas se consagraran, el dejarlos en pie para apoyar al nuevo gobierno (oportunidad que socarrona, ladina y pérfidamente aprovecharon para preparar su venganza —que culminó el 9 de febrero de 1913—, por la vergonzosa y afrentosa derrota rayana en aplastante desastre que sufrieran en Ciudad Juárez), sino por verdadera ceguera; por falta de elemental percepción en el porvenir nacional; por ignorancia histórica retrospectiva, y exceso de confianza; por sobra de tibieza y pusilaminidad; por demasiada ingenuidad y torpeza; por falta de talento, sagacidad y argucia para sacar la mayor ventaja en los arreglos; y por último, por ausencia completa de sentimientos de justicia; de solidaridad con la opinión pública; de aspiraciones progresistas; de pasión, alma y pensamiento para interpretar sincera y lealmente los nobles anhelos de todos los patriotas que prestos concurren a los campos de combate a ofrendar su valor, su sangre y sus sufrimientos por la redención de sus conciudadanos, más grande y aun monstruoso resulta semejante error.

Dejaba también en pie, en ambas Cámaras del Congreso de la Unión cuyos abyectos miembros, en su totalidad de origen burgués y de extracción porfirio-limantourista, aparte de ser todos ellos unos empedernidos parásitos presupuestívoros y enemigos contumaces e irreconciliables del pueblo, como poco tiempo después así quedó confirmado, asimismo eran, en su mayoría, tradicionalmente conservadores, pues los que

de esa referida mayoría no descendían de viejas familias aristócratas de tendencias retrógradas y además partidarios del dictador Santa-Anna, descendían de traidores antirrepublicanos que militaron en el llamado Imperio de Maximiliano. Sólo una pequeña minoría era de tendencias liberales.

Dejaba asimismo en pie, al Poder Judicial y a la vieja y viciada a la vez que insolente y servil burocracia, brutal y despiadada enemiga del pueblo.

Por demás está decir que en cuanto al problema social que era el verdadero motivo de la Revolución ya que como decía muy claramente el licenciado Cabrera en su “Carta abierta a don Francisco I. Madero”, que más atrás reproduzco “La parte más difícil de la tarea de usted será sin duda, discernir cuáles son las necesidades del país en lo ECONÓMICO y en lo político y CUÁL LA MEJOR FORMA DE DARLES SATISFACCIÓN PARA SUPRIMIR LAS CAUSAS DE MALESTAR SOCIAL QUE HA DADO ORIGEN A LA REVOLUCIÓN... Las necesidades políticas y democráticas no son en el fondo más que manifestaciones de las NECESIDADES ECONÓMICAS”, como se habrá visto ni siquiera lo mencionaba. Todo se reducía a la cesación de las hostilidades, al restablecimiento de la paz y a algunas otras vaguedades verdaderamente pedestres.

Pasma, pues, comprender, cómo tan pueriles y mezquinas condiciones fueron suficientes para haber podido detener el formidable empuje revolucionario que bajo tan inmejorables auspicios de aceptación popular se inició, y que auguraba prontamente una victoria completa sin necesidad de transacción alguna.

Sin embargo, ¿qué otra cosa podía esperarse del doctor Vázquez Gómez que ostensiblemente era enemigo de toda

acción revolucionaria?³ ¿Qué al estallar la Revolución no sólo renegó públicamente de ella sino que para que el porfirismo no lo persiguiera ni los revolucionarios lo comprometieran con sus visitas huyó a los Estados Unidos, refugiándose precisamente en Washington a fin de que al gobierno americano le constara su vida pacífica y por consecuencia su alejamiento de la insurrección?⁴ Que solamente cuando

³ Fragmento de una carta del doctor Vázquez dirigida al señor Madero que se encuentra íntegra reproducida en la página 103 de las *Memorias políticas* del propio Vázquez Gómez:

“Washington, D. C., 24 de marzo de 1911. —Sr. don Francisco Madero. —Estado de Chihuahua, México.

”Muy estimado amigo:

”No vaya usted a considerar esta carta como el producto de mis ideas ANTIRREVOLUCIONARIAS de siempre. Recuerde al contrario, que cuando por primera vez me habló acerca de mi probable candidatura en la convención de abril próximo pasado, me dijo que si la aceptaba, podría ayudar a una transacción entre los dos partidos opuestos.

”Usted sabe perfectamente que hice todo lo posible por obtener, si no una transacción propiamente dicha, al menos algo que permitiera a nuestro país iniciar pacíficamente una evolución política que, andando el tiempo, pudiera satisfacer las aspiraciones legítimas de todos los que nos preocupa un poco por el futuro de nuestra patria. Y si entonces no pude conseguirlo, tal vez fue culpa de mi poco valer en la política mexicana, mas no se debió a mi falta de empeño y de buen deseo.”

⁴ Párrafo —en la página 265— del capítulo “Los hermanos Vázquez Gómez de la obra: *La revolución mexicana*, por el licenciado don Federico González Garza:

“Pero lo que más contrariaba a Madero y a sus compañeros en el primer periodo de la Revolución, era que entre esos poquísimos elementos directores, no se pudiese contar siquiera con los que estaban lógicamente obligados a ponerse al servicio de la Revolución, ya que en el periodo pacífico y netamente democrático habían figurado de modo tan prominente. Nos referimos a los hermanos Vázquez Gómez, el licenciado y el doctor, quienes negaron su concurso a Madero en los momentos más críticos de la Revolución. De esta suerte, aunque ellos se trasladaron antes del 20 de noviembre de 1911 a los Estados Unidos lo hicieron para librarse de la persecución del General Díaz y de los ‘científicos’, pero no para ir a revolucionar como lo hicieron Madero y los principales anti-reccionistas, entre ellos Sánchez Azcona, Roque Estrada, Bordes Mangel,

tanto él como su hermano Emilio vieron que el triunfo revolucionario estaba próximo y era un hecho induditable, se decidieron a aportarle su colaboración.

El señor Madero desde un principio lo estuvo exhortando a sumarse al movimiento insurreccional, porque, aparte de que por su plástica que a primera vista inspiraba respetuosa atención y simpatía dado que era un hombre alto, corpulento, de aspecto grave, de ademanes prosopéyicos, que vestía con severa elegancia y distinción (levita cruzada, chistera, bastón y guantes), y empleaba en su conversación un lenguaje pulcro y sonreía y saludaba ceremoniosamente como un sutil diplomático, seguramente suponía en él a diferencia de la opinión de su hermano Gustavo⁵ no solamente

los hermanos González Garza y otros; pues bien sabido es que ambos hermanos Vázquez Gómez fueron siempre ENEMIGOS DE TODA REVOLUCIÓN mientras el gobernante por derrocar se llamara Porfirio Díaz y se corriese un verdadero peligro; ya que bien sabían que el viejo dictador nunca se tentó el corazón para hacer desaparecer a sus enemigos.

”...Se comprenderá que a falta de grandes intelectuales del calibre de muchos que estaban al servicio de la autocracia y oligarquía reinantes y del de otros que aunque independientes eran pasivos, no tenían fe o carecían de energía en el carácter, y a falta de los señores Vázquez Gómez que siempre habían sido considerados en el seno del anti-reeleccionismo como elementos de más edad y experiencia, aunque no por su empuje y decisión NI TAMPOCO POR SU SINCERIDAD, se comprende que Madero hubiera de echar mano de quienes le habían seguido al extranjero para iniciar la Revolución.

”En consecuencia, por la carencia de patriotismo, falta de fe y pasividad en el carácter, los hombres de alta capacidad intelectual no estuvieron en 1910 del lado del pueblo, y por falta de valor y de fe tampoco estuvieron los Vázquez Gómez en los verdaderos momentos de prueba.”

⁵ En carta dirigida a don Francisco I. Madero por su hermano Gustavo desde San Antonio, Texas, el 3 de abril de 1911 transcrita íntegra en las páginas 395 a 405 de la obra de don Alfonso Taracena *Madero, vida del hombre y del político*, se leen los siguientes conceptos respecto al doctor Vázquez Gómez:

“Por carta que acabo de recibir de González Garza, sé que el Dr. Vázquez Gómez envió un telegrama de esa indicando la conveniencia

los atributos de cultura, ideonidad, entereza y experiencia —correspondientes y características en una persona de su

de suspender el ataque sobre Ciudad Juárez. Después de tu movimiento rápido, que todos hemos considerado como estratégico, pues no solamente hubo rapidez en el movimiento, sino que hubo concentración en un punto determinado, es un error de parte de Vázquez Gómez suspenderlo, con la esperanza de obtener ventajas por otro lado.

”A propósito de Vázquez Gómez, te diré que se ha portado con nosotros como no podía hacerlo más mal. Después de que mi papá y yo con el deseo de que no se dijera que se trataba de hacer una ‘cuestión de familia’ lo llamamos a New York para que tratara con Limantour; después de que tuvimos la atención de dejarlo hablar para que Limantour no creyera que eran exigencias nuestras, se ha puesto a hacer declaraciones inconvenientes, como de que no es asunto de familia el que se está tratando, que las declaraciones de mi papá y las mías son completamente desautorizadas y QUE ÉL era el único autorizado por ti para entablar negociaciones de paz. Yo estuve por saltarle y ponerlo en su lugar, pues me parece un acto indigno lo que este señor ha hecho, porque ni es verdad que él estuviera autorizado por ti y, aun no sabemos si estará autorizado o no, ni es verdad que él sólo haya tenido la entrevista con Limantour, puesto que yo también estuve allí en representación del Partido Antirreeleccionista y en consecuencia me parece a mí (no como hermano del candidato, sino como antirreeleccionista que ha prestado sus servicios, que ya veremos si son importantes o no) que se ha portado de una manera inconveniente y si no fuera por la situación en que estamos, yo hubiera dejado al mencionado partido a que se rascara con sus uñas, pues no estoy para que me traten de la manera como me han tratado.

”Hablando de otra cosa —continuaba diciendo don Gustavo Madero a su hermano— te diré que la desorganización en que hemos estado aquí ha sido completa. Vázquez Gómez, como te digo, se ha portado mal en el incidente de la paz y no solamente eso, sino que no ha tenido ni siquiera a bien contestarme telegramas ni decirnos en qué situación se encuentra con respecto a probabilidades. Yo no sé qué pensará este señor, ni pensará obrar de por sí o si tendrá instrucciones tuyas, lo cierto es que estamos en una ansiedad tremenda. El Lic. Vázquez publicando decretos descabellados, de los cuales probablemente ya tendrás conocimiento.

”Para que te formes idea del criterio de estos señores Vázquez te diré que no obstante que Ponciano Navarro se ha portado de una manera tan indecente con nosotros, habiendo escrito cartas verdaderamente ofensivas, lo han seguido protegiendo con la idea de que haga una invasión por Tamaulipas. Por supuesto que el resultado ha sido que este hombre les haya robado todo el dinero que le han dado y con esto han sido castigados

prestigio profesional— de la clase media intelectual a que pertenecía (que en esa época constituía la más exquisita aristocracia del talento, pues era súper-civilizada), y sobre todo, de su seriedad y de sus años, sino también poseer el desinterés y el valor civil de un eximio patriota. Por esto y por su alta designación de candidato vicepresidencial alcanzado en la Convención del Tívoli lo designó, primero, representante de la Revolución ante el gobierno norteamericano y después, presidente de la Comisión de paz con amplios poderes para arreglar una transacción con el gobierno porfirista.

Las instrucciones que por escrito y para tal propósito le dio, es decir, para los arreglos de paz,⁶ no están acordes con las que él

lo bastante, pero siempre indica una política enteramente personal, queriendo obrar siempre independientemente del grupo principal.

”Parece que el Dr. Vázquez Gómez quiere aún conservar su título de Vicepresidente, según he podido yo entender —advertía don Gustavo— y en eso nadie está conforme y yo el primero, pues un hombre que sólo aceptó la revolución cuando ésta ya era un hecho, como te lo manifestaré a ti al principio, casi cuando considerábamos la victoria, me parece que es más un convenenciero que un patriota, y bajo este punto de vista debemos considerarlo.”

⁶ Tales instrucciones —que constan en las pp. 314 y 315 de la obra del ingeniero don Pascual Ortiz Rubio: *La Revolución de 1910*, son las siguientes:

“He aceptado, en general, las condiciones de paz, y así lo han avisado por telegramas los enviados de Díaz, Braniff y Esquivel Obregón. Debo decir a ustedes que he hecho esto, por las seguridades que muchos caballeros me han dado, de que el General Díaz se retirará del poder inmediatamente después de hecha la paz.

”Esta resolución me parece altamente patriótica, porque al presente es lo único que puede satisfacer a la opinión pública, y estoy seguro de que si el General Díaz hace pública esta resolución, nos será fácil pacificar el país en pocos días, cosa que sería imposible de otra manera.

”Por estas razones, y no dudando del patriotismo del General Díaz, ruego a ustedes presenten a los enviados del Gobierno la siguiente proposición: ‘Para asegurar la inmediata pacificación de México y dar al mundo un ejemplo que aumentará el prestigio del país, ambos *leaders* contendientes, tanto el General Porfirio Díaz como yo, en mi calidad de

de *motu proprio*, inspirándose en sus sempiternas y malhadadas ideas e inclinaciones contrarrevolucionarias, o mejor dicho, de tibieza y ultra conservadurismo, siguió en las pláticas de avenencia que tuvo con el tartufo Carbajal como preliminares para llegar al referido Convenio, ni muchos menos con el parecer que a este respecto sustentaba personalmente el señor Madero.⁷

Presidente Provisional, y el Vicepresidente de la República don Ramón Corral, renunciaremos, y en el interín el Secretario de Relaciones Exteriores, Lic. Francisco León de la Barra, será nombrado Presidente, para que convoque a elecciones generales, según la Constitución’.

“Por lo que a mí concierne, renuncio de buen grado a la Presidencia Provisional, pues sólo deseo el bien de mi país; si el General Díaz está inspirado en los mismos sentimientos patrióticos, no dudo que hará público lo que ha ofrecido en lo privado. Ruego a ustedes que hagan esta proposición en los términos más corteses, con el objeto de no lastimar al General Díaz, y pueden prescindir de la exigencia de su inmediata renuncia.

”Confío en que la República irá tranquilizándose a medida que se conozca la resolución de Díaz, de retirarse del poder.”

⁷ En carta dirigida al Lic. Emilio Vázquez Gómez residente en San Antonio, Texas, le decía don Francisco I. Madero el día 25 de abril de 1911 los siguientes conceptos que constan en las pp. 406 y 407 de la obra de don Alfonso Taracena *Madero, vida del hombre y del político*:

”El plan que quiero seguir en las negociaciones de paz es obtener tales cambios y tales ventajas, que hagan imposible que Díaz siga en el poder, de tal manera que espero fundamente que lograremos se retire del poder, más pronto que si llevamos la revolución hasta su fin.

”La desventaja que habrá en el arreglo es que no se podrán exigir cuentas a él y a muchos de los suyos que han defraudado grandes cantidades a la Nación, pero esto verdaderamente no compensa ni en pequeña parte, los sacrificios tan grandes que significa para la nación la prolongación de la guerra, por algunos seis meses más, que es lo menos que puede durar.

”Por esta circunstancia creo que es deber mío entrar en esos arreglos para evitar mayor derramamiento de sangre y mayores sacrificios a la nación, puesto que más pronto se obtiene el mismo fin. En realidad, lo que va a pasar es que le vamos a proporcionar al General Díaz un modo honroso de retirarse, pero esa honra no es sino aparente y más bien bajo el punto de vida tan estrecho que él tiene debido a su egoísmo y su orgullo, pues en realidad comprenderá las causas de su retiro y la historia, haciéndose eco de la opinión de sus contemporáneos lo juzgará con

En tales pláticas no tomó ninguna participación el licenciado Pino Suárez, otro de los comisionados y cuyo criterio a cualquiera transacción era diametralmente opuesto⁸ posiblemente por adolecer también en este sentido del mismo defecto del señor Madero, esto es, confiar demasiado en que el doctor Vázquez Gómez sabría interpretar perfectamente las ansias de liberación popular y así plasmarlas en los consabidos tratados de paz.

En cuanto a la injerencia que tuvo el tercer delegado, señor Madero padre, aunque en un principio, antes de la toma de Ciudad Juárez, era adversa a la Revolución, ya que rotundamente se oponía, de acuerdo con su filiación de miembro del Partido Científico y antiguo amigo personal del jefe de dicho partido licenciado Limantour, y también del general Díaz, a exigir la renuncia de éste, así como de que el licenciado Limantour (de quien era partidario para

toda severidad, puesto que quiso seguir siendo amigo hasta el último momento, sin darse cuenta que ya no engaña a nadie con su comedia.”

⁸ Del mismo libro de la cita anterior y de las pp. 392 y 393, reproduzco el siguiente fragmento de una carta que el licenciado Pino Suárez dirigió desde Nueva Orleans al señor Madero:

“Las revoluciones, son radicales; y, no sería la primera vez en la historia, que se volvieran contra sus mismos jefes. Recuerde usted cómo rodaron las cabezas de éstos durante la Gran Revolución Francesa. Supongamos que usted no pudiera colocarse nunca en ese extremo, de todos modos, con una plumada podría echar por tierra toda su obra. No se precipite, querido amigo. Piénselo mucho y con la clarividencia que lo ha guiado hasta ahora, resuelva la suerte de la Patria y la de su nombre.

”La situación del Gobierno de Díaz, es cada vez más apremiante, los oficiales comienzan a vacilar, los Estados todos están en armas, y no tienen más remedio que entregar el mando o escapar ignominiosamente dentro de breves días.

”No opino porque se le deje en el Gobierno, ni un solo día, ni siquiera porque se le deje en el país. Debe pasar sus últimos días en el destierro, tanto como un castigo de sus crímenes, como para la tranquilidad de la República.”

que sucediera al general Díaz en el poder) dejara la Secretaría de Hacienda, ya después de la captura de la referida plaza, cuando el triunfo revolucionario era un hecho indiscutible, y en los días que precedieron en los arreglos de paz, su actuación fue sumamente superficial, puede decirse nula, dado que su antes tozuda oposición, estaba completamente vencida por los acontecimientos.

Es, pues, el doctor Vázquez Gómez⁹ que de tímido antirreeleccionista y refractario a toda acción revolucionaria que era antes y todavía a raíz de estallar la rebelión,¹⁰ convirtiéndose intempestivamente, cuando las trompetas insurgentes lanzaban a los vientos las marciales dianas de la victoria, lo mismo que su hermano Emilio, furibundo e intransigente enemigo del porfirio-limantourismo; en ardiente y apasionado *sans-coulote* revolucionario; en celoso paladín de la insurrección, y el que para halagar su vanidad socarronamente consintiera en dejarse llamar por sus satélites paniguados “Cerebro de la Revolución”; el que de acuerdo con su carác-

⁹ El señor doctor Francisco Vázquez nació en Tula, Tamaulipas, el 23 de septiembre de 1860. Falleció en la capital de la república el 15 de agosto de 1933. Sus padres fueron don Ignacio Vázquez, agricultor, y doña Juana Gómez. Su instrucción primaria la hizo en Tula y los cuatro primeros años de Preparatoria en el Ateneo Fuente, de Saltillo. El quinto año preparatorio y la carrera de médico, los cursó en esta capital. Recibió su título profesional el 16 de mayo de 1899. Ejerció su profesión tres años en Coatepec, Ver. y un año viajó por Europa, especializándose en oídos y garganta. De vuelta a la metrópoli, contrajo matrimonio con la señora Guadalupe Norma. Obtuvo por oposición la cátedra de patología externa en la Facultad de Medicina, la que desempeñó hasta 1911. Fue médico de cabecera del presidente Díaz.

¹⁰ Cuando el señor Madero conspiraba en San Antonio, Texas, invitó al doctor Vázquez Gómez a reunírsele. Éste le contestó: “Espero que por ningún motivo figuraré en el proyecto de usted, porque eso bastaría para que me perjudiquen y no sé cuantas cosas más pueden hacerme. Al contrario, si algo serio pasa, tendré que hacer declaraciones categóricas en contrario”.

ter autoritario, despótico, ególatra, atrabiliario, ambicioso e incongruente (carácter que aun claramente se observa a través de las páginas de sus *Memorias Políticas*, dado que a cada momento, y en ocasiones sin haber para qué dice enfática e imperativamente con humos de gran señor: “yo ordené”, “yo dispuse”, “yo quise”, etc., etc.), demostrando ampliamente pocos meses después cuando en el interinato del licenciado De la Barra ocupara el ministerio de Instrucción Pública, el verdadero responsable ante la Historia de haber con tan insustancial, inconsistente, desacertado, híbrido y desastroso pacto, hecho fracasar el movimiento reinvidicador de 1910.

A mayor abundamiento, él mismo así lo da a entender en sus mencionadas *Memorias políticas* que para vindicarse, sin lograr conseguirlo, publicó 22 años después de tan funesto suceso, pues en la parte relativa —página 260— luego de acabar de transcribir el malhadado pacto dice:

“Mucho se ha criticado el convenio que acabo de transcribir, y aun algunos maderistas me han atribuido el haber hecho fracasar la revolución con los tratados de Ciudad Juárez.

”YO NO PUEDO SOSTENER QUE EL CONVENIO DE QUE SE TRATA CONTIENE LO MÁS VENTAJOSO QUE SE PUDO OBTENER ENTONCES, DADO QUE ERAN RADICALES LOS REVOLUCIONARIOS EN ARMAS, SOBRE TODO LOS DEL SUR, QUE TENÍAN EN JAQUE A LA CAPITAL.”

Antes de proseguir, permítame el lector hacer una breve consideración acerca de esta afirmación del doctor Vázquez Gómez:

Si el acabado de aludir sabía que los revolucionarios del sur “que tenían en jaque a la capital” eran radicales (todos

los del país lo eran), ¿por qué entonces no trató —a fin de que éstos no quedaran inconformes y su futura actitud entrañase un problema para la paz, como así sucedió— que en dicho pacto quedara claramente especificada la línea de conducta que con respecto a sus tendencias se tenía que seguir?

Porque, por lo después visto, ya desde entonces dicho doctor columbraba la utilidad que podría reportarle a su ambición personal, o a la de su hermano, o a la de ambos, la permanencia de este importante núcleo insurrecto, si previsora y mañosamente lo dejaba en pie. La prueba de esto es que cuando su hermano Emilio ocupaba el ministerio de Gobernación y ponía en práctica la zancadilla, que con antelación fraguara para arrebatarle la presidencia al señor Madero, el zapatismo creció y fortaleció hasta convertirse en serio enemigo del gobierno. ¿Por qué? Por los abundantes recursos pecuniarios bélicos, subrepticamente sustraídos al gobierno, que el licenciado Emilio, su hermano, proporcionaba. Conducta que al descubrirse, le costó la destitución.

Mas aun, cuando pocos días después del cuartelazo, el general Huerta necesitaba que el zapatismo se le sometiera a efecto de consolidarse en el poder y así con más desahogo batir a la Revolución que en el norte había estallado, sabiendo la influencia que los hermanos Vázquez Gómez tenían sobre dicho elemento zapatista, en ellos pensó para realizar su pretensión.

Cómo el licenciado Emilio una vez fracasado el movimiento cómico-rebelde que iniciara en la frontera huyera hacia los Estados Unidos, fue el doctor, que todo cohibido y perplejo aún se encontraba en esta capital, el comisionado por el referido general Huerta para obtenerla. El aludido, para bienquistarse indudablemente con el nuevo mandamás y halagar a la vez sus viejos resentimientos de despecho y

venganza, apresuróse —obsequiando tales deseos— a escribir al general Zapata una carta,¹¹ la que por sí sola pinta de una manera magistral la contextura moral del referido doctor Vázquez Gómez.

¹¹ He aquí la carta aludida:

“México, 15 de marzo de 1913. —Sr. Gral. Emiliano Zapata. — Estado de Morelos. — Muy señor mío: Acabo de recibir una carta de mi hermano el licenciado Emilio Vázquez Gómez, en la cual me recomienda se haga todo lo conveniente en bien de la paz y de los intereses de la revolución. Con este motivo he creído necesario dirigir a usted la presente, para que en vista de ella y teniendo en cuenta las condiciones en que se encuentra el país después de dos años de guerra civil, piense usted en la conveniencia y en la necesidad de poner su patriotismo y su abnegación al servicio de la patria, cuyos intereses reclaman la cesación de la guerra. Tengo noticias fidedignas de que el actual Gobierno está en la mejor disposición para seguir la política de concordia a fin de poner término a la división que existe entre los mexicanos y que ha sido causa de tantos males; sé también que tiene el firme propósito de armonizar los intereses políticos de los elementos en lucha, con el patriotismo de realizar la suprema aspiración de todo; es decir, la paz, fundada en los principios de la más estricta justicia. Y si esto es así, como lo hace creer, juzgo no tendrá usted inconveniente en entablar negociaciones con el Gobierno, pues no raras veces, la falta de explicaciones francas y claras, es origen de alejamientos perjudiciales, que es conveniente evitar en pro de la paz y en el caso, en favor de los intereses sanos y honrados de la revolución. Porque, según estoy informado, el actual Gobierno ha tomado en seria consideración el problema agrario, que es una de las bases fundamentales del Plan de Ayala, tal vez la más importante y trascendental. Muy pronto se harán públicos los acuerdos o resoluciones que se tomen sobre el particular; y aunque por este motivo y para proceder con mejor acierto, porque será útil al Gobierno conocer las necesidades y aspiraciones de los revolucionarios del sur, convendría establecer negociaciones para llegar a un acuerdo que sería base de una paz sólida y efectiva que, como he dicho antes, satisfaría las aspiraciones de todos los mexicanos. En esta virtud, suplico a usted se sirva tomar en consideración las ideas bosquejadas en esta carta, pues me atrevo a creer que ellas podrían conducir al medio más adecuado para solucionar el actual conflicto. Sin otro particular, quedo de usted affmo y muy atto. s. s. F. Vázquez Gómez”.

Mas volviendo al punto en que suspendí este párrafo, continuó:

“LA OPINIÓN PÚBLICA EN ESA ÉPOCA ERA REVOLUCIONARIA —sigue diciendo el doctor Vázquez Gómez—. EL PUEBLO MEXICANO, EN SU INMENSA MAYORÍA, DESEABA UN CAMBIO DE RÉGIMEN Y NO LA CONTINUACIÓN DEL ANTIQUO, CONTRA EL CUAL SE HABÍA LEVANTADO EN ARMAS.”

Entonces ¿por qué se dejó en pie al Ejército Federal, a los poderes Legislativo y Judicial y a la burocracia?

Refiriéndose concretamente al artículo 49 del Convenio; dice:

“Esta previsión tuvo por objeto comenzar a llevar a la práctica, y desde luego, los ideales de la Revolución de un modo pacífico, CON EL FIN DE EVITAR QUE LOS REVOLUCIONARIOS LO HICIERAN POR SU PROPIA CUENTA, VALIÉNDOSE DE LA FUERZA”.

Pues precisamente esa “previsión” que él tuvo, es la que constituyó su más fundamental error, o sea, su culpa, puesto que los elementos coaligados del régimen caído cuando vieron que se trataba por medios legislativos de “COMENZAR A LLEVAR A LA PRÁCTICA LOS IDEALES DE LA REVOLUCIÓN”, se levantaron el 9 de febrero de 1913 en armas contra el gobierno, que gracias al pacto los dejara, en maldita hora, subsistir.

Para colmo, el referido doctor Vázquez Gómez con su cargante petulancia, campanuda y rotundamente afirma en la página 262, líneas 33 y 34 de sus mencionadas *Memorias políticas* y en relación con el famoso pacto, lo siguiente:

“HE DICHO QUE EL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN FUE POSITIVO, Y ES VERDAD”.

Realmente su cachaza para sostener semejante infundio no tiene límites, porque no habiendo sido dicho triunfo “positivo”, menos pudo haber sido una “verdad”.

Y no fueron ninguna de ambas cosas porque después de firmado el tan acondereado pacto, continuó en todo el país y aun con más frenesí, tanto la matanza y el desorden como la intranquilidad, debido a que los verdaderos revolucionarios, muy especialmente aquellos que concurren a la contienda armada, no quedaron conformes con dejar en pie e impunes y gozando de sus execrables rapiñas a todos los malvados que a la sombra del porfirismo constituyéranse en opresores.

El gran incendio de odios y sed de reivindicaciones que en el fondo sólo era el sublime anhelo de justicia de una clase bastante ya vejada y explotada que resueltamente se arrojará a la lucha por quitarle a las otras sus privilegios, no podría extinguirse con las mezquinas gotas de agua turbia que destilara el Pacto de Ciudad Juárez. Este tenía que aplacarse cuando todos los jefes políticos, caciques, latifundistas, comandantes militares, políticos y demás canalla del tiránico reinado porfirista hubieran huido, o por el castigo recibido yacieran bajo tierra y estuvieran confiscadas, sin clemencia alguna, todas sus propiedades y asimismo destruidos todos sus privilegios que no eran otra cosa sino el fruto de las más abominables injusticias, de las más negras infamias y de los más nefandos crímenes.

¡Hasta entonces, y sólo hasta entonces, doctor Vázquez Gómez, el triunfo de la Revolución merecía calificarse de “positivo” y consiguientemente que había sido de “verdad”.



CAPÍTULO XV

DESPUÉS DE LOS TRATADOS
DE CIUDAD JUÁREZ



*Lo que significaron los arreglos de paz. —Opiniones diversas. —Servil
oficiosidad del general Reyes. —Petulantes declaraciones. —Cos-
sas veredes. —“No me haga usted reír que tengo el labio partío”. —
Sucesos capitalinos tres días después del Convenio. —La renuncia
Díaz-Corral. —Don Francisco León de la Barra. —Preparando
la traición. —Propósitos del nuevo presidente. —Manifiesto a la
Nación; transcripción íntegra. —Quién era el licenciado De la
Barra. —Uno de tantos parásitos burócratas. —Abyecto e inútil.
—Abogado fracasado. —Sólo de puro favor. —¡25 años al mar-
gen de toda lucha! —Otra pifia del “Cerebro de la Revolución”.
—Grave equivocación de los líderes revolucionarios. —Clerical,
hipócrita, ambicioso y extranjero en su patria. —De qué sirvió la
renuncia y destierro del general Díaz. —Optimismos contradic-
torios. —Por permanecer sordos a las voces videntes de Carranza
y Cabrera. —Lo que sucedió después del Convenio. —Expatria-
ción del general Díaz. —Manifiesto de Madero; párrafos. —La
3a. Cláusula del Plan de San Luis. —Advertencias del señor Car-
ranza. —Encontradas opiniones. —Vanguardia reaccionaria.
—El Partido Católico Nacional y sus componentes. —Receptácu-
lo de desechados. —El Partido Popular Evolucionista y sus inte-
grantes. —Refugio de amargados. —Actividades del licenciado
Jorge Vera Estañol. —Un botón de muestra.*



cabamos de ver en el capítulo precedente de qué modo se efectuaron las negociaciones en Ciudad Juárez para llegar por ambas partes en pugna al acuerdo de suspender la guerra y pactar la paz. Y también hemos visto que tales arreglos no significaron que la conquista de los ideales manumisores que originaran el movimiento revolucionario hubiese quedado plenamente asegurada ni mucho menos concluida, sino simplemente

que el gobierno porfirista en la imposibilidad de satisfacer las demandas reivindicativas populares, que él tozudamente llamaba “exigencias de la opinión pública”, resolviera entregar el poder a la Revolución a fin de que ésta sin llegar a los excesos anárquicos y radicalismos inherentes a todo movimiento insurreccional, pudiera realizar, por procedimientos constitucionales, los propósitos que de otro modo no podría implantar sino por medio de la fuerza de las armas.

Ahora agregaremos que las diversas opiniones con respecto a dichos tratados, a raíz de haberse firmado, suscitadas entre los elementos revolucionarios, si no fueron del todo favorables tampoco lo fueron completamente adversas. Pues aunque buena parte de ellos opinaba porque la Revolución, sin detener su trayectoria por transacción alguna, debiera haber llegado hasta el fin, también no pocos de ellos estuvieron conformes con los arreglos efectuados. Pero tanto unos como otros, moderando sus primeras impresiones, resolvieron esperar, para mejor ilustrar su criterio, la prosecución de los acontecimientos.

Orozco, tan pronto como se firmaran los mencionados tratados de paz se trasladó con una fuerza de mil hombres a Casas Grandes. Villa con 500 rancheros encaminóse hacia el sur. Para Santa Isabel partieron otros 500, quedando Ciudad Juárez casi desguarnecida.

El general Reyes, que se encontraba desterrado en Europa y fuera llamado por el general Díaz, quien atendiendo una petición de la Revolución le ordenara detenerse en La Habana, al saber que se acababa de efectuar un arreglo de paz entre ambos beligerantes, creyó conveniente, a fin de advertir que todavía vivía y a la vez también hacerse réclame, declarar oficiosamente a la prensa antillana con una arrogancia y énfasis contra el “cientificismo”, arrogancia que durante todo

el tiempo que duró el reyismo e igualmente en vísperas de su vergonzoso exilio bien hubiera y debido entonces tener, la siguiente ridícula cuan petulante declaración que tiempo más tarde, en febrero de 1913, él mismo, con su ególatra conducta —como era su inveterada costumbre— habría de contradecir al unirse al general Félix Díaz:

“Se ha dicho que Félix Díaz y yo haremos un nuevo movimiento revolucionario. Soy implacablemente opuesto a tal movimiento. La criminal tiranía de una facción, que por ironía es llamada Partido Científico, fue la que sublevó al pueblo de México contra el Gobierno y forzó el levantamiento de Francisco I. Madero.

”Yo, que he derramado mi sangre por mi patria, no podré unirme nunca a aquellos que han explotado sin medida a mi país, y que son la causa de todas las desgracias que ahora afligen y de todos los peligros a que ha estado expuesto. Para alejar tales peligros, es necesario procurar una completa inteligencia y armonía entre los elementos ‘sanos’ del pueblo, que no puede incluir a los miembros de esta facción explotadora.

”José Ives Limantour, el Secretario de Hacienda que en algún tiempo encabezó la facción, y contra el cual el mismo grupo trató de conspirar, así lo creyó también, cuando propuso reformas, extemporáneamente, en nuestro sistema político.

”Tengo plena confianza en los revolucionarios, a quienes creo inspirados en el más puro patriotismo.”

Aquí, en la capital, desde que con alguna insistencia se rumoreara, y aun después oficialmente así se anunciara, la resolución del general Díaz de resignar el poder, y asimismo, conociéranse las bases del Pacto de Ciudad Juárez en las cuales ratificara tal promesa, el anhelo, mucho tiempo ha

suspirado, de que el referido mandatario renunciara, hízose cada vez más intenso, tanto así que el 24 de mayo, es decir, tres días después de firmadas las negociaciones, el pueblo capitalino sin poderse contener y ya verdaderamente exasperado porque la tan decantada como ansiada renuncia no se presentaba en la Cámara de Diputados, a la cual nada más con dicho objeto concurría, desbordante de ira, irrumpió en airadas manifestaciones de protestas, por todas las arterias céntricas de la ciudad demandando a gritos y denuestos tal renuncia, la que al fin se presentó al día siguiente juntamente con la del señor Corral y las que no reproduzco por ser ya muy conocidas.

Por ministerio de ley y de acuerdo con los tratados de Ciudad Juárez, inmediatamente se hizo cargo de la presidencia el exembajador de México en Washington y nombrado *ad hoc* secretario de Relaciones Exteriores licenciado Francisco León de la Barra, quien para dar a conocer su futura actuación política lanzó el siguiente manifiesto, el que reproduzco íntegro, tanto para que se vean de resalto los propósitos de que —según él— estaba animado y —según la verdad de los hechos, para mejor engañar a la Revolución— como la conducta completamente en desacuerdo con tales promesas que después hipócrita y criminalmente siguió:

“MEXICANOS

Al tomar posesión por mandato de la Suprema Ley de la República, del puesto de Presidente Interino de los Estados Unidos Mexicanos, cumplo un grato deber dirigiéndome a vosotros, para haceros una solemne promesa y un llamamiento caluroso.

”La gravedad y delicadeza de los problemas políticos que tiene que resolverse rápidamente, en el sentido que imponen los grandes intereses del país me habrían hecho vacilar antes de decidirme a echar sobre mis hombros las pesadas responsabilidades que hoy tengo sobre mí, si no fuera por el firme sentimiento del deber y por el profundo amor a nuestra patria que me animan, así como por el conocimiento que tengo de las cualidades del pueblo mexicano, y la seguridad de que en él encontrarán un eco de mis palabras sinceras y precisas.

”AJENO A TODA AMBICIÓN POLÍTICA, y ansioso solamente del bien de mi país, seré en el puesto que transitoriamente ocupó, un celoso defensor de las leyes, especialmente de las electorales, para que la voluntad del pueblo pueda manifestarse libremente en los próximos comicios, al renovarse los poderes federales y locales.

”Aun cuando no ha sido aprobada todavía por las legislaturas de los Estados la reforma constitucional relativa a la no-reelección, considero de mi deber declarar como garantía de la pureza de mis intenciones —si no fueran bastante para ello los antecedentes de mi vida pública— QUE EN NINGÚN CASO ACEPTARÉ MI CANDIDATURA PARA LA PRESIDENCIA O VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA EN LA PRÓXIMA LUCHA ELECTORAL, pues abrigo la convicción de que, al obedecer el precepto correspondiente, comprendido entre el proyecto de reforma aprobado ya por las dos Cámaras, acato los dictados de la opinión pública rectamente inspirada.

”El día más feliz de mi vida pública será aquél en que dentro del menor plazo que consientan la ley electoral y la situación porque atraviesa el país, pueda transmitir el Poder que hoy he recibido, al ciudadano que la República elija. VOLVERÉ ENTONCES A LA VIDA PRIVADA con la tranquilidad

que proporciona el deber cumplido y con la satisfacción de ver a mi patria explotando de nuevo sus riquezas por el esfuerzo del trabajo y al amparo de la paz.

”Dentro de la jurisdicción de las leyes y sometidos a sus mandatos, podrán encontrar los partidos políticos mucho campo para el triunfo de sus aspiraciones, que serán respetadas cuidadosamente, en tanto que se manifiesten dentro de los límites que aquéllas les imponen. Cualquiera transgresión a las disposiciones legales, será enérgicamente reprimida.

”Aun cuando la cordialidad de las relaciones que nos unen a los países con los cuales estamos ligados por vínculos de afecto y de intereses hace tan innecesaria una declaración acerca de la marcha que seguirá el Ejecutivo en nuestra política internacional durante el breve plazo que tendrá la alta honra de representarlo, deseo, sin embargo, expresar que el Gobierno, respetuoso de los derechos de las demás naciones y celoso defensor de los nuestros, se esforzará en hacer, por su política franca y justificada, como lo ha hecho en lo pasado, que esas relaciones sean cada día más amistosas, con beneficios mutuos y conforme a los principios que consagra el Derecho Internacional.

”Para poder desarrollar el programa político que brevemente he expuesto, es necesario que el país, dándose cuenta de la gravedad de la situación, que pone en peligro nuestra vida nacional, y de la sinceridad y vehemencia de mis sentimientos de amor a la patria —que sabrán compensar las deficiencias que en mí reconozco— responda al llamamiento que le hago, para que dentro del orden y al amparo de la ley, nos unamos todos los mexicanos en común espíritu de paz y de progreso.

”Las circunstancias lo exigen así. Ellas, permítase recordarlo, han puesto de resalto, una vez más, las grandes y sólidas

das cualidades de NUESTRO HEROICO EJÉRCITO, DIGNO DE TRADICIONES GLORIOSAS, QUE SABRÁ MANTENER LEAL Y FIRMEAMENTE.

”Después de los agitados tiempos actuales, en que me toca suceder transitoriamente en el Poder al Estadista que dio días de gloria a la patria, deben venir otros tranquilos y serenos en que la República emprenda de nuevo, ya de manera definitiva, su marcha por el camino del verdadero progreso, desarrollando de una manera ordenada y sistemática, el programa de una democracia sana y fuerte.

”Esforcémenos por la realización de ese hermoso ideal, que estará próximo si todos subordinamos nuestro interés personal a los grandes intereses vitales de la Patria, hoy desgraciada y mañana feliz, estoy seguro de ello, por el esfuerzo elevado y eficaz de sus buenos hijos.

”México, 25 de mayo de 1911.— Francisco León de la Barra.”

Que ¿quién era el licenciado De la Barra hasta entonces completamente desconocido por el pueblo? Sencillamente, uno de tantos empedernidos y contumaces burócratas. Uno de esos eternos presupuestívoros que incapaces y cobardes para luchar cara a cara con la vida en un medio decoroso e independiente, se pegan, como lapas, a las ubres del presupuesto a fin de poder subsistir sin que les importe que su mísera existencia sea estéril y vegetativa con tal de tener la pitanza asegurada. Ayunos de todo espíritu de empresa; faltos de carácter para abatir su propia indolencia y pusilaminidad a efecto de arrostrar los peligros y vicisitudes que necesita vencer si quiere la conquista de un verdadero porvenir; sintiéndose a sí mismos no sólo inútiles sino hasta estorbosos para los demás a fin de coadyuvar al desenvolvimiento ya sea de la industria, o de la agricultura, o del comercio, o bien de las artes, o de las

ciencias; en fin, de cualquiera fuente de riqueza y de progreso, se refugian, considerándose unos desgraciados vencidos, en la anonimidad de la turbamulta que polula en las dependencias del Estado. Las grandes conmociones revolucionarias que a semejanza de los fenómenos telúricos remueven hasta las piedras, los vienen a sorprender en su negra y abyección de inutilidad y servilismo, haciéndolos salir entonces, como viscosas sabandijas, a recibir el calor y la luz esplendente de un nuevo sol. Identificados perfectamente con el régimen caído —que ellos con fanatismo consideran como un sublime dechado de virtudes y perfecciones— que les tendiera la mano sacándolos de la triste condición en que vegetaban, niegan o disculpan tozudamente todos los crímenes, vilezas e injusticias que dicho régimen cometiera, así como profésanle inextinguible odio y rencor a quienes lo derribaran.

A esta clase de parásitos pertenecía el licenciado De la Barra. Fracasado en su profesión de abogado dedicóse a la empleomanía, empezando en 1886 por ocupar puestos administrativos sin importancia. En 1891 recibió del general Díaz el nombramiento de diputado al Congreso de la Unión. Al año siguiente fue enviado por el mismo general Díaz como su representante al Congreso Ibero-Americano. En 1901, por indicación del general Díaz, quien decididamente lo tomara bajo su protección, presidió el Comité Internacional de Jurisprudencia en el Congreso Panamericano reunido en México. En 1906, enviólo el mismo general Díaz como representante de México al Congreso Panamericano de Río de Janeiro. En 1907, igual comisión ante el Tribunal de la Haya y ante los gobiernos de Bélgica y Holanda. En 1909, elevándolo el general Díaz al rango de embajador con este carácter enviólo a Washington.

Total: ¡25 años consecutivos de vivir del exclusivo favor del general Díaz y casi todos ellos en el extranjero! veinticin-

co años de vivir al margen de toda lucha. Apartado completamente de las vicisitudes, del dolor y de los sentimientos de sus conciudadanos; ajeno a toda aspiración de mejoramiento o transformación ya fuera ésta política, social, educacional o económica de su oprimida patria; egoístamente desvinculado de las costumbres y del pensamiento mexicanos.

Con tales características, hácese difícil comprender ¿cómo el llamado “Cerebro de la Revolución” doctor Vázquez Gómez propúsole —cosa que desgraciadamente se aceptó— para presidente interino de la República, es decir, como salvaguardia y depositario fiel de los intereses políticos, democráticos y sociales de la Revolución a la que jamás, dados sus antecedentes, podía comprender y amar, sino antes por el contrario, odiar y querer destruir?

No cabe duda que la aceptación de semejante individuo para presidente provisional de la República encargado de restablecer la paz y preparar a la vez la estabilidad del futuro gobierno, constituyó el error más grave cometido por los directores de la Revolución. Pues si bien consideraron malo, a falta de un hombre completamente imparcial, ajeno a ambos bandos, entregar la situación a un revolucionario, más malo y hasta archipésimo fue el entregarla a un porfirista, clerical, hipócrita, ambicioso y extranjero en su propia patria como lo era el licenciado De la Barra.

En semejantes condiciones, ¿de qué servía que el general Díaz renunciara y hasta se expatriara, si en su lugar quedaba uno de sus más fieles, agradecidos y serviles testaferros?

Consiguientemente, la Revolución, como resultado de su impericia y gracias al doctor Vázquez Gómez, quien, después de que personalmente frangollara sus malhadados tratados de Ciudad Juárez, recomendara y decididamente apoyara al

licenciado De la Barra para presidente, se entregaba como manso cordero en manos de sus enemigos.

No obstante, cuando el licenciado De la Barra hízose cargo de la presidencia, los revolucionarios, haciendo gala de buena fe y posponiendo toda animosidad y desconfianza, sinceramente ovacionaron en él a la Revolución triunfante, y los reaccionarios a su vez, con todo el dolo y perfidia de que estaban impregnados, considerándose firmemente, sin ninguna equivocación, también triunfantes, lo que en efecto así era, con más entusiasmo y frenesí que aquéllos, lo ovacionaron.

Desgraciadamente, no habiendo querido escucharse la voz sinceramente patriótica y vidente de don Venustiano Carranza ni la no menos poderosa y profética de don Luis Cabrera sobrevendrían indefectiblemente, lo que así fue, los funestos y trágicos acontecimientos previstos por ellos, acontecimientos que llenarían de sangre y lágrimas el vasto territorio nacional y sumirían a la patria en profundo dolor, luto, e intensa amargura.



Los sucesos, como se ha visto, después de la firma del Convenio precipitáronse de una manera vertiginosa. El 26 de mayo el general Díaz sale de la capital hacia el puerto de Veracruz con rumbo a Europa, teniendo lugar en el trayecto el incidente que ya mucho se ha publicado. Ese mismo día 26 el señor Madero lanzó un manifiesto que consideró muy importante y cuyos principales párrafos son los siguientes:

“El General Díaz y don Ramón Corral presentaron sus renunciaciones, y, aceptadas, dejaron el poder al Sr. licenciado don Francisco León de la Barra. En vista de esto, me pareció obrar

de acuerdo con los intereses de la Patria, suspendiendo las hostilidades y poniendo punto final a sangrienta guerra fratricida.

”Tanto en los campos de batalla como en el territorio entero de la República, debe reconocerse, como legítima autoridad, al licenciado don Francisco de la Barra, QUIEN LLEGO AL PODER POR ACUERDO MUTUO DE AMBOS PARTIDOS CONTENDIENTES.

”El señor licenciado de la Barra no tiene más apoyo en el poder que la opinión pública, y ésta, unánimemente proclama los principios de la revolución; de tal modo, que podemos decir que el actual Presidente de la República está enteramente con nosotros.

”Los que tantos años fueron víctimas de la tiranía, no pueden temer celada alguna de sus antiguos opresores; no deben temer nada, porque el pueblo ha demostrado ya su omnipotencia y yo, antes de renunciar a la Presidencia Provisional, concerté con el Sr. de la Barra medidas que aseguraran las aspiraciones nacionales para las próximas elecciones, y que la voluntad del pueblo sea respetada. Entre esas medidas está la renuncia de todos los gobernadores, que deberán ser sustituidos por ciudadanos que sean una garantía para el nuevo régimen.

”Y SI CONTRARIANDO EL PLAN DE SAN LUIS POTOSÍ, HE ACEPTADO, EN NOMBRE DE LA REVOLUCIÓN, QUE SIGAN FUNCIONANDO LAS CÁMARAS FEDERALES Y LAS LEGISLATURAS DE LOS ESTADOS, ES POR EVITARNOS MAYORES TRASTORNOS Y DIFICULTADES, Y SIEMPRE QUE FRANCA-
MENTE ACEPTEN LAS CÁMARAS EL NUEVO RÉGIMEN.

”CONSIDERO QUE EL PARTIDO REVOLUCIONARIO HA HECHO AMPLIAS CONCESIONES AL RÉGIMEN ANTIGUO.

”Algunos sacrificios reportará la Nación porque no se puedan satisfacer con amplitud todas las aspiraciones contenidas en la cláusula tercera del Plan de San Luis Potosí.

”Al retirarme a la vida privada en calidad de simple ciudadano, seguiré considerándome jefe del actual partido revolucionario, y colaboraré con el gobierno del señor licenciado de la Barra, poniendo a su servicio todas mis energías.”

La tercera cláusula del citado Plan de San Luis a que se refiere el señor Madero, estatúa que los elementos revolucionarios ocuparían los escaños de ambas Cámaras federales así como las de los estados, con el objeto de supervisar los comicios. Mas debido a los nobilísimos sentimientos y magnánimo corazón del ilustre caudillo y futuro mártir que se oponían a la prolongación de la guerra, creyóse conveniente prescindir de tan importante prerrogativa. Pero si se hubiera llevado hasta el fin el cumplimiento del referido plan, entonces, como opinaba muy sabiamente el no menos ilustre y también mártir don Venustiano Carranza en la inolvidable y trascendental conferencia de Ciudad Juárez la víspera del asalto a dicha plaza, la República se hubiera salvado al par que de enormes y cruentos sufrimientos, de padecer el sacrificio de muchas vidas, múltiples dolores y trastornos así como la devastación de sus cuantiosas riquezas.

Inmediatamente que el licenciado De la Barra se hizo cargo de la presidencia, de acuerdo con el señor Madero nombró a su gabinete, quedando éste integrado de la manera siguiente:

Relaciones, encargado *ad interim*, licenciado Bartolomé Carbajal y Rosas; Gobernación, licenciado Emilio Vázquez Gómez; Justicia, licenciado Rafael Hernández; Instrucción Pública, doctor Francisco Vázquez Gómez; Fomento, licenciado Manuel Calero; Comunicaciones, ingeniero Manuel Bonilla; Hacienda, Ernesto Madero; Guerra, general Eugenio Rascón.

Tan pronto como los diarios informativos dieron a conocer los anteriores nombres acompañados de sus respectivas designaciones, asimismo empezaron a circular acerca de ellos los más variados comentarios. Pues mientras el elemento intelectual independiente calificaba de desacertada e incongruente la precitada designación, ya que a casi todos ellos tacháranlos de porfirio-limantouristas incondicionales, siendo éstos los señores licenciado Carbajal y Rosas, licenciado Hernández, don Ernesto Madero, licenciado Calero y el general Rascón, y nada más renovadores a los señores Bonilla y hermanos Vázquez Gómez; los reaccionarios opinando en forma diferente, es decir, como de muy atinada, coherente y hasta altamente patriótica dicha designación, batían palmas en honor de ella, congratulándose de que tan bien empezara —para ellos— el interinato ¡Claro, como que se trataba de la contrarrevolución que sin perder tiempo prestamente se iniciaba!

En cuanto a la gran masa popular, ésta ávida de libertades y anhelos de mejoramiento en todos los aspectos como se encontraba, y contenta además con las promesas revolucionarias que no dudaba se cumplirían, en realidad no opinaba ni en pro ni en contra del criterio político que sustentaran los nuevos ministros. Suponía que por el solo hecho de que los nombrara el licenciado De la Barra al que creía obraba de acuerdo con los intereses de la Revolución puesto que a ella le debía el cargo de presidente estaban bien, pero sin

analizar cuál era la exacta situación política prevaleciente ni tampoco averiguar los propósitos que perseguía y albergaba el aludido.

La llamada “prensa seria”, funesta herencia del porfirismo, compuesta en su mayoría por periódicos reaccionario-clericales, aplaudió con calor la maquiavélica maniobra limantourista-“cientificista”, o sea, la designación de los miembros del gabinete. Sólo alguno que otro órgano independiente les puso reparos, mas sus censuras no tuvieron eco porque la población en un delirio de regocijo por el cambio de gobierno y la cesación de la lucha no se fijaba en la trama que entre bastidores principiaba a prepararse tanto más cuanto acababa de anunciársele la próxima llegada del jefe de la Revolución, señor Madero, la que tuvo lugar el día 7 de junio y cuya descripción omito porque ya muchos escritores brillantemente la han hecho.

Mas, si los políticos porfirio-limantouristas tan pronto como se concertaba en Ciudad Juárez entregar el gobierno a la Revolución, inmediata y mañosamente maniobraron para constituir con el presidente De la Barra y los ministros “científicos” su vanguardia reaccionaria para reconquistar el poder, los conservadores, no políticos, pero sí más audaces que éstos últimos a su vez dueños absolutos de la vida del país, puesto que ellos eran los que poseían las fuentes de riqueza, los centros de producción así como las grandes empresas industriales, la agricultura, la ganadería, la minería, el comercio, los bancos, la propiedad rústica y la urbana, etc., ni cortos ni perezosos puesto que poco antes de que se constituyera el interinato pero que por los estertores agónicos del régimen tuxtepecano que se oyeran bien claro presintieran que la caída del general Díaz, que por tantos años los protegiera y consintiera, era inevitable y por ello mismo

la temida hora de las reivindicaciones sociales llegaba y con ella el ajuste de cuentas de todos sus abusos, se apresuraron, aliados con el clero que también veía que se acercaba para él el peligro de desaparecer la política de conciliación, o mejor dicho, tolerancia porfirista que tanto le había favorecido para trasgredir las Leyes de Reforma, a tomar posiciones contraofensivas dentro de las filas de un partido que con el nombre de “Católico Nacional” que a todo bombo y platillos constituyeran el 17 de mayo, o sea, ocho días antes de la renuncia del general Díaz.

Este partido que no era sino un verdadero receptáculo de abominables convenencieros y en el que se agrupaban todos aquellos elementos perversos que con sus ambiciones, iniquidades, vandalismos, excesos e infamias provocaran intensamente el malestar nacional, el odio al porfirismo y asimismo el ansia de renovación política primero, y la guerra intestina con todas sus consecuencias después, comenzó su execrable tarea antirrevolucionaria de despecho e igualmente de venganza, con hacer amparado por la amplísima libertad de imprenta que la Revolución desde luego otorgó y que el régimen caído jamás quiso, ni en una mínima parte, conceder, mofa, escarnio y mordaz crítica de los ideales manumisores proclamados por el movimiento triunfante, así como de su caudillo y demás líderes.

Uno solo de los postulados de su plataforma política basta para dar a los lectores una idea, ¡y qué ideal!, de las finalidades que dicho organismo se proponía implantar caso de llegar al poder:

“VI. —Se esforzará por aplicar a los modernos problemas sociales, para bien del pueblo obrero y de todo el proletariado agrícola e industrial, las soluciones que el Cristianismo suministra, como las únicas que, conciliando los derechos

del capital y del trabajo, podrán ser eficaces para mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras, sin perturbaciones del orden y sin menoscabo de los derechos de los capitalistas o empresarios”.

Los directores visibles de este partido eran los señores: Gabriel Fernández Somellera, que fungía de presidente; Emanuel Amor, de vicepresidente; licenciado Manuel F. de la Hoz, de 2o. vicepresidente; Luis García Pimentel, de tesorero; licenciado Carlos Diez de Sollano, de secretario; licenciado Rafael Martínez del Campo, de 1er. secretario y licenciado Francisco Pascual García de 2o. secretario.

Pero como si la creación del anterior partido hubiera sido insuficiente para refundir en él a todos los descontentadizos y despechados porfirio-limantourista-“cientificistas”, los reaccionarios políticos acordándose del refrán popular de que “a dos puyas no hay toro valiente”, e inconformes con que sólo de una manera solapada los ayudaran el presidente De la Barra y los ministros “científicos”, y queriendo contar con el otro extremo, es decir, con una masa mitotera en que festinadamente apoyarse para así darle a sus futuros actos antirrevolucionarios la apariencia de popularidad, crearon a su vez otro, bautizándolo con el pomposo nombre de “Partido Popular Evolucionista”.

Este híbrido conjunto que era también un receptáculo de elementos reaccionarios de diferentes matices, tales como empecinados empleómanos que presentían llenos de pánico y rabia su próximo desplazamiento; de reyistas que, ¡quien lo creyera!, no perdonaban al señor Madero haber tenido el valor que le faltó a su cobardón ídolo (que el 6 de junio arribara a México) para enfrentarse al general Díaz; de felicistas que ilusa e insensatamente aspiraban encumbrar al general Félix Díaz al solio que su autócrata tío acababa por la fuerza

y mal de su grado dejar y veían en el señor Madero un gran obstáculo para sus dinásticos propósitos; de militares apasionadamente despechados que consumiéndose en ardiente fiebre de odio por su aplastante derrota, desesperadamente buscaban la venganza; de extranjeros aventureros favorecidos por el porfirismo; de intelectuales corrompidos por el “cientificismo”; de profesionistas fracasados mendicantes, usufructuarios de empleos burocráticos; en fin, de excorralistas y dehesistas (partidarios estos últimos del gobernador del estado de Veracruz don Teodoro A. Dehesa) que vinculándose con la otra extremidad, esto es, con el presidente De la Barra y los ministros “científicos” dentro del susodicho Partido Popular Evolucionista, preparábase a efectuar una acción conjunta contra la Revolución.

Organizado por reconocidos elementos porfiristas (su iniciador y presidente el licenciado Jorge Vera Estaño acababa de desempeñar el cargo de ministro de Gobernación en el último gabinete del general Díaz, y más tarde, en el gabinete que a raíz del cuartelazo de febrero de 1913 tuviera el traidor y asesino Victoriano Huerta, fuera ministro de Instrucción Pública), inmediatamente después de la toma de Ciudad Juárez y cuando la caída del régimen imperante era un hecho indubitable a fin de que la Revolución triunfante al llegar a la capital lo encontrara ya de pie, dio a conocer su programa político el 5 de junio, es decir, días días antes de que llegara a la Ciudad de México el señor Madero, y de cuyos soporíferos considerandos doy en seguida a conocer unos cuantos así como también uno de los postulados de su plataforma:

“Después de convenida la paz, la revolución ha continuado en armas en muchos puntos de la República: cuando la Secretaría de Gobernación, que estaba a mi cargo, a raíz del convenio de paz, dio al Sr. Madero la fórmula legal bajo la

cual los cuerpos revolucionarios podrían seguir subsistiendo como mantenedores del orden y de la seguridad en todo el país, con sujeción a las autoridades constituidas, el Sr. Madero reconoció que la fórmula era lógica; pero declaró que no podía realizarla.

”La noticia dada por los periódicos que la Ciudad Porfirio Díaz ha perdido este nombre y en su lugar vuelve a llamarse Piedras Negras. Vituperable ha sido siempre para mí levantar monumentos al Jefe de un Estado mientras está ejerciendo el poder; pero más vituperable es derrumbarlos cuando él ha caído.

”Y cuando el Congreso Federal se preparaba a lanzar la convocatoria para las elecciones extraordinarias, a fin de que éstas tuvieran lugar en el mes de noviembre, el Sr. Madero anuncia su voluntad, ahora omnipotente, de que se acorte el plazo, y su voluntad es sumisamente obedecida.

”El país es privado del plazo de un mes para pensar bien sobre sus futuros candidatos y para prepararse mejor a fin de luchar en los comicios.

”VI. —La supresión absoluta de todo impuesto personal, (cosa que desde muchos años antes había sido completamente abolida), cualquiera que sea el nombre y la apariencia que se les dé, por ser completamente inicuo en su base y cruel en su procedimiento coactivo.”

Tales fueron, pues, los enemigos que salieron a encontrar a la Revolución al llegar a la Ciudad de México.



CAPÍTULO XVI

ESCAMOTEANDO LA VICTORIA



Dos meses después del arribo a la capital. —Licenciamiento del Ejército Libertador. —Franco estado de lucha. —Elecciones extraordinarias. —Lo que acontecía dentro de los poderes Legislativo y Judicial, y en la burocracia y la prensa. —Excesiva tolerancia. —Mortal inquina de los vencidos. —Balance sintético. —El programa de la reacción. —Contra los postulados manumisores. —Otra vez el artículo 3o. del Plan de San Luis. —Declaraciones contradictorias de los partidos Popular Evolucionista y Católico Nacional. —Divide, divide y vencerás. —Los “tartufos”. —Lo que el licenciado Cabrera opinaba del interinato. —Marrullerías del “presidente Blanco”. —Creación del Partido Constitucional Progresista. —La Convención del Teatro Hidalgo y sus resultados. —Sarcasmos de la reacción. —Agitación electoral. —Nueva Era. —Los necesarios. —Amenazante actitud. —Madero rinde la protesta como presidente y nombra su gabinete. —Desilusión y pesimismo. —Habilidades políticas del Partido Científico. —Los renovadores. —Otro triunfo de los científicos. —Abjecta declaración del nuevo ministro de Hacienda. —Descenso de la fiebre maderista. —Plan de Ayala. —Suspensión de garantías. —Brotan levantamientos. —Mordacidad de los porfiristas.



acía apenas poco más o menos dos meses de que llegara el señor Madero a la capital y de que ésta lo recibiera cordial, esplendorosa y apoteósicamente como jamás lo hiciera con caudillo alguno por grandes que fueran sus merecimientos y la gloria de sus hazañas, cuando ya este entusiasmo rayano en delirio en todas las clases sociales, empezaba a menguarse notablemente como consecuencia de una inopinada y violenta animosidad contra su persona y también contra la Revolución.

¿Qué sucedía? ¿Por qué tan intempestiva reacción? ¿De qué provenía semejante acritud que estaba tomando caracteres demasiado alarmantes? ¿Serían acaso efectos de la contrariedad que causara en todo el público no sólo el licenciamiento del Ejército Libertador que era a quien se le debía el triunfo revolucionario, hecho que ya de por sí constituyera el más craso error, sino los términos depresivos y amenazadores en que estuviera concebido el decreto expedido por el licenciado De la Barra y por el señor Madero referente a tal medida, como eran los de considerar bandoleros merecedores del más duro castigo a todos aquellos insurgentes que en el brevísimo espacio de 10 días no entregaran sus armas y bagajes y regresaran a sus hogares? ¿O se debería entonces a la acción conjunta desarrollada por los partidos reaccionarios a que antes me he referido?

Sin duda alguna que a ambas cosas, pero muy especialmente a causa de la pugna cada vez más enconada entre la Revolución y los elementos del régimen porfirista, aparentemente caído, o sea, la reacción, la que sorda e imprecisa a principios del interinato y fermentada y concretada poco tiempo después, había llegado ya a revestir un franco estado de lucha.

La convocatoria para las elecciones extraordinarias de presidente y vicepresidente de la República habíase ya expedido el día primero de junio. Las primarias, según la expresada convocatoria, si verificarían el primero de octubre y las secundarias el 15 del mismo mes.

No obstante de que todo hacía suponer que en ellas saldrían electos los señores Francisco I. Madero y doctor Francisco Vázquez Gómez, la situación de optimismo que prevaleciera en los primeros días, del triunfo revolucionario, había cambiado notablemente. Analicémosla aunque sea muy brevemente.

Dentro del Poder Ejecutivo habíase ya deslindado perfectamente los dos campos: el revolucionario representado por los hermanos Vázquez Gómez y el reaccionario por el presidente De la Barra y los ministros “científicos”, algunos de ellos, como se sabe, parientes del señor Madero. La pugna era, pues, allí al par que latente, grandemente desventajosa para la Revolución.

En el interior de los poderes Legislativo y Judicial no existía pugna alguna, puesto que los elementos que totalmente los integraban eran fanáticos partidarios del general Díaz, a quien le debían el cargo que representaban, siendo por esta causa todos ellos enemigos irreconciliables de la Revolución.

En el seno del ejército sí existía la referida pugna y era allí donde más frenéticamente se manifestaba, pues la aversión entre federales y exinsurgentes había llegado a tal extremo de algidez que el menor incidente que entre ellos se presentaba encendía desmesuradamente los ánimos y provocaba conflictos armados de muy fatales consecuencias, como el sucedido en Puebla el 13 de julio en que ni siquiera llegó a precisarse el verdadero motivo para que se hubiera efectuado un sangriento combate.

Dentro de la burocracia —que era totalmente porfirista y que no había sido para nada removida por lo cual se encontraba muy levantisca e insoportablemente insolente— no existía tampoco ninguna pugna. Ésta se hallaba muy enconada, con caracteres de verdadera contienda desde antes de la capitulación del porfirismo, entre la susodicha burocracia, que formando una entidad importantísima del gobierno por no decir era el gobierno mismo el cual representaba a la reacción, y todo el elemento independiente, que formando a su vez la inmensa mayoría del pueblo representaba a la Revolución, con quien desde un principio se identificara.

Dentro del cuarto poder, o sea la prensa, la actitud opositora de parte de los periódicos exoficiosos contra la Revolución aunque débil en un principio, es decir, en los primeros días del interinato cuando todavía no les pasaba el pánico que les causara el pueblo al incendiar los talleres de *El Imparcial* y *El Mundo* el día 23 de mayo en que enfurecido recorría las calles céntricas de la ciudad exigiendo la renuncia del general Díaz, había llegado a un estado bastante álgido. Los rotativos adictos al porfirismo aun cuando ya no percibían la subvención que éste les impartiera durante muchos años para adularlo, sí seguían por despecho observando su misma abyecta conducta, o sea, defendiéndolo, sahumándolo servilmente, así como atacando, una vez que vieron la excesiva tolerancia que con ellos se tenía, a la Revolución, a sus hombres y a sus procedimientos, exacerbando y agitando hipócrita y malévolamente las pasiones con publicar supuestos y calumniosos ataques dizque provenientes del sector revolucionario, pero en realidad obra maléfica de los mismos reaccionarios contra los derrotados militares porfiristas a fin de ahondar y enconar con semejante táctica la referida pugna.

El maderismo triunfante, con el loable propósito de implantar las más amplias garantías tanto en el sentido electoral como en el individual y también en lo referente a la libre expresión de las ideas, jamás se preocupó por subvencionar periódicos que lo defendieran y adularan, sino que dejó que todo el mundo obrara de acuerdo con sus propias convicciones. Pero los viejos diarios de la dictadura abusando de tan noble propósito y con el fin de extremar la pugna que cada día era más insidiosa y ostensible, publicaban extensas y detalladas crónicas parlamentarias reproduciendo, sintéticamente, los discursos que impregnados de venenoso sarcasmo, de

sangrienta ironía, subrayando las peores inverecundias, que los diputados porfirio-limantouristas pronunciaban contra la Revolución y contra el maderismo, atizando con ello la hoguera donde ya al rojo blanco ardían la rabia y la impotencia de los jefes y oficiales del derrotado y oropelesco Ejército Federal.

Los periódicos independientes que entonces existían y que eran de pequeño formato, corto tiraje y salida intermitente, hacían el mayor esfuerzo para desvirtuar tan infame labor rechazando enérgicamente las insidiosas calumnias de que era objeto la Revolución. Pero como no contaban con los elementos requeridos para entablar una campaña contra la prensa reaccionaria que rindiera los mejores frutos, se limitaban a hacer lo que buena y patrióticamente podían.

Como se ve por este sintético balance de las fuerzas en pugna, la táctica de lucha que la reacción emprendiera desde la capitulación del régimen porfirista, consistía en minar por cuantos medios estuvieran a su alcance tanto la autoridad del interinato como la fuerza político-social-revolucionaria del maderismo. Era el programa de acción que acometiera a fin de quitarle a la Revolución su poder militar, su prestigio y simpatía popular para debilitarla y en este estado ponerla a merced de su más mortal enemigo: el Ejército Federal, programa que paulatina y astutamente iba consiguiendo punto por punto ganar, siendo uno de éstos haber obtenido el licenciamiento de las aguerridas y valientes huestes del Ejército Libertador.

Y aunque a este respecto, o sea, del licenciamiento, no faltaron elementos civiles de reconocida filiación y empuje revolucionario así como la mayoría de los jefes del Ejército Libertador y también no pocos escritores independientes entre ellos el licenciado don Luis Cabrera —quien publicara con tal motivo un sesudo artículo— que se opusieran a

semejante medida haciendo ver el peligro y la inconveniencia que ello entrañaba, el licenciado De la Barra, confabulado con los ministros “científicos” parientes del señor Madero, que encabezaba a la reacción, convenció al referido caudillo de la urgente necesidad de realizarla, lo que así irremisiblemente y sin contemplaciones se efectuó.

Una vez conseguido esto, que era para ella (la reacción) lo más importante así como que se consideraran bandidos a todos aquellos antirreeleccionistas que habiendo tomado las armas para derrocar a la dictadura no las entregaran dentro de perentorio plazo, había que seguir simultáneamente batiendo a la Revolución en sus demás aspectos como era el social y el político.

En el social ya habían iniciado sus actividades, con bastante éxito por cierto, tanto los respectivos miembros, todos ellos furibundos reaccionarios, de ambas Cámaras del Congreso de la Unión como los periódicos exsubvencionados porfiristas, combatiendo a fuego cerrado todos los postulados manumisores que proclamara el movimiento revolucionario por medio del Plan de San Luis, haciendo de ellos sangrienta crítica y considerando su implantación como un necio radicalismo y una garrafal insensatez. Pues —decían— sólo fueron inscritos en dicho plan para servir de carnada y atrapar incautos que llevar al matadero.

Ya antes la susodicha reacción había tenido en este sentido una completa y resonante victoria, tan importante como el licenciamiento del Ejército Libertador, puesto que había logrado que el artículo tercero del Plan de San Luis que estatúa “la formación —después del triunfo de la Revolución— de comisiones de investigación para dictaminar acerca de las responsabilidades que hayan podido incurrir los funcionarios de la federación, de los estados y de los municipios”; y

también de “restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaren sujetos a revisión tales disposiciones y fallos y se exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos”, quedara sin efecto, no obstante que fuera uno de los compromisos más fundamentales contraídos por el maderismo, el que inmediatamente después del triunfo lo eludió y lo eludió el mismo señor Madero influenciado desgraciadamente para obrar en dicha forma por sus parientes “científicos”, es decir, ultrarreaccionarios que lo rodeaban, y a quienes daba, por desventura, mucho oído. Él mismo en su manifiesto a la Nación fechado el 26 de mayo lo dice: “Algunos sacrificios reportará la nación porque no se puedan satisfacer con amplitud las aspiraciones contenidas en la cláusula tercera del Plan de San Luis Potosí”.

Esto originó que el general Emiliano Zapata que se insurreccionara contra el general Díaz en el estado de Morelos precisamente por los mismos motivos sintetizados en el referido artículo tercero, al ver que éste ya no se cumplimentaba y así se declaraba categóricamente, no sólo no accedió a licenciar sus tropas y entregar las armas, sino que afirmándose más enérgicamente en su rebeldía desconoció al licenciado De la Barra y también al señor Madero como jefe de la Revolución primero, y como presidente de la República después.

En cuanto al aspecto político, los partidos Popular Evolucionista y Católico Nacional no obstante que a raíz de quedar constituidos declararon enfáticamente por medio de sendos manifiestos que no intervendrían en las elecciones que se avecinaban de presidente y vicepresidente de

la República por considerar que en este sentido el criterio popular estaba ya perfectamente orientado, cuando vieron que el trabajo de zapa que conjuntamente con la reacción emprendieran había prosperado más de lo que ellos mismos esperaban, diéronse prisa a postular, a fin de socavar aun más la fuerza y prestigio del maderismo y asimismo ahondar la indecisión que ya visiblemente se empezaba a notar entre los elementos revolucionarios, nuevas candidaturas que le disputaran el triunfo al señor Madero.

El aforismo maquiavélico de “divide, divide y vencerás”, apresuráronse a ponerlo en práctica. Fue así como incontinenti surgieron las candidaturas presidenciales de los señores: general Bernardo Reyes; general Félix Díaz y licenciado De la Barra no obstante lo dicho por este último en su manifiesto del 25 de mayo al hacerse cargo del Poder Ejecutivo: “En ningún caso —dijo— aceptaré mi candidatura para la presidencia o vicepresidencia de la República en la próxima lucha electoral”.

Asimismo resolvieron los citados partidos, fundamentando su esperanza en el cumplimiento de la promesa del Plan de San Luis referente a la efectividad del sufragio, lanzar candidatos extraídos de sus propias filas reaccionarias para diputados y senadores.

Toda esta tendenciosa acción de divisionismo y malévola agitación, como se comprenderá, debilitaba tanto al gobierno interino puesto que le restaba cohesión y firmeza, como al maderismo unidad y fuerza ya que dentro de sus filas despertaba ambiciones y egoísmos, cosas ambas que la reacción deseaba ocurrieran para utilizarlas a su debido tiempo.

Con respecto a la debilidad del interinato decía el licenciado Luis Cabrera en un interesante artículo titulado: “La

Revolución dentro del gobierno” publicado el 27 de julio, lo siguiente:

“La transacción de Ciudad Juárez significó el reconocimiento de la superioridad de las fuerzas revolucionarias sobre la fuerza del antiguo régimen, si no es posible destruir esa fuerza revolucionaria, será necesario hacerla evolucionar y aumentar hasta convertirla en una fuerza capaz de controlar la situación, para que en ella pueda el gobierno provisional buscar el apoyo y la autoridad que necesita. La lógica de los acontecimientos está indicando claramente que el gobierno provisional no puede obtener la fuerza que necesita para ser un verdadero gobierno, si no es aumentando, disciplinando y organizando a los elementos revolucionarios.

”¿Cómo podría el Gobierno provisional, o cualquiera otro Gobierno en su lugar constituir un Gobierno fuerte y homogéneo con suficiente autoridad para hacer cumplir las leyes y garantizar las vidas y los intereses? Solamente de un modo: convirtiendo a la Revolución en un verdadero Gobierno, es decir, entregándose enteramente en brazos de la misma Revolución. Para lograr esto, el Gobierno provisional necesitará substituir todos los elementos del antiguo régimen por elementos revolucionarios.

”Si esto no lo hace el Gobierno provisional, la Revolución derrocará al Gobierno provisional, la Revolución creará otro Gobierno salido enteramente de ella, apoyado enteramente en ella, y sostenido por ella; y por consiguiente, mucho más fuerte que el gobierno neutral que pretendiera ser independiente de la Revolución y del antiguo régimen.

”Cuando la Revolución tenga la mayoría en el Gabinete, la mayoría en la Suprema Corte, la mayoría en las autoridades políticas, la mayoría en el Congreso, la mayoría en los gobiernos de los Estados, la mayoría en los Ayuntamientos,

la mayoría en las Legislaturas locales, la mayoría, en fin, en la fuerza armada, que es la manifestación genuina del poder, entonces la Revolución habrá dejado de ser revolución para convertirse en Gobierno, y entonces, y sólo entonces, podrá exigírsele lógicamente que tome a su cargo y se haga responsable de la protección de la vida y de los intereses, del restablecimiento de la paz, del cumplimiento de las leyes.

”Mientras esto no sea, la Revolución continuará siendo una fuerza viva que lucha por conquistar el poder y tendrá que continuar su obra destructiva. Mientras eso no sea, la debilidad del Gobierno tendrá que continuar en aumento. Mientras eso no sea, la Revolución no podrá llamarse Gobierno. Mientras eso no sea, la Revolución seguirá siendo Revolución.

”Habrá quienes supongan que esa renovación pudiera efectuarse por un milagroso acto de patriotismo de los elementos del antiguo régimen que, convencidos del interés de la Nación, se resolviera a retirarse del poder, como se retiró el General Díaz.

”Esto sería un sueño, porque supondría en los elementos del antiguo régimen tal suma de desinterés y patriotismo y de espíritu de sacrificio, sólo concebible en un santo. La Revolución, empleando la fuerza para arrancarles el poder, muestra la ausencia de esa abnegación.

”Esa renuncia fue posible y se hubiera logrado con entera facilidad en los momentos en que aun no se apagaba el fuego de la Revolución; pero el antiguo régimen, que en principios de mayo se encontraba dispuesto a sacrificarlo todo, a rendirse a discreción y a entregar el poder en manos de la Revolución, con tal de salvar la vida y el dinero de sus unidades, en cuanto no escuchó ya los disparos de los rifles, se detuvo en su ca-

mino, volvió el rostro, y viendo que la lucha había concluido, comenzó a pensar que se había alarmado exageradamente. Ahora ha comprendido que tiene oportunidad de disputar la conservación de su poder, y lo que es más, ha entrevisto que, retirado el General Díaz, el solo cumplimiento de las leyes le traería grandísimas ventajas en el ejercicio del poder que conserva, y por consiguiente, no se encuentra dispuesto a abandonarlo; no lo abandonará sino por la fuerza o por el miedo.

”El Gobierno provisional, antes de convertirse en dictadura, tendría, o que someterse al antiguo régimen, o que retirarse entregando el poder a otro Gobierno que quisiera profesar la teoría de que la salvación de la patria está por encima de la ley.

”Lo que voy a decir puede provocar escándalo y hasta indignación, pudiera interpretarse como una apostasía de mis ideas democráticas, pero es preciso decirlo.

”Las dictaduras son en la vida de los pueblos lo que el periodo de crisálida en la metamorfosis de los insectos. La oruga que desea llegar al grado de libertad de la mariposa, necesita pasar por el periodo de la atonía de la crisálida. Los pueblos que desean pasar por su estado de opresión a un estado de libertad y que para ello han emprendido una Revolución, necesitan someterse a un régimen de transición.

”Este régimen, previamente determinado, no tendría los caracteres de una tiranía e históricamente quedaría justificado su empleo contra la tiranía y en favor del pueblo.

”Las medidas que podrían llamarse extremas, a saber: la suspensión de algunas garantías constitucionales y unos cuantos golpes de Estado para obtener la disolución de unas cuantas Legislaturas; cierta concentración moderada de poderes;

cierta tolerancia respecto de la soberanía de los Estados, son medidas que necesariamente tendrían que provocar escándalo en los espíritus timoratos; pero bien vistas, constituyen todas juntas, un régimen menos hipócrita y más aproximado a la legalidad, que el régimen que soportó el país durante treinta y cinco años, y que consintieron servilmente y autorizaran expresamente esos mismos elementos del antiguo régimen que clamarían contra las facultades extraordinarias en los momentos actuales.

”En realidad el país en materias constitucionales no daría un paso atrás con el uso de esas facultades extraordinarias, sino que éstas significarían que estaría haciéndose con honradez, con franqueza, por tiempo ilimitado, de un modo abierto y para fines perfectamente patrióticos, lo cual el General Díaz hizo con hipocresía durante todo su gobierno. Y es muy preferible un régimen perfectamente franco, perfectamente conocido y de duración ilimitada, que una tiranía disfrazada con las vestiduras de la República.

”Ahora bien, si los medios constitucionales son utópicos y si los medios extraordinarios encuentran gran resistencia, solamente queda un medio de lograr la sustitución de los elementos del antiguo régimen por los elementos revolucionarios: la fuerza.

”Si el Gobierno provisional fracasa en sus intentos pacíficos de resolver la situación actual, y si el país se rehúsa a aceptar francamente un Gobierno de transición para el solo efecto de restablecer la paz y consolidar el orden, entonces no quedará otro recurso que romper los tratados de Ciudad Juárez y continuar la Revolución hasta lograr por la fuerza de las armas lo que la Revolución reclama.”



Todo lo anteriormente dicho hizo que la reacción, al denunciarse públicamente sus intenciones y asimismo lo que debiera hacer la Revolución para no caer en el abismo del desastre, muy temerosa escondiera socarronamente las uñas.

Sin embargo, corto tiempo duró tal temor, porque a los pocos días el licenciado De la Barra —llamado servilmente por sus paniaguados el “Presidente Blanco”—, que no quería tener en su gabinete a ningún representante de la Revolución que le estorbara en su política conservadora, aprovechándose de que el licenciado Vázquez Gómez, prevalido del cargo de ministro de Gobernación que desempeñaba, hacía en su favor tendenciosas y ostensibles insinuaciones presidenciales e impartía descarada y fuerte ayuda al rebelde general Emiliano Zapata, a la vez que intrigaba contra la candidatura del señor Madero, resolvió valiéndose de tales circunstancias, exigirle a este festinadamente su renuncia (incontinenti presentada el 2 de agosto), no tanto por cumplir con su deber, sino para introducir en el gabinete —lo que logró— a uno de sus más abyectos incondicionales como lo era el ingeniero don Alberto García Granados (fusilado en la capital el día 8 de octubre de 1915 por considerársele coautor en los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez), el que de gobernador del Distrito Federal pasó a ocupar el citado ministerio. En vista de este éxito dióse prisa a maniobrar para que el otro de los Vázquez Gómez, el doctor don Francisco, secretario de Instrucción Pública, saliera del gabinete, en lo que también obtuvo buen éxito.

Ya en tan grave situación, es decir, con los otros poderes, más el ejército, la burocracia y la prensa exsubvencionada en manos de la reacción, los revolucionarios no tuvieron más remedio, a fin de no dejarse arrebatarse el triunfo, que tan duramente alcanzaran, que organizarse, como antes, políticamente.



El señor Madero presidiendo las labores preliminares de la Convención del Teatro Hidalgo.

Cierto que existía el Partido Antirreeleccionista y el Nacionalista Democrático que juntos efectuaran la Convención del Tívoli, pero cierto también que nada más lo estaban en cuadro por no decir que sólo de nombre. Pues al estallar la insurrección muchos de sus miembros por temor de sufrir contingencias, siguiendo el ejemplo de los hermanos Vázquez Gómez, públicamente la condenaron y otros descendieron hasta el grado de desconocer sus anteriores convicciones y también a su caudillo, el señor Madero. De modo que siendo necesario crear otro y creado rápidamente para enfrentarlo cuanto antes a los de la reacción que estaban tomando, como se ha visto, grandes proporciones, así se hizo. Este partido integrado con los restos del Antirreeleccionista y Nacionalista Democrático, y no pocos elementos revolucionarios perfectamente identificados, tituláronlo a moción

del señor Madero, “Constitucional Progresista” y uno de sus primeros acuerdos consistió en celebrar una Convención a efecto de unificar a todos los correligionarios así como de lanzar una candidatura vicepresidencial en lugar de la del doctor Vázquez Gómez a quien muchos revolucionarios repudiaban, entre ellos el mismo señor Madero, por los motivos que ya en el transcurso de este modesto ensayo han quedado de manifiesto.

Inaugurada dicha convención en el antiguo Teatro Hidalgo el 27 de agosto de 1911, después de las discusiones de rigor inherentes a tales actos salió triunfante el día 2 de septiembre la candidatura del Licenciado don José María Pino Suárez en contraposición de la del doctor Vázquez Gómez quedando por tal motivo muy descontento el vazquismo. Esto hizo que la Revolución sufriera su primer colapso, esto es, que se dividiera entre vazquistas y pinistas con las naturales consecuencias de animosidad y espíritu vengativo que siempre trae aparejado el personalismo, todo ello con gran contentamiento de la reacción, que no perdía un solo momento de estar al acecho de su enemigo por la ventaja que ello le reportaba.

Este hecho dio origen a que hubiera un argumento más de ataque y crítica para la Revolución, puesto que se le echaba en cara el mismo pecado que otrora cometiera el general Díaz al imponer al señor Corral.

—¿Entonces para qué se hizo la Revolución?, ¿qué bienes ha traído?, ¿dónde está el coraje de los antirreeleccionistas por la imposición de Corral? Que, ¿acaso esto no es peor que aquello ya que para llegar a esta conclusión se ha insurreccionado a todo el país?, decían irónica y sarcásticamente los reaccionarios, batiendo palmas de regocijo. Los vazquistas haciendo causa común con éstos también atacaban si no precisamente

a la Revolución sí al señor Madero a quien conceptuaban de impocisionista, inepto, atrabiliario, ambicioso, farsante y prevaricador de los principios revolucionarios.

Las pasiones políticas y el más exacerbado personalismo empezaron entonces de tal modo a fermentarse y furiosamente a encrespase, que pronto la confusión y el desorden, que era lo que precisamente esperaba la reacción para pescar en el río revuelto, hiciéronse incontenibles.

Como la convocatoria oficial para efectuar las elecciones de presidente y vicepresidente de la República que tendrían lugar el primero de octubre las primarias, y el 15 del mismo mes las secundarias, se había publicado desde el primero de junio, los mítines con tal motivo en favor de las diferentes candidaturas que los diversos partidos lanzaran apoyados en sendos manifiestos, se empezaron a suceder seguidamente por todas partes empleando en las arengas que se pronunciaban, un lenguaje caústico para los contrarios.

La capital, o mejor dicho, la República entera empezó entonces a tomar con semejante efervescencia de pasiones y resquemores todos los caracteres de un volcán en terrible ebullición, y todo ello cuando apenas estábamos en los finales de agosto.

Necesitando la Revolución un periódico que aparte de que sirviera para unificar el criterio de todos sus elementos, fuera el órgano de la campaña electoral y también portavoz del Partido Constitucional Progresista, pero sobre todo, el defensor, en el campo ideológico, de sus principios libertarios proclamados, los que tan duramente estaban siendo combatidos, se organizó con los mejores escritores maderistas una planta de redacción que se hiciese cargo de él. Este diario,

de acuerdo con los propósitos que se perseguían tituláronlo *Nueva Era*, y desde el momento en que apareció en la palestra política, el tiroteo que viniera saliendo de las esporádicas escaramuzas que hasta entonces libráranse entre ambos contendientes, violentamente convirtiéndose en cerrado y sostenido fuego de batalla.

En los primeros días del interinato, cuando la fuerza de la Revolución era incontrastable y se fijara el plazo de cuatro meses para la verificación de las elecciones, nadie absolutamente dijo nada, todos, incluyendo a los atemorizados burócratas, los que sólo por milagro —según ellos así lo creyeran— habíaseles perdonado, estuvieron conformes. Mas, al correr de los días cuando vieron que se había obrado con todos los antirrevolucionarios generosamente, puesto que hasta los que ocupaban cargos de confianza no se les removiera, creyéndose entonces los necesarios empezaron a envalentonarse y a crecerse hasta el grado de censurar y condenar abiertamente a la Revolución, así como afiliarse a los partidos reaccionarios e ir a la Cámara de Diputados a aplaudir rabiosamente las inverecundias que los libertos con fuero vomitaban desde la tribuna parlamentaria contra aquellos que los manumitieran.

Pero hay más, creyendo que si se prolongaba un poco más el plazo para la función electoral podrían arrebatarle el triunfo comicial al maderismo, elevaron un ocurso a la Cámara de Diputados pidiendo en él que se prorrogara el referido plazo, la que si mal de su agrado tuvo hipócritamente que rechazarlo, no fue porque no le gustara y conviniera, sino porque supo que debido a la recrudescencia reaccionaria cada vez más prevaeciente, muchas partidas de maderistas que habían eludido el licenciamiento y por lo tanto encontrábanse armadas y permanecían nada más a la expectativa, empezaban a dar amenazadoras señales de inquietud y belicosidad.

Sin embargo, simulando astutamente contenerse, siguieron, y aun con más tesón y rabia, juesuíticamente su pérfida labor divisionista, puesto que ni retiraron la candidatura del licenciado De la Barra que era la que constituía mayor motivo de desconfianza y descontento, y ni éste tampoco definitiva y categóricamente la rechazó.

Consiguientemente, así, con más o menos alternativas de ardimiento y nerviosidad en todos los ánimos; de aguda e insidiosa suspicacia y acrimonia entre reaccionarios y revolucionarios; en medio de un denso ambiente cargado de ponzoñoso personalismo, a la vez que de desbordante optimismo democrático popular, transcurrieron los días septembrinos, es decir, las vísperas de la ansiada función electoral.

El 1o. de octubre que estaba señalado para la verificación de las elecciones primarias, éstas tuvieron lugar, lo mismo que las secundarias efectuadas 15 días después, sin ningunos contratiempos, saliendo en ellas triunfante la fórmula Madero-Pino Suárez. El día 2 del siguiente mes de noviembre, el Congreso confirmó dicho triunfo, citando a los funcionarios electos a rendir la correspondiente protesta de ley el 6 de ese mismo mes.

El citado día rindió ante el Congreso la referida protesta el señor Madero (el licenciado Pino Suárez no lo hizo hasta el 23 de ese mismo mes), quien desde luego nombró a las siguientes personas secretarios de Estado a fin de integrar su gabinete: Relaciones y jefe del gabinete, licenciado Manuel Calero; Gobernación, señor Abraham González; Justicia, licenciado Manuel Vázquez Tagle; Instrucción Pública, licenciado Miguel Díaz Lombardo; Fomento, licenciado Rafael Hernández; Comunicaciones, ingeniero Manuel Bonilla; Hacienda, señor Ernesto Madero; Guerra, general José González Salas:

Al conocerse por la prensa las anteriores designaciones, inmediatamente levantóse en la opinión pública, muy especialmente en los sectores independiente, revolucionario y sinceramente maderista, una fuerte oleada de desilusión y pesimismo.

Se había venido alimentando la esperanza de que tan pronto como el señor Madero tomara posesión de la presidencia, integraría su gabinete con elementos perfectamente identificados con la Revolución y también poseedores de un amplio espíritu de renovación, y otro era, fatalmente, el desenlace de tan acariciada como lisonjera esperanza.

Si con paciencia franciscana habíase soportado el gobierno conservador delabarrista anhelando su terminación, no era sino porque se tenía la seguridad de que el nuevo gobierno inauguraría una política de acuerdo con las tendencias renovadoras preconizadas, la que sin duda cambiaría radicalmente la situación prevaleciente, ya bastante anómala.

Por eso la sorpresa de estupor y desagrado al conocerse los nombres de los nuevos ministros no tuvo límites, puesto que las esperanzas resultaban frustradas desde el momento en que las designaciones para cubrir tan importantes cargos, con excepción de tres personas, verdaderos revolucionarios, (Abraham González, ingeniero Manuel Bonilla y licenciado. Miguel Díaz Lombardo), recayeron en reconocidos “científicos”, (licenciado Rafael Hernández y Ernesto Madero); en enemigos de la Revolución (licenciado Manuel Calero), así como en individuos faltos de preparación técnica, desconocedores de las necesidades y aspiraciones populares e incapaces de señalarle e imprimirle un nuevo derrotero al gobierno (licenciado Manuel Vázquez Tagle y general José González Salas).

La habilidad política del Partido Científico que no por el hecho de pactar la paz con la Revolución, sacrificando previamente al general Díaz, y la entrega del gobierno, se consideraba derrotado puesto que quedaba en su poder todo el inmenso engranaje político, económico y militar del país, se ponía una vez más brillantemente de manifiesto.



El señor Madero y su primer gabinete.

En estas condiciones de dominio del referido Partido Científico, el señor Madero ya en la Suprema Magistratura de la República encontróse frente a los poderes Legislativo y Judicial porfiristas; frente al ejército y burocracia, igualmente porfiristas; y con lo que es más, frente a la aplastante fuerza de los intereses creados formados inteligente y pacientemente, a través de los años, por el referido Partido Científico; fuerza oligárquica que dominaba de una manera decisiva en los bancos, en las grandes empresas ya fueran éstas industriales, o agrícolas, o mineras o mercantiles; en los

ferrocarriles; en los principales centros de negocios y en los más influyentes bufetes. En cambio de su fuerza que únicamente consistía en el derecho constitucional y en la simpatía popular. El primero le reconocía la legalidad de su título del jefe del Poder Ejecutivo, y la segunda, aparte de reconocerle también ese mismo título lo apoyaba, muy a pesar de las maniobras y artimañas que en su contra desarrollaba la reacción, como líder excelso de la democracia y asimismo como caudillo supremo de la Revolución.

Los renovadores conscientes, que constituían también una fuerza y una fuerza muy poderosa, al ver que el señor Madero, además de que porfiadamente conservaba en su gabinete algunos ministros del anterior, precisamente aquellos que más se significaran como furibundos reaccionarios y que la opinión pública señalara como “científicos” nombraba secretarios de Estado a otros tanto o más contrarrevolucionarios que aquéllos dejando dentro del gabinete solamente una pequeña representación revolucionaria, es decir, que se desviaba del camino que debía seguir, inmediatamente comprendieron lo que podía esperarse de tan híbrido como incongruente gabinete y como consecuencia de ello, de su administración. Por lo tanto esta fuerza, si no se apartó completamente del señor Madero, por tal circunstancia, se distanció un poco de él.

Como se ve, los “científicos” logrando convencer al señor Madero de que, a fin de que el país continuara por la senda de la paz, el orden y el progreso, y así mismo su gobierno siguiera gozando del crédito y prestigio alcanzado por el porfirismo, era indispensable, según ellos, que en el sector directivo de la administración pública, esto es, en la parte que fundamentalmente constituye el cerebro en el organismo del Estado, no hubiera hombres de tendencias re-

novadoras, obtenían otra vez un magno y señalado triunfo contra la Revolución.

Para colmo don Ernesto Madero, no obstante que sabía perfectamente la animadversión, rayana en profundo odio, que el pueblo sentía por el susodicho Partido Científico, cuya táctica de conquista y absorción de poder empleada en enriquecer a su jefe el licenciado Limantour y también a cada uno de todos sus miembros y que fuera descubierta y valientemente denunciada a la opinión pública por el licenciado Cabrera en sus sensacionales “Cargos Concretos” (que hemos visto en el transcurso de este ensayo), no tuvo empacho de declarar de una manera bastante pedestre y servil, impropia de su cultura, de su seriedad, del parentesco que lo ligaba con su ilustre sobrino don Francisco, el insigne apóstol y caudillo; pero sobre todo, con la solidaridad que estaba obligado a tener con la Revolución, a quien le debiera la cartera ministerial: “Nada cambiaré —dijo— del sistema y personal administrativo puesto por el Sr. Limantour en la Secretaría de Hacienda dado que soy un admirador suyo; pues ésta camina tan bien que se asemeja a un buen reloj a quien nada más hay que darle cuerda cada 24 horas”.

Por lo demás, ¿qué escrúpulo había de tener para externar tan abyecta declaración cuando él, lo mismo que el licenciado Hernández ministro de Fomento, primo de don Francisco, era “científico”?

Lo que admira, aún en la presente época, a la distancia de más de 35 años, es la habilidad del licenciado Limantour para haber logrado dejar PRECISAMENTE EN SU LUGAR a un miembro, perfectamente incondicional, del citado partido del cual era él el jefe, así como la excesiva debilidad del señor Madero (a quien sólo se le puede excusar de tan lamentable error si se tiene en cuenta el entrañable afecto

que sentía por todos sus familiares), para haberlos admitido, conjuntamente, sin ninguna sombra de desconfianza, con el licenciado Calero (fanático porfirista, que pagó poco tiempo después —como estaba previsto— con ingratitudes y deslealtades la inmerecida distinción que en mala hora se le hiciera), muy contra el parecer del numeroso elemento revolucionario, quien por este motivo empezó a sentir cierta desmoralización y excepticismo y también que su altísima fiebre maderista bajaba algunos grados.

Y tanto más sintió semejante decepción, cuando observó que los contados antirreeleccionista-maderistas que entraron a formar parte del gobierno, lo hicieron no en puestos de responsabilidad sino en empleos sumamente secundarios sin ninguna libertad de acción y subalternados a jefes porfiristas. Y aun cuando entonces los revolucionados no tenían el interés que años más tarde, después del triunfo de la magna Revolución constitucionalista, tuvieran por ocupar cargos oficiales, cosa a que tenían mucho derecho en lo personal y también como revolucionarios para garantía y afianzamiento de los ideales libertarios conquistados por medio de su esfuerzo y sacrificio, sí les cayó muy mal que no hubiera una remoción, como se esperaba, en los servicios públicos, porque ello significaba que los viejos y bárbaros procedimientos del porfirismo iban a continuar imperando.

Todo lo anterior dio ocasión a que comenzaran a enderezarse contra el señor Madero no pocas y apasionadas críticas, más aun cuando el general Emiliano Zapata negándose a entrar en arreglos con él no sólo continuaba levantado en armas sino que el 25 de noviembre, es decir, a los 19 días de que se hiciera cargo del gobierno el referido señor Madero proclamara en Villa Ayala el plan de ese mismo nombre, lo que hizo que los generales Higinio Aguilar y Melitón Hur-

tado, rebeláranse también abiertamente contra el gobierno. Esto y los subsiguientes levantamientos de cabecillas que por doquier comenzaron a efectuarse so pretexto de inconformidad con la política seguida por el nuevo régimen aunque en realidad para robar y cometer depredaciones, ameritó que el señor Madero se viera obligado a pedir al Congreso el 17 de enero de 1912, o sea, a los 65 días de haberse hecho cargo del gobierno, la suspensión de garantías.

Los periódicos reaccionarios que nada más estaban al acecho de cualquier suceso político que acaeciera para comentarlo como era su costumbre, esto es, ampulosa y sarcásticamente, al observar el descontento que entre el elemento revolucionario provocaba la desacertada e incongruente integración del gabinete y muy especialmente porque se pusieran a connotados y competentes renovadores, comenzaron hacer hipócrita mofa de tal disgusto diciendo en una forma demasiado cargante, que deberían tener paciencia y conformarse puesto que si no se habían designado más secretarios de Estado maderistas era porque no había entre los “triunfadores” —y esta palabra la decían con mucha sorna— personas aptas para ocupar dichos cargos.

En tan desdichado ambiente fue, pues, como empezó a funcionar la administración maderista.



CAPÍTULO XVII

LA CONTRARREVOLUCIÓN



Lo que el pueblo empezó a observar. —Malestar e incertidumbre. —Sangrientos sarcasmos. —Los “perros mudos” del porfirismo y sus exigencias e hipocresías. —Perfidia y maldad. —Rabia y envidia del general Reyes. —Un mes después de la exaltación de Madera. —Cómica aventura del general Bernardo Reyes. —Expectante conmiseración. —Actividades reaccionarias. —Rebelión del general Pascual Orozco. —Una morrocotuda postura del licenciado Emilio Vázquez Gómez. —Actitud de los independientes. —Madero excita a sus partidarios. —Sale a batir al orozquismo al frente de una columna militar el general José González Salas. —¿Qué iba a suceder? —Otra columna militar sobre el orozquismo. —Un despreciable tipo que avergüenza a la Historia. —Manifiesto de un entonces futuro traidor. —Papam-habemus, exclamaron los contrarrevolucionarios. — Elecciones de diputados y senadores.



Transcurrido un poco de tiempo y cuando creíase que los ánimos bastante calientes en la reciente lucha electoral, pasada ésta, habíanse si no completamente serenado, sí encontrábase ya muy calmados, el pueblo comenzó a observar por sí y también por instigaciones de la prensa reaccionaria, que por todos los medios trataba de agitar la situación, que ninguna mejoría experimentaba con el nuevo gobierno sino antes por el contrario, la vida, hasta entonces muy barata, empezaba a dificultarse con el encarecimiento de las mercancías, muy especialmente de las de primera necesidad.

En efecto dicha alza de precios manifestábase como resultado de la falta de carros de ferrocarril, pues muchos de los que habitualmente se ocupaban en el acarreo de ganado,

cereales y demás comestibles para el abastecimiento de la población, encontrábanse a la sazón destinados al transporte de tropas, caballada e implementos de guerra empleados en combatir a las ya numerosas partidas de descontentos que al igual que las de facinerosos, por doquier, como antes he dicho, habían principiado a levantarse.

Tal cosa trajo como resultado el que desde luego se empezara a experimentar cierto malestar e incertidumbre popular tanto más cuanto los referidos periódicos reaccionarios haciendo irónicamente hincapié en que las motejadas de “abominables” jefaturas políticas —así sordamente subrayábanlo— no habían sido suprimidas y ni aun siquiera atenuadas sus tropelías ni menos suspendidas sus odiosas consignaciones al ejército; ni tampoco —decían en tono gemebundo, adoptando un papel impropio, puesto que otros eran los propósitos que perseguían —las comisarías de policía, que desde años atrás sólo fueran inquisitoriales lugares de injusticia y opresión e instrumentos ciegos de la dictadura al par que profundamente aborrecidos por el pueblo, no habían dejado de seguir empleando los mismos tiránicos y oprobiosos procedimientos porfiristas. Y esto sin contar, seguían haciendo notar con bastante sarcasmo dichos periódicos, con que en las prisiones y demás sitios de reclusión, continuaba imperando el mismo despiadado rigorismo equivalente a la más primitiva crueldad contra los infelices confinados.

Todavía más, no conformes con tan insana labor, haciéndose hipócrita y perversamente eco de lo que en la tribuna parlamentaria clamaban los diputados porfiristas contra el maderismo, exigiendo imprudente y cáusticamente de éste las libertades y reformas que prometiera a sabiendas muy bien de que ellos eran, prevalidos del cargo que tenían, los más tenaces opositores a dichas inovaciones, y también, y

esto era lo más fundamental, de que era humanamente imposible —a pesar de los mayores deseos para ello del gobierno— que en tan breve espacio de tiempo se pudieran satisfacer, agudizaban más la ya intensa perplejidad existente, dado que el pueblo siempre noble jamás suponía en ellos tanta maldad y perfidia.



El general Reyes en la prisión de Santiago.

Claro que todo esto lo hacían, como se comprenderá, con el innoble propósito de crearle al gobierno una situación bastante compleja y al mismo tiempo inspirarle antipatía popular a fin de hacerle más difícil la marcha administrativa y así poder allanar el camino al general Reyes, que se consumía de rabia y envidia, en su plan, que ya se presentía,

de acaudillar una rebelión. Dicha presunción en el citado general Reyes no era una simple hipótesis que debido al despecho en que quedara por el resultado de los comicios de ella se hacía, sino positivamente ésta era su intención, la que ya sin poderse contener puso en práctica exactamente un mes después —el 6 de diciembre— de haberse hecho cargo del gobierno el señor Madero.

Esta insensata como cómica aventura del citado general Reyes de rebelarse contra el gobierno a quien torpemente suponía débil y desprestigiado, internándose, proveniente del sur de los Estados Unidos, al territorio nacional seguido nada más de unos cuantos pobres ilusos como él, no sólo le acarrió la burla general, dado que nadie lo secundó, como no fueran los desdichados igorrotos que solamente por unos cuantos días lo acompañaron, sino el que despertara mucha lástima, él que era tan petulante, pues la necesidad de haberse visto obligado, a fin de aplacar la sed, el hambre, el cansancio que horriblemente lo agobiaban, pero sobre todo, para salvar la vida, a entregarse al cabo de rurales Plácido Rodríguez, jefe del resguardo en Linares, estado de Nuevo León, el 25 de ese mismo mes, y el que inmediatamente una escolta lo trajera semiandrajoso y con el rostro pálido cubierto de hirsutas barbas, prisionero a la capital y lo encerrarán a los tres días de su rendición y en medio de una expectante conmiseración, él, que fuera, repito, tan vanidoso, coronando así el epílogo de su triste aventura, no era para menos.

Escarmentada la reacción por tan ridículo como sonado fracaso, aplacáronsele grandemente los humos e insolencias. Mas esto sólo fue pasajero, porque tan pronto como empezó a recobrase asimismo dio principio a reorganizar aceleradamente sus mesnadas las que, como se sabe, encontrábanse refundidas en los partidos Social Evolucionista y Católico

Nacional a fin de prepararse para las elecciones que para integrar la XXVI Legislatura se aproximaban.

Y ufanada en esto se encontraba cuando un hecho insólito y bastante trascendental que la llenó de inmenso júbilo y le hizo concebir —para la finalidad de sus pretensiones que eran de derrocar al gobierno— muy grandes esperanzas vino a reconfortarla y alentarla en sus criminales propósitos. Tratóbase de que el general Pascual Orozco (que el 26 de enero pidiera, con un fin ya desde entonces bien preconcebido, su baja del ejército) so pretexto de encontrarse en desacuerdo con la política del señor Madero (puesto que en el fondo sólo obraba de acuerdo con sus egoístas ambiciones de poder y riqueza despertadas en él, como se ha visto en páginas anteriores, por los delegados del general Díaz en los arreglos de paz en Ciudad Juárez, señores licenciado Toribio Esquivel Obregón, don Óscar Braniff y licenciado don Francisco S. Carbajal), habiase rebelado —a poco de entrar la segunda quincena de febrero— en Chihuahua contra el gobierno, rebelión que inmediatamente tomara tan desmesuradas proporciones que bien puede decirse que todo el estado de Chihuahua y también otras porciones territoriales pertenecientes a los estados colindantes con éste, habían quedado de hecho sustraídos al gobierno federal.

Semejante acontecimiento provocó tanta alarma en la capital, que como resultado de ella desde luego la efervescencia política existente contra el gobierno, de por sí ya bastante álgida, recrudecióse exageradamente, llegando a su grado máximo, cuando se supo que el licenciado don Emilio Vázquez Gómez que desde que, muy contra su voluntad, saliera, por destituírsele, del Ministerio de Gobernación, y el que ya fuera por ambición, o por odio o por simple despecho, lo cierto es que no había dejado de conspirar

contra el maderismo, tan pronto como en Chihuahua estallara la susodicha rebelión (acaudillada militarmente por el general Orozco), de la que creíase fuera él (cosa que así era) uno de los principales directores políticos, asimismo trataba de declararse —imitando la conducta seguida en su oportunidad por el señor Madero contra el gobierno del general Díaz— presidente provisional de la República en alguna entidad fronteriza, lo que poco tiempo —4 de mayo— así lo hizo sin resultado alguno puesto que hasta el mismo general Orozco lo desconoció, quedando por consiguiente en él más completo ridículo.

Entonces los partidarios del gobierno a su vez, sin desmayar en sus convicciones ni menos en la lealtad y solidaridad perfectamente en ellos arraigadas, también empezaron, a fin de contrarrestar la acción contrarrevolucionaria que se estaba desarrollando, a surgir por doquier en muy crecido número, de tal modo que su entusiasmo y sincero patriotismo patentizado en sendas manifestaciones que seguidamente efectuaban, dejó sentir su peso bien pronto en la opinión pública.

El señor Madero, agradecido con tan significativa muestra de lealtad de sus partidarios, dirigióles el día 3 de marzo un manifiesto encomiándoles su civismo y excitándolos a defender su gobierno, manifiesto que en su parte medular dice lo siguiente: “Son incontables los ofrecimientos que he recibido de los buenos ciudadanos que se ofrecen a empuñar las armas; pero para que sus servicios sean verdaderamente eficaces y todos los que toman las armas sean en cualquier momento una garantía de orden, es preciso que se sujeten a la disciplina militar, que vayan a engrosar las filas del ejército federal, de ese ejército que se ha cubierto de gloria en los campos de batalla defendiendo con su valor heroico y una

constancia admirable las instituciones republicanas; y que haciendo gala de excelsas virtudes guerreras, ha demostrado una lealtad al gobierno que presido, que ha provocado la admiración de propios y extraños. El gobierno sabrá premiar a su tiempo a los jefes, oficiales y soldados que así honran a la República. Invito, pues, a los mexicanos que deseen cooperar para la defensa de la institución emanada del voto popular, para que se enrolen en las filas de ese glorioso ejército, a fin de perseguir a los enemigos del orden y de la paz pública, haciendo respetable la voluntad nacional y para que, empuñando la espada de la ley, la hagan caer sobre los malos hijos de la patria. Así serán una segura garantía de orden y tranquilidad, a fin de que la República Mexicana, libre ya del yugo de la tiranía, no vaya a ser presa de la anarquía ni del bandidaje y pueda desenvolverse serena y grandiosamente por el sendero de la libertad dentro de la ley, base inamovible de la democracia. Este llamado lo hago extensivo a los mexicanos de todas las esferas sociales: a los gobernantes, a las autoridades civiles y militares, a los particulares, a los hacendados, a los obreros, y a los humildes peones del campo. Que todos hagan lo posible por llevar al ejército su contingente personal o el de sus amigos o sirvientes”.

Organizada violentamente una columna compuesta de cinco mil hombres de las tres armas, únicas que por entonces integraban el ejército, para batir a los rebeldes, ésta salió el día 9 de marzo comandada por el general don José González Salas, quien para tal efecto abandonó el día 4 la Secretaría de Guerra de la cual era el titular, quedando en su lugar el general Ángel García Peña de muy poca simpatía en el ejército dado que nunca había estado en filas sino nada más en comisiones militares de carácter técnico. Dicha columna aumentada con dos mil hombres que se le incorporaron en

Torreón, siendo por este motivo que en dicho lugar se le pusiera el nombre de División del Norte, fue atacada y batida por el enemigo, que sumaba seis mil hombres al mando directo del general Pascual Orozco, el día 24 del mismo mes en Rellano donde fue completamente derrotada, adoptando su jefe el pundonoroso general González Salas ante tan bochornoso desastre, la suprema resolución de suicidarse.



Señor licenciado Emilio Vázquez Gómez.

Tan inesperados como funestos acontecimientos causaron una hondísima impresión de pena y desasosiego en todas

las clases sociales. Todo el mundo ansiosa y nerviosamente se preguntaba con acento impregnado de profunda incertidumbre y duda: “y ahora, ¿qué va a suceder?; ¿otra vez viene la bola?; ¿la dominará el gobierno?” Sin que alguien pudiera satisfactoriamente contestarlas.



General José González Salas.

A los 15 días, o sea, el 10 de abril, otra columna compuesta de los batallones 15 y 17, del 8o. cuerpo rural, parte

del 56, el batallón de zapadores, los voluntarios de Xico; más siete plataformas con artillería, tres secciones de ametralladoras, varios carros con parque, un escogido personal de artilleros técnicos, obreros de maestranza, electricistas, pontoneros, telegrafistas, servicios médicos, etc., salió de aquí de la capital rumbo a Torreón a reforzar los restos de la derrotada División del Norte la que con estos contingentes elevóse a un efectivo de nueve mil hombres, para nuevamente enfrentarla a los orozquistas, los que envalentonados con su reciente triunfo habíanse dado prisa a extender su radio de acción en los estados limítrofes, con el de Chihuahua, que ellos dominaban. Comandaba dicha columna el general Victoriano Huerta (que tan funesto habría de llegar a ser poco tiempo después para el porvenir de la patria), quien al llegar a Torreón propúsoles a los rebeldes amplia amnistía en el siguiente documento que hizo distribuir profusamente:

“Victoriano Huerta:

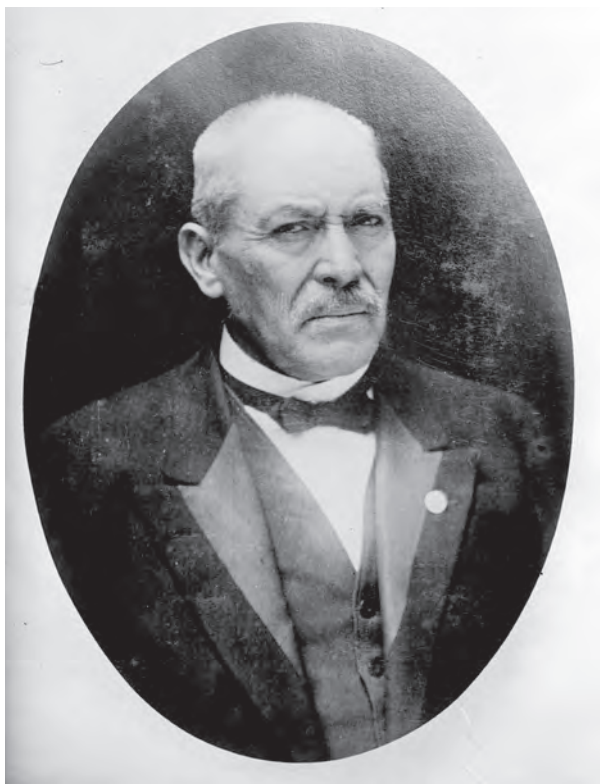
”A los que el presente leyeren, hace saber:

”Que honrado por el Primer Magistrado de la República con el cargo de general en jefe de las fuerzas que operan en el norte, para dirigir la campaña en contra de los trastornadores del orden, y teniendo en cuenta que los numerosísimos casos de rebeldes que voluntariamente se han presentado a deponer las armas son una presunción, de que tanto en este Estado de la República, como en Durango y aun en Chihuahua, se ha operado una reacción definitiva en favor de la paz, en términos tales, que en los dos primeros Estados citados puede afirmarse que la revuelta ha terminado.

”Considerando, además, que las medidas tendientes a la pacificación, desde el momento en que no se excluyen la actividad de las operaciones de guerra, son muy de tomarse en cuenta, he tenido a bien dirigirme por esta sola vez a los que

se hallen alzados en armas en los Estados ya referidos para poner en su conocimiento, lo que sigue:

”Cuantos se sometan incondicionalmente al supremo gobierno, dentro del periodo de quince días, contados desde esta fecha del presente, y entreguen sus armas, para regresar al trabajo o a sus hogares, no serán molestados en lo más mínimo.



General Victoriano Huerta.

”Bastará para someterse, con que se dirijan a la primera autoridad política o militar, exponiéndole su resolución, y ella se encargará de dar los pasos encaminados para ponerlos

a disposición de este cuartel general, que entregará a los interesados el justificante respectivo, a fin de identificarlos en caso necesario.

”Como anteriormente he manifestado, esta gracia en ninguna manera excluye, que con la mayor actividad, se prosigan las operaciones de guerra, sin que los culpables del delito de rebelión puedan esperar otras garantías que las que la ley les otorgue.—Torreón, Coah., abril de 1912.”

Aleccionado dicho general Huerta con el descalabro que sufriera el general González Salas, su marcha desde Torreón hacia la región ocupada por los alzados hízola al par que muy vacilante llena de exageradas precauciones. Librando escaramuzas y batallas, sin que éstas tuvieran remotamente la importancia guerrera que más tarde alcanzarán las efectuadas entre constitucionalistas y huertista-federales y entre carrancistas y villistas, fue poco a poco penetrando a territorio rebelde, derrotando a los orozquistas, primero, en Conejos el día 12 de mayo, después, en Rellano el 23 del mismo mes, y por último, en Bachimba en la primera decena del mes siguiente.

A cada encuentro habido entre orozquistas y federales y en los cuales estos últimos salían vencedores, los periódicos reaccionarios colmábanlos de elogiosos e hiperbólicos comentarios, en los cuales hacían ostentosamente aparecer al futuro traidor Victoriano Huerta como a un verdadero genio militar, como a un eminente y esclarecido estratega sólo comparable con los más famosos e inmortales capitanes de armas de la Antigüedad y para el que Napoleón Bonaparte sólo había sido un pobre soldado de fortuna. Todo este servilismo, perfectamente calculado, lo hacían tanto para ganarse al general Huerta, puesto que al ejército desde que fuera derrotado en Ciudad Juárez lo tenían

de su parte, como para que el gobierno tuviera presente que su único punto de sustentación constituíanlo el dicho Ejército Federal, a quien por tal motivo debía rendírsele parias, es decir, “apapacharlo” con toda clase de honores, consideraciones, respetos, condecoraciones, magníficos sueldos, extraordinarias recompensas y mimos; ¡era tan valiente, estratega, astuto y sobre todo tan leal!, qué guay del gobierno y del maderismo si no lo hacían.

Claro que nadie, excepto los reaccionarios que ya columbraban en el referido general Huerta su nuevo caudillo, cosa en la que no estaban equivocados, veía con buenos ojos tan escandalosos ditirambos, porque bien se notaba cuál era el interesado propósito que los guiaba. De ahí, que los ánimos que con el cuartelazo de Orozco excitáranse grandemente tanto en pro como en contra del gobierno, exacerbáranse con esta descarada maniobra reaccionaria, todavía más.

Pero como las elecciones de diputados y senadores estaban ya muy cercanas y los trabajos preelectorales de los partidos reaccionarios igualmente muy adelantados, preciso era que los maderistas a su vez, violentamente se organizaran a fin de que el enemigo no los sorprendiera descuidados y así les arrebatara el triunfo que consistía nada menos en ganarles el Poder Legislativo.

Dichas elecciones, que por cierto no dejaron de estar muy reñidas, se efectuaron el 30 de junio de 1912, saliendo triunfante en ellas al par que buen número de revolucionarios no pocos elementos de los partidos Social Evolucionista, entre éstos su presidente el licenciado don Jorge Vera Estañol, así como del Católico Nacional el licenciado don Francisco Elguero a quienes, de acuerdo con la más estricta honradez y honestidad política del maderismo, el Colegio Electoral reconocióles la legalidad de su triunfo.



General Victoriano Huerta con E. Z. Steever y Joaquín Téllez.



LA REVOLUCIÓN MEXICANA

INTERPRETACIÓN INDEPENDIENTE

TOMO I

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó de imprimir en 2018 en los talleres
de Ediciones Corunda, S. A. de C. V.

Tlaxcala 19, Col. Barrio de San Francisco,
Delegación Magdalena Contreras,
C. P. 10500, Ciudad de México.

Su tiraje consta de 1000 ejemplares.

Como anuncia el título de la presente obra, Francisco Ramírez Plancarte quiere narrar “su verdad” sobre los hechos que le constan como testigo presencial de la etapa revolucionaria, desde una perspectiva alejada de todo personalismo o compromiso con alguna de las corrientes que participaron en este proceso. El análisis abarca desde los años finales del porfirismo y se concentra en la etapa maderista —que culminó con el golpe militar de Victoriano Huerta—, destacando la importante labor de Luis Cabrera.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, en cumplimiento de su objetivo fundacional de estudiar y difundir la historia de la Revolución Mexicana, pone en las manos del público lector la reedición en dos tomos de la obra *La Revolución Mexicana (Interpretación independiente)* de Francisco Ramírez Plancarte, fuente de primera mano sobre la etapa maderista del proceso revolucionario que dio origen al México del siglo xx.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

